Los maridos también se enamoran

Eloisa James

Casarse cuanto antes y casarse bien: ésa es la meta de la joven huérfana Tess Essex. Sólo de esa forma, podrá encontrar los maridos más adecuados para sus tres hermanas: la hermosa Annabel, la romántica Imogen y la pequeña Josie.

Sin más dote que un caballo de carreras, con el único apoyo de un tutor tímido y borrachín y los "sabios consejos" de sus hermanas, Tess se lanzará a la caza y captura del esposo ideal.

Pero, ¿cómo decidirse entre sus dos pretendientes? Si se casa con Garret Langham tendrá asegurado un lugar preeminente entre la flor y nata de la sociedad… pero muy poca pasión. Y, por otra parte, ¿qué hacer con el atractivo y peligroso Lucius Felton? ¿Sabrá escoger Tess entre el deber… y el placer?

Capítulo uno

Septiembre de 1816
Holbrook Court, residencia del duque de Holbrook
En las afueras de Silchester

Por la tarde

—Me es grato anunciar a su señoría que los caballitos de juguete ya han sido entregados. Los he colocado en el cuarto de juegos para que Su Señoría los inspeccione. Todavía no hay noticias de las niñas.

Raphael Jourdain, duque de Holbrook, se volvió. Había estado atizando un fuego que estaba a punto de extinguirse en la cavernosa chimenea de su estudio. Percibió un tono de cierta reserva en la voz de su mayordomo que indicaba desagrado. O tal vez sería más exacto decir que el tono de Brinkley revelaba el descontento del servicio doméstico en pleno, compuesto por criados ya de cierta edad, ninguno de los cuales se sentía precisamente complacido ante la idea de tener que adaptarse a la presencia de cuatro niñas pequeñas. «Pues bien, que se vayan todos al diablo», pensó Rafe. Como si él hubiera pedido acoger en su mansión a esas jovencitas.

—¿Caballitos de juguete? —dijo una voz que, arrastrando las palabras, salió de un profundo sillón a la derecha de la chimenea—. Encantador, Rafe. Encantador. Nunca es demasiado pronto para hacer que esas adorables criaturas se interesen por esas nobles bestias.

Garret Langham, conde de Mayne, levantó la copa hacia su anfitrión. Sus rizos negros estaban en un exquisito desorden, sus comentarios eran arrogantes en exceso y sus modales apenas si disimulaban su creciente ira. En su enfado no había nada personal contra Rafe. Mayne había permanecido en un estado de lenta ebullición durante los últimos meses.

—Por papá y su prole de nenitas *equestriennes* —añadió, tomándose de un trago su bebida.

—¡Cierra la boca! —lo conminó Rafe, pero su enojo era más aparente que real. Lo que ocurría era que, en ese momento, Mayne le resultaba un compañero sumamente incómodo, con sus comentarios venenosos y su humor sombrío. De todas maneras, era lícito suponer que ese pésimo humor, provocado por la conmoción de haber sido rechazado por una mujer, se desvanecería en algún tiempo.

—¿Por qué el plural? ¿Por qué varios caballitos? —preguntó Mayne—. Si mal no recuerdo, en la mayoría de los cuartos de juegos hay sólo uno.

Rafe bebió un trago de su brandy.

—No sé mucho sobre niños —respondió—, pero recuerdo claramente que mi hermano y yo nos peleábamos como demonios por nuestros juguetes. Por eso compré cuatro.

Se hizo un silencio momentáneo durante el cual el conde consideró la posibilidad de hacer alguna alusión al hecho evidente de que Rafe todavía echaba de menos a su hermano, muerto hacía ya cinco años. Descartó el impulso. Muy masculino él, no veía ventaja alguna en enredarse en una conversación sensiblera.

—Estás haciendo demasiado por esas huérfanas —dijo en cambio—. La mayoría de los tutores se quitan de en medio a sus pupilos. Después de todo, no son de tu propia sangre.

—No hay cantidad de juguetes en el mundo que les pueda compensar por su situación —respondió Rafe, encogiéndose de hombros—. Su padre debió haber pensado en sus responsabilidades antes de montar un semental a medio domar.

La conversación se acercaba peligrosamente al tipo de emociones que había que evitar a

toda costa, de modo que Mayne saltó de su asiento.

—Echémosle entonces una ojeada a los caballitos. No he visto uno en muchos años.

—De acuerdo —asintió Rafe, dejando su copa en la mesa con un agudo tintineo—. Brinkley, si llegan las niñas, llévelas arriba: las recibiré en el cuarto de juegos.

Algunos minutos después los dos hombres estaban en medio de una amplia estancia del tercer piso, pintada con abigarrados murales con escenas de cuentos de hadas. El malvado lobo feroz persiguiendo a Caperucita Roja, quien estaba seguramente en peligro de ser aplastada por el gigante que daba zancadas al otro lado de la pared, levantando amenazadoramente su pie sobre el edredón de plumas de la cama, que ostentaba un inmenso guisante verde bordado. La habitación era lo más parecido al escaparate de una juguetería de Bond Street. Cuatro muñecas con pelo dorado y rizado estaban remilgadamente sentadas sobre un banco. Cuatro camitas para las muñecas se apilaban una sobre otra, junto a cuatro mesitas, sobre las cuales había cuatro cajas sorpresa. En medio de todo aquello estaba el grupo de caballitos, que lucían crines auténticas y cuya altura casi alcanzaba la cintura de un adulto.

—¡Santo cielo! —exclamó Mayne.

Rafe dio unas zancadas en la habitación y pisó la mecedora de uno de los caballos, que hizo crujir con su vaivén el piso de madera. Una puerta en un extremo de la habitación se abrió y una mujer rolliza con mandil blanco asomó la cabeza.

—Ah, es usted, Señoría —saludó con una radiante sonrisa—. Estamos esperando a las niñas. ¿Le gustaría conocer a las nuevas empleadas ahora?

—Hágalas pasar, señora Beeswick.

Cuatro chicas jóvenes entraron en la habitación detrás de la mujer.

—Daisy, Gussie, Elsie y Mary —las presentó el ama de llaves—. Son del pueblo, Señoría, y están encantadas de trabajar en Holbrook Court. Estamos todas ansiosas esperando la llegada de los pequeños querubines.

Las muchachas se habían alineado a ambos lados de la señora Beeswick, sonriendo y haciendo reverencias.

—¡Santo cielo! —repitió Mayne—. ¿Ni siquiera compartirán una criada, Rafe?

—¿Por qué deberían hacerlo? Mi hermano y yo teníamos tres niñeras para los dos.

—¿Tres?

—Dos para mi hermano desde que se convirtió en duque a la edad de siete años, y una para mí.

Mayne resopló.

—Eso es absurdo. ¿Cuándo fue la última vez que viste a lord Brydone, el padre de tus pupilas?

—No lo vi durante muchos años —respondió Rafe, tomando una caja sorpresa y presionando la palanca para que se abriera con un fuerte chirrido—. Todo se arregló por correspondencia: me mandó una nota y yo acepté su propuesta.

—¿Y ni siquiera has visto a tus propias pupilas?

—Nunca. No he cruzado la frontera en muchos años, y Brydone sólo iba a Ascot, Silchester y, a veces, Newmarket. Para ser sincero, no creo que le importara realmente lo más mínimo otra cosa que no fueran sus cuadras. Ni siquiera se molestó en inscribir a sus hijas en el *Debrett's*. Por supuesto, como tuvo sólo niñas, no había ninguna duda en lo que respecta a la herencia. Su propiedad pasó a algún primo lejano.

—¿Por qué demonios…? —Mayne miró a las cinco mujeres alineadas en un lado de la habitación y se interrumpió.

—Él me lo pidió —explicó Rafe, encogiéndose de hombros—. No lo pensé dos veces. Aparentemente, Monkton era el más indicado, pero murió el año pasado. Y Brydone me pidió que ocupara su lugar. ¿Quién habría imaginado que algo pudiera ocurrirle a Brydone? Fue un

terrible accidente el que ese caballo le tirara al suelo. Aunque él también fue muy imprudente al montar un semental a medio amansar.

—¡Que me condenen si consigo imaginarte como padre! —exclamó Mayne.

—No tenía ninguna excusa para negarme. Tengo dinero como para criar a varios niños. Además, Brydone me regaló a *Starling* por haber aceptado ser el tutor de las niñas. Apenas recibí su propuesta le respondí que me haría cargo, y que no hacía falta ningún soborno. Pero él me envió a *Starling* desde Escocia, y nadie en su sano juicio se hubiese negado a añadir ese caballo a su cuadra.

—*Starling* es hijo de *Standout,* ¿no?

Rafe asintió con la cabeza.

—El hermano de *Patchem* —dijo—. El núcleo de la cuadra de Brydone proviene de *Patchem*, y ésos son ahora los únicos caballos en Inglaterra de la misma estirpe que *Patchem*. Espero que *Starling* gane el Derby el próximo año, aun cuando descienda de *Standout* y no del mismo *Patchem*.

—¿Qué pasará con los vástagos de *Patchem*? —quiso saber Mayne, hablando con aquella intensidad especial que reservaba para los caballos—. ¿Con *Wanton*, por ejemplo?

—No lo sé todavía. Evidentemente, los caballos de carreras no forman parte del patrimonio familiar. Mi secretario ha estado trabajando en la propiedad. Si las niñas se quedan con la cuadra, enviaré los caballos a subasta y pondré el dinero en depósito para ellas. Ellas necesitarán dote algún día y mucho me sorprendería que Brydone se hubiera ocupado del asunto él mismo.

—Si *Wanton* sale a la venta, yo quiero comprarlo. Pagaría miles de libras por él. No podría haber añadido mejor a mi cuadra.

—También haría maravillas en la mía —estuvo de acuerdo Rafe.

Mayne había encontrado un grupo de caballitos de hierro fundido amontonados y los estaba ordenando para que cada carruaje fuera tirado por pares iguales.

—Qué bien que están éstos. —Había colocado todos los animales de hierro fundido y sus carruajes formando una fila sobre la repisa de chimenea—. Espera a que tus pupilas vean estos caballitos. Ni se acordarán de Escocia. Es una pena que no haya ningún niño entre ellas.

Rafe se limitó a lanzarle una mirada. El conde era uno de sus amigos más queridos, y siempre lo sería. Pero había estado siempre entre algodones, sin haber sido expuesto nunca de ninguna manera al dolor. Rafe sabía muy bien qué significaba sentirse solo en medio de un acogedor cuarto de juegos y los caballitos de hierro fundido no serían de gran ayuda, por más que él hubiera comprado muchos. Como si los juguetes pudieran reemplazar a un padre muerto.

—No creo que tú…

Detrás de él, la puerta se abrió. Se detuvo y se volvió.

Brinkley se colocó a un lado con más agilidad de la habitual en él. No todos los días dejaba uno al amo mudo ante la sorpresa.

—Me complace anunciar a la señorita Essex, a la señorita Imogen, a la señorita Annabel y a la señorita Josephine. —Luego añadió, incapaz de resistirse a recalcar lo evidente—: Las *niñas* han llegado, Excelencia.

Capítulo dos

Lo primero que Teresa Essex Advirtió fue que aquellos ingleses estaban entreteniéndose con juguetes de niños. ¡Con juguetes! Eso concordaba con todo lo que habían escuchado acerca de aquella raza: que eran unos tipos delgados, debiluchos, que nunca crecían y que temblaban de frío ante la menor brisa.

De todas maneras, no eran más que hombres, si bien en su versión inglesa.

Cuando Tess aún no había cumplido dieciséis años descubrió que las ideas que los hombres tenían de los juguetes eran bastante flexibles. Con una mirada a Josie y un toquecito en el hombro de Imogen hizo que sus hermanas formaran en línea recta. Annabel ya se había puesto en su lugar, con la cabeza ligeramente inclinada, de manera que quien la observara pudiera apreciar mejor el brillo de su cabello color miel dorada.

Esos dos ingleses parecían estar más sorprendidos de lo habitual al ver a las cuatro jovencitas. Se habían quedado literalmente con la boca abierta. Algo muy poco cortés, por cierto. Por su aspecto, no eran precisamente las criaturas enfermizas y de piernas larguiruchas que había esperado encontrarse. De hecho, uno de ellos parecía un figurín y tenía una mata salvaje de rizos negros que ella supuso debía ser la moda. No es que fuera exactamente un dandi, pues los dandis no tenían ese aire ligeramente peligroso. El otro era alto, un poco barrigudo y con un mechón de pelo castaño que le caía sobre la frente. Un lobo solitario, tal vez.

—Bien —dijo ella finalmente, dado que los caballeros parecían haberse quedado mudos—, lamentamos mucho haberles interrumpido, sobre todo teniendo en cuenta las importantes tareas que les ocupan.

Lo dijo con cierto retintín. Lo suficiente como para hacerles saber que no eran simplemente unas muchachas escocesas de cara bonita, que podían ser relegadas a sus habitaciones e ignoradas. Al fin y al cabo, ellas eran unas damas de la cabeza a los pies, aunque en ese momento sus atuendos no estuvieran a la última moda.

El caballero elegante hizo una reverencia y se adelantó mientras decía:

—¡Qué sorpresa tan encantadora conocerla, señorita Essex! A todas ustedes.

Había algo raro en su voz, como si le resultara difícil contener la risa. Pero besó su mano haciendo gala de los exquisitos modales de un cortesano.

Luego, finalmente, el más corpulento, el solitario, se sacudió, tal y como lo hace un perro al salir de un charco, y también se acercó a ellas.

—Les ruego que disculpen mi torpeza —dijo—. Soy Rafe Jourdain, duque de Holbrook. Me temo que me equivoqué con sus edades.

—¿Nuestras edades? —Tess enarcó las cejas, entre intrigada y confundida. Luego, lentamente, se hizo una luz en su cerebro y adquirieron sentido los montones de juguetes y los llamativos murales—. Usted pensó que todavía éramos unas niñas.

Él asintió con la cabeza, justo delante de ella, para nuevamente hacer una reverencia, con la gracia natural de un hombre que ha pasado toda su vida entre la flor y nata de la sociedad, aunque, a juzgar por las apariencias, no era de los que se molestaban en ir bien peinados.

—Le ofrezco mis más sentidas disculpas. Cometí el error de creer que usted y sus hermanas eran muy jóvenes.

—¡Jóvenes! —reaccionó Tess—. ¡Seguramente pensó que éramos niñas de pecho! —En ese momento se había dado cuenta de la presencia de la niñera y las cuatro criadas con las bocas abiertas y sus mandiles blancos, los caballitos de balancín, las muñecas—. ¿Papá no le dijo que…?

Pero se interrumpió. Por supuesto que su padre no le había dicho nada. Seguramente le había informado con pelos y señales de la edad de *Starling*, el paso de *Wanton* y lo que a *Lady of Pleasure* le gustaba comer antes de una carrera, pero no de las edades de sus hijas.

Su tutor le había cogido la mano y le estaba sonriendo. A Tess aquel gesto le llegó al corazón, a pesar de que todavía estaba un poco resentida.

—Soy tan tonto que me olvidé de preguntárselo a su padre. Y, por supuesto, no tenía la menor idea de que se daría el caso de que mi tutela fuera necesitada. Acepte usted mis más profundas condolencias por su pérdida, señorita Essex.

Tess parpadeó. Los ojos de su tutor eran de un color peculiar, una especie de gris azulado. Y resultaban amables, en contraste con su apariencia, que parecía más propia de un salvaje de Borneo. En su pecho se abrió paso un rayo de esperanza, mezclado con un sentimiento sombrío y defensivo.

—Gracias —respondió—. Permítame presentarle a mis hermanas. Ésta es Imogen —dijo, volviéndose a su hermana—. Acaba de cumplir veinte años.

Había momentos en que Tess pensaba que Imogen era más hermosa que Annabel (lo cual era mucho decir, realmente). Tenía el pelo negro brillante de su madre y también sus risueños ojos, pero esa boca… sólo Imogen tenía una boca con una curva tan exquisita. A veces impresionaba tanto a los hombres como un golpe en el estómago. Resultó interesante ver cómo el duque no podía evitar parpadear del asombro.

Imogen, por supuesto, nunca había prestado la menor atención al efecto que producía en el sexo contrario pues estaba enamorada. De todas maneras, sonrió al duque e hizo una bonita reverencia. Cuando su padre conseguía reunir un poco de dinero, por lo general solía recordar contratar a una institutriz, por un tiempo al menos, de modo que todas las hermanas podían hacer gala de modales refinados cuando era necesario.

—Ésta es Annabel —continuó Tess, poniendo una mano sobre el brazo de la otra muchacha—. Es la mayor después de mí. Tiene veintidós años.

Al contrario que Imogen, que parecía no tener el menor interés en los hombres, seguramente Annabel empezó a coquetear cuando abandonó los brazos de su niñera. En ese momento le dedicó al duque una dulce sonrisa, aparentemente inocente pero cargada de intención; sus dulces palabras de agradecimiento resonaron como miel con un toque de limón.

El duque no dio muestra alguna de sentir que le temblaban las rodillas.

—Señorita Annabel —saludó él, llevando la mano de la joven a sus labios—. Es un placer conocerla.

—Y Josephine —dijo Tess—. Josie tiene quince años y todavía está estudiando.

Tess se dio cuenta de que el duque ya le estaba sonriendo a su hermana pequeña, lo cual era una señal de que era todo un caballero. No podía soportar cuando los hombres se quedaban con la boca abierta delante de Annabel y apenas si dedicaban a Josie una rápida mirada.

—Preferiría que no besara mi mano —pidió Josie enérgicamente.

—Deseo presentarles a un amigo mío —continuó el duque, actuando como si no hubiera escuchado el comentario de Josie, aunque no hizo ningún esfuerzo por besar su mano—. Garret Langham, conde de Mayne.

Annabel dirigió una alegre sonrisa a Mayne, como si fuera una niña de cuatro años a quien se le ofreciera un trozo de pastel de cumpleaños. Nada podía agradarle más a la muchacha que un hombre en posesión de todos sus miembros más un título de nobleza.

Mayne devolvió la sonrisa con un gesto semejante de admiración, aunque Tess sospechaba que era muy probable que la emoción del conde poco tuviera que ver con los antepasados de Annabel.

Los caballeros terminaron con sus saludos y el duque se volvió hacia ella.

—Señorita Essex, dado que ninguna de ustedes seguramente tendrá interés en estos…

—hizo un amplio gesto con la mano— en estos juguetes, creo que mejor será retirarnos al salón. Me temo que mi ama de llaves necesitará un poco de tiempo para preparar sus habitaciones, aunque imagino que sus doncellas podrán echarle una mano.

Tess sintió que el rubor le subía por el cuello.

—No hemos traído criadas con nosotras.

—En tal caso —decidió su tutor sin ni siquiera pestañear—, podemos emplear a estas cuatro jóvenes con ese propósito, si no hay ninguna objeción. —Señaló a las cuatro niñeras, todavía alineadas contra la pared, con los ojos muy abiertos, redondos como medios peniques—. Estoy seguro de que el ama de llaves puede dirigirlas en esas tareas.

—Lo que necesitas es una señora de compañía —intervino Mayne, mirando de refilón al duque—. Ahora que es evidente que no necesitas un cuarto de niños. Y esta misma noche, Rafe.

Evidentemente, la idea ni siquiera había cruzado la mente del tutor de las jóvenes.

—Maldición, tendré que enviarle una nota a lady Clarice —dijo, pasando una mano por su pelo alborotado —y pedirle que me haga una visita. Si es que acepta venir después de lo que pasó la última vez. Creo que estuve un tanto descortés con ella.

—¿Estabas ebrio? —preguntó Mayne.

Una mueca irónica torció la boca del aristócrata.

—La eché de la casa. Confío en no haber sido demasiado brusco. Pero no puedo recordar qué pasó realmente. —Se dio cuenta de que Tess y sus hermanas lo estaban mirando fijamente y les dirigió una alegre sonrisa en la que no había ni pizca de remordimiento—. Ahora mis pupilas pensarán que soy un borrachín.

—Conocerte es quererte —le animó el conde, lanzándole una gran sonrisa sarcástica—. Mis queridas señoritas Essex, la noche en la que su tutor no esté aferrado a una copa de brandy, será el día en que el infierno se hiele.

—Las tierras de lady Clarice lindan con las nuestras —explicó Holbrook a Tess, haciendo caso omiso del comentario de su amigo—. Me atrevo a decir que si le envío una nota suficientemente agradable, me perdonará, ya que estamos en circunstancias desesperadas. Es imposible que paséis la noche bajo mi techo sin una dama de compañía.

Pero Mayne no estaba dispuesto a quedarse en silencio.

—La dama en cuestión es una viuda, y le ha echado el ojo a vuestro tutor —informó a las muchachas—. Creo que está esperando que llegue el día en que esté tan borracho que no se dé cuenta de que están en marcha las amonestaciones para la boda. Por desgracia para ella, a Rafe no se le nota que ha bebido.

—Tonterías —dijo el duque bruscamente, revolviendo su pelo de manera tal que su aspecto era todavía más parecido si cabe al de un demente.

—A ella no le molesta tener diez años más que Rafe —continuó Mayne alegremente—. Lady Clarice es un alma optimista, por más que su propio hijo sea casi de la misma edad de Rafe.

—Maitland es considerablemente más joven que yo —dijo el duque un tanto secamente.

—Tiene veintitantos años —informó Mayne—, lo que significa que lady Clarice es al menos cinco años más mayor que tú.

Tess sintió, más que escuchó, un leve y nervioso sonido emitido por Imogen, al mismo tiempo que notaba que su propio corazón se hundía. Estaban tratando de hacer que Imogen olvidara su adoración sin esperanza por lord Maitland, y encontrarlo como vecino no era el mejor principio.

—¿Se refiere usted por casualidad a Draven Maitland, Señoría? —preguntó, obedeciendo a una mirada implorante de Imogen.

—Así que conoce a Maitland, ¿no? —A Tess le pareció que su tutor no tenía de lord Maitland una opinión más elevada que la suya—. Entonces es probable que acompañe a su

madre. Los invitaré a ambos a cenar con nosotros. Tal vez a usted y a sus hermanas les gustaría descansar un poco antes de la cena.

—Eso sería agradable —respondió Tess. Imogen sonreía ampliamente, como un payaso. Tess vio que el duque no dejó de advertir aquella enorme sonrisa, pero éste nada dijo al respecto.

—Podéis usar la *suite* rosa hasta que vuestras habitaciones estén preparadas. —Holbrook tendió su brazo y Tess lo tomó, bastante torpemente.

¡Los ingleses eran tan diferentes de lo que había esperado! Eran… formidables. Pero se suponía que los ingleses no eran formidables. Todo lo que siempre había escuchado sobre los caballeros de esa raza indicaba que eran criaturas delgadas, inclinadas a estornudar y desaparecer. Claro que había excepciones, por supuesto. Lord Maitland, por ejemplo, tenía un aspecto bastante robusto.

Su nuevo tutor tampoco respondía a esa imagen. No parecía de ninguna manera un duque. Su ropa no era de raso ni de terciopelo. Por el contrario, llevaba unos pantalones tan viejos que se podían ver las costuras en los costados, sobre todo las que se estiraban sobre su abdomen, y una camisa blanca sin el menor rastro de satén. Hasta llevaba las mangas arremangadas, como si estuviera a punto de ponerse a trabajar en los establos.

La voz de aquel hombre tampoco tenía nada de aristocrática. Era bastante agradable, pero ronca y brusca. Y tenía arrugas alrededor de sus ojos, aunque no podía contar más de treinta y cinco años. Una vida disipada, ésa era la impresión que daba. No la de ser un mujeriego. Tess podía detectar a un mujeriego a distancia, y aunque el duque las había mirado con interés a todas ellas, sus ojos no delataban ni una sola chispa de admiración por su condición de mujeres.

Y con todo, a pesar de su pelo alborotado, de su rostro disipado y de su ropa vieja, a pesar de todo ello, no asustaba ni lo más mínimo.

Tess sintió que el ajustado nudo de su pecho comenzaba a aflojarse, aunque sólo un poco.

Aquel hombre fornido que había contratado a cuatro niñeras para cuatro niñas pequeñas y que nunca estaba sin su copa de brandy… no era alguien al que había que temer.

Con los ojos clavados en el lino gastado de la manga de su camisa, Tess le dijo:

—Quiero agradecerle que haya aceptado ser nuestro tutor, Señoría —Tragó saliva con fuerza, pero tenía que decirlo. —Mi padre no era un hombre previsor, y a veces pudo resultar una molestia a quienes lo conocieron.

El duque se mostró realmente sorprendido.

—Pero no debe ni pensarlo, querida.

—Lo digo en serio —insistió Tess—. Yo…

—Yo también lo digo en serio —replicó el duque—. Debo de haber sido designado tutor en, por lo menos, veinte testamentos, señorita Essex. Al fin y al cabo, soy duque, y nunca se me ha pasado por la cabeza la idea de rechazar semejantes demandas.

—Oh —reaccionó Tess, profundamente sorprendida. Parecía que su padre no era el único hombre que se había aprovechado de una relación meramente superficial con Holbrook.

Él le dio un golpecito en la mano, como si fuera un pariente de edad madura.

—No se preocupe, señorita Essex. Estoy seguro de que podremos resolver este asunto de la tutela entre nosotros. No va a ser demasiado difícil encontrar una institutriz para la joven Josie. Encontrar una dama de compañía con la que podamos convivir puede que requiera un poco más de atención. Pero no hay nada por qué preocuparse.

Para el atribulado espíritu de Tess, la preocupación había sido la única emoción de los últimos meses, la mayor parte de los cuales había pasado debatiéndose entre la posibilidad de que su tutor fuera un hombre razonable y amable o, por el contrario, de que se tratara de un loco por los caballos con poco seso. Y ante cada nervioso interrogante que se planteaba, Tess

se decía a sí misma con firmeza: «Estoy segura de que será un caballero digno de confianza. Después de todo, papá lo escogió con muchísimo cuidado».

Pero en su fuero interno sabía muy bien que eso no era cierto. En su lecho de muerte, su padre la había cogido de la mano, y le había dicho:

—No te preocupes, Tess. Tengo a un hombre excelente para que cuide de todas vosotras. Se lo pedí poco después de que el pobre Monkton muriera el año pasado. Conocí a Holbrook hace mucho tiempo.

—¿Por qué nunca nos ha visitado, papá?

—Nunca más volví a verlo —había respondido su padre. Se le veía tan blanco sobre la almohada que el corazón de Tess se había encogido por el miedo—. No te preocupes, hija. He visto su nombre mencionado una y otra vez en el *Sporting Magazine*. Él cuidará bien de *Wanton*, *Bluebell* y los demás. Dijo que lo haría. Me escribió para confirmarlo. Y le envié a *Starling* para sellar el trato.

—Estoy segura de que lo hará, papá —había dicho Tess, dejando la débil mano de su padre con un apretón cariñoso, pues pareció haberse quedado dormido. De modo que el tal duque se iba a ocupar de cuidar con todo mimo a los amados caballos del padre, pero ¿qué haría con las hijas?

Pero él abrió sus ojos otra vez.

—Estaréis bien cuidadas y protegidas con Holbrook, Tess. Te ocuparás de tus hermanas por mí, ¿verdad?

Ella cogió otra vez su mano apresuradamente, tratando de contener las lágrimas.

—Siento que te estoy mirando a través de una tormenta de nieve —había dicho él, con una voz que era apenas un susurro.

—Oh, papá —murmuró Tess—. Te quiero.

Él sacudió la cabeza, como si quisiera hacer acopio de todas sus fuerzas.

—Pronto veré a tu madre, no tengo duda. —Una débil sonrisa se dibujó en su cara. El padre de Tess siempre había sabido disfrutar de la expectativa de algún acontecimiento feliz. A veces la joven pensaba que era más dichoso la semana antes de una gran carrera, cuando tenía algo que esperar, que cuando había ganado alguna competición. Claro que ése era un caso que no se había dado con frecuencia.

—Sí, papá —susurró, secándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Mi muchacha —dijo él, y la hija no supo si estaba hablando con ella o con su madre. Luego continuó—: No olvides que a *Wanton* le gustan las manzanas hervidas aplastadas. —Y repitió una vez más—: ¿Cuidarás de todos como si fuera yo, Tess?

—Por supuesto que lo haré, papá. En cuanto lleguemos informaré a Su Señoría de los problemas de estómago de *Wanton*.

—No me refería a eso, Tessa —aclaró su padre, y aquella sonrisa era para ella, no para su madre—. Annabel es demasiado hermosa, lo sabes. Y la dulce Josie. —Se produjo un momento de silencio y luego añadió—: Maitland no es el hombre adecuado para Imogen. Es muy alocado ese muchacho.

Las lágrimas corrían por las muñecas de Tess.

—Tú eres… —Se le entrecortaba la voz, como si hablara en sueños, y luego continuó—. Tess. Esas manzanas…

Enseguida se quedó dormido. Y aunque ella y sus hermanas le estuvieron hablando de los establos hasta quedar roncas, e incluso Josie había llevado al dormitorio una fuente con humeantes manzanas hervidas pensando que ese olor podría reanimarlo, el padre no despertó. Después de algunos días, partió en medio de la noche.

El funeral pasó como un sueño gris. El primo regordete que había heredado la propiedad apareció con una esposa chillona y dos tías solteronas pisándole los talones. Tess hizo sus mayores esfuerzos para hacer que se sintieran cómodos en una casa en la que ni siquiera había

un colchón de plumón decente. Cuando el secretario del duque llegó finalmente para anunciarles su destino, sólo a duras penas logró contenerse para no gritar mil preguntas sobre su amo, decidida a esperar pacientemente. Cuando aquel secretario pasó toda la primera semana de su visita organizando las cosas para que los caballos de su padre fueran enviados a Inglaterra con todas las comodidades posibles, todas aquellas preguntas se le antojaron superfluas. Los animales partieron mucho antes que ellas. ¿Podía el desconocido tutor haber expuesto con más claridad cuáles eran sus prioridades?

De modo que mientras tranquilizaba a Josie y le decía a Imogen que dejara de hablar de Draven Maitland o la estrangularía con la única cinta que Annabel había dejado, Tess se preocupó y se preocupó, hasta que el pesar acumulado en su pecho pareció convertirse para siempre en una piedra.

Sintió de pronto que no quería tener nada que ver nunca más con ningún hombre tan fanático como su padre de los caballos. Y le resultaba exasperante descubrir que su futuro y el de sus hermanas estaban completamente en manos, precisamente, de un hombre semejante. Esto la llevó a pensar cosas terribles de su querido padre, lo cual, a su vez, la hizo sentir culpable, y la culpabilidad la volvió irritable.

En ese momento, al mirar al duque de Holbrook, no le cupo duda de que su tutor era, efectivamente, un loco por los caballos. Aunque con ese pelo y esa ropa, también puede que fuera simplemente un loco común y corriente, sin necesidad de otros calificativos.

Pero era amable también. Y no era lujurioso.

No parecía tener el desinterés de su padre respecto a las comodidades necesarias para las jóvenes. Por otra parte, no tenía ninguna obligación de invitarlas a vivir en su casa, ni de tratarlas como verdaderas parientes.

Tal vez se había apresurado un poco. Quizás… sólo quizás… todos los hombres no estaban locos de la misma manera.

Capítulo tres

Algunas horas después, Tess estaba tendida debajo del paño húmedo que el ama de llaves del duque en persona había puesto sobre sus ojos. El ligero olor a limones flotó en el aire hacia su nariz. Podía escuchar los sonidos de una casa grande en plena actividad alrededor de ella. No era el sonido vacío de la casa de su padre, marcado sólo por el golpeteo seco de las botas sobre el piso desnudo (su progenitor había vendido las alfombras hacía mucho tiempo), sino el murmullo suave que se añadía al olor de los muebles frotados con aceite de limón, las sábanas secadas al sol y el mullido colchón al que, sin duda, se le daba la vuelta en cada estación.

—Ha llegado el momento de un consejo de familia —dijo una alegre voz. El extremo de la cama se hundió cuando Annabel se sentó.

Tess levantó la tela que le cubría los ojos y espió a su hermana.

—Acabo de echarme —objetó.

—No. No es verdad —replicó la joven—. Has estado repantingada como un pudín de ciruela bajo un paño durante al menos dos horas, y debemos hablar antes de vestirnos para la cena. Aquí vienen Josie e Imogen.

Las muchachas se sentaron en la cama, como si estuvieran en la alcoba de Tess en la casa paterna, donde habían pasado muchas noches acurrucadas bajo las mantas para protegerse del frío, hablando sin cesar del futuro y del padre y sus caballos.

—Muy bien —susurró Tess, bostezando.

—Me casaré con él —anunció Annabel, una vez que todas estuvieron cómodas.

—¿Con quién? —quiso saber Tess. Dejó el paño sobre la mesilla de noche y se sentó recostada sobre las almohadas.

—¡El duque, por supuesto! —respondió Annabel—. Obviamente, una de nosotras debe convertirse en la duquesa, ya que no parece haber ninguna a mano. Duquesa de Holbrook. El hombre no está casado, aunque…

—Holbrook puede muy bien estar comprometido para casarse —señaló Imogen—. Pensad en Draven.

Lord Maitland había estado comprometido durante dos años o más, sin dar la menor muestra de interés por avanzar hacia el altar.

—Lo dudo —insistió Annabel—. Y si no está comprometido, me casaré con él. De esa manera, mi marido podrá daros excelentes dotes a cada una de vosotras. Quizás no os caséis tan bien como yo, hermanitas, ya que hay sólo ocho duques en toda Inglaterra, sin contar a los duques reales. Pero encontraremos pretendientes con título para cada una de vosotras.

—¡Vaya sacrificio! —dijo Josie mordazmente—. Supongo que te leíste el *Debrett's* de cabo a rabo para averiguar los nombres de esos ocho duques.

—Me ocuparé de ello con ahínco —continuó Annabel—. Además, dado el aspecto de nuestro tutor, considero que es un sacrificio. Ese hombre decididamente tendrá una buena panza antes de llegar a los cincuenta, si no se cuida.

Imogen puso los ojos en blanco, pero Josie intervino antes que ella.

—¿Sacrificio, Annabel? ¡Te casarías con un hombre de ochenta años, si ello te convirtiera en duquesa! Su Señoría —añadió como refuerzo.

—¡Ciertamente no lo haría! —replicó Annabel. Luego se rió—. Bien, sólo si el hombre fuera muy, muy rico.

—No eres más que una coqueta cazafortunas —observó Josie—. ¿Y quién nos asegura que este duque es más rico que papá? Después de todo, papá era vizconde, pero su título no valía nada en lo que al bolsillo se refiere.

—Si Holbrook no tiene dinero, no me casaré con él —concluyó Annabel con un leve estremecimiento—. Prefiero matarme antes que casarme con un hombre tan pobre como papá. Pero no seas tonta, Josie. ¡Mira esta casa! Holbrook debe de ser un hombre rico.

—No seas irrespetuosa con tu padre —intervino enérgicamente Tess—. Annabel, realmente, puede que el duque esté prometido, y sería mejor no pensar de una manera tan impropia del hombre que ha sido tan amable como para aceptar ser nuestro tutor.

Annabel levantó una ceja y sacó un espejito de su bolsa de mano.

—Entonces, quizás le obligue a romper ese compromiso —dijo mientras frotaba sus labios con unos restos de cosmético que había comprado en el pueblo antes de que salieran de Escocia.

—Eres desagradable —dijo Josie.

—Y tú eres una tonta —replicó Annabel—. Estoy siendo práctica. Una de nosotras tiene que casarse, y pronto. Imogen lleva diciendo desde hace dos años que quiere hacerlo con Maitland, y Tess no ha hecho el más leve esfuerzo por casarse con nadie, de modo que sólo quedo yo. Una de nosotras tiene que casarse y llevar a las otras a su mansión. Eso fue lo que siempre dijimos.

—¡Tess podría casarse con quien ella quisiera! —aseguró Josie con firmeza—. Es la más hermosa de nosotras. ¿No estás de acuerdo, Imogen?

Ésta asintió con la cabeza, pero tenía los brazos alrededor de sus rodillas y era obvio que no estaba prestando la menor atención a la conversación.

—Puede casarse con cualquiera, menos con Draven, por supuesto —dijo en tono soñador—. Imaginaos, tal vez pueda verlo en cuestión de horas… o de minutos, la verdad. —Annabel hizo caso omiso de su comentario, que era más o menos lo que venían haciendo las muchachas en los últimos dos años cada vez que Imogen mencionaba el nombre de Maitland—. Estoy de acuerdo contigo respecto a la belleza de Tess —coincidió con Josie—, aunque los hombres no tienden a casarse con chicas pobres que no muestran ningún interés por ellos. Pero yo estoy interesada en el matrimonio. Muy interesada.

—¡En la institución, no en el posible marido! —replicó Josie.

Annabel se encogió de hombros.

—Imogen es tan romántica que alcanza para todas nosotras. La culpa es de papá. Me hizo llevar los libros de cuentas durante todos estos años, y ahora los números flotan ante mis ojos cada vez que pienso en el matrimonio.

—Él no te obligó exactamente a llevar los libros —intervino Tess, sin demasiada energía. Estaba ya cansada de defender a su padre de los ataques de Annabel, pero Josie se tomaba muy a pecho cualquier crítica a su padre. No había ninguna manera de ocultar el hecho de que su progenitor había descubierto que, a sus trece años, Annabel tenía una facilidad asombrosa con los números y, en consecuencia, había descargado toda la contabilidad financiera de la propiedad sobre sus frágiles hombros.

—Lo importante es que ya no seguiré llevando los libros. No quiero volver a pensar en números, billetes o facturas sin pagar nunca más en mi vida. Gracias al cielo, los hombres son suficientemente tontos como para pasar por alto mi falta de dote.

—Podrías tratar de mostrar alguna modestia —la azuzó Josie.

—Y tú podrías tratar de madurar un poco —replicó Annabel. —No soy presuntuosa. Sólo soy práctica. Una de nosotras debe casarse y yo tengo atributos que aturden lo suficiente a los hombres como para que pasen por alto la falta de dote. No voy a fingir ante vosotras tres que poseo las virtudes propias de una dama porque carezco de ellas por completo. Es demasiado tarde para ello. Si papá de verdad hubiera querido que pensáramos como damas, no nos habría educado para hacer precisamente lo contrario.

—¡Papá deseaba que nosotras fuéramos damas! —protestó Josie—. Él nos enseñó a hablar tal como lo hacen las damas inglesas, ¿no?

—Tonterías —reaccionó Annabel, pero no había enojo auténtico en su voz, sólo una divertida aceptación—. Josie, si a papá le hubiera interesado algo el futuro o la educación de sus hijas, nuestras vidas habrían sido muy diferentes. En primer lugar, no habría hecho sus necesidades en la bacinilla en el mismo comedor.

—¡Annabel! —intervino Tess—. Baja la voz.

Pero Annabel sólo mostró una gran sonrisa.

—No te preocupes —dijo—. Pienso imitar todas las virtudes propias de las auténticas señoras, por lo menos hasta una semana después de haber convencido a algún aristócrata cabeza hueca para que se case conmigo y me dé las llaves de sus riquezas.

Tess suspiró. No era fácil ser la hermana mayor de Annabel, con su sorprendente pelo cobrizo y su descarada convicción sobre su propia magnificencia. El problema era que ella e Imogen parecían las princesas del cuento de hadas *Rosa alba y rosa carmín*.

—Bien, pero no tienes que centrarte sólo en Holbrook —observó—. No creo que pueda ser el mejor marido del mundo.

—Con que sea suficientemente rico basta para que sea bueno. Francamente, no puedo casarme con cualquiera —explicó Annabel—. Tengo gustos muy caros. —Saltó de la cama y se miró detenidamente en el espejo—. Está claro que no he tenido la oportunidad de satisfacer esos gustos, pero estoy segura de que serán muy costosos cuando por fin lo consiga. Por supuesto, no tengo ninguna objeción en considerar al conde de Mayne, siempre y cuando dé muestras de tener el riñón tan bien cubierto como nuestro tutor.

—Estás escandalizándonos por el puro gusto de hacerlo —la reconvino Tess.

Annabel hizo caso omiso de ella, como había hecho oídos sordos a todos los consejos que le había dado para que adoptara el comportamiento propio de una dama.

—El duque es mejor apuesta. Tiene un título más importante. Lo conseguiré —anunció decidida—, luego iré directamente a Londres. A partir del momento en que me case, no llevaré nada más que seda sobre mi piel.

—Hay una palabra que describe a mujeres como tú —observó Josie.

—Y esa palabra es «feliz» —completó Annabel. Era difícil ofenderla, aunque su hermana menor se empeñaba en ello con ahínco. Annabel era demasiado… Annabel. Demasiado segura de sí misma, demasiado apasionada, demasiado sensual, demasiado amorosa. Demasiado deseada—. Apenas puedo creer que hayamos podido encontrar la manera de salir de aquel pueblucho atrasado para estar ya casi en Londres finalmente. Tengo que admitir que en ocasiones he estado a punto de perder las esperanzas. Los planes de papá, después de todo, nunca llegaron a nada, por más que él siguiera prometiéndonos que nos llevaría a Londres para la temporada.

Hasta donde Tess podía darse cuenta, aunque juzgando por su apariencia ella y Annabel eran sin duda suficientemente parecidas como para que las reconocieran como hermanas, el efecto que producían en los hombres era completamente diferente. Había algo en Imogen y Annabel que llevaba a los hombres a un estado cercano a la imbecilidad cuando estaban ante cualquiera de ellas. Pero ese algo, sea lo que fuere, Tess parecía no tenerlo. Todas ellas eran hermosas, gracias a la madre, que había sido la debutante más encantadora de Londres hasta que se echó en los brazos de un vizconde escocés, loco por los caballos y prácticamente arruinado. Pero Tess nunca había provocado que nadie se quedara tartamudeando, o directamente mudo, en su presencia como ocurría con Annabel e Imogen.

Tess a veces pensaba que el problema era que ella no sólo se parecía a su madre, sino que la recordaba. Annabel nunca hablaba de su madre, e Imogen y Josie eran demasiado pequeñas como para tener recuerdos claros. Pero Tess recordaba, y recordaba. Y de algún modo, desde la muerte del padre, todo ello se amontonaba en su corazón… Echaba tanto de menos a su madre que le dolía el pecho, y luego extrañaba a su padre con el mismo latido de dolor.

—Ahora bien, si me caso con el duque —dijo Annabel con decisión—, una de vosotras debe casarse con ese conde que nuestro tutor tan previsoramente nos ha presentado.

—Mejor el conde que el duque —intervino Imogen—. No creo que Holbrook se haya peinado desde el martes pasado. Y no lo digo porque quiera casarme con alguno de ellos.

—Soy demasiado joven para casarme con nadie —afirmó Josie con satisfacción—. E incluso si no lo fuera, el conde de Mayne nunca querría desposarse con alguien como yo. Resulta un tanto arrogante, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso de «alguien como yo»? —preguntó Tess—. Tú eres muy hermosa, Josie. Sería muy afortunado si se casara contigo.

—¿Con una perdiz regordeta? —insistió Josie con una pizca de vergüenza en su voz.

—Papá lo dijo en plan cariñoso, no como una descripción —explicó la mayor, maldiciendo en silencio a su padre, para de inmediato elevar una oración también silenciosa pidiendo perdón por su impulso.

—¿Oísteis que Su Señoría dijo que invitaría a lady Clarice para que fuera nuestra dama de compañía? —dijo Imogen, cambiando súbitamente de asunto para pasar a su tema favorito de conversación—. Lady Clarice es la madre de Draven. ¡Su madre! Seguramente lo veremos a menudo. Y si le gusto a ella…

—El hecho de que la madre de Maitland exista no modifica el hecho de que su prometida también exista —señaló Josie.

—Yo sé que el corazón de Draven no está comprometido en esa unión —aseguró Imogen con un tono áspero—. Pensadlo bien: ha estado comprometido durante más de dos años, sin hacer nada para seguir adelante.

—No me gusta ser tan dura —se disculpó Annabel—, pero probablemente haya mucho dinero de por medio en un juicio por incumplimiento de promesa. Y Maitland nunca ha considerado que el dinero fuera para otra cosa que para alimentar sus cuadras. ¿Crees realmente que te elegiría a ti en lugar de a sus caballos?

Imogen abrió la boca y luego se quedó en silencio.

—Basta —ordenó Tess, incorporándose y retirando la colcha—. Debemos vestirnos para la cena.

—Yo bajaré al salón sólo un momentito para conocer a nuestra dama de compañía —especificó Josie—. Luego, la señora Beeswick va a servirme una cena informal en la sala de estudio. Estuve allí mientras dormías y está llena de libros. ¡Libros maravillosos!

Tess la abrazó.

—Eso es magnífico, querida. Y el duque me dijo que contrataría rápidamente una institutriz para ti, así que es posible que hasta puedas comenzar las lecciones muy pronto. Sería estupendo que una de nosotras recibiera una buena educación. Imogen, no debes permitir que lady Clarice siquiera sospeche de tu debilidad por su hijo.

—¡No soy tan estúpida! —Imogen saltó de la cama. Se soltó el pelo, que cayó por su espalda con un zigzagueante brillo de seda negra—. Lo único que te suplico es que no me pidas que me case con otra persona que no sea Draven. Ni el duque ni el conde. Estoy segura de que…

—Oh, no —se lamentó Josie—. ¿No puedes aceptar que Maitland no está disponible, Imogen?

—No estoy de acuerdo —respondió Imogen tercamente—. ¿No recuerdas aquella vez que me las arreglé para caer de un árbol a los pies de Draven y él me tomó en sus brazos? —Un temblor la recorrió—. Fue algo encantador. Es tan fuerte.

—Sí, pero… —intentó decir Josie, pero Imogen se le adelantó.

—Creí que no iba a poder ver a Draven hasta que viajáramos a Londres, pero hete aquí que vive al lado. ¡Y su madre será nuestra dama de compañía! —A Imogen le relucían los ojos de entusiasmo—. ¡Obviamente, es cosa del destino! Estamos hechos el uno para el otro.

—Me parece que no hemos tenido en cuenta la posibilidad de que nuestra hermana se hubiera golpeado la cabeza en aquella caída —comentó Josie dirigiéndose a Annabel y a Tess.

Ésta última suspiró. Para todas ellas era evidente que a Maitland no le interesaba lo más mínimo Imogen, y era igualmente obvio que la muchacha no toleraría casarse con nadie que no fuera él. Tess o Annabel tendrían que cuidar de Imogen hasta que finalmente su hermana menor abandonara aquella adoración infructuosa.

—¡Nuestro matrimonio está predestinado en las estrellas! —declaró Imogen, mostrándose tan dramática como cualquier heroína de melodrama.

Annabel estaba de pie ante el espejo, arreglándose el pelo color miel para que cayera sobre sus hombros.

—Querida hermana —dijo, a la vez que lanzaba una mirada divertida a Imogen—, sigue tú con tus ideas acerca de cómo se arman los matrimonios y yo seguiré con las mías. Por todo lo que he visto, las mejores bodas son las que se celebran entre personas prácticas, que se casan por razones prácticas y con un razonable grado de confianza en la compatibilidad.

—Hablas como un abogado —replicó Imogen.

—Como un contable —le corrigió Annabel—. Papá me convirtió en contable, lo que significa que no puedo evitar ver la vida como una serie de negociaciones, de las cuales el matrimonio es la más importante. —Se miró al espejo con una sonrisa y se enroscó el pelo en un gran rodete brillante sobre la cabeza—. ¿Parezco una duquesa? —Adoptó una pose—. ¡Dejad paso a la duquesa!

—¡Dejad paso a la gansa número uno! —se burló Josie lanzando un gritito para luego correr hacia la puerta mientras Annabel trataba de golpearle el trasero con un cepillo.

Capítulo cuatro

A Imagen no le temblaban las manos. Estaba muy orgullosa de ello. Cualquier otra muchacha en esas circunstancias estaría temblando como una hoja: estaba a punto de encontrarse por primera vez con su futura suegra, y tal vez hasta podría ver también a Draven…

Se cepilló el pelo hasta que éste crepitó y se pellizcó las mejillas hasta parecer que tenía fiebre, y luego ensayó unas cuantas sonrisas recatadas ante el espejo. No había razón para estar nerviosa, dado que evidentemente era el destino quien los había reunido. Ensayó su sonrisa una vez más. Debía usar sólo el gesto adecuado cuando conociera a la madre de Draven: una sonrisa que no fuera mezquina, ni socialmente agresiva, que no reflejara ninguna de las cualidades no deseadas en una nuera. Decidió adoptar una expresión adorablemente tímida y muy juvenil.

Le llevó algo de tiempo (ser adorablemente tímida no era una de las características naturales de Imogen), pero al final se sintió bastante segura del éxito. Si simplemente curvaba un poco los bordes mismos de la boca y dejaba que la sonrisa vacilara en sus labios, su aspecto era idéntico al de la dulce e inocente Julieta. Trece años, como máximo.

Josie asomó la cabeza por la puerta precisamente cuando Imogen realizaba una reverencia profunda a la vez que tímida ante el espejo.

—Puedes estar segura —dijo Josie en su habitual tono mordaz— de que tu querido Maitland se habrá ido a las carreras. De modo que puedes ahorrarte tus miradas de adoración.

Imogen no se molestó en decirle a Josie que ya había pensado en eso ella misma. Si había una carrera en ochenta kilómetros a la redonda, Draven no se habría quedado en su casa. No era el tipo de hombre que estaba atado a las faldas de su madre. No señor, él era un joven caballero con vida propia fuera del hogar.

—No veo qué es lo que te atrae tanto de Maitland, la verdad —continuó Josie de manera desagradable.

Imogen se volvió a su espejo e hizo otra reverencia. No era problema suyo el hecho de que sus hermanas no pudieran ver las evidentes virtudes de Draven. ¡Eran tantas las que le adornaban que resultaba difícil catalogarlas y se amontonaban desordenadas en su mente! Por supuesto, era apuesto, con un desenfadado aire de peligrosidad. Conducía sus caballos con extrema precisión y siempre daba la impresión de tener un látigo en la mano, incluso cuando estaba en la iglesia. El solo hecho de pensar en él la hizo sentirse mareada de placer.

—Harías bien en no provocarme —le dijo a su hermana menor, pasando rápidamente junto a ella al salir por la puerta—. Algún día comprenderás lo que es el amor y, hasta entonces, no tenemos necesidad de hablar más del asunto.

Tenían la impresión de haber estado sentadas durante horas en el salón cuando finalmente la puerta se abrió y Brinkley anunció:

—Lady Clarice Maitland.

En el umbral apareció una dama vestida con la máxima elegancia, la cabeza inclinada hacia un costado y sus manos haciendo toda clase de elegantes círculos antes de siquiera decir una palabra. Su nariz era estrecha y alargada y parecía finamente cincelada, haciendo juego con sus altos pómulos. Se la veía cuidadosamente arreglada, mordaz y con el aplomo que da una inmensa fortuna.

—¡Holbrook, querido! —trinó mientras atravesaba la puerta ante el mayordomo—. No es necesario que anuncie a mi hijo, Brinkley, somos absolutamente miembros de la familia.

El caballero que apareció junto al hombro de Brinkley hizo que a Imogen el corazón le dejara de latir durante un segundo completo antes de volver a funcionar otra vez.

Era excepcionalmente apuesto, con su amplia mandíbula cuadrada, la pequeña hendidura en su barbilla, los ojos almendrados… Ella se puso de pie, pero sintió que sus rodillas no podían sostenerla.

—Recuerda, ¡ese hombre está comprometido! —susurró Tess mientras se adelantaban para hacer una reverencia ante lady Clarice.

Por supuesto, un saludo distante era todo lo que Draven se merecía. Estaba comprometido con otra, a pesar de los deseos expresados ante innumerables tréboles de cuatro hojas y estrellas fugaces en los dos últimos años, desde que lo había visto por primera vez. A su pesar, sintió que su boca se abría en una sonrisa que no tenía ni una sombra de timidez.

—Me llamó usted en el momento oportuno —dijo lady Clarice casi gritando mientras extendía la mano para que el tutor de las jóvenes se la besara—. Estaba a punto de irme a Londres a ver a mi modista cuando recibí su invitación. ¡Afortunadamente, consideré que su estado era mucho más delicado que el mío! Y éstas deben de ser sus pupilas.

Lady Clarice llevaba el vestido más hermoso que Imogen jamás hubiera visto. Estaba hecho de una tela de seda tejida en diagonales de intenso color carmesí con tres hileras de cintas formando una delicada guirnalda a lo largo del dobladillo.

Las tres jóvenes llevaban los horribles vestidos de luto, hechos de sombría seda negra con sólo una estrecha cinta de encaje blanco en el cuello, regalo de la costurera del pueblo, quien dijo que no podía verlas partir hacia las salvajes tierras de Inglaterra sin adorno alguno, sin importarle que no pudieran pagar.

Lady Clarice llevaba encaje en abundancia en el tocado, ribeteando las mangas del vestido y en el minúsculo bolso, pero su cara angulosa aguantaba bien aquel recargamiento. Imogen parpadeó, tratando de apartar aquel pensamiento de su mente. Ella era *la madre* de Draven.

Mientras ella y Tess se inclinaban en recatadas y profundas reverencias, Imogen miraba las botas de Draven. Hasta sus botas eran hermosas, de un costoso cuero marrón, tan brillante y perfecto como él.

—Permítanme que les presente a mi pupila, la señorita Essex —estaba diciendo el duque—, y a una de sus hermanas, la señorita Imogen. Les agradecemos mucho su amable ayuda.

Lady Clarice las miró detenidamente, como si se tratara de monstruos de feria.

—No puedo imaginar en qué estaba pensando vuestro padre al enviaros aquí sin… —lanzó a medias un gritito y luego hizo una pausa—. ¡Pero, por supuesto! Vuestro padre ya no está en este mundo, ¿verdad? Por lo tanto no podía pensar en damas de compañía. —Las miró con una sonrisa radiante.

Imogen abrió la boca y la cerró otra vez. Iba a encontrarse con los ojos de Draven de un momento a otro. «Está comprometido», se dijo a sí misma una vez más. Él le había dicho claramente que no tenían futuro los dos juntos. Pero entonces…

—¿Dónde están las otras dos niñas? Me dijo que eran cuatro, ¿no es cierto, Holbrook? —chilló lady Clarice—. Sus pupilas son cuatro, ¿verdad?

El duque reaccionó visiblemente y se volvió después de saludar a Draven.

—En efecto, son cuatro —confirmó pasándose la mano por el pelo.

Tess le hizo señas a Annabel, que estaba en un extremo del salón, coqueteando con el conde de Mayne, y luego a Josie, que se escondía detrás del piano.

—¡Pero mire usted a estas cuatro jovencitas! —gritó lady Clarice, una vez que estuvieron todas formadas en una fila—. ¡Exquisitas! No tendrá usted ningún problema para colocarlas, Holbrook. Yo diría que por lo menos podemos conseguir a un lord. ¡Y tal vez algo mejor, queridas mías, quizás algo mejor! Uno debe pensar en estas cosas de manera positiva. Por supuesto, hay algunas cosas por hacer. —Lady Clarice continuó sin detenerse siquiera para respirar—. Vuestros vestidos son lamentables, naturalmente. Hay lutos y lutos, queridas,

si se comprende lo que quiero decir. Pero los escoceses no tienen la menor idea de cómo vestirse ni nunca la han tenido. En estos tiempos, ni siquiera me acercaría a la frontera. ¡Se me pone el pelo de punta sólo de pensarlo! —Complacida, acarició sus bucles rojizos.

Josie hizo una reverencia y retrocedió hasta ocultarse detrás del piano, donde fingió mirar partituras musicales. Pero dado que a su padre jamás se le había ocurrido contratar a ningún profesor particular de música, Imogen, precisamente ella, sabía que lo hacía sólo para disimular. Sólo esperaba que al duque no se le ocurriera pedirle a Josie que tocara algo para ellos.

—Una dieta de huevos duros y coles hervidas servirá para mejorar la figura de tu hermana menor —susurró lady Clarice a Tess en voz lo suficientemente alta como para que todos pudieran oírla—. Yo era igual que ella cuando tenía su edad, aunque no lo parezca. ¡Y vean ustedes, de todos modos pude pescar a un barón! Tal vez vosotras no podáis aspirar a tanto, pero estoy segura de que un lord es una buena posibilidad. Incluso la pequeña regordeta puede llegar a conseguir un buen marido, con la ayuda de una modista.

Tess entrecerró los ojos y abrió la boca, pero Holbrook estaba allí, ante ella, adoptando súbitamente un tono muy ducal.

—Josephine tiene una figura que muchas otras damas jóvenes envidiarían.

Lady Clarice le dirigió una sonrisa dulzona y se rió tontamente.

—Muy cierto, Señoría. No debe perder la esperanza de colocar a las cuatro. ¡Hay hombres que prefieren gallinitas regordetas, como suele decirse!

Imogen comenzó a sentir que su buen ánimo decaía. La esperanza de que quizás lady Clarice permitiera que su hijo se casara por amor se debilitaba por momentos. Parecía que aquella mujer no había aprendido el significado de la palabra amor, y que, de haberlo hecho, en ningún caso estaba dispuesta a alentar ese tipo de emoción.

—¡Y ahora debo presentaros a mi hijo! —anunció lady Clarice arrastrándolo hacia adelante—. Aunque, mis queridas niñas, debo advertiros que mi Draven está comprometido con otra dama. —Se rió tontamente con breves chillidos estridentes—. De todas maneras, haremos todo lo posible para conseguiros a alguien igualmente apropiado. Señorita Essex, señorita Imogen, os presento a mi hijo, ¡lord Maitland!

Imogen hizo una reverencia, gesto que repitió Tess junto a ella. Sintió que una turbulencia de color le subía por el cuello.

—Ya conocemos a lord Maitland, lady Clarice —explicó Tess con cierta frialdad—. Es… era… un amigo de nuestro padre, el vizconde Brydone.

Imogen sabía que su hermana pensaba que Draven era un disoluto, y todo porque era gallardo, divertido y demasiado guapo para ser bueno, como habría dicho su niñera escocesa, en la época en que tenían una.

Draven se inclinó en una reverencia, como si nunca hubiera compartido una cena de pan y queso con ellas, cosa que efectivamente había hecho muchas veces, porque estaba tan loco por los caballos como su padre.

—Conozco a las Essex desde hace unos dos años, madre —explicó, pero sus ojos estaban fijos en los de Imogen. Le palpitaba el corazón como si fuera un pájaro encerrado en una jaula.

—¿Qué? ¡Oh! —Lady Clarice se rió—. Debéis de haberos conocido cuando mi querido Draven ha estado de caza en Escocia, ¿no? —Una cierta cautela quedó reflejada en su tono. La dama no era ninguna tonta, y las señoritas Essex eran asombrosamente bellas.

Tess captó la inflexión en el tono de lady Clarice y sintió una oleada de pánico. Si lady Clarice se llegaba a dar cuenta de la abyecta devoción de su hermana por su hijo, podría negarse a servir de dama de compañía, y entonces ¿qué harían?

—A Escocia voy a las carreras, no a cazar —corrigió Draven a su madre. En ese momento estaba inclinándose sobre la mano de Imogen y Tess notó con aprensión que miraba

a su hermana con algo de la pasión con que ella lo contemplaba a él.

—Creo que mi hijo es un jinete extraordinario —dijo lady Clarice, sin al parecer darse cuenta (para alivio de Tess) de que Annabel se había apartado de manera descortés, sin hacer una reverencia y estaba en ese momento demasiado cerca del conde de Mayne. Estaba riéndose tontamente con tal intensidad que sus rizos saltaban sobre sus hombros como corchos atrapados por la marea—. No es que yo pueda confirmarlo, pues aborrezco las actividades que requieren salir al campo. —Cuando Tess se mostró confundida, explicó—: ¡Aire libre, señorita Essex! Es terrible para el cutis asistir a esas carreras, se lo aseguro. Sólo lo hago cuando no hay más remedio. Por supuesto, mi hijo adora tanto mi compañía, es tan importante para él que yo vea a sus caballos volar hacia la victoria, que me sacrifico… me sacrifico…

«Debo de tener el cutis completamente arruinado», pensó Tess. Su padre las había estado arrastrando a las carreras desde que aprendieron a andar.

—Pero siempre he alentado a mi querido Draven a seguir sus propios gustos en estos temas —continuaba diciendo lady Clarice—. Me gusta que los hombres tengan alguna ocupación. Conozco a muchos caballeros que se pasan el día sentados y sin abandonar nunca sus sillones en el club. Terminan con muy malos modales, puedo asegurarlo. Y también —bajó su voz—… con el trasero ensanchado, si me explico bien. —Se rió pícaramente—. Aunque no debería decir estas cosas delante de ti, una muchacha soltera, aunque ya con algunos años a cuestas. Pero no debes preocuparte, querida, Holbrook tratará de colocarte en cuanto dejes el luto.

—Ahora bien, señor duque —dijo, abandonando a Tess sin hacer ni siquiera una pausa para recobrar el aliento—. ¿Qué haremos? Por supuesto que estoy más que feliz de hacer de dama de compañía de sus queridas pupilas por un día o dos, Holbrook, pero Londres me reclama. Mi modista me necesita. ¡No puedo dejar de ir! —agregó con una risita tonta—. Por eso es mi deber preguntarle, Señoría, ¿qué haremos?

El tutor de las muchachas ni siquiera parpadeó, de modo que debía de estar de acostumbrado al estilo de conversación de lady Clarice. Al no tener ella misma ese placer, Tess podía sentir que se avecinaba un dolor de cabeza terrible. Notó que alguien le tocaba delicadamente el codo.

—¿Le gustaría dar una vuelta por el salón, señorita Essex? —Allí estaba el conde de Mayne sonriéndole.

—Lo haría —respondió—, pero… —y miró desesperadamente hacia donde estaba Imogen, conversando con lord Maitland. Seguro que no era su imaginación la que le decía que había algo extremadamente íntimo en la manera en que él le sonreía, algo demasiado complaciente en la forma en que sus dedos reposaban sobre la piel desnuda de ella, exactamente por encima del codo.

El conde siguió su mirada.

—Rafe —dijo en un tono bajo y agradable que interrumpió el murmullo chillón del discurso de lady Clarice—, probablemente nuestros invitados estarán hambrientos. ¿Podríamos pasar al comedor a cenar?

El tutor de las jóvenes arrastró de inmediato a lady Clarice fuera del salón y su torrente de conversación levemente hiriente se desvaneció cuando doblaron la esquina hacia el comedor.

—¡Imogen! —llamó Tess, tratando de mantener un tono dominante, pero en absoluto maternal. Luego se volvió hacia el conde y puso su mano sobre el brazo de él.

Él la miró durante un momento y Tess vio una sonrisa ocultándose en algún lugar de sus ojos. Después le tomó la mano y se la llevó a sus labios.

—Si usted insiste —aceptó el caballero con suavidad.

Tess parpadeó. ¿Sería posible que estuviera empezando a flirtear con ella?

Pero un instante después Mayne estaba haciendo comentarios amables acerca de que no había ninguna necesidad de prestar atención al protocolo entre amigos tan cercanos, mientras conducía con habilidad a Imogen fuera del salón.

—Señorita Essex —dijo lord Maitland arrastrando las palabras, volviéndose hacia ella y llevándose su mano a los labios.

«Santo cielo», pensó Tess algo desconcertada, «esta mano mía ha sido besada más veces en la última hora que en toda mi vida».

—¡Josie! —llamó, haciendo que su hermana menor se apartara del piano—, puedes retirarte a la sala de estudio ahora.

Maitland quizá era un salvaje, pero no era descortés. Cuando Josie se acercó de mala gana, hizo una reverencia.

—Señorita Josephine, está usted particularmente preciosa esta noche —dijo.

—¡Basta ya de esas tonterías! —contestó Josie bruscamente.

—¡Josie! —protestó Tess exasperada.

—Vamos, por favor —replicó Josie—. Si es sólo Maitland. —Se volvió hacia él—. Puede ahorrarse su palabrería para los demás. ¡Bien sabe usted que no soy la persona más adecuada para aguantar ese tipo de estúpida cháchara!

Tess sintió que una reprimenda le venía a los labios, pero se contuvo. Josie estaba al borde de las lágrimas. Seguramente había escuchado el comentario de lady Clarice sobre la dieta de coles y Josie era sumamente susceptible respecto a su figura.

Pero antes de que Tess pudiera decidir qué contestar, Maitland puso la mano de Josie bajo su brazo, y le dijo:

—Sabes, tengo una duda que tal vez tú puedas responder. *Perfection*, mi potra zaina…

—Recuerdo a *Perfection* —le interrumpió Josie, un poco secamente—. Tiene las patas traseras un poco largas.

—No estoy de acuerdo sobre sus patas traseras —replicó Maitland con impecable buen humor, mientras comenzaba a conducir a Josie hacia la puerta—. Pero sea como fuere, lo cierto es que tiene algo justo detrás de la silla de montar.

—¿Ha probado con loción de agua de Goulard? —preguntó la muchacha. Maitland había captado por completo su atención. Su padre le había encargado a Josie que preparara los ungüentos para las distintas dolencias de los caballos, y lo que había comenzado como una tarea pesada, se había convertido en un auténtico interés.

Tess tuvo que admitir que Maitland podía ser muy cautivador cuando se lo proponía. Lo cual no significaba que eso tuviera la menor importancia.

Sin embargo, había momentos en los que podía ver por qué Imogen lo amaba tan apasionadamente. Era bastante atractivo, con su barbilla hendida y sus ojos desenfadados. Pero no sólo estaba loco por los caballos, sino que también tenía pasión por el juego. Todos decían que no podía rechazar una apuesta, aunque eso le costara su último penique. Maitland podía comer en una zanja, si después existía la oportunidad de una buena carrera.

Igual que su padre.

Capítulo cinco

Cena

Tess estaba sentada a la izquierda del duque, que tenía a su derecha a lady Clarice. La larga mesa brillaba con los platos color granate profundo con bandas de oro en los bordes. Estaba puesta con tal despliegue de cubertería de plata que cada plato parecía estar cercado por tres de sus lados por una pequeña valla brillante. La platería reflejaba la luz de las velas y lanzaba destellos brillantes sobre las manos de los comensales.

Las cenas en la vida de Tess habían consistido en dos platos, como máximo, y, en los periodos en que su padre andaba escaso de recursos, simplemente en una pequeña pieza de ave de caza. Pero en esta ocasión los platos iban y venían con sorprendente velocidad. Un criado alto, con el pelo recogido hacia atrás, le retiraba los platos constantemente antes de que ella los hubiera siquiera probado para reemplazarlos por otros. Y luego, cuando apenas había probado el nuevo plato, éste desaparecía. El sirviente había retirado pequeños pasteles rellenos de pollo y langosta antes de que hubiera terminado de comer uno, luego apareció brevemente una sopa de tortuga y finalmente tenía delante de sí un pastel de mollejas.

La bebida espumosa en sus copas era champán. Tess había leído algo sobre el champán, pero nunca antes lo había visto. El criado le sirvió una segunda copa. Era un verdadero deleite. Burbujeaba sobre la lengua y parecía aumentar enormemente el placer del momento. Tess hasta llegó a olvidar el hecho de que ella y sus hermanas parecían otros tantos cuervos negros posados alrededor de la mesa.

—Señorita Essex —dijo su tutor cuando lady Clarice finalmente se volvió hacia el conde de Mayne—, es realmente un placer tenerla en mi casa.

Tess le sonrió. El ligero aire de agotamiento del duque lo volvía muy atractivo y el modo en que el pelo le caía sobre los ojos era un agradable contraste con la impecable elegancia de su amigo, el conde de Mayne.

—Somos tremendamente afortunadas al poder estar aquí, Señoría —respondió, y luego añadió—: más que en el cuarto de los niños.

—Decir que sois afortunadas es muy generoso, dado que ha sido la muerte de vuestro padre la que os ha traído a mi casa.

—Efectivamente —respondió Tess—. Pero, como usted sabe, papá estuvo postrado en cama durante algún tiempo antes de morir. Creo que es más feliz donde está ahora. Para papá hubiera sido una gran desgracia quedar incapacitado para montar.

—Tengo entendido que lord Brydone no despertó del coma debido a una lesión de cabeza —continuó el duque.

—Despertó varias veces —explicó Tess—. Pero no podía mover sus miembros. Si se hubiera dado cuenta, habría sufrido muchísimo.

—Efectivamente, eso hubiera sido un trance terriblemente difícil para alguien de su temperamento. Recuerdo muy bien mi primer encuentro con vuestro padre. Hace unos años él tenía un caballo que corría en Newmarket. Apenas era un simple mozalbete. Su jinete se había lastimado en una carrera anterior, de modo que Brydone saltó al caballo y lo montó él mismo.

—Puedo adivinar que el caballo no ganó —dijo Tess, sonriendo ante aquella imagen. Así exactamente era su padre, tanto por la valentía como por la inconsciencia.

—No. No. El caballo era demasiado pesado como para ganar. Pero hizo un excelente tiempo de todas maneras y la multitud entera gritaba animándole.

—Ay, papá rara vez ganó —recordó Tess sin pensarlo, sintiendo que el champán le había soltado un poco la lengua—. Me siento… me siento muy avergonzada de que le pidiera

a usted que fuera nuestro tutor, un hombre que apenas conocía a nuestra familia. ¡Fue esperar demasiado de usted, Señoría!

Pero su interlocutor estaba sonriéndole francamente. ¡Una gran sonrisa!

—Como le dije antes, es un placer. Yo ya no tengo familia propia, aparte de mi heredero, un primo segundo que es más un problema que una bendición. —Miró a su alrededor—. Y no tengo ningún plan para casarme. Así que nadie, sólo yo, disfruta de esta casa y lo que hay dentro. Y prefiero que las cosas sigan así.

Tess miró a sus hermanas, al otro lado de la mesa, tratando de verlas a través de los ojos de él. Annabel estaba chispeante, con sus ojos iluminados por el puro placer de coquetear con el conde de Mayne. Imogen resplandecía con una felicidad más sutil. Sus ojos se dirigían al rostro de lord Maitland, para luego apartarlos con un sobresalto. La única esperanza de Tess era que lady Clarice no se diera cuenta.

—Así es como debía de estar el comedor en vida de mis padres —dijo el duque—. Me temo que me he convertido poco a poco en un solitario, sin darme cuenta de ello. Lo que quiero decir es que me complace enormemente que mis pupilas tengan edad para conversar, en lugar de balbucear canciones infantiles.

—¿Por qué…? —Tess comenzó a preguntar y vaciló. ¿Estaba en lo cierto al pensar que las auténticas damas inglesas no hacían preguntas personales? Pero tenía que saberlo—. ¿Por qué ha dicho que no piensa casarse, Señoría?

Luego se dio cuenta de que el duque podría suponer que las muchachas habían estado hablando de la posibilidad de casarse con él, e incluso llegar a pensar que la misma Tess se había hecho ilusiones al respecto.

—No es… —añadió apresuradamente— que tenga algún interés personal en el asunto.

Pero Holbrook la miraba con la misma despreocupación que si fuera su hermano mayor. Estaba meridianamente claro que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que él pudiera convertirla a ella, ni mucho menos a alguna de sus hermanas, en duquesa. Annabel tendría que recurrir a otro de los siete duques si deseaba un título. O tal vez, pensó Tess al ver al otro lado de la mesa a su coqueta hermana riendo con el conde, Annabel se decidiría por recurrir al amigo de su tutor.

—Algunos preferimos ahorrarnos pasar por ese trance —explicó Holbrook—. Y me temo yo soy uno de ésos. Pero no se debe a la misantropía, señorita Essex.

—Por favor, llámeme Tess —pidió ella, bebiendo un poco más de champán—. Después de todo, ahora somos una familia.

—Estaré encantado de hacerlo —replicó él—. Pero entonces tú debes llamarme Rafe. Detesto que se dirijan a mí como «Su Señoría». ¿Te importa que te diga que estoy más que encantado de haber conseguido una familia?

Ella le sonrió y hubo un momento de perfecta armonía entre los dos, como si hubieran sido hermanos toda la vida.

—Nunca tuve una hermana —dijo Rafe, mientras asentía con la cabeza al criado, que deseaba volver a llenar de champán la copa de la joven. Estaba bebiendo una gran copa de algo dorado y sin ninguna burbuja—. Creo que es una relación muy diferente de la que uno tiene con un hermano.

Aunque la edición del *Debrett's* que ellas manejaban era de hacía dos años, en ella ya figuraba la mención al hermano del duque con la indicación «difunto» junto a su nombre. El champán que estaba tomando le produjo un frío extraño en la garganta. La sola idea de perder a una de sus hermanas era inconcebible.

—Sé que tenía un hermano —dijo ella con cierta vacilación—. Lo siento, Señoría.

—Rafe —la corrigió él—. Para ser sincero, siento que sigo teniendo un hermano. Lo que ocurre es que ya no le tengo a mi lado.

—Sé lo que quiere decir —dijo Tess impulsivamente—. Yo sigo esperando que papá

entre por la puerta. Y hasta espero a mi madre, y eso que murió hace varios años.

—Vaya un par de sentimentales que estamos hechos —dijo él, pestañeando.

Pero Tess pudo ver la tristeza en el fondo de aquellos ojos color gris azulado y sintió una oleada repentina de cariño por su desaliñado y un tanto solitario tutor.

—Ahora cuéntame qué tal es eso de tener hermanas, y en gran cantidad, además —continuó él, bebiendo otra vez.

—Las hermanas son muy buenas para tener secretos —respondió Tess—. Mis hermanas y yo tenemos montañas de secretos entre nosotras.

—¿Qué clase de secretos?

—Ahora mismo, se relacionan sobre todo con temas del corazón —explicó ella, a la vez que se preguntaba si tal vez había tomado más champán de lo que era prudente.

—Ah —exclamó él. Y añadió—: ¿Debo entonces esperar que un grupo de pretendientes escoceses llegue al umbral de mi casa?

—Sí, pero me temo que no por mí —explicó Tess, mientras se dedicaba a un plato de lenguado con una delicada salsa de crema—. En realidad, por ninguna de nosotras. Papá tenía grandes planes, ¿sabe? En cuanto ganara algún premio realmente grande, iba a llevarnos a Londres para la temporada. No prestaba atención a los requerimientos de los caballeros de nuestra zona.

—Si me perdonáis una pregunta impertinente, ¿alguna de vosotras alguna vez sintió algo por alguno de estos pretendientes? Porque seguramente esos sentimientos existían, independientemente de la voluntad de vuestro padre.

—En ocasiones —le aclaró Tess alegremente—, alguna sentía algo. Pero, como usted comprenderá, era un tanto difícil que la cosa prosperara, dadas las reticencias de papá respecto a la nobleza local.

La expresión del duque era de enorme curiosidad, lo que embriagaba de placer a Tess. ¿Cuándo fue la última vez que alguien, aparte de sus hermanas, había mostrado interés en sus opiniones?

—¿Alguna vez llegaste a conocer a alguno de aquellos pretendientes tan inadecuados? ¿Ese es uno de tus muchos secretos?

—Si lo digo —propuso ella con un breve hipo—, usted tiene que decirme también un secreto.

—El único problema será pensar en alguno —dijo él—, porque llevo una vida tediosamente correcta. Entonces, ¿hay algún joven escocés totalmente muerto de amor por ti?

—Una vez me enamoré del hijo del carnicero —confesó—. Se llamaba Nebby, y era realmente un joven encantador aunque no precisamente el candidato ideal.

—Me parece que no. ¿Qué hizo lord Brydone al enterarse de esta extraordinaria relación?

—Mi padre lo animó —explicó Tess, con una sonrisita franca.

Rafe parpadeó.

—¿De verdad?

—Pensaba que era una relación muy útil porque Nebby me regalaba cortes de carne como muestra de su cariño. Ambos —añadió— teníamos once años, de modo que mi padre no temía que aquello se convirtiera en un afecto permanente entre nosotros. La verdad es que Nebby me dejó, se casó muy joven y ya es padre de dos robustos futuros carniceros.

—¿Fue el joven Nebby el último en provocar tu afecto?

—El último —asintió ella.

Rafe se las había arreglado para engullir su cena, mientras ella se olvidaba de los platos de comida que el criado se llevaba intactos. Hizo chocar su copa de licor dorado con el champán de ella.

—Creo que tú y yo somos iguales. Imperturbables ante las tormentas del corazón.

—Ay —dijo Tess—. El amor no parece ser mi fuerte. Encuentro que el noviazgo es algo pesado, a decir verdad. —Luego se le ocurrió que a él probablemente le preocuparían esos comentarios, dado que sus obligaciones como tutor no terminarían hasta que ella se casara—. No es que yo sea contraria a la idea del matrimonio —se apresuró a decir—. No tiene usted que temer que invada su mansión para siempre. Estoy absolutamente decidida a casarme.

—¡Qué gran alivio! —dijo Rafe riéndose.

—Bien —propuso ella inclinándose hacia él—, ahora usted tendrá que contarme un secreto. Me gustaría saber qué fue lo que le convirtió en un misántropo contrario al matrimonio.

—¿Por qué razón te interesa tanto semejante trivialidad? —preguntó Rafe. A menos que se equivocara mucho, su nueva pupila estaba un tanto ebria de champán. Probablemente era responsabilidad de un tutor impedir que sus pupilas se «alegraran» de esa manera. Quizás debía reemplazar el champán con limonada. Pero odiaba la hipocresía y no tenía la menor intención de dejar su brandy. Sólo pensar en aquella posibilidad le hizo beberse de un trago la mitad de su copa.

Tess estaba hablando y atrajo su atención con un sobresalto.

—Porque si usted no me da una buena razón, dejaré que Annabel siga en la errónea creencia de que podría convertirse en duquesa de Holbrook con un simple movimiento de su dedo meñique.

El duque abrió los ojos como platos y se quedó mirando a los comensales. En ese momento, Annabel lo miró y sonrió. No había ninguna segunda intención en su sonrisa. La joven era, lisa y llanamente, una de las mujeres más hermosas que Rafe hubiera visto en toda su vida, con su pelo sedoso con el brillo suave y dorado de la seda vieja a la luz de las velas, los ojos ligeramente inclinados hacia arriba, resaltados con oscuras pestañas. Incluso con la poco atractiva ropa de luto, su apariencia era extraordinaria. Pero el duque no tenía la menor intención de casarse con ella, por espléndida que fuera.

—Annabel sería una duquesa encantadora —dijo su hermana.

Rafe entrecerró los ojos mirando a Tess.

—Veo que tienes algo de la audacia de vuestro padre. —Allí estaba Annabel, deslumbrante como una costosa joya, sentada a la mesa. Y luego estaba Tess. Sus claros ojos azules tenían la misma forma que los de su hermana, pero rezumaban inteligencia, coraje y gracia, en vez de puro afán de placer—. No tendrás ningún plan para convertirte en duquesa, ¿no? —quiso saber, preguntándose al mismo tiempo si el brandy no se le habría subido a la cabeza tal como el champán se le había subido a ella.

Tess sacudió la cabeza.

—La verdad, me parece una perspectiva un tanto aterradora —confesó él con franqueza—. A decir verdad, si tomaras alguna decisión en ese sentido, no me quedaría más remedio que huir al norte del país.

—Notable cumplido —reaccionó Tess—. Creo que me habría conmovido más si no hubiera mencionado la posibilidad de huir.

Precisamente en ese momento Brinkley entró en el comedor y se inclinó junto a Rafe.

—El señor Felton ha llegado de Londres —informó—. Se está vistiendo para cenar. Sugiero que se siente junto a la señorita Essex.

—Un amigo —explicó Rafe, volviéndose hacia Tess. Y luego, a lady Clarice—: Efectivamente, el señor Felton. Fuimos juntos a la escuela, claro que de eso han pasado ya muchos años.

—No tanto tiempo —le corrigió lady Clarice con aire de superioridad—. ¡Usted no tiene más de treinta y tantos años, Señoría, y no permitiré que se quiera hacer pasar por un anciano cascarrabias!

Tess parpadeó. Quizás el conde tenía razón y lady Clarice se imaginaba a sí misma

como la futura duquesa. Bien, si Annabel no tenía el menor reparo en imaginarse a ella misma en esa posición, ¿por qué no iban a hacerlo todas las damas viudas o solteras de la región?

La joven captó la mirada del duque, quien le dirigió una pícara sonrisa a la vez que se inclinaba para acercarse a lady Clarice, la cual había manifestado la necesidad de contarle al duque algo tremendamente gracioso que había ocurrido en la última reunión en Silchester.

Un lacayo puso un plato a la izquierda de Tess, que estaba terminando su lenguado, mientras escuchaba el parloteo de lady Clarice. La dama le estaba relatando a Rafe una graciosa situación en la que una muy querida amiga suya había perdido el broche de su corpiño en medio de un salón lleno de gente, o por lo menos eso fue lo que Tess entendió. A juzgar por la gracia que le hacía a lady Clarice repetir el episodio, uno de inmediato se quedaba con la idea de que lo que había ocurrido en realidad era que la amiga en cuestión se había olvidado de ponerse alguna prenda interior.

Después la puerta se abrió otra vez y Brinkley hizo pasar al recién llegado. «Debe de ser el champán», pensó Tess algo confusamente un segundo más tarde.

El hombre que entró en la estancia detrás de Brinkley parecía un ángel caído del cielo. Los candelabros sobre la mesa lanzaban destellos de luz que rebotaban en su pelo brillante, en su austero rostro, en la severa línea de su nariz. Vestía una chaqueta negra con solapas de terciopelo. Tenía todo el aspecto de un duque, de un auténtico aristócrata, de una adinerada criatura de la más alta alcurnia. Sin embargo, en cierto sentido, era como uno de los sementales de su padre: grande, hermoso, un ejemplar que simplemente dominaba la escena apenas atravesaba la puerta. Un hombre cuyos ojos indicaban una combinación de control de sí mismo y un ligero aburrimiento, un hombre elegante.

Un ángel caído realmente aterrador.

Capítulo seis

Lucius Felton era, como la mayoría de los hombres, un enamorado de las costumbres. Cuando llegaba a la mansión del duque de Holbrook, cosa que hacía todos los meses de junio y septiembre para asistir a las carreras de Ascot y Silchester, esperaba encontrar al duque repantigado en un sillón con una botella de licor al alcance de la mano y un ejemplar de *Sporting News* no muy lejos de él.

A veces, el conde de Mayne también formaba parte de la escena. En cualquier caso, la conversación giraba invariablemente en torno a dos temas principales: los caballos y el brandy. Todos los asuntos tediosos, como las mujeres, o los problemas financieros o las cuestiones familiares, eran evitados, no por un deseo de evadirse del mundo, sino sencillamente porque esos temas eran en verdad aburridos. Al llegar a la avanzada edad de treinta y tantos años, las mujeres ya habían demostrado ser (salvo en ciertas circunstancias) una compañía bastante pesada.

Por lo que respecta al dinero, los tres disponían de él en abundancia, y ya se sabe que sólo resulta interesante cuando es escaso. En cuanto a la familia… dado que la suya había evitado el contacto con él durante años, Lucius veía las tormentas de las de los demás con cierto interés, aunque un tanto letárgico. Pero después de que Holbrook perdiera a su hermano, habían dejado de hablar también de ese tema.

Así pues, Lucius descendió de su carruaje en Holbrook Court y miró con severidad al mayordomo cuando le informó de inmediato de que el duque se había convertido, inesperadamente, en el tutor de las cuatro hijas jóvenes y núbiles de lord Brydone, y con todavía menos placer recibió la noticia de que lady Clarice Maitland y su endemoniado hijo estaban también invitados a cenar. La presencia de Mayne era la única luz que mitigaba este preocupante giro de los acontecimientos. Seguramente Mayne pensaba hacer correr a su potra *Plaisir* en la Copa de Oro de Silchester, ocasión que constituía una buena oportunidad para que Lucius probara las patas de su propio *Minuet*, que participaba en su primera carrera.

Pero mientras Lucius se cambiaba la camisa por otra limpia en el cuarto que le había sido asignado (que no era, según advirtió con desagrado, la habitación a la que estaba acostumbrado, ya que ésa, aparentemente, había sido destinada a una de las núbiles y jóvenes señoritas), se le ocurrió que, pensándolo bien, podría pasar por alto la carrera de Silchester y dejar que su jefe de caballerizas y sus jinetes hicieran el trabajo por sí solos. Él tenía algunos dulces asuntos que lo esperaban en la ciudad. Y si la mansión del duque ya no era el bastión de camaradería masculina y comodidad al que ya se había acostumbrado, pues la presencia de todas esas mujeres indudablemente lo habría convertido en algo más almidonado y mucho menos confortable, bien podía él abandonar su propósito de asistir a la carrera y regresar a Londres por la mañana. O por lo menos a la finca de su propiedad, a una hora más o menos de la residencia del duque. No había visitado Bramble Hill en aproximadamente cuatro meses.

Su criado, Derwent, abrió la puerta después de haber subido una palangana de agua caliente de la cocina para que su señor se afeitara. El sirviente había recibido las noticias todavía de peor talante que su amo. La compañía de mujeres era, para Derwent, desagradable en el mejor de los casos, y la presencia de tantas damas casaderas en la casa lo había arrastrado a un frenesí de ácidos comentarios.

—Aparentemente no tienen ni un penique de dote —dijo mientras preparaba una tibia espuma de jabón, listo para afeitar el rostro de Lucius—. No quiero ni imaginar los esfuerzos que el pobre duque tendrá que hacer para situar a cuatro mujeres en sociedad, cuando ninguna de ellas es ni mínimamente casadera.

—¿Son poco atractivas, entonces? —quiso saber Lucius mirando fijamente al techo para

permitir que Derwent le afeitara el cuello de un solo movimiento.

—Bueno, Brinkley no las describió exactamente como poco atractivas —explicó Derwent—, pero llegaron con sólo uno o dos vestidos, y muy feos. Increíble, ¿no? Además, son escocesas y sin dote. Ese acento es fatal para colocarlas. Las pobrecitas tendrán mucha suerte si alguien las acepta.

Derwent miró fijamente y con evidente preocupación a su amo. No había que pensar mucho para darse cuenta de que el duque de Holbrook haría lo que fuera por ofrecer a sus pupilas a todo aquel que se le cruzara en el camino… incluyendo a sus más antiguos amigos.

Felton estaba recostado tranquilamente, pero Derwent sentía que se aproximaba el Juicio Final. El Juicio Final. Le temblaba el ojo izquierdo y eso siempre indicaba un giro poco propicio de los acontecimientos. Su ojo había temblado despiadadamente el día en que el duque de York se cayó de su caballo en medio de un desfile hacía dos años, y también había temblado en julio del año anterior cuando su amo tuvo aquel lío con lady Genevieve Mulcaster. No había podido mirar hacia la izquierda durante un mes: de hecho, casi fue arrollado por un carro y cuatro caballos en High Street.

—¿Ya has terminado? —preguntó su amo abriendo los ojos pesadamente.

Derwent dio un salto, horrorizado al descubrir que su mano se había detenido en el aire, pensando en las tribulaciones del matrimonio. «Diosas, así era como Brinkley había descrito a las jóvenes pupilas de Holbrook. Suspiró. Las diosas son diosas y ninguna mujer era suficientemente buena para su amo. Golpeteó suavemente la barbilla de Felton con una toalla.

Lucius se puso de pie y comenzó a anudarse en hábiles pliegues la corbata alrededor del cuello.

—Estoy pensando en no ir a las carreras de Silchester —le dijo a Derwent—. Dadas las circunstancias.

—¡Precisamente! —exclamó el criado esperanzado—. Las circunstancias deben de ser muy difíciles para el pobre duque de Holbrook. Lo mejor será partir de inmediato. Diré que no se molesten en subir el equipaje, señor.

Lucius lo miró divertido.

—No estoy a la caza y captura de esposa —le explicó con delicadeza—. Me considero capaz de resistir los encantos de las pupilas de Rafe durante una o dos noches.

—Nunca osaría hacer el más mínimo comentario al respecto —replicó Derwent con un aire de premeditado descuido, mientras ayudaba a Lucius a ponerse su ropa de la más fina lana para la noche.

—Bien —aprobó Lucius. Pero luego suavizó el tono—: De todas maneras, me pareció que debía apartar de tu mente todos esos pensamientos tan desagradables como superfluos, Derwent.

—Muy amable de su parte, señor —dijo el criado con dignidad, abriendo la puerta—. Muy amable.

—Estoy totalmente seguro —añadió Lucius— de que si algún día caigo en la trampa del matrimonio, no será por culpa de unas muchachas escocesas inexpertas, sin amigos ni familia, obligadas a vivir de la generosidad del pobre Rafe.

—Sin ninguna duda, señor —confirmó Derwent. Su ojo izquierdo temblaba de manera incontenible.

Su amo le miró fijamente.

—¿Estás bien? Tu ceja parece haber cobrado vida propia.

—Sí, señor. Estoy muy bien —dijo Derwent, quien vio salir de la estancia a su señor imaginándolo como un cordero que va al matadero.

El criado fue hasta el espejo y recogió la palangana de plata con el agua de afeitar usada. Pero le llamó la atención su propio reflejo. El ojo seguía temblando sin control. Era el precio de ser un alma sensible, como siempre decía su madre. Por suerte, su bigote era tan

atractivo que llamaba la atención y destacaba entre los rasgos más comunes de su rostro. Recorría toda la boca y terminaba en un rasgo original, inventado por el propio Derwent: una especie de espátula encerada a cada lado.

Pero, ay, su señor, Lucius Felton, era decididamente conservador en lo que a vestimenta se refería. No llevaba bigote. En realidad no exhibía pelo facial de ningún tipo. Lo máximo que le permitía hacer a su criado era peinar hacia atrás su espeso pelo rubio, liberando su cara en un estilo muy severo.

Derwent suspiró. Era su destino ser un artista al servicio de un hombre sin sentido de la moda.

Y en aquel momento, posiblemente, Felton iba a caer en las garras de una futura esposa. Las esposas representaban el fin de las agradables andanzas de un lado a otro siguiendo los dictados de la temporada hípica. ¡Vida doméstica! Esas dos palabras eran suficientes para hacer llorar a un hombre.

Lucius entró tranquilamente al comedor detrás de Brinkley, esperando contra toda esperanza que Rafe no creyera conveniente que se sentara junto lady Clarice. La sola imagen de Clarice Maitland hacía que se le pusieran de punta los pelos de la nuca.

Encontró a su anfitrión sentado en la cabecera de la mesa, con un aspecto no demasiado diferente de lo habitual. Su corbata estaba anudada con descuido, tenía el pelo despeinado en la parte de atrás y sostenía una copa de brandy en la mano.

Pero el resto de la mesa… Lucius se quedó casi paralizado. ¿No había dicho Derwent que las pupilas de Rafe no eran especialmente atractivas? Una mujer con cabello de un color dorado intenso lo miró y le sonrió… Y la sonrisa fue suficiente para alterar su entrada en el comedor. Y había otra con cabellos y ojos oscuros, con la expresión de una santa apasionada, una de esas vírgenes mártires de los primeros tiempos con el rostro ardiente de emoción. Tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder.

—¡Lucius! —le llamó Rafe, haciéndole señas.

Caminó, calculando mentalmente cuándo podría partir sin resultar descortés. Era una suerte que Derwent no pensara en deshacer su equipaje. El último lugar en que quería estar era en medio de un nido de damiselas que sólo pensaban en el matrimonio. Sus escasas apariciones durante los eventos de la temporada londinense le habían hecho hartarse de ellas.

—Lamento haberte interrumpido en estas circunstancias —se disculpó ante Rafe—. De haberlo sabido, no hubiera venido.

Una vez que estuvo más cerca, vio que Rafe no tenía precisamente el mismo aspecto de siempre. En primer lugar, parecía estar sobrio, como si hubiera ingerido mucho menos licor de lo habitual en él. Y después, había una ligera pero clara mirada de pánico en sus ojos. Su pobre amigo no tenía escapatoria: terminaría casándose con alguna de aquellas mujeres. Aunque era tan poco avispado en aquellos asuntos que le pescarían sin que se diera ni cuenta.

—Estoy encantadísimo de verte —dijo Rafe. No cabía duda alguna de que era sincero. Por supuesto. Quienes están a punto de ahogarse siempre esperan que un amigo les lance una cuerda. O, en este caso, se dijo Lucius, un anillo de compromiso también ofrecería la salvación deseada.

Rafe se volvió a una joven sentada a su izquierda.

—Señorita Essex, permítame presentarle a un viejo amigo mío, el señor Felton.

La señorita Essex era presumiblemente la mayor de las cuatro nuevas pupilas de Rafe. Lucius no había reparado en ella hasta ese instante. No era de ninguna manera tan espectacular como la hermana sensual y deslumbrante del otro extremo de la mesa, ni como la apasionada muchacha de pelo negro. Pero ¡vaya si era hermosa! Un cabello color castaño como el brandy, unos pómulos que la más severa luz del sol no podía desmerecer. Pero su

principal atractivo residía en los ojos: ligeramente rasgados en el rabillo, serios, inteligentes, oscuros y dulces en su mirada…

La muchacha le estaba dirigiendo una sonrisa y él se quedó inmóvil como un tonto sin hablar. Hizo una reverencia.

—Señorita Essex.

—Encantadísima de conocerlo —saludó ella al tenderle la mano. El puño del vestido estaba sucio. Por lo menos la información que le había dado Derwent sobre la falta de dote de las jóvenes era correcta, si bien su opinión acerca de las posibilidades de colocarlas en matrimonio no lo era.

—Lamenté mucho enterarme de la muerte de su padre —dijo Lucius—. Coincidí con lord Brydone una o dos veces y me pareció un caballero valiente y de corazón alegre.

Para su horror, los ojos de la señorita Essex adquirieron un tenue brillo.

—Somos… —hizo una pausa—. Papá era un jinete excelente.

—Lucius, toma asiento. Brinkley te ha preparado un sitio junto a la señorita Essex —invitó Rafe—. Te presentaré a todos los demás después de la comida.

—Me lo tomaré muy mal si usted no me saluda personalmente antes de sentarse —chilló lady Clarice desde el otro extremo de la mesa—. Mi querido señor Felton, ¿cómo está usted? —Extendió su mano con una afectada y segura sonrisa de salutación.

Lucius apretó los dientes y rodeó la mesa para besar la mano que le extendían como si fuera una orden.

Por supuesto, lady Clarice se embarcó en su tema favorito sin esperar a recuperar el aliento.

—Me encontré con su queridísima madre en las escalinatas del Temple hace apenas unos días —le informó, mirándolo como haría un halcón desde detrás de sus rizadas pestañas—. Ambas nos dirigíamos a esa representación de *All for Love* de la que todos han estado hablando. Algo totalmente deslucido, aunque eso no importa. Pero pobre mujer, ¡cómo ha envejecido la señora Felton! ¡Tan delgada, tan melancólica, tan pálida! ¿La ha visitado usted hace poco? —preguntó, toda amabilidad y dulzura, aunque sabía a la perfección que el infierno se helaría antes de que él pusiera los pies en el umbral de la casa de sus padres.

Lucius hizo otra reverencia y no dijo nada. Si su madre estaba pálida, debía de ser culpa de un ataque de moquillo.

Pero la detestable lady Clarice no había terminado todavía. Le tomó la mano y se aferró a ella.

—Me dicen que la señora Felton apenas si abandona su lecho. Ojalá yo pudiera hacerle comprender a usted el gran dolor que sufre el corazón de una madre cuando su hijo se aparta de su lado… ¡Es una angustia incomparable!

Lucius retiró bruscamente la mano e hizo otra reverencia. Al enderezarse, se encontró con los ojos de la señorita Essex, al otro lado de la mesa. Parecía ligeramente sorprendida. Aunque hacía mucho que había dejado de preocuparse en exceso por su reputación entre la sociedad de buen tono, sintió un impulso de rabia. Maldita vieja bruja, cacareando sus ridículas ideas acerca de su familia delante de todos los comensales.

—Lucius es ya bastante mayorcito como para seguir aferrado a las faldas de su madre —cortó Rafe, con su tono normalmente perezoso, aunque con cierto retintín. Si algún sentimiento tenía Rafe por lady Clarice era de odio, superior al de Lucius, sobre todo desde que el año anterior la dama hubiera dado muestras de tener la idea fija de convertirse en la próxima duquesa de Holbrook y nada, salvo la agresión directa, la habría disuadido de semejante fin.

—Aferrado a las faldas… bueno, ¡espero que no! Mi propio hijo querido es un hombre hecho y derecho y no toleraría que me inmiscuyera en sus asuntos. Pero… —lady Clarice tomó otra vez la mano de Lucius, quien la evitó con gran agilidad—, una madre tiene que ver

a su hijo de vez en cuando, ¡aunque no sea más que para revitalizar las fuentes de su corazón y de su ser!

Lucius abrió la boca para pronunciar alguna frase de compromiso, pero Rafe intervino.

—Caramba, Maitland —dijo, dirigiéndose al endemoniado hijo de lady Clarice—, no tenía la menor idea de que fueras un tipo tan útil. ¡Ahora resulta que has estado ocupándote de revitalizar las fuentes vitales de tu madre, mientras todos creíamos que hacías poco más que seguir las carreras de caballos!

El comentario de Rafe fue intolerablemente descortés. Evidentemente, estaba intolerablemente borracho. También sirvió para darle tiempo a Lucius para regresar a su sitio dando la vuelta a la mesa y sentarse junto a la señorita Essex, mientras se decía que su impresión inicial sobre la presunta sobriedad de su amigo no podía estar más equivocada. Lo cierto era que el hombre estaba totalmente fuera de control. Algo inoportuno, dada la presencia de sus pupilas en el comedor, pero no inesperado.

Una de las cualidades de Maitland, sin embargo, era que no se ofendía rápidamente, un rasgo que, probablemente, lo había mantenido vivo a lo largo de una vida llena de merecidos insultos. Sólo se rió del sarcasmo de Rafe y volvió a entretener a las damas del otro extremo de la mesa con un relato sobre un caballo llamado *Blue Peter*, que acababa de ganar en una apuesta.

—Sus remos son simplemente perfectos, bien plantados, espléndidas rodillas, bien ubicadas. Es joven todavía, pero correrá unas cincuenta carreras para mí, ¡y ganará unas cuantas! —Sus ojos brillaban. Se inclinó hacia la hermana de pelo negro, la única que mostraba algún interés verdadero por su relato, y dijo—: Por dos peniques lo haría correr este año, aunque es un potro todavía. Nunca pone una pata en el lugar equivocado y se desliza hacia adelante con la suavidad de una pulga en el lomo de un pato.

—¡Qué comparación tan encantadora! —elogió la hermana rubia. La ironía afilada de su voz hizo que Lucius levantara una ceja. Toda aquella exuberancia color miel escondía una mente inteligente.

Maitland ni siquiera le dedicó una mirada, sólo tenía ojos para la apasionada hermana de pelo negro.

—Un potro derrotó a un caballo de tres años en Newmarket Houghton la primavera pasada.

—¿Con qué peso? —preguntó con escepticismo la hermana rubia.

—Cuarenta kilos —informó Maitland, volviéndose finalmente hacia ella.

La apasionada damisela de pelo negro estaba asintiendo con la cabeza, con un gesto de total adoración, como si las estrellas estuvieran girando en torno a la cabeza de Maitland. A decir verdad, tras apenas unos minutos de observación, a Lucius le pareció que lord Maitland era el centro más que probable de la particular religión de esa hermana. Una elección rara en el mejor de los casos y, sin lugar a dudas, una que le causaría considerables problemas a Rafe, si las cosas iban más allá del flirteo.

—Encantador —dijo la hermana rubia—. La verdad es que nunca le había considerado a usted un innovador, lord Maitland. Tenía yo la impresión de que competir con potros no era una práctica aceptada.

Lucius se tragó una gran sonrisa y se volvió hacia la señorita Essex, que estaba hablando con Rafe. Vestía las ropas más horribles que él hubiera visto nunca, una cosa negra e informe que daba la impresión de tapar de mala manera un espléndido busto y un delicado talle. El vestido arrancaba por debajo del cuello y sencillamente no volvía a ceñirse al cuerpo en ningún punto.

Pero tenía un cuello blanco esbelto… Y hombros también esbeltos. Se podía adivinar el contorno a través de la basta tela. Y por lo que podía ver, su pecho parecía auténtico, aunque el estómago era sólo una ilusión. Por debajo de esa capa negra que llevaba a modo de vestido,

ella era…

La joven se volvió, dejando de prestar atención a Rafe, para encontrarse con la mirada del otro. Sus ojos brillaron.

—Deduzco que está usted particularmente ligado a su madre, ¿no? —preguntó dulcemente.

Una sonrisa leve curvó la boca de Rafe. Una señorita inglesa nunca abordaría semejante tema con él, ni siquiera en un ataque de resentimiento. Era un personaje demasiado importante como para que ninguna señorita casadera se arriesgara a ofenderlo. Durante muchos años, todo lo que había recibido de las damiselas de la alta sociedad eran sonrisas aduladoras.

—Ay, me temo que mi madre y yo no nos hemos hablado en estos últimos nueve años —replicó—. Tal circunstancia hace que nuestra cercanía sea algo discutible.

La señorita Essex bebió el resto de su champán.

—Me atrevería a decir que está usted en un error —dijo—. Mis padres están muertos y daría lo que no tengo por volver a hablar con cualquiera de ellos… aunque sólo fuera una vez.

Su voz no tembló, pero Lucius sintió una punzada de alarma grave.

—Ah, pero sería diferente si compartiéramos madre —replicó él rápidamente.

—¿Por qué dice eso?

—Es mi madre quien ha decidido no hablar conmigo —explicó, asombrándose de sí mismo. La mayor parte de la sociedad elegante, lady Clarice incluida, creía que el rechazo iba en la otra dirección. Aquella inexplicable reacción debía de tener algo que ver con los ojos oscuros de la señorita Essex. Ésta lo miraba fijamente con tal curiosidad que era difícil no responder, aunque habitualmente evitaba las preguntas sobre sus padres con gran habilidad.

—¿Cómo puede usted saberlo después de nueve años? —insistió—. Quizás ella está deseando verlo. Si está postrada en cama casi todo el tiempo, seguramente no hay oportunidades de encontrarse por casualidad.

—Vivimos a dos casas de distancia uno del otro. Si la señora Felton tuviera deseos de verme, no tardaría más que un momento en enviarme un mensaje —señaló Lucius.

La joven se mostró impresionada por esta información. Una inocente, esa niña escocesa. Probablemente tendría un enorme éxito en el mercado matrimonial. Había muy pocas señoritas que combinaran tal belleza con ese profundo sentido de la honestidad.

—¿A dos casas de distancia? ¿Y no se dirigen la palabra?

—Exactamente —confirmó Lucius de manera vigorosa—. Pero seguramente usted tiene razón. Quizás uno de estos días nos encontremos por casualidad y todo irá bien. —No iba a decirle a aquella muchachita que había comprado una casa en St. James Square precisamente con la idea de que tal encuentro se produjera. Jamás le había dicho a nadie la cantidad de veces que su madre se había encontrado efectivamente con su único hijo por casualidad… y había apartado su mirada como si se hubiera cruzado con un roedor particularmente repelente.

La señorita Essex, sin embargo, daba muestras de ser terca y se inclinó hacia él para hacer otro comentario. Afortunadamente, lady Clarice atrajo la atención de ambos.

—La encantadora prometida de mi hijo nos visitará mañana —estaba diciendo—. Estoy segura de que la conoce, señor Felton, ya que usted es muy culto, ¿no? La señorita Pythian-Adams es sin duda la joven más cultivada del momento. ¡Parece ser que el maestro del Teatro de la Ópera comentó que la señorita Pythian-Adams tiene una voz que rivaliza con Francesca Cuzzoni!

—Me temo que mi reputación de culto sea una exageración —replicó Lucius, mientras un criado servía sopa de tortuga delante de él.

Tess le lanzó una mirada furtiva. El señor Felton claramente había dado por concluida la conversación sobre su familia. Ella no creía ni por un momento que su madre no deseara fervientemente una reconciliación. La pobre mujer seguramente se pasaba las noches

derramando amargas lágrimas sobre su almohada, echando de menos a ese hijo de tan cruel corazón.

No había más que echar un vistazo a la línea de su mandíbula para saber que el orgullo del señor Felton era tan fuerte como el viento del norte. Si había heredado ese rasgo de su padre, no era sorprendente que la familia estuviera tan desunida.

Luego, la voz de lady Clarice captó otra vez su atención y Tess se dio cuenta con un estremecimiento de que era a Imogen a quien estaba dirigida la descripción que la dama hacía de la prometida de su hijo. Aquella mujer seguramente había advertido las miradas que su hermana pequeña insistía en dirigir a Maitland.

En ese momento había captado la atención de toda la mesa, aunque sus comentarios seguían estando dirigidos particularmente a Imogen. Según su futura suegra, la señorita Pythian-Adams tenía el más espléndido porte, la mente más inteligente y la sensibilidad más exquisita que cualquier mujer joven viviente.

—Parece encantadora —dijo Imogen, tomando su copa son tanta fuerza que Tess rezó para que no se rompiera.

—Oh, lo es —intervino Maitland—. La señorita Pythian-Adams es absoluta y totalmente encantadora. Cualquier mujer con cinco mil libras al año es, por definición, una seductora hechicera.

Había un tono de irreverencia en su voz que hizo que Tess se sintiera incómoda. Seguramente eso no dejaba precisamente en buen lugar a su propia prometida, ¿no?

—Querido —lady Clarice amonestó a su hijo—, ese comentario es indigno de ti. Si bien es cierto que la señorita Pythian-Adams es muy afortunada al tener tan generosa dote, gracias a la herencia de su abuela materna, la duquesa de Bestel, tu encantadora prometida es mucho más que una mera heredera. La señorita Pythian-Adams es una joya en todos los sentidos. ¡Debo confesar que no me ha sido nada fácil pensar de qué manera puedo conseguir que una dama de tan buen gusto y vasta cultura se divierta durante su visita! Evidentemente, ni hablar de enseñarle un nuevo punto para hacer encaje para que se entretenga. Después de todo, sus dibujos del Coliseo romano se han publicado en *The Ladies' Magazine*.

Imogen estaba comportándose excepcionalmente bien.

—¡Qué honor! —comentó, y tomó un gran sorbo de champán.

—Supongo que usted no ha tenido maestros particulares en el arte del dibujo en Escocia, ¿verdad? —comentó amablemente lady Clarice—. La señorita Pythian-Adams combina la auténtica habilidad con la mejor instrucción. ¡Se dice que sus dibujos son comparables a los del gran *Milángel* mismo!

—Creo que tal vez te estés refiriendo a Miguel Ángel —intervino su hijo. Comenzaba a adoptar el aspecto tenso que, según sabía muy bien Tess, preludiaba las explosiones caprichosas de ira que se permitía cuando su caballo no rendía en la pista como él había deseado.

El señor Felton se inclinó ligeramente hacia delante para decirle:

—Ay, parece que el camino del amor verdadero no es precisamente suave.

—Eso es una frase hecha —replicó ella.

—No he dicho que *nunca* sea suave —explicó él—. Pero acepto la corrección, señorita Essex, y nunca más volveré a citar a Shakespeare en su presencia. —Sus ojos tenían un centelleo perverso. Probablemente era debido a que el lugar del señor Felton había sido añadido después y los criados habían colocado su silla a una distancia impropiamente cercana a la de la joven. Tess sentía que su apabullante físico decididamente se alzaba imponente sobre ella. La sensación no era muy agradable. En realidad, resultaba bastante perturbadora.

Tess dirigió deliberadamente su mirada hacia lady Clarice, que estaba todavía hablando de la visita de la señorita Pythian-Adams.

—Tiene que visitar las ruinas de Silchester. Después de todo, se trata de unas

espléndidas ruinas romanas, y tan cerca de aquí. ¡Estoy segura de que podrá ilustrarme acerca de su origen y darme toda clase de datos interesantes sobre ellas!

Su hijo interrumpió con un comentario ácido.

—Espero que no sea usted una sabelotodo, ¿verdad, señorita Imogen? —preguntó—. No hay nada más aburrido que una mujer con la nariz metida todo el día en un libro.

Tess estaba segura de que el señor Felton seguía mirándola, era como si pudiera sentir sus ojos sobre su rostro. Giró la cabeza y de inmediato quedó atrapada por su mirada. Aquellos ojos eran de un azul índigo, inquisitivos, y tan intensos que los sintió casi como si se tratara de un golpe.

—Me temo que mis hermanas y yo hemos tenido pocas oportunidades… —comenzó a decir Imogen.

—Por supuesto, querida —le interrumpió lady Clarice—. Criadas como habéis sido en ese rincón perdido de Escocia. Caramba, ni siquiera es justo comparar a una dama joven y refinada como la señorita Pythian-Adams y, digámoslo con franqueza, con todas sus ventajas, con una jovencita con los antecedentes de la señorita Imogen. —Le dedicó a la susodicha una radiante sonrisa, aunque Tess no pudo por menos que darse cuenta de lo mucho que se parecía ese gesto al que le haría el gato al ratón—. Tú eres una joven perfectamente encantadora, querida, y no puedo permitir que mi hijo te desaire de esta manera.

—Lady Clarice —intervino Rafe, con su voz apenas alterada—, me he enterado del rumor más extraordinario acerca de uno de nuestros vecinos. Estoy seguro de que usted puede decirme ahora si es verdad o no… El hecho es que lord Pool ha decidido dedicarse a la cría de alces. ¿Es cierto eso?

Pero lady Clarice no iba a caer en semejante truco. Le lanzó una dura mirada y volvió a lo suyo.

—Sabes, Draven —dijo dirigiéndose a toda a la mesa—, tampoco hay razón para desairar a esta dulce niña insinuando que alguien en la sociedad de buen tono podría compararla con la señorita Pythian-Adams. ¡No somos de ninguna manera tan crueles! Nosotros, miembros de esa sociedad, aceptamos a todo caballero o toda dama por lo que cada uno es, sin importarnos las oportunidades de las que él o ella pudieran haber carecido.

—Es muy amable de su parte, lady Clarice —agradeció Imogen con valentía en el momento de silencio que siguió.

Draven Maitland se puso de pie haciendo ruido con la silla que arrastraba.

—Si ustedes me disculpan —dijo con los dientes obviamente apretados—, necesito reunir un poco de cultura antes de hacerme un día más viejo. Quizás pueda encontrar por mí mismo una cantante de ópera.

Y con ese extraordinario impulso de insolencia, salió a grandes zancadas de la habitación.

—Se diría que su intención ha sido que eso que ha dicho fuera un comentario hiriente —le comentó el señor Felton a Tess. A pesar de lo razonable de ese aserto, imprimió a sus palabras un grado de desdén tal que la habría hecho encogerse como un puercoespín si se lo hubiera aplicado a ella.

—Quizás lord Maitland tenía una cita urgente —sugirió ella sin convicción.

Él respondió con una mirada divertida.

—Hasta donde sé, su madre es la que maneja el dinero y ha elegido para él a una novia culta para superar la influencia de los caballos. Después de esta demostración, no podemos por menos que suponer que no está en absoluto de acuerdo con las tácticas de su madre. O también —añadió pensativamente—, uno podría llegar a la conclusión de que la cultura no surte efectos en este hombre.

Lady Clarice estaba limpiándose delicadamente la boca con una servilleta.

—Mi hijo —dijo con voz clara y potente— tiene un temperamento artístico. Me temo

que a veces sus nervios lo traicionan. Pero espero que el matrimonio con la señorita Pythian-Adams calme su naturaleza tempestuosa. Ella sí que comprende la naturaleza artística, ya que ella misma la posee.

Repentinamente, Rafe se inclinó en dirección a Tess, y le preguntó:

—Vosotras cuatro ya conocíais a Maitland, ¿no? Sí, es así… Tú dijiste… no, fue Imogen quien dijo… —Su voz se desvaneció cuando miró a la muchacha, al otro lado de la mesa. Ésta observaba su plato en silencio, pero había una sonrisita juguetona sumamente expresiva en su boca.

A Tess no se le ocurrió nada que decir.

Rafe parpadeó mirándola.

—Deduzco que tu hermana Imogen no estaba compitiendo con Annabel para convertirse en duquesa, ¿no?

Tess se mordió el labio.

—¡Maldición! ¡Esta tarea de tutor parece más complicada de lo que me había temido! —exclamó Rafe entre dientes.

—Señor Felton, ¿qué le ha traído a estas remotas regiones de Hampshire? —preguntó lady Clarice. Su acostumbrado tono mordaz sonaba un poco tenso. Era de suponer que estaba nerviosa por la súbita partida de su hijo, pero parecía decidida a evitar todo comentario al respecto.

El señor Felton dejó su tenedor.

—Hay una carrera en Silchester dentro de algunos días. Pienso hacer correr a dos caballos. En general, traigo mis potros una semana antes de la competición y dejo que el jefe de las caballerizas de Rafe los mime un poco.

—¿Rafe? ¿Rafe? —Lady Clarice se preguntó en tono quejumbroso—. Ah, usted se refiere a Su Señoría. Me temo que, sencillamente, no puedo acostumbrarme a los modales desenfadados de esta generación.

—Me temo que se trata más bien de mi personalidad que de los modales de Lucius —explicó Rafe—. Detesto que se dirijan a mí usando mi título.

—¿Lucius? Ah, nuestro querido señor Felton —intervino lady Clarice.

Tess la miró, algo sorprendida. Se había formado la opinión de que lady Clarice no querría tener nada que ver con quienes no tuvieran título de nobleza.

Rafe giró la cabeza para que quedara cerca de la de ella.

—Lucius ha sido bendecido con unas rentas comparables a las del príncipe regente. Siempre existe la posibilidad de que semejante fortuna la arrastre y le haga abandonar sus sueños de convertirse en duquesa.

—¡Deje de decir esas cosas! —cuchicheó Tess—. ¡Ella podría oírle!

—La emoción de poder hacer confidencias fraternales seguramente se me ha subido a la cabeza —explicó Rafe, sin molestarse siquiera en bajar la voz.

—Eso, o el brandy que ya has tomado —intervino el señor Felton.

¡Así que lo que Rafe estaba bebiendo era brandy! Acababa de tomar la copa que le habían servido cuando se sentó y estaba a punto de terminar la siguiente. Pero para Tess, las únicas señales de que su tutor podría estar un poco ebrio era que su voz se asemejaba cada vez más a un gruñido y que había dejado de revolverse el pelo, dejando libres sus ojos. En cambio, estaba echado hacia atrás, con sus largas piernas estiradas por delante, con un mechón de su pelo castaño abandonado sobre la frente, apartado de la mesa de una manera sumamente poco educada.

Lady Clarice se inclinó para acercarse a él y le sonrió de una forma que hizo que a Tess le rechinaran los dientes.

—Pobre hombre —dijo en tono de arrullo—. Está reaccionando muy bien ante la tensión que provoca esta invasión de mujeres.

—Las mujeres nunca me molestan —gruñó Rafe—, sólo me molestan las damas.

Tess disimuló una amplia sonrisa.

—¿Conoce usted bien a su tutor? —escuchó que le preguntaban desde su izquierda.

—No mucho —dijo volviéndose de mala gana hacia el señor Felton—. Me parece que usted es amigo suyo desde hace años.

—Así es.

Tess pudo ver por el rabillo del ojo que Rafe agitaba su copa en el aire, de una manera un tanto inestable.

El mayordomo, Brinkley, se dirigía a la cabecera de la mesa con una botella en la mano y una expresión de desaprobación en la cara.

—Aguanta bien el licor —dijo el señor Felton imperturbable—, pero más vale que usted entienda enseguida, señorita Essex, que Rafe no es de los que reciben la noche sin un buen trago de brandy.

Tess entrecerró los ojos. La voz de Felton tenía un leve filo que ella reconoció. Era el mismo que notaba cuando sus nobles vecinos en Escocia hablaban de las caballerizas de su padre, siempre al borde de la quiebra. Eso hizo que su cuerpo entero se erizara.

—A mí también me parece que ser abstemio es sumamente aburrido —afirmó ella, mientras tomaba su copa y terminaba el champán.

—Su tutor estará muy contento al enterarse de esta afinidad en sus gustos.

Felton era obviamente de la clase de hombre que pensaba que una expresión sardónica era buena para todas las ocasiones. Era también un hombre corpulento. Debía de pesar más de noventa kilos y todos parecían ser de puro músculo. Seguramente montaba un semental. Y sus hombros eran un tercio más anchos que los de su tutor.

Gracias a que había sido criada en una casa repleta de equipos para montar y que era visitada periódicamente por los amigos de su padre, tan locos por los caballos como él, Tess podía distinguir a un jinete a diez metros. Cuando el dinero no escaseaba y los caballos corrían bien, entonces la vida del amante de los caballos resultaba hermosa. Pero cuando había que sacrificar a un animal, o las colinas estaban demasiado embarradas como para galopar, o…

Apartó de su mente el recuerdo de los ataques de desesperación de su padre. La manera más rápida de vacunarse contra ese Adonis, en realidad contra cualquier hombre, era preguntarle sobre sus animales. No había nada más aburrido que un hombre en pleno ataque de adoración equina.

—¿Es su cuadra muy grande, señor?

—Pequeña pero selecta. Me temo que le doy demasiada importancia a los caballos.

Exactamente.

—Me *encantaría* que me lo contara todo —continuó, lanzándole una mirada inocente. Ahora se embarcaría en una descripción pormenorizada de…

—Siete caballos —dijo él—. ¿Le gustaría que se los mencionara listados por color, por año, o… —hizo una pausa—… por sexo?

—Por supuesto, de la manera en que usted quiera —replicó Tess, olvidándose de parecer inocente.

—Las hembras primero, entonces —decidió—. *Prudence* es una potra de dos años, bien desarrollada y con un pescuezo elegante. Zaina. Sus pestañas son tan largas que me pregunto si podrá correr bien.

Tess parpadeó. Sus descripciones eran indudablemente diferentes de las de su padre, que se habría detenido en el origen de la potra, manchas y antepasados. Dudaba que su progenitor alguna vez hubiera prestado atención a las pestañas de un caballo en toda su vida.

—*Minuet* es una potra también —continuó el señor Felton, sus ojos fijos en el rostro de Tess—. Es una belleza, esbelta y negra, con una cola que ondea detrás de ella cuando corre,

como el agua colina abajo. Es una ladronzuela, nada le gusta más que robar un poco de hierba o maíz.

—¿Le deja que coma hierba, entonces? —se asombró Tess.

—¿Su padre tenía algún programa específico para el alimento de sus caballos? —preguntó él a su vez.

—Sólo se les permitía comer avena —explicó Tess—. Avena y manzanas. Solíamos hacer puré de patatas con manzanas para que los caballos no se cansaran de comer siempre manzanas solas. Papá estaba convencido de que las manzanas eran la clave para una buena digestión y de que eso haría que los caballos corrieran más rápido.

Lucius pensó que la dieta era absurda, si no dañina. Y seguramente la señorita Essex estaba de acuerdo con él. Había bajado los ojos y picoteaba en su plato con el mismo interés que pondría un gorrión sobrealimentado.

Por otra parte, Lucius ya había conseguido distinguir a las pupilas de Rafe una de otra. Annabel era deslumbrante, encandilaba los ojos y endulzaba los oídos con su dulce voz y su pelo color miel. Imogen era como una conmoción en el sistema. Su belleza iba acompañada con un par de ojos tan ardientes que incluso resultaba incómodo mirarla. No podía por menos que dar gracias de no estar en el pellejo de Maitland. Ser el destinatario de semejante oleada de emotividad y anhelo dirigida desde el otro lado de la mesa debía hacer que un hombre sucumbiera al mareo.

Pero la señorita Essex, o Tess, como Rafe la estaba llamando, además de ser tan bella como las otras dos, estaba dotada de un agridulce sentido del humor que apenas se disimulaba detrás del decoro. No podía decidir del todo cuál era su rasgo más notable, si su humor o su boca. Indudablemente, se parecía a las otras dos. Las hermanas compartían narices respingonas, pómulos altos, barbillas puntiagudas y pestañas espesas.

Sin embargo, la boca de Tess era única. Sus labios eran regordetes y de un rojo exuberante y profundo. Pero el detalle escandaloso, aquello que hacía que su boca fuera como ninguna otra que hubiera visto antes, era el diminuto lunar negro y tremendamente sensual que marcaba exactamente el lugar donde debía haber un hoyuelo. La suya era la boca de una pícara, pero no de una coqueta común. No, evidentemente virginal y correcta de pies a cabeza, la señorita Essex tenía la boca de una mujer que podía convertirse en la favorita de un rey. Sólo por esa boca podría convertirse en una cortesana celebrada en dos continentes.

Lucius se removió en su asiento.

Gracias al cielo que Derwent no había deshecho su equipaje. No iba a convertirse en el cordero sacrificado en el altar de las obligaciones de Rafe con sus pupilas. Aunque, en presencia de la señorita Essex, uno podía casi imaginar…

Lucius se recompuso sobresaltado. En nombre del Señor, ¿qué era lo que estaba haciendo? ¿Acaso no había decidido, después de lo que le había pasado el año anterior, renunciar a los dudosos placeres del matrimonio?

No tenía mucho que ofrecerle a una mujer, y menos a una como aquélla. La joven estaba riéndose otra vez, una risa ronca que no tenía nada que ver con la de una tímida doncella. El eco de aquel sonido repicó como una advertencia por su espina dorsal.

Se volvió hacia el otro lado.

Capítulo siete

Más tarde, esa noche

—Ya lo he decidido. Me casaré con él —anunció Annabel. Estaba acurrucada junto a uno de los postes de la cama de Tess, vestida con una combinación tan gastada que había sido destinada para usarse como camisón. Estiró la prenda sobre los dedos desnudos del pie. Ninguna de las hermanas había tenido zapatillas desde hacía muchos años.

Por una vez, Josie no respondió con un sarcasmo.

—Supongo que te refieres al duque, ¿no? —preguntó. Estaba acurrucada contra el otro poste de la cama con una manta echada sobre los hombros. Era obvio que había llorado bastante después de la cena, pero, diplomáticamente, todas hacían como que no veían sus hinchados ojos.

—Pienso que podrías aspirar a algo más —intervino Imogen. Se había metido directamente en la cama de Tess y se acurrucaba igual que un mimoso gatito sobre las almohadas—. Es evidente que nuestro tutor bebe más de lo que la prudencia aconseja y que también ha perdido la línea. Hablando claramente, Holbrook es un borrachín.

—Eso quizá sea un juicio excesivamente severo —objetó Tess—. Pero aunque lamento decepcionarte, Annabel, es mi firme opinión que Rafe no tiene intenciones de casarse.

—No me estaba refiriendo a nuestro querido tutor, sino al conde de Mayne —explicó Annabel—. Después de ver cómo Holbrook vaciaba una botella de brandy él solito, he decidido que no quiero a un marido que esté conservado en alcohol.

—Tess, ¿no crees que Mayne se merece a alguien más agradable que Annabel? —preguntó inocentemente Josie.

—Eso es muy poco amable por tu parte —protestó Annabel, aunque al decirlo sonreía de oreja a oreja—. Créeme, Josie, si Mayne resulta ser tan rico como nuestro tutor, seré amable con él todo el día. ¿Por qué no habría de serlo? Lo único que me pone de mal humor es la pobreza. Bueno, la pobreza y Escocia.

—Echo de menos Escocia y… —pero Josie tragó saliva y se interrumpió.

—No puedes decir sinceramente que echas de menos Escocia —dijo Annabel—. No puedes echar de menos aquella vieja y húmeda casona y la manera en que apestaba a turba cada vez que llovía. ¿Alguna vez has visto un cubrecama tan encantador como éste? —Alisó la tela con su mano—. Mis sábanas son tan finas como la seda misma. Nunca en mi vida he visto algo igual. Y mira… —hizo un gesto señalando hacia arriba.

Las cuatro hermanas se fijaron obedientemente en el dosel azul oscuro que adornaba la cama de cuatro postes de Tess.

—¡Ninguna mancha de humedad! —recalcó Annabel—. El techo no gotea.

—Eso no lo sabemos —objetó Josie—. Hay otro piso sobre éste, como sabes.

—También lo había encima de la alcoba que yo tenía en casa —replicó Annabel—. Por no mencionar el ático que había más arriba. Pero, de todas maneras, no había una sola habitación en la casa de papá que no tuviera manchas de humedad en el cielo raso. Llegué a pensar que la sala de niños tenía un colador común en lugar de techo. Y es qué papá nunca…

—¡No digas nada malo sobre papá! —reaccionó Josie. Sus labios estaban apretados—. ¡No te atrevas!

Annabel estiró la mano y pellizcó el dedo del pie de su hermana menor.

—Muy bien, pequeña rebelde, no lo haré.

—Él no está aquí para defenderse —continuó Josie, con una voz aguda que obviamente la incomodaba—. Ojalá él estuviera aquí. Se habría muerto de risa con lady Clarice.

Imogen sonrió levemente.

—No digas nada sobre mi futura suegra. —Sin embargo, de alguna manera, la vieja cantinela de que se casaría con Maitland algún día ya no se sostenía, después de haberle visto en Inglaterra, en su ambiente, después de haber conocido a su madre y después de haber confirmado su compromiso por otra boca que no fuera la de él.

Tess se mordió el labio inferior y se movió unos centímetros como para quedar sentada justo al lado de Imogen. Las mayores siempre habían sabido que el amor de la muchacha por Maitland nunca llegaría a nada, pero era muy difícil decírselo en ese momento.

Se encontró con los ojos de Annabel y vio que pensaba exactamente lo mismo que ella. Imogen nunca podría casarse con el joven lord Maitland, debido a su ambiciosa y decidida madre y a su tan bien dotada prometida. Aunque, en caso de haber estado libre, tampoco él habría mostrado algún deseo especial de casarse con Imogen. Aparte de enviarle algunas notas garabateadas y un beso, Maitland nunca…

Imogen interrumpió sus pensamientos.

—Se comportó mal en la cena porque estaba perturbado —dijo con cierta ferocidad—. Él no desea casarse con la señorita Pythian-Adams, por muy culta que sea. Me parece que está empezando a enamorarse de mí.

—Pues si eso es así, la verdad es que disimula muy bien sus intenciones —comentó Josie con su habitual estilo ácido—. ¿Qué diablos hizo Maitland en la cena?

—Le embargó la emoción y se levantó de la mesa precipitadamente —respondió Imogen. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es evidente que su madre le ha escogido la novia. Es igual que *Romeo y Julieta* cuando la señora Capuleto está decidida a que Julieta se case con Paris. Y también pasaba lo mismo en *Píramo* y *Tisbe*. ¿Acaso no estaba el padre de Píramo decidido a casarlo con alguien a quien él aborrecía?

—Eso debió ser antes de que Tisbe cayera en las fauces del león —intervino Annabel—. Me alegra tanto no ser del tipo de mujer que se deja llevar por la pasión. Mi mayor deseo es no ser devorada ruidosamente por un animal salvaje. Todo este asunto del amor no tiene nada que ver con mi estilo.

—Ojalá yo fuera como tú —exclamó Imogen. Miraba fijamente el dosel, con los ojos un poco lacrimosos.

—Es mucho más cómodo de esta manera —continuó Annabel, dando golpecitos en el pie de Imogen, como alentándola a comportarse de forma fría y lógica—. No tengo la menor expectativa respecto del amor y sí todas las esperanzas puestas en hacer un matrimonio que valga la pena. Puedo asegurarte que la vida es muchísimo más tranquila cuando no hay ningún riesgo de sufrir un desengaño.

—Supongo que sólo tendré que… que resignarme a una vida sin amor —concluyó Imogen con la voz entrecortada.

Las tres se quedaron en silencio por un momento. Imogen había estado tanto tiempo poseída por la idea de casarse con Draven Maitland que resultaba difícil imaginarla sin estar enamorada. Sin garabatear nunca más las palabras «Imogen Maitland» en cada trozo de papel que pudiera encontrar. Sin seguir devorando los libros de etiqueta de cabo a rabo para saber con precisión la posición que debían ocupar en la mesa todos y cada uno de los aristocráticos parientes de Maitland.

—Lamento haber alimentado esa esperanza —la consoló Tess, acariciando el pelo de Imogen—. No debimos haberte dejado soñar durante tanto tiempo.

—Tengo la sensación de haber estado viviendo en un sueño —dijo Imogen con voz un poco entrecortada—. ¿Por qué me besó aquella vez? ¿Por qué… por qué me mira de esa manera? Él tenía que saber que no podía romper su compromiso.

Tess se aclaró la garganta, tratando de encontrar alguna manera de responder, pero Imogen continuó antes de que se le hubiera ocurrido algo que decir.

—¡Y no me digas que Maitland sólo quería juguetear conmigo, porque no fue así! ¡Él no! Jamás intentó sobrepasarse. Y sin embargo… sin embargo, todo el invierno pasado, y el invierno anterior, cuando estuvo en Inglaterra, ya debía saber perfectamente que su madre nunca le permitiría casarse con una escocesa sin un penique. ¡No podía ignorar el… el entusiasmo de lady Clarice por su futura novia!

—Eso estuvo mal de su parte —arriesgó Annabel.

—Quizás no pudo evitar coquetear contigo —sugirió Josie—. Romeo estaba loco de pasión, aunque su familia nunca habría aprobado esa boda.

Imogen se acurrucó aún más sobre las almohadas.

—Si Draven me amara tanto como Romeo amaba a Julieta, lo habría dicho —dijo de manera inexpresiva—. Puede que esté comprometido con la señorita Pythian-Adams a su pesar, pero no está luchando realmente contra su madre para liberarse del noviazgo. Él… él permitió que lady Clarice no dejara de hablar de la señorita Pythian-Adams durante toda la cena. Hasta un tonto se habría dado cuenta de que me estaba lanzando una advertencia. La verdad, creo que su brusca reacción no se debió a que su madre me estuviera atacando a mí, sino a que estaba irritado con ella por otras razones.

—Muy cierto —aprobó Tess, abrazando a Imogen.

—En un primer momento me sentí feliz al ver que era tan descortés con su madre —continuó—. Pero luego me di cuenta de que sólo la estaba molestando a ella. En realidad no me estaba defendiendo, ¿verdad?

—Habrá otro algún día —dijo Tess después de un momento, meciéndola contra su hombro.

—No, no lo habrá —replicó, secándose las lágrimas con la sábana de lino—. No lo habrá, no para mí. Si no me caso con Draven, no me casaré con nadie.

Imogen todavía no había trenzado su pelo para irse a la cama y éste le caía sobre los hombros, de un negro azulado brillante como la pluma de un cuervo, sus ojos color azul tempestuoso inclinados bajo sus cejas perfectas. Era demasiado hermosa y demasiado valiosa para pasarse la vida llorando por un calavera frío e irresponsable.

—Entonces vendrás y vivirás conmigo y con mi fabulosamente rico marido —dijo Annabel, sonriéndole—. Pasaremos todos nuestros días vestidas de seda y nuestras noches bailando. ¿Quién necesita a un marido?

—No me casaré con nadie —repitió Imogen, respirando hondo—. Así soy yo.

—Entonces, está todo resuelto —concluyó Annabel con energía—. Sé que vosotras pensáis que estoy bromeando sobre el conde, pero no es así. Francamente, me preocupa que Holbrook tal vez no sea la persona indicada para introducirnos en sociedad. Dudo que alguna vez en toda su vida haya estado en Almack. Me sorprendería que nuestro tutor supiera los nombres de una décima parte de las anfitrionas de la alta sociedad en Londres. ¿Cómo podemos confiar en que nos presente de manera adecuada durante la temporada?

Hubo un momento de silencio. A pesar del recién nacido cariño de Tess por Rafe, ésta sintió que lo que había dicho Annabel era verdad.

—Mi criada me dijo que Mayne no tiene compromiso alguno —continuó Annabel—. Claramente es un hombre de gusto y buena educación. No bebe en exceso. Él podría ponernos al día, logrando que todas vosotras encontréis maridos apropiados.

—¿Y qué hay del sencillo señor Felton? —preguntó Tess.

—No es suficientemente bueno para ninguna de nosotras —aseguró Annabel—. Sólo hay que escuchar todo lo que lady Clarice dijo sobre la importancia de los títulos. Creo que señaló expresamente que ninguna de nosotras debía apuntar a nadie que estuviera por debajo del nivel de un barón.

Josie dijo exactamente lo que Tess estaba pensando.

—¿Y ahora quién es la ingenua? —preguntó burlonamente—. Un título no mantiene la

casa caliente, por lo menos eso es lo que tú misma dijiste. Mi impresión es que el «sencillo» señor Felton es más rico que el duque y el conde juntos. ¿Sabéis a quién tiene en sus caballerizas? —Bajó el tono de su voz—. El año pasado compró a *Pantaloon*. Y ya tiene a *Royal Oak.*

—Basta, basta —interrumpió Annabel—. Eso es suficiente para convencerme de que lo ignore, aunque hubiera ganado todas las carreras. No tengo ningún deseo de casarme con un hombre que esté loco por los caballos y verle liquidar su propiedad para comprar una pobre yegua con el lomo vencido, incapaz de correr el Derby aunque lo intentara.

La voz de Josie era punzante:

—Espero que ésa no sea una interpretación de las prácticas de compra de papá, Annabel.

Ésta decidió irse a la cama.

—Es simplemente una descripción de los hechos —dijo, deteniéndose en la puerta—. Busco a un hombre que piense en comprar rubíes para mí, no en pagar mil libras por un caballo. Y creo que el conde de Mayne es precisamente ese hombre.

—¿Te gusta entonces? —quiso saber Tess con curiosidad, abrazándose las rodillas. A veces su hermana menor parecía mucho más vieja y más mundana que ella misma. Francamente, el conde la había impresionado bastante. Tenía que ver con lo educadísimo que era: educadísimo, imponente y exquisitamente vestido.

Pero Annabel sonrió abiertamente con picardía, sin la menor sombra en sus ojos.

—Lo observé muy atentamente —dijo con recato—. Por delante y por detrás. Es el adecuado.

—¡Annabel! —chilló Tess.

Pero la coqueta muchacha ya había atravesado la puerta y lo único que escucharon de ella fue el eco de una carcajada.

Capítulo ocho

Muy tarde esa noche

—¿El hombre que se case con tu pupila mayor recibirá *Something Wanton*? ¿Es eso verdad? —exclamó Mayne.

—Hay sólo cuatro vástagos de *Patchem* en todas las Islas Británicas —confirmó Rafe—. Y mi abogado acaba de decirme que cada una de mis pupilas tiene uno de esos animales como dote. *Something Wanton*, al ser el mayor de los purasangres, es la dote de Tess. Los otros tres son jóvenes todavía, dos potras y un potro.

—Un caballo como dote —comentó Lucius—. Una rara previsión. Este Brydone debió de ser un hombre excéntrico.

—Podría haber dejado dispuesto que los caballos fueran vendidos y que lo obtenido se convirtiera en dote —explicó Rafe—. Pero en el testamento se dice claramente que los caballos mismos constituyen la dote. Lo único que se puede deducir es que quería que sus hijas se casaran con hombres que estuvieran tan entusiasmados por esos animales como él mismo.

—Pero nada impide que cualquier tramposo se case con alguna de las chicas para luego enviar a subasta al animal —señaló Lucius—. Cualquiera de los cuatro potros podría alcanzar por lo menos ochocientas guineas en el Tattersall. Y dado que *Something Wanton* casi ganó en Ascot el año pasado, podría incluso venderse a un precio más alto.

—El afortunado no podrá vender la dote de su esposa durante un año —explicó Rafe, mirando otra vez los documentos que tenía en la mano—. Pero, por supuesto, tienes razón.

—¡*Something Wanton*! —exclamó Mayne. Y luego, con una gran sonrisa, añadió—: ¿Sabíais, caballeros, que estoy buscando una esposa?

—Debo confesaros que se me había ocurrido la idea de que quizás pudiera convencerte a ti o a Lucius para que os casarais con la mayor de mis pupilas —dijo Rafe—. Teresa… Tess… es una mujer muy hermosa.

—Exquisita —precisó Lucius brevemente.

—Tú y ella seríais perfectos el uno para el otro —continuó Rafe, mirando a Lucius—. Es excepcionalmente inteligente y no parece dada a tener berrinches. Además, hasta donde sé, tú no tienes los ojos puestos en ninguna mujer en este momento.

—Ésta es una conversación bastante indecorosa —señaló Lucius.

—Oh, vamos, no seas tan melindroso —replicó Rafe—. Si no quieres comprometerte, sólo tienes que decirlo.

—Estás de suerte, Rafe —intervino Mayne, reclinándose en su silla—. Yo pretendo considerar tu proposición muy en serio. Aunque, a decir verdad, ¿qué es lo que hay que considerar? Es guapa… no tan bella como Annabel, con esos rizos dorados, pero muy hermosa igualmente. Mi hermana no para de insistir en que debo encontrar una esposa. Y he aquí a la mujer perfecta: hermosa y con un caballo como dote. —Tomó otro trago de brandy—. Necesitará un poco de entrenamiento en las costumbres sociales. No parece que estas chiquillas hayan pasado demasiado tiempo con una institutriz, pero si es tan inteligente, aprenderá con rapidez. Yo me encargaré de ello.

Rafe entrecerró los ojos. Mayne había estado fuera de sí desde que había sido rechazado por una condesa a quien deseaba convertir en su amante.

—¿Crees amarla? —preguntó, sintiendo que esas palabras sonaban extrañas en su boca, incluso mientras las pronunciaba. Pero en ese momento debía comportarse como un tutor. Seguramente, ése era el tipo de preguntas que se suponía que los tutores debían formular a los

posibles cónyuges. O que los hermanos hacían a los hombres que deseaban casarse con sus hermanas.

—Amar… eso lo dudo —respondió Mayne, mirando el papel pintado de las paredes a través de la película dorada de brandy que recubría su copa—. Pero no hay necesidad de amor entre nosotros. Seré fiel, y si no, discreto; y Tess probablemente será fiel, y si no, discreta. Disfrutaremos de nuestra mutua compañía, hasta que un caballo me arroje a una zanja en alguna parte.

—Tal como ocurrió con su padre —intervino Lucius, con un tono de advertencia en su voz.

—Muy probablemente.

—¿O asesinado por un marido celoso? —inquirió Rafe.

—Siempre cabe esa posibilidad —admitió, aunque tampoco esa posibilidad parecía molestarle.

Rafe lo miró fijamente. No sabía cómo ayudar a su viejo amigo, que parecía pasar el tiempo saltando de la cama de una mujer casada a la de otra. Mayne nunca se quedaba lo suficiente como para romper un corazón. Eso era todo lo que se podía decir de sus actividades nocturnas. Estaba adquiriendo una actitud, una lengua aguda y retorcida, y un brillo disoluto en los ojos que a Rafe no le gustaban.

Y no tenía la menor idea de cómo resolverlo.

—Si llegas a hacerle daño —le advirtió, sorprendiéndose una vez más a sí mismo—, iré a por ti, por más que seas mi amigo. Sé que tú crees que soy un hombre indolente…

—¿Indolente? —lo interrumpió Mayne, con una expresión burlona en el rostro—. No. Sólo creo que tienes un paso lento… debido a la mala articulación de las rodillas y… al brandy, me temo.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. —Rafe se volvió hacia Lucius otra vez—. ¿Estás seguro de que no deseas pedir la mano de Tess?

—Si no te conociera, diría que estás dando muestras de tener prejuicios en mi contra —interrumpió Mayne, haciendo girar su copa una y otra vez en la luz dorada.

—Los tengo —confirmó Rafe—. Creo que Lucius sería un marido admirable para Tess.

—¡Basta ya con él! —reaccionó Mayne bruscamente—. Yo me he ofrecido primero y Lucius no la quiere. Lo dejamos así, ¿no? ¿Por qué no empiezas a detallar las encantadoras cualidades de cualquiera que sea la hermana que sigue en la fila? Imogen es una belleza de pelo negro azabache. Tienes a otras tres muchachas a las que casar, Rafe. No desperdicies el tiempo.

—¿Por qué todas están solteras? —quiso saber Lucius—. Parece raro, dadas sus edades. Tres de ellas tienen más de veinte años, prácticamente unas solteronas, desde un punto de vista inglés.

—Los escoceses son todos impotentes —dijo Mayne—. Odio ese país.

—¿Acaso se produjeron muertes en la familia que pospusieron su presentación en sociedad? —preguntó Lucius, haciendo caso omiso de Mayne—. ¿Cuándo murió su madre?

—Entiendo que el padre nunca tuvo dinero suficiente como para presentarlas adecuadamente —informó Rafe—. Según dice mi secretario, Wickham, la propiedad está en un estado calamitoso. Él se quedó allí durante varios días ayudando al nuevo vizconde, que vivía en Caithness y no había visto la finca de Roxburghshire desde hacía años. Por lo que se ve, era un espanto. Todas las tierras no ligadas al título y que podrían haber producido alguna renta se habían vendido hacía muchos años. La casa era una ruina y se caía a pedazos. El nuevo vizconde se puso frenético cuando descubrió que los caballos se habían legado a las chicas. Todo el dinero producido por la propiedad en los últimos diez años se había invertido en las cuadras de Brydone.

—¿Brydone se lo gastó todo en caballos? —preguntó Mayne.

—No era tacaño con las muchachas. Pero ya no le quedaba nada, a menos que vendiera alguno de sus caballos. Por lo que Tess me dijo durante la cena, parece que esperaba obtener un gran premio para llevarlas a Londres para la temporada.

—¿Y hasta que llegara ese momento, sus cuatro hijas debían pudrirse como unas solteronas en una casa en ruinas? —inquirió Lucius.

—Sin duda, no era un hombre que viviera según los convencionalismos —dijo Rafe, mientras vaciaba su copa. Sintió que se le levantaba un feroz dolor de cabeza. Demasiado brandy. Un día de éstos tendría que dejar la bebida, por más que ésta hiciera que la vida fuera tolerable. Las jaquecas parecían comenzar cada vez más temprano.

—No serán pocos los hombres que se presenten en fila ante tu puerta para pedirte la mano de las otras —observó Mayne—. Para cuando comience la temporada habrán terminado el luto. Tengo la impresión de que Maitland está interesado en Imogen. No le quitaba ojo.

Rafe agitó la cabeza.

—La boda con la señorita Pythian-Adams fue decidida hace muchos años. Además, Maitland se ha descontrolado desde que murió su padre, y últimamente ha ido de mal en peor. Sólo piensa en las carreras y se pasa todo el tiempo en ellas. Un día de éstos su prometida lo plantará.

—No es una mala manera de vivir —comentó desganadamente Mayne.

—No seas tonto —replicó Rafe—. Si quieres casarte con Tess, tendrás que cambiar de vida. Basta de andar enamorando a damas casadas y jugarte el cuello.

—Juro ser un marido modelo —dijo Mayne, y había un tono de aburrimiento tan profundo en su voz que Rafe entrecerró los ojos.

Pero Mayne continuó.

—He abandonado a las mujeres casadas, ¿no te has dado cuenta?

—No —replicó Rafe francamente.

—Pues bien, las he abandonado. —No levantó la vista, sino que siguió jugueteando con una pluma entre sus largos dedos—. Lady Godwin… y quiero precisar que nunca la tuve… fue la última, y eso ocurrió hace cuatro meses. Así que Tess me tendrá sólo para ella, tal cual soy.

—No es un mal negocio —dijo Rafe, su profunda voz resonó en el silencio—. Pues parece que estás dispuesto a considerarlo de esa manera, Garret.

Mayne miró hacia arriba.

—Sabes que odio mi nombre de pila, ¡maldición!

—Siempre te espabilas cuando lo uso —explicó Rafe—. Ahora que estás despierto, te juego una partida de billar por diez contra cien.

—Me voy a la cama —anunció Lucius estirándose.

—Espero que encuentres una señora de compañía antes del domingo —le dijo Mayne a Rafe—. Si lady Clarice se queda rondando por aquí mucho tiempo, tendré que fugarme con Tess. Esa mujer me produce urticaria.

—Le enviaré una nota a mi tía Flora —informó Rafe—. Vive en St. Albans. Quizás pueda estar aquí para la semana que viene.

—¿Así que tengo tu bendición, entonces? —quiso saber Mayne—. ¿Puedo empezar el cortejo mañana?

—A menos que pienses que es mejor esperar hasta que Tess abandone el luto —sugirió Rafe.

—No puedo —replicó Mayne brevemente—. El premio Litchfield Royal se celebra dentro de un mes. Si es que voy a hacer correr a *Something Wanton*… —Se encogió de hombros.

—Una razón la mar de apropiada para lanzarse al matrimonio a toda prisa —comentó Lucius ácidamente.

—Al diablo con la caballerosidad y esas tonterías —protestó Mayne mientras vaciaba su copa—. Me haces recordar a todos esos bastardos moralistas que se pasean por Londres, siempre queriendo dar a entender que soy un cabeza hueca y sin atreverse a decírmelo a la cara.

—¿Y no lo eres? —preguntó Lucius, con voz controlada.

Mayne pensó un momento su respuesta.

—No. Soy lujurioso, y me acuesto… me acostaba —se corrigió— con muchas mujeres casadas. Pero no soy un mal candidato, aunque no sé por qué demonios tengo que defenderme ante uno de mis mejores amigos.

—Tal vez porque piensas casarte con una mujer sólo para apoderarte de un caballo y competir con él en la primera oportunidad —replicó Lucius.

—No hay nada de malo en eso. El matrimonio no es más que un intercambio de bienes, y Tess recibirá de mí mucho más que un caballo. Y podría decir, Lucius, que el que tú precisamente me des lecciones de moralidad se me hace difícil de soportar.

La mandíbula de Lucius se puso tensa.

—¿Por qué?

—La verdad sea dicha, tú no eres un dechado de caballerosidad. Haces algo más que especular con acciones, se podría decir que casi controlas los mercados ingleses. Muchos considerarían que mi noviazgo no es nada comparado con tus maniobras financieras. Dios sabe que nadie nacido en alta cuna se rebajaría a participar en nada parecido al comercio.

—Deduzco que coincides con la de idea de mis padres acerca de cuáles son las actividades aceptables y cuáles no —dijo Lucius. Se produjo un tenso momento de silencio hasta que por fin Mayne suspiró.

—Me importa un bledo lo que hagas con tu dinero, Lucius, y lo sabes tan bien como yo. Y a ti jamás te importó un bledo que me metiera en la cama de quien yo quisiera. Así que, ¿por qué de pronto estás haciéndome sentir como un demonio cuando lo único que he hecho ha sido declarar mi propósito de volverme respetable?

—Por lo menos los dos habéis guardado las formas —señaló Rafe con aire taciturno, haciendo caso omiso del estallido de rabia que había atravesado la habitación en los últimos momentos—. Mis amigos más íntimos son un libidinoso y un comerciante, pero por lo menos ellos…

—Somos un trío encantador —intervino Mayne—. Un beodo, un libidinoso y un comerciante. La flor y nata de la sociedad inglesa. Por lo menos heredamos nuestros pecados honestamente… de nuestros antepasados.

—Mi madre no te agradecería precisamente que le recordaras este detalle sobre mi padre —dijo Lucius con ironía—. Hace mucho que se convenció de que yo había heredado de mi familia paterna la habilidad para los números.

—Tu madre es una tonta —dijo Mayne sin animosidad, mientras inclinaba su copa para apurar las últimas gotas de brandy—. Tú eres el mejor de nosotros, aun cuando la herencia de tu padre fuera su cara y no una fortuna. En fin, ¡por lo menos yo me estoy reformando! Primero el matrimonio, luego los hijos y antes de que os deis cuenta estaré en mi asiento en Lord's viendo partidos de cricket.

Rafe lo dudaba. Pero era verdad que Tess difícilmente podía aspirar a un candidato mejor, al menos desde el punto de vista social, y ése era precisamente el tipo de cosas a las que se suponía que los tutores debían prestar atención.

—No puede celebrarse el matrimonio —dijo—. Todavía está de luto.

—Conseguiré una licencia estrictamente especial —sugirió Mayne—. Tengo un tío que es obispo, como bien sabes. Él puede darnos la licencia y celebrar la ceremonia aquí mismo. Tienes una capilla, ¿no?

—Muy bien, pero Tess tiene que estar de acuerdo. No voy a forzarla a un matrimonio

que, por demasiado apresurado, pueda resultarle incómodo.

Mayne le dirigió una ligera sonrisa.

—Eso no debería ser un problema. Dios sabe que he tenido bastante experiencia en hacer que las mujeres me quieran. Le daré dos días, como máximo. Algunos cumplidos y un poco de poesía serán suficientes. —Lo dijo sin jactancia: estaba completamente seguro de su alta posición en el mundo y de sus dotes de seducción.

Rafe vaciló.

—No hagas nada indecoroso hasta que estéis casados. —La recomendación sonó más áspera de lo que era su intención.

Mayne se mostró sorprendido.

—Ni se me ocurriría. Ella va a ser mi esposa.

—Solamente lo digo porque no tenemos todavía una dama de compañía como Dios manda —se explicó Rafe, sintiéndose algo avergonzado.

—¿Sabes? —dijo Mayne—. Mi hermana Griselda está invitada en Maidensrow, a pocos kilómetros de aquí. ¿Por qué no le pides que te eche una mano? Al ser viuda y sin obligaciones, tendrá mucho tiempo para colocar a tus pupilas en la temporada. Ella siempre te ha tenido mucho cariño, Rafe. Les dará a las chicas algo de lustre y organizará mi boda a las mil maravillas en menos de una semana.

—Si crees que ella estará de acuerdo, me parece bien —aceptó Rafe—, eso sería lo más conveniente. Tía Flora no serviría para asesorar a las niñas en temas de vestuario. Y como nunca se ha casado, no estoy seguro de que sirva para dar consejos sobre la vida matrimonial.

—Mi hermana es una perla en tales asuntos —señaló Mayne—. Creo que debería ser obligación de las viudas jóvenes dedicar la mayor parte de su tiempo a hacer de casamenteras, a la vez que deberían resistirse con uñas y dientes a recuperar ellas mismas ese estado. Enviaré un mensajero a primera hora de la mañana. El buen gusto de Griselda para la ropa sólo es comparable con su curiosidad, de modo que me atrevo a suponer que se reunirá con nosotros no más allá de la hora del almuerzo de mañana. Y quizás para cuando ella llegue ya haya terminado con este dichoso asunto del cortejo.

—En tal caso —concluyó Rafe—, te deseo suerte.

—Me voy a la cama —informó Lucius tranquilamente.

—¿Puedes posponer tu regreso a Londres? —preguntó Mayne mirándolo—. Me gustaría que me acompañaras en la boda. Juro que tendré el asunto resuelto antes de una semana, como máximo.

Lucius vaciló.

—Por supuesto —dijo al fin.

Rafe siguió a Lucius hasta la puerta, pero al no ver nada en sus sombríos ojos, se limitó a cerrarla tras de sí.

Capítulo nueve

La mañana siguiente

Tess nunca había sido una tonta en lo que a hombres se refiere, pero incluso así, a veces la sorprendían. No tardó demasiado tiempo en descubrir que el conde de Mayne había decidido cortejarla. A decir verdad, lo supo desde el momento en que, cuando estaba sentada en la mesa del desayuno, untando con mantequilla un bollo tierno y preguntándose cuándo aparecerían sus hermanas, vio aparecer al conde, con una actitud que denotaba a las claras que era un hombre a la búsqueda de algo.

Su primera idea de que seguramente andaría buscando a Annabel se disipó por la manera en que la saludó.

—¡Qué alegría encontrar a la exquisita señorita Essex! —no usó la frase convencional de estar «encantado» y no hizo mención alguna a su hermana. Después de eso, lo único que quedaba por saber era si quería pedir su mano… o se trataba de otra cosa.

Tess estaba terminando de comer su bollo cuando él se acomodó en la silla que estaba junto a la suya. Su aspecto era tremendamente elegante, todo vestido de negro y con un toque blanco en el pecho y el cuello. La estaba mirando y esa mirada… no cabía la menor duda.

—Buenos días, señor —le saludó, ofreciéndole una sonrisa calculada para animarlo. No había necesidad de mostrarse áspera hasta saber cuál era su objetivo. Dios sabía que tenía mucha experiencia a la hora de rechazar los avances de escoceses locos por los caballos que pensaban que a la hija de un vizconde arruinado no le importaría entregarles su honra a cambio de algunos trajes finos.

—Señorita Essex —comenzó él. Y aun cuando ella no hubiera adivinado ya sus intenciones, la manera en que pronunció su nombre, como si fuera su dueño, la habría alertado.

Por supuesto, hay pretendientes y pretendientes. Algunos llegan manchados de barro y otros traen el título de conde debajo del brazo. Evidentemente, no debe rechazarse a estos últimos candidatos a la ligera. Sobre todo si tienen un perfil romano más que aceptable, y sus barbillas no son ni débiles ni hundidas. En pocas palabras, no había ninguna excusa para no ser cortés, aun cuando el caballero resultara un tanto inquietante. Tess dejó su bollo tierno y se preparó para ser cortejada.

Mayne tomó de inmediato la iniciativa.

—Parece más hermosa por la mañana de lo que estaba anoche —le dijo, tomándole la mano. Los rizos de su cabellera estaban en un desorden tan perfecto que cabía suponer que ése era el aspecto buscado.

Pareció considerar que el silencio de la joven era el estímulo que necesitaba para continuar su ofensiva.

—Confío en que no se ofenda si le digo que sus ojos son muy hermosos, señorita Essex. Son de un extraordinario color azul. Uno esperaría que fueran de un azul más oscuro, pero tienen una tonalidad más intensa, más clara, el color del lapislázuli, tal vez.

Tess sólo quería terminar de desayunar. No era que sus cumplidos carecieran de interés, ni mucho menos que le desagradaran, pero tampoco conseguían distraerla hasta el punto de hacerle olvidar su apetito.

—Es usted demasiado amable —respondió, retirando su mano y cogiendo otra vez el bollo tierno. Cuando lo pensó, se dio cuenta de que a Annabel todo aquello la habría hecho feliz. Tess tenía la clara impresión de que en la conversación y las bromas de la noche anterior su hermana había manifestado la firme decisión de casarse con el conde, quien a su vez, en

ese momento, en cambio, daba toda la impresión de querer unirse a la mayor de las hermanas Essex.

El aristócrata echó una mirada a Brinkley, que estaba ocupado con las vituallas dispuestas sobre el aparador.

—Me doy cuenta de que ésta es una petición un poco atrevida, ya que estamos sin dama de compañía…

Tess alzó las cejas involuntariamente. ¿Acaso el conde iba a hacerle una proposición de matrimonio allí mismo y en ese momento? Después de todo, si no fuera por su excelente memoria, ella podría hasta haber olvidado totalmente su nombre. Lo cual quería decir que apenas si se conocían.

Pero Mayne se limitó a invitarle a que lo acompañara a un paseo por los jardines. Irían solos, ya que lady Clarice nunca se levantaba antes del mediodía.

—Nos mantendremos a la vista de la casa —le aseguró.

Tess no se molestó en decirle que ella y sus hermanas habían pasado su infancia paseándose por la finca de su padre a su antojo. La institutriz (cuando tenían una) difícilmente hubiera podido acompañar a cuatro niñas a la vez.

—Me encantará acompañarlo —aceptó, dándose cuenta un segundo demasiado tarde de que su tono carecía de todo entusiasmo.

—Salvo que prefiera quedarse en casa, por supuesto. Rafe no se levantará hasta dentro de unas horas. Por lo general le duele la cabeza por la mañana. —El conde tenía ojos negros de brujo.

—¿Por qué lo llama Rafe? —quiso saber Tess—. Pensaba que los caballeros ingleses nunca usaban los nombres de pila al referirse unos a otros.

—Rafe no toleraría que lo llamaran Holbrook —respondió Mayne—. Sólo es el duque desde hace cinco años, desde que murió su hermano mayor.

—Oh —exclamó Tess, dándose cuenta de pronto—. Es como si tuviera que adoptar el nombre de su hermano además del título.

Mayne asintió con la cabeza, pero justo cuando Tess empezaba a pensar que tal vez no fuera tan superficial y elegante como sus exquisitos modales le habían llevado a suponer, el hombre inclinó la cabeza hacia su mano y la besó otra vez. La repetición de aquel gesto provocó que comenzara a comprender la brusca negativa de Josie a permitir que le besaran la mano la tarde anterior. Afortunadamente, no había estado trabajando con los caballos durante el último año, más o menos, y su mano era suficientemente blanca y delicada como para justificar tantas caricias.

Pero cuando Mayne levantó la cabeza, la chispa de simpatía que Tess había visto en sus ojos mientras hablaban del duque había desaparecido por completo. En cambio, él la miraba como si se tratara de un exquisito pañuelo para el cuello que estaba totalmente decidido a comprar. A juzgar por sus ansias de cortejarla, debía de haber estado buscando esposa incluso desde antes de que ellas llegaran a la casa. ¿Acaso la repentina llegada de cuatro señoritas casaderas lo había arrastrado a la confusión y, sencillamente, había resuelto elegir a la mayor, sin detenerse a averiguar si era o no la que más le convenía?

—He descubierto que es peligroso pasar tiempo en su compañía, señorita Essex —le dijo.

—Sin ninguna duda, debe de tratarse de una sensación desagradable —replicó Tess.

Él se mostró ligeramente sorprendido, pero se repuso enseguida.

—De ninguna manera —le aseguró—. Uno siente, siempre, una especie de exquisita punzada en presencia de una mujer de su belleza.

—¿Una punzada? —preguntó Tess, levantando una ceja. Realmente, por sus palabras parecía referirse a un caso de ictericia.

El conde pareció darse cuenta de que la conversación se estaba desviando. Apretó la

mano de la joven y la alzó otra vez hasta sus labios.

—La verdadera belleza siempre produce un poco de tristeza en el corazón. Es lo mismo que uno siente al contemplar los grandiosos mármoles de Grecia y las pinturas de los maestros italianos.

—No he tenido el placer de verlos. —Tess retiró la mano. Empezaba a desear con cierta desesperación estar en la soledad de su alcoba—. Creo que tengo un ligero dolor de cabeza —se excusó al ponerse de pie—. Debo posponer nuestra caminata, milord.

Una vez más, él la sorprendió. Había un destello de diversión en sus ojos. Puede que fuera un truhán, pero por lo menos tenía sentido del humor.

—¿Me permite despedirme con una reverencia? —preguntó, y decididamente tenía una expresión risueña—. Así no tendré que besar su mano. Créame que la comprendo, señorita Essex. Nosotros, los ingleses, somos escandalosa y exageradamente formales.

Parecía que Mayne la consideraba como una especie de señorita provinciana sin demasiada educación, impresionada por los besos en la mano, a la que seguramente podía reconquistar con una elegante reverencia.

Él se inclinó. Ella lo observó. Luego dejó que un tinte sardónico y deliberado se deslizara en su voz.

—¡Qué amable por su parte! —dijo—. He aprendido tanto en este breve encuentro… Sólo me resta retirarme a mi habitación y pensar la manera de cultivarme para estar a la altura de un discurso tan elegante.

Realmente, ni siquiera le importó dejarlo con la boca abierta. Era demasiado atractivo. Probablemente estaba acostumbrado a que las mujeres se rindieran ante él, como había ocurrido con Annabel la noche anterior.

Bueno, pensó, quizás se sienta rechazado por su torpeza y dirija sus atenciones a Annabel. Se dio la vuelta y se marchó.

Una vez a solas, Garret Langham, conde de Mayne, se dejó caer en su asiento y miró fijamente los huevos escalfados que Brinkley le había puesto en el plato. A la señorita Essex él no le gustaba mucho. Era excepcionalmente hermosa, con ese pelo color castaño y los labios rosa intenso que parecían curvados sólo para sonreír, incluso cuando se fruncían en señal de una ligera desaprobación.

A la damisela parecía no agradarle su estilo de seducción, y no podía criticarla: llevaba diez años dejándose querer por toda dama joven y apetecible en Londres (y el único requisito para conseguirlo era un marido dispuesto a dejarse enzarzar en un duelo) y había refinado sus frases hasta darles el más sublime brillo. Él mismo estaba bastante cansado de todo aquello.

Por un momento se preguntó si no sería que todo aquel despliegue sencillamente no servía para nada con mozuelas poco pulidas de la campiña escocesa. Pero no. Había seducido a damas mucho más jóvenes que la señorita Teresa Essex. Aunque tuvo que admitir con cierta desgana que ninguna de ellas era tan hermosa.

Sin que nadie la convocara, acudió a su mente la imagen de una condesa rubia tremendamente esbelta, con la cabeza coronada por unos inquietos rizos, y cubierta con una tela tan ligera que flotaba alrededor de su cuerpo. Entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. La condesa Godwin no tenía el menor interés en su compañía. Había hecho el tonto con ella. Capítulo cerrado.

Encauzó sus pensamientos otra vez hacia su futura esposa. Tenía que casarse. Su hermana se lo decía todos los días. Ya había cumplido treinta y seis años y necesitaba un heredero. Todo parecía tan… terminante. Tan tediosamente definitivo. Pero la señorita Essex era encantadora. Era inteligente también, suficientemente inteligente como para no dejarse impresionar por sus muy ensayados cumplidos.

Si bien parecía difícil que su unión fuera apasionada, por lo menos venía con un caballo llamado *Something Wanton* de premio, un animal que había estado a punto de ganar las carreras de Ascot el año anterior. Por lo menos estaba seguro de sentir un apasionado apego a ese caballo.

¿Qué más se podía pedir?

Capítulo diez

Por la tarde

—Una modista vendrá mañana después del almuerzo —le anunció Rafe a Tess cuando se cruzó con ella por las escaleras.

—Oh, no tiene usted por qué hacerlo —protestó la joven, sintiéndose un poco avergonzada. Por supuesto, su tutor debía haberse dado cuenta del lamentable estado de su guardarropa al ver sus pobres vestimentas.

—Tonterías —la miró con una abierta sonrisa que le hizo parecer repentinamente mucho más joven—. Tú eres mi nueva hermana, ¿recuerdas? No puedo consentir que te vistas con vulgares telas de algodón. No las soporto. Me recuerdan a la cocinera que teníamos cuando yo era pequeño: una mujerona temible, capaz de usar un cucharón sobre la cabeza de un muchacho joven.

—Ay —exclamó Tess. Estaba de acuerdo en cuanto a la tela, pero era tan humillante ser pobre.

—Además, ya han pasado los primeros tres meses de luto —continuó el duque—. Ya no es necesario el negro absoluto. Por cierto, y cambiando de tema, lady Clarice ha preguntado si a ti y a tus hermanas os apetecería acompañarla a una excursión a las ruinas romanas de Silchester mañana por la mañana. La señorita Pythian-Adams se alojará aquí con nosotros hasta que encontremos a otra dama de compañía. Así que si deseas conocer las ruinas, ésta sería una oportunidad excelente.

La sola idea de pasar el día con la culta prometida de lord Maitland era desalentadora, pero Tess sabía que Imogen insistiría en acudir ante la remota posibilidad de que Draven Maitland participara del paseo.

—Lady Clarice es muy amable al invitarnos —respondió, con sólo una mínima arruga en la nariz.

—No hagas eso —dijo Rafe, poniendo un dedo sobre la nariz de ella—. Lady Clarice diría que demuestras una deplorable carencia de buena educación.

—Lady Clarice tiene mucha razón al afirmar tal cosa —confesó Tess—. Me temo que ninguna de nosotras está muy versada en las sutilezas que enseñan las institutrices para manejarse en sociedad.

—Entonces hablaremos detalladamente de la señorita Pythian-Adams mañana por la noche, después de que la hayas conocido —dijo Rafe, bajando la voz un poco—. Te aseguro que si encuentras algo que desees emular desesperadamente, contrataré a las institutrices adecuadas sin demora.

—A pesar de su amabilidad, eso suena como un insulto. Aunque soy incapaz de determinar si está dirigido a mí o a ella —señaló Tess, volviéndose para retomar el corredor hacia su alcoba—. Tendré cuidado, mi señor tutor, para no irritarle demasiado.

Él se rió.

Annabel la estaba esperando.

—Está a punto de proponerte matrimonio, ¿no? —le preguntó en cuanto Tess cerró la puerta.

—¿Quién?

—El duque, por supuesto.

—No —respondió Tess, quitándose sus ajados guantes con cuidado para que no se

rompieran.

—Uf —se lamentó Annabel, dejándose caer en un sillón junto al fuego—. Anoche, durante la cena, parecíais los dos muy relajados. Y le acabo de oír riéndose.

—Asegura que no tiene interés en casarse —señaló Tess—, y debo decir que no veo en él ninguna inclinación en ese sentido.

—Bienvenido sea el conde —dijo Annabel, moviendo los dedos de los pies frente al fuego—. Tuve la fantasía de llegar a ser duquesa, pero me alegra mucho ser condesa.

Tess se mordió el labio.

—¡Maldición! —exclamó Annabel, entrecerrando los ojos—. Te has quedado con el mejor pretendiente disponible, ¿no?

—No voluntariamente —protestó Tess.

—Tienes suerte de que yo no me haya enamorado de ese hombre. No hay ni una gota de romanticismo en mi cuerpo, lo cual es una suerte extraordinaria. Si no, basta con ver cómo se ha quedado la pobre Imogen después de tener que oír lo que dijo esa horrible lady Clarice anoche.

Eso le hizo recordar algo a Tess.

—Acabo de decirle a Rafe que mañana por la mañana nos reuniríamos con lady Clarice y la señorita Pythian-Adams para una excursión a unas ruinas romanas.

—¡Qué aburrimiento! —exclamó Annabel—. Diré que me duele la cabeza. No quiero que me vean con esta ropa horrible.

—Supongo que podríamos declinar la invitación. Después de todo, si la señorita Pythian-Adams resulta ser la mitad de perfecta de lo que lady Clarice describió, será humillante para Imogen.

Annabel sacudió la cabeza.

—Si la señorita Pythian-Adams va, entonces nosotras tenemos que ir.

—¿Por qué? Yo diría que las cosas serán más difíciles para Imogen una vez que conozca a ese monumento a la urbanidad.

—¿Monumento? ¿La estás describiendo como un monumento? Mala comparación —dijo Annabel—. Quizás Draven Maitland, por más sinvergüenza que sea, se impresione al ver a su marisabidilla junto a nuestra querida Imogen.

—¡Pero yo no quiero eso! Lo último que deseo es que Imogen se case con Maitland.

—Lo que tú pienses, querida, no tiene la menor importancia. Imogen desea casarse con él, por estúpido que nos parezca su deseo, y no conozco ninguna buena razón para negarle a la gente lo que su corazón desea. ¿Recuerdas lo que ocurrió con la hija de la señora Bunbury?

—¿Lucy? Lucy enfermó de fiebres y murió.

—Tonterías —refutó Annabel—. No puedo creer que se me haya olvidado contarte la verdad. Lucy enfermó de embarazo, no de fiebre. La señora Meggley, en el pueblo, me dijo que la pobre chica murió en el parto, y todo porque su madre se había negado en redondo a permitir que se casara con el tipo a quien ella quería.

—Oh, pobrecilla —se lamentó Tess—. Pero no era un tipo cualquiera, Annabel. Ferdie McDonough era un buen partido para ella y su madre no debió haberse opuesto. Aunque —añadió—, no veo cómo puedes culpar a la madre de Lucy de su muerte en el parto.

Annabel agitó su mano con impaciencia.

—No es exactamente por la muerte por lo que la culpo. Pero cuando una mujer es tan resuelta como Lucy, o como nuestra Imogen, ya que estamos, no queda más remedio que aceptar sus decisiones. Ahora bien, si Maitland realmente quiere casarse con esa prometida tan culta que tiene, no hay nada más que pueda hacerse al respecto. Pero dado el encantador y fulgurante despliegue de enfado que nos ofreció anoche, no parece estar demasiado entusiasmado con esa señorita… como se llame. Yo creo que fue lady Clarice la que decidió ese enlace y que él aceptó sólo por las propiedades de la tal señorita Pythian.

—Si él llegara a echarse atrás en este compromiso, eso podría acarrearle un juicio por incumplimiento de promesa, y tú dijiste que eso era muy costoso.

—Los Maitland pueden permitírselo. ¿Viste el vestido que llevaba anoche lady Clarice?

—No quiero que Imogen se case con Maitland —insistió Tess tercamente—. Sería un marido muy poco agradable. Fíjate en el ataque de rabia de anoche. Odiaría tener un marido con tal indiferencia por el decoro.

—Ah, pero sólo las afortunadas como nosotras podemos elegir a un cónyuge teniendo en cuenta sobre todo la compatibilidad —dijo Annabel, moviendo los dedos de los pies delante del fuego—. Piensa, Tess, que una vez que estemos casadas, ¡nunca más tendremos que llevar medias zurcidas!

—Nunca me habría dado cuenta de que las tuyas están remendadas —comentó su hermana, mirando con atención los dedos de sus pies—. Zurces maravillosamente.

—Ésa es otra habilidad que con gusto dejaré de lado —confesó Annabel—. Al igual que la contabilidad, la jardinería y el recuento de los peniques. O de los medios peniques, como ocurría con papá.

—Preferiría que no hablaras de él con tanta dureza delante de Josephine —le pidió Tess, sentada en el tocador y comenzando a quitarse las horquillas del pelo. Se dejó caer sobre el borde del taburete.

—Bien, Josie no está presente —señaló Annabel—. No hay nadie aquí, querida, excepto tú y yo, y no pienso empezar a fingir estar en un éxtasis de dolor por la muerte de papá. A él nunca le importamos un bledo.

Lo dijo en un tono tan seco, tan alejado de su forma habitual de hablar, que Tess se mordió el labio.

—Yo creo que sí nos quería —dijo, dejando deslizar el cepillo sobre el pelo—. Sólo tenía un problema…

—Simplemente quería más a sus caballos —le interrumpió Annabel—. Pero tienes razón. Trataré de proteger la tierna sensibilidad de Josie.

Tess dejó el cepillo.

—Lo siento —se disculpó—. Lamento que te hiciera llevar la contabilidad, Annabel.

—No me habría molestado —empezó su hermana, mirando fijamente el fuego—, si también hubiera pensado en nosotras, en nuestro futuro. —Su voz se fue apagando.

—Él pensó en nuestro futuro —protestó Tess.

—No lo suficiente —replicó Annabel. Y eso era verdad. El vizconde Brydone había utilizado a sus hijas para que le hicieran la vida más cómoda y se había negado a permitirles tener pretendientes porque juraba que las llevaría a todas a Londres algún día, para que pudieran casarse a lo grande.

—Papá nos quería —insistió Tess con firmeza, cogiendo el cepillo otra vez.

—Para mí es fundamental —continuó Annabel— encontrar a un hombre incapaz de distinguir un caballo de un burro. Si Mayne ha decidido cortejarte, que sepas que no me importa en absoluto, ya que anoche su conversación en la cena estuvo un tanto salpicada de caballos. Preferiría que mi marido se interesara más en zapatos de baile que en herraduras. Así que si quieres casarte con el conde, Tess, por favor, hazlo rápidamente, así podremos irnos todas a Londres. Imagino que tendrá una residencia palaciega, ¿no?

—Supongo que tienes razón.

—Y tiene un gusto exquisito —señaló Annabel—. ¿Te fijaste en los remates de sus botas? Estoy segura de que nunca he visto nada tan elegante en nuestra casa. Sin duda alguna, Mayne conocerá a las mejores modistas de Londres.

—Me sorprende que no insistas en que se comprometa contigo —observó Tess con cierta irritación—, ya que lo consideras como un arquetipo del buen gusto.

—Si bien encuentro que el gusto de Mayne en lo que respecta al terciopelo negro es

irreprochable —dijo Annabel sinceramente sorprendida—, y aunque me resultan muy atractivas sus piernas enfundadas en esos pantalones ajustados —eludió el pequeño almohadón que Tess le lanzó—, también estoy totalmente segura de que Londres está lleno de hombres que tienen exactamente las mismas cualidades del conde. Él da muestras de preferirte a ti y hay que tener mucho cuidado de no tomar decisiones basadas en un entusiasmo impropio por las piernas de un hombre.

—Tú haces que todo parezca tan frívolo —le reprochó Tess con un suspiro, pasando otra vez el cepillo por el pelo.

Su hermana le estaba sonriendo.

—Y no es que piense hacer caso omiso del tema cuando llegue el momento de escoger mi propio marido, naturalmente.

—¡Cállate, pequeña perversa! —la regañó Tess.

—Debo irme —dijo Annabel poniéndose de pie de un salto—. Estoy tratando de enseñar a Elsie, mi criada, a trenzarme el pelo y debo decir que no es cosa sencilla. Puede que esa chica fuera una niñera excelente, pero no parece muy hábil con el cabello.

—Debe de ser la hermana de Gussie, entonces —sugirió Tess algo sombríamente—. En cuanto se marcha, rápidamente me cepillo yo misma el pelo y lo sujeto con horquillas.

Annabel pareció irritada.

—¡Nunca más me peinaré yo sola ni me pondré las horquillas… nunca más! No me importa si Elsie tiene que hacerlo una docena de veces.

En ese momento llegó la mencionada Gussie y Annabel se retiró. La criada era una mujer joven y robusta, muy bien preparada para servir de niñera, después de haber visto cómo su madre traía siete niños al mundo, pero a la que le faltaba bastante entrenamiento para cumplir medianamente con los deberes de doncella para una dama. Sin embargo, no podía negarse que la pobre se esforzaba cuanto podía por conseguirlo.

—La señora Beeswick dice que debo ponerle manzanilla en la frente —anunció alegremente. Sin detenerse un segundo, inclinó hacia atrás la cabeza de su señorita y le colocó un paño mojado sobre la frente.

Tess sintió que un reguero de agua fría goteaba por su cuello y se preguntó si debía decir algo mordaz. Pero Gussie se había embarcado en su actividad favorita, hablar, y se dijo que sería muy descortés interrumpirla.

—Ser la doncella de una dama da mucho trabajo —le confió Gussie—. No es sólo lo que hago en su habitación, señorita. Lo peor es lo que tengo que hacer abajo. Planchar. ¡Planchar, planchar y planchar!

—Lo siento —murmuró Tess. El paño mojado se deslizó hacia sus labios cuando habló.

—No es culpa suya, señorita. Es el puesto. Y doy gracias a Dios, ¡sé muy bien que ésta es una gran oportunidad!

—Estupendo —murmuró Tess. El agua helada avanzaba lentamente por el esternón—. Estupendo.

Capítulo once

La mañana siguiente

Rafe se despertó con un sabor amargo en la boca, la sensación de que sus párpados no se abrirían y un sentimiento de aprensión enfermiza. Dos minutos después recordó por qué le ocurría todo eso. Aquél era el día de la llegada de la señorita Pythian-Adams, el modelo perfecto de dama culta y educada, y en un rapto de responsabilidad, había aceptado acompañar a sus pupilas a algún agujero inmundo del que se decía que era una ruina romana. Y si Maitland a su vez acompañaba a su prometida, seguramente se produciría otra pelea entre lady Clarice y su hijo. Aquello era suficiente como para hacer que uno violara sin el menor remordimiento la regla de no beber nunca antes de que el sol estuviera en lo más alto.

Salió de la cama arrastrándose y se lavó de pésimo humor. Hasta ese momento, había disfrutado mucho con sus pupilas, especialmente con Tess. Pero Imogen era otra cosa. Para decirlo de una sola vez, no le gustaba esa chica. Era demasiado apasionada, por no hablar de la manera tan notoria en que se echaba a temblar cada vez que veía a Maitland. ¿Acaso aquella chiquilla no tenía orgullo? Y su adoración por aquel disoluto era un misterio: Maitland era un perfecto calavera, aunque gastaba todo su dinero en los caballos más que en las mujeres de mala vida. Sólo vivía para la velocidad y las carreras.

Rafe se estremeció. Una damita excesivamente apasionada y un cabeza hueca como Maitland constituían una combinación perfecta para el desastre.

Su ayuda de cámara entró en la habitación con una botella y una copa sin hacer un solo comentario. Rafe vació la copa de un solo golpe. Un día de éstos tenía que dejar de beber brandy con tanto entusiasmo. Pero aquél no era el día indicado.

Impasiblemente, se metió en la bañera con agua helada y se echó un balde sobre la cabeza. Cuando dejó de temblar y el licor le llegó al estómago, se sintió considerablemente mejor.

Por más que lo intentaba, no podía recordar a la señorita Pythian-Adams, aunque seguramente la había conocido en alguna ocasión. Tenía la vaga impresión de que tenía el pelo pelirrojo. Desde que Peter murió y él se convirtió en duque, había pasado la mayor parte del tiempo tratando de evitar a toda mujer casadera, de modo que no era de extrañar que no tuviera ningún recuerdo de la muchacha.

Naturalmente, no era la única persona en la casa que pensaba en la señorita Pythian-Adams.

—Realmente, no comprendo cómo se las arregló para pescar a Draven —le estaba diciendo Imogen a Tess. Habían enviado a Gussie a las cocinas a hacer algo, e Imogen se ocupaba en ese momento de quitar todas las horquillas que la criada le había colocado a Tess, como paso previo para volver a peinarla otra vez—. Draven es el último hombre en la tierra al que le puedan interesar la erudición y los libros. ¿Crees que su madre le obligó a pedir la mano de la señorita Pythian-Adams?

—Lo dudo —respondió Tess.

—Bien, ¿por qué no? —se preguntó Imogen, dejando el cepillo—. Ya sabes que los padres imponen la elección del cónyuge a sus hijos. ¿Crees… crees que es más hermosa que yo?

Tess se encontró con la ansiosa mirada de su hermana menor al otro lado del espejo. Se sintió dividida por un terrible dilema. Por una parte, parecía cruel apoyarla de alguna manera. Pero era igualmente desgarrador y difícil aplastar sus esperanzas.

—Dudo que la señorita Pythian-Adams sea más hermosa que tú, Imogen —dijo

finalmente—. Pero desde el punto de vista práctico, la belleza podría ser el menos importante de los rasgos de esa señorita. Es una heredera y cuenta con la aprobación de lady Clarice.

Imogen abrió los ojos como platos.

—¡No estarás diciendo que Draven es capaz de casarse por dinero!

—Lo que estoy diciendo es que no sabemos por qué Maitland pidió la mano de la señorita Pythian-Adams en matrimonio —explicó Tess un poco cansada—. Lo único que sabemos con certeza es que lo hizo. Lo mejor sería que aceptaras este hecho y te resignaras.

—¡Estoy cansada de resignarme! —exclamó Imogen, arrebatando el cepillo otra vez—. ¡Debería amarme a mí, no a ella!

No había mucho que decir ante tamaña tontería, de modo que Tess se contuvo.

—Ojalá papá hubiera sido más previsor. Podríamos haber tenido una institutriz y yo sabría tanto como ella sobre poesía y sobre los romanos, y también sabría dibujar y todas esas cosas.

—Por supuesto que lo habrías aprendido —confirmó Tess.

—Anoche, por ejemplo, no sabía exactamente qué tenedor usar —continuó Imogen con enojo—. Y eso también es culpa de papá. ¡Debió haber previsto que tendríamos que competir con… con mujeres de esta naturaleza!

—Papá no pensaba de esa manera.

Imogen comenzó a sujetar el pelo de su hermana con las horquillas.

—Cuando Draven nos vea a las dos juntas, me elegirá a mí —dijo después de un momento.

Pero Tess se negó a seguirle la corriente. Había llegado a la conclusión de que su indulgente actitud respecto a la adoración sin esperanza de Imogen había sido un error.

—Lo dudo mucho.

—Yo no —replicó Imogen, poniendo las horquillas con tanta ferocidad que Tess se sintió como un acerico—. Draven no ama a esa mujer. No podría querer a una marisabidilla. Así que debe haber algo más detrás de su compromiso, y ese algo seguramente es lady Clarice.

Pero una hora más tarde, Imogen no estaba tan segura.

Gillian Pythian-Adams no era ninguna marisabidilla de aspecto enclenque, larguirucha, pálida y aferrada a una edición encuadernada en cuero de Shakespeare. No llevaba quevedos y su pelo no estaba recogido en un apretado rodete, como lo llevaría cualquier mujer culta digna de semejante calificativo. En vez de todo eso, por debajo de su toca asomaban unos preciosos rizos color cobre y sus ojos verdes inspeccionaban el mundo con aplomo. Y hasta tenía cierto sentido del humor.

Imogen sintió un ruido sordo en el pecho, como si su corazón se hubiera desplomado. Cualquier hombre estaría feliz de poder mirar a la señorita Pythian-Adams todo el día, aunque ella decidiera leerle poesía. Incluso si se tratara de poesía épica.

—¿Cómo está usted, señorita Imogen? —estaba diciendo la señorita Pythian-Adams. Debería estar prohibido que una mujer tan educada como ella tuviera un hoyuelo. Y con mayor razón que se le permitiera llevar una pelliza color lila que provocó que Imogen temblara de envidia.

—Es un placer conocerla —respondió por entre sus labios tensos. En ese momento entendió por qué Draven sólo le había dado un besito de nada. A sus ojos no era más que una tosca mozuela escocesa estúpida y mal vestida que tenía la temeridad de venerarlo. Probablemente, darle ese beso había sido para él el equivalente a visitar a los enfermos, un acto de caridad.

—Estoy tan entusiasmada con esta visita a las ruinas —dijo la señorita Pythian-Adams. Hasta su voz era agradable: ni demasiado grave, ni demasiado estridente—. Y es un verdadero placer descubrir que hay cuatro señoritas en la casa con las que hacer amistad.

Imogen se encontró con los ojos de Tess por encima del hombro de la señorita Pythian-Adams (resultaba, quizás, un pelín demasiado baja a los ojos de una Essex, pero, realmente, aquello era lo único negativo que se podía decir de ella).

—Lo siento, querida —dijo Tess moviendo los labios.

Imogen sonrió de una manera un tanto desproporcionada. Estaba tan conmocionada que ni siquiera tenía ganas de llorar.

—Lady Clarice nos comentó que sus dibujos fueron publicados en *The Ladies' Magazine* —intervino Tess, mientras se cambiaba de sitio y ponía su brazo alrededor de la cintura de Imogen—. Nos sentimos todas un poco envidiosas. Debe de ser muy hábil dibujando.

—En realidad, no —explicó la señorita Pythian-Adams. Luego sonrió un poco avergonzada—. Supongo que lady Clarice olvidó decir que mi padre es uno de los patrocinadores de la revista en cuestión.

Era también modesta. Incluso simpática. Imogen sintió que su corazón estaba a punto de romperse.

—¿Vendrá lord Maitland hoy con nosotras? —preguntó Tess como por descuido.

—Espero que no —respondió vigorosamente—. Probablemente vosotras no os hayáis dado cuenta, ya que acabáis de conocer a lord Maitland, pero tiene tal obsesión por sus cuadras que…

Pero en ese momento el mismo Maitland entró a zancadas en la habitación y se acercó directamente a ellas.

Tess observó cuidadosamente la escena. Imogen se encendió como una antorcha cuando él se acercó (valga la sutileza). La señorita Pythian-Adams permitió que le besara la mano, pero no dio señal particular alguna de euforia. Maitland no mostró ninguna preferencia por alguna de las damas en particular. De hecho, Tess hubiese dicho que el caballero había besado su propia mano exactamente con el mismo grado de entusiasmo, ni más ni menos, con que había besado la de su futura esposa.

Finalmente, todos subieron a los carruajes y partieron en dirección a las ruinas. Las hermanas Essex fueron a parar a un carruaje con su tutor.

El cielo estaba de un color azul claro deslumbrante y el tiempo prometía volverse muy caluroso. Tess observó cómo se desvanecía un jirón de nubes.

—Quiero que me prometas que no te quitarás el sombrero —le dijo a Josie, que tenía la tendencia de lanzar sus tocados al viento y tostarse la cara.

Josie miró a sus hermanas.

—¡Parecemos una bandada de gansas! —exclamó con un gorjeo de risas.

—Sólo las gansas de las mejores familias se ponen sombreros —dijo Rafe. Llevaba consigo una petaca de plata cuyo contenido no le hacía a Tess la menor gracia.

De todas maneras, no pudo evitar sonreírle.

—Ése era el pie para halagarnos, Señoría, más que para confirmar nuestro aspecto sombrío. ¿Puedo suponer que no está muy acostumbrado a decir cumplidos como un Lotario?

—No me llames «Señoría» —gruñó—. Y jamás me he quedado embobado con una dama, si es eso a lo que te refieres.

—¿Por qué no? —preguntó Josie con interés—. No es tan viejo todavía. —Había un cierto tono de duda en su voz.

—¡Josie! —le reprendió Tess, y se volvió hacia Rafe—. Le pido disculpas por la grosera pregunta de mi hermana. Estamos demasiado malacostumbradas a hablar entre nosotras de la manera más impertinente.

—Me gusta —dijo Rafe, quien no se había alterado lo más mínimo—. Tal vez todavía no sea tan viejo, señorita Josephine, pero me siento viejo. Y, afortunadamente, hasta ahora no he conocido a la mujer que pueda convertirme en un tonto.

—Si usted no se queda embobado con Annabel o con Tess —continuó Josie con total convicción— entonces me temo que está condenado a quedarse soltero.

—Me resignaré a mi suerte —replicó Rafe, cada vez más divertido.

—Su actitud supone una terrible desilusión para mí —intervino Annabel.

—Primero fue mi madre. Ahora, usted —se lamentó Rafe, con un suspiro obviamente falso.

—Sospecho que es usted un hombre experimentado en evitar las atenciones de las mujeres —dijo Tess mientras observaba la sonrisa que su tutor le dedicaba a Annabel, igual que la que un hermano dirigiría a su adorada hermana menor cuando ésta mostrara las primeras señales de belleza.

—Creo que las matronas de Londres me consideran algo escurridizo, sí —coincidió él amablemente—. Y no puedo decir que tenga el menor deseo de modificar esa circunstancia.

El carruaje se detuvo con un chirrido.

—Aquí estamos —anunció, metiéndose la petaca en el bolsillo interior de su chaqueta—. Salgamos y cultivémonos. —La ironía en su voz era tan aguda como el viento del norte.

—Para eso —replicó Annabel con una risita tonta—, ¡le exigiré a la señorita Pythian-Adams que nos cuente todo lo que sabe del Imperio romano!

Las ruinas estaban situadas en medio de una pradera en la que acababan de segar el heno. El señor Jessop, el granjero dueño de la tierra, los hizo pasar él mismo a través de los portones, señalando con el dedo una distante elevación recubierta de hierba.

—Las ruinas se encuentran en esa dirección —explicó. Lanzó una mirada llena de dudas a lady Clarice y a la señorita Pythian-Adams, ambas calzadas con pequeños y exquisitos zapatos—. El heno se está secando bien, así que no habrá barro. Pero no sé si esos zapatos son los más adecuados para andar por aquí, señoras.

Los botines que llevaba Tess eran viejos y estaban muy lejos de ser dignos de una dama, ya que habían sido hechos para durar, pero aun así, el heno le pinchaba mucho en los tobillos. El señor Jessop se adelantó con Rafe dando grandes zancadas, agitando sus manos mientras hablaba de su anciano padre, que había poseído esas tierras antes que él, de los «hoyos en el suelo», de «los romanos» y de «los londinenses».

La brisa llevaba su voz y la hacía resonar en la pradera, de modo que Tess sólo escuchó fragmentos de su diatriba contra «los londinenses», término que parecía incluir sobre todo a una sociedad de estudios históricos que deseaba excavar sus tierras.

—Éste es mi campo —repetía el señor Jessop una y otra vez, con notable orgullo.

Con algo de fastidio por parte de Tess, la señorita Pythian-Adams se había apartado de su prometido y de su futura suegra, y había decidido en cambio caminar junto a ella. Tess hubiese preferido tener oportunidad de seguir consolando a Imogen. Había notado que la señorita Pythian-Adams tenía unos tobillos no tan perfectos como deberían haber sido, y estaba ansiosa por señalar ese relevante hecho a su mustia hermana, pero no tuvo la menor ocasión de hacerlo. La joven se mantuvo junto a ella como si estuvieran pegadas con cola.

Finalmente, llegaron al extremo de la extensión de heno que estaba secándose. A partir de allí, la hierba crecía de color verde esmeralda profundo, salpicada con florecillas blancas. Un sauce se alzaba en el extremo mismo, con su tronco inclinado hacia un lado de manera que arrojaba largas sombras sobre la hierba.

Lady Clarice ordenó a los criados que extendieran las mantas de inmediato y dispusieran los cestos para el almuerzo debajo del sauce.

—Tendré que descansar —anunció—. A decir verdad, esto podría ser todo lo que llegue a ver de las ruinas, dada la debilidad de mis fuerzas. Sencillamente, no estoy acostumbrada a caminar con tanto calor. No me cabe la menor duda de que las escocesas son diferentes de las damas inglesas en este sentido. Estoy totalmente segura de que todas vosotras podréis andar

por el campo con el corazón contento. Después de todo, en Escocia hay muchos más campos que por aquí, ¿no es cierto?

—Creo que Inglaterra tiene la población más grande de granjeros de toda Gran Bretaña —observó el conde de Mayne, llenando el silencio algo frío que siguió al anuncio de lady Clarice.

—¡Ah, pero usted no es agricultor! —chilló alegremente la dama—. Lord Mayne, insisto, insisto decididamente en que usted se quede conmigo mientras los demás se van por los campos a alegrar sus corazones.

Mayne acababa de coger el brazo a Tess y se soltó con una muy halagadora demostración de renuencia.

—¡Qué lástima! —exclamó la señorita Pythian-Adams, compadeciéndose de su futura suegra—. Pero debe descansar, por supuesto. —Y antes de que Tess se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, la señorita Pythian-Adams la había cogido por el brazo y la arrastraba hacia las ruinas como si fuera un pez atrapado en la caña de un pescador.

El resto del grupo comenzó a seguirlas, pero como la señorita Pythian-Adams corría a toda velocidad a través de la hierba, ella y Tess pronto se encontraron en medio de una serie de pequeños muros irregulares y cámaras por debajo del nivel de la tierra. La señorita Pythian-Adams observó detenidamente los semidestruidos muros de piedra dejando escapar exclamaciones de aprobación. Incluso extrajo un pequeño cuaderno de dibujo de su bolso e hizo en él algunas anotaciones. Tess, en cambio, miraba fijamente el cielo. Dos estorninos daban vueltas a través de la luz del sol, entrecruzándose y danzando…

—Se están apareando —explicó la señorita Pythian-Adams, siguiendo la mirada de la joven.

Tess parpadeó. Por supuesto, sabía qué quería decir «aparearse», pero…

—Me disculpo si la he molestado con ese comentario —dijo la señorita Pythian-Adams—, pero he pensado que como usted es de Escocia, no tenía que usar eufemismos. Prefiero mucho más la claridad en la conversación que las delicadezas sociales.

—De ninguna manera —replicó Tess débilmente. Había algo en la mirada directa de la señorita Pythian-Adams que dejaba bien claro que le gustaba bastante la idea de mostrarse irreverente. Los estorninos se encontraron por fin al otro lado de la pradera, con el aspecto de estar medio embriagados por el placer de volar. O algo por el estilo…

El núcleo de las ruinas parecía no ser más que unos pocos recintos hundidos y una antigua serie de peldaños de piedra que descendían por una pequeña colina. Los ojos de la señorita Pythian-Adams brillaban con entusiasmo mientras trepaban sobre fragmentos de muros caídos.

Finalmente, dieron con un hoyo pequeño, recubierto con musgo verde y de aspecto bastante bonito, por lo menos a ojos de Tess. A ella y a Annabel les habría encantado jugar a que era una casita cuando eran niñas.

—Una cámara intacta —exclamó la señorita Pythian-Adams, mirando fijamente hacia el interior de la pequeña habitación.

—¿Podría ser un comedor? —sugirió Tess, con la esperanza de que la señorita Pythian-Adams no hubiera reparado en el hecho de que Imogen reclamaba el brazo de Maitland para trepar por las paredes que rodeaban las ruinas.

—Me parece más bien que es un baño —respondió la señorita Pythian-Adams, empezando a descender por un pequeño desprendimiento de piedras en una esquina de la cámara.

—Oh, por favor —exclamó Tess—. ¿Le parece? ¿No deberíamos…?

Pero *parecía* que *debían* hacerlo, de modo que Tess la siguió por entre las piedras desmoronadas. Los hermosos guantes azules de su compañera se iban ensuciando de tanto sujetarse a los derruidos muros. Los guantes negros de Tess resistían admirablemente.

—Sí, ¡es un baño! —dijo en tono de triunfo la señorita Pythian-Adams un momento después—. ¿Sabía usted que los romanos llevaban agua caliente a sus baños por tuberías? Aquello debe de ser el acueducto, en el costado.

—¿Acueducto? —repitió Tess.

—Del latín, *aquaeductus* —explicó la señorita Pythian-Adams—. Quiere decir el conducto a través del cual los romanos distribuían el agua. Una cañería, digamos.

—¿Desde dónde venía el agua? —quiso saber Tess, caminando sobre las losas que cubrían el fondo de la cámara para mirar con atención por el pequeño agujero.

—Calentaban las cañerías en las cocinas, creo.

—Qué raro es estar metidas en el baño de otra persona —comentó Tess, mirando hacia arriba. Las paredes de la cámara apenas si llegaban a los dos metros de altura, o menos, y sin embargo lo único que se podía ver era un trozo de cielo azul, y unas pocas hojas grandes de castaño que se movían por el aire entre las ruinas para terminar cayendo en el baño. Se parecían un poco a los estorninos. Hojas apareándose, se podría decir.

—Sería mucho más raro si los romanos todavía estuvieran aquí —agregó la señorita Pythian-Adams—. Después de todo, teniendo en cuenta su tamaño, esto podría muy bien haber sido la sala de vapor. Solían sentarse desnudos en este lugar a disfrutar de la compañía de los demás.

Tess observó a su compañera. La señorita Pythian-Adams llevaba puestas cinco o seis capas de ropa, incluyendo un sombrero para evitar que el más mínimo rayo de sol tocara su rostro, guantes, botitas… Era la imagen de una correcta dama inglesa, pero allí estaba, hablando de pájaros que se apareaban y de romanos desnudos.

—¿Todas las damas inglesas son como usted? —preguntó Tess.

—¿La he sorprendido? Le pido disculpas.

—De ninguna manera —respondió Tess. Tenía ganas de suspirar. La prometida de lord Maitland era tan, pero tan atractiva, con sus rizos color cobre y su intensa curiosidad. Pobre Imogen.

—Así que su hermana está desesperadamente enamorada de lord Maitland, ¿no? —dijo la señorita Pythian-Adams de repente.

—¿Cómo dice? —Tess se quedó tan sorprendida que miró a su compañera con la boca abierta.

—Simplemente me estaba preguntando si la señorita Imogen está desesperadamente enamorada de Draven —repitió.

—Eso es sumamente improbable —respondió Tess, con toda la dignidad que pudo reunir.

—Estoy de acuerdo —dijo la señorita Pythian-Adams, asintiendo con la cabeza—. Y sin embargo, quizá sea prematuro determinar simplemente por la naturaleza del carácter de Draven que jamás nadie habrá de enamorarse de él. ¿No suele decirse que siempre hay un roto para un descosido?

La boca de Tess quedó abierta otra vez, pero la cerró rápidamente.

—¿Usted no ha escuchado eso alguna vez, señorita Essex?

—Estoy de acuerdo en que no se puede ignorar esa posibilidad —respondió Tess cautelosamente. Era terrible descubrir que, en circunstancias normales, la señorita Pythian-Adams le gustaría muchísimo, aunque naturalmente aquello no podía ser.

La damita miró el cielo azul pastoso y luego se acercó a Tess.

—Le ruego que perdone mi pregunta, pero ¿sería excesivamente optimista por mi parte alimentar la esperanza de que su hermana pudiera apartar de mí a mi futuro cónyuge?

Tess se mordió el labio.

—Debo suponer que usted…

—«Yo encontraría que tal cosa es digna de ser deseada con ansias» —citó

vigorosamente la señorita Pythian-Adams—. *Hamlet*, acto tercero.

—Vaya, vaya —exclamó Tess.

De cerca, la señorita Pythian-Adams era todavía más hermosa de lo que Tess había pensado. Pero sus ojos estaban al borde de la desesperación. —Sabe, señorita Essex, he hecho todo lo posible para rechazar a mi prometido. He aprendido de memoria largas tiradas de Shakespeare y se las he recitado a lord Maitland hasta el agotamiento. Insistí en que me escuchara recitar *Enrique VIII* de principio a fin…

—¿De verdad? —preguntó Tess.

—Efectivamente. Y deduzco que usted no ha leído esa obra en particular, señorita Essex, pues si lo hubiera hecho, no habría dudado en manifestar el mayor asombro. Créame, he llegado a estar al borde de las lágrimas por el aburrimiento, pero este prometido mío apenas si bostezó unas pocas veces.

La señorita Pythian-Adams parecía la imagen misma de la dulce heroína romántica de muchas novelas góticas. Sólo que no hablaba como una de ellas.

—¿Tengo que casarme con ese zoquete analfabeto e irascible, o hay alguna posibilidad de que su hermana asuma esa obligación ella misma?

—Pero si no desea casarse con lord Maitland —inquirió Tess, eludiendo cuidadosamente el asunto del deseo apasionado de Imogen de casarse con ese mismo zoquete analfabeto—, ¿por qué demonios no rompe usted el compromiso? Entiendo que una dama joven puede cancelar un compromiso sin que ello tenga consecuencias.

La señorita Pythian-Adams mostró una ligera sonrisa torcida.

—No cuando la madre del futuro novio es la dueña de la hipoteca sobre la propiedad del padre de la novia.

—¡Pero yo tenía entendido que usted era una rica heredera! —protestó Tess.

—Lo soy. Voy a heredar un legado de mi abuela cuando me case, pero tal como está diseñado el mundo, esa herencia beneficiará a mi marido, no a mi padre. Desafortunadamente, lady Clarice lleva las de ganar.

—Santo cielo.

—Creí que si yo abrumaba a lord Maitland con tanta cultura y tanto libro, él rompería el compromiso. Mi familia podría así reclamar la devolución de la hipoteca como parte del arreglo por incumplimiento de promesa de matrimonio, y todo iría bien. Pero desafortunadamente, hasta las más pesadas y aburridas expresiones de cultura que lanzo para aburrir al hijo, parecen cautivar a la madre.

—¡Hola! —llamó una voz desde arriba. El señor Felton estaba de pie en un extremo de la cámara, y junto a él aparecieron su tutor y lady Clarice en persona.

La señorita Pythian-Adams lanzó una mirada significativa a Tess.

—Observe —dijo, apenas moviendo los labios. Luego abrió los brazos—. «¡Bienvenidos amigos, romanos, compatriotas!»

—Ah —reconoció secamente el señor Felton—. *Julio César*.

Lady Clarice enrojeció ligeramente por la emoción.

—¡Querida! ¡Usted siempre sabe exactamente cuáles son las palabras correctas! —chilló desde arriba—. Me siento más inteligente con sólo escucharla. ¿Bajamos? ¿Hay algo de interés, de interés cultural, ahí abajo en ese pequeño hoyo? ¿Un ánfora tal vez?

—Me temo que no —respondió la señorita Pythian-Adams, mientras empezaba a trepar por las piedras desmoronadas. El señor Felton bajó de inmediato para ayudarla a pasar al nivel superior. Tan pronto como dejó a la joven sobre la hierba, regresó a la cámara, presumiblemente para ofrecer la misma ayuda a Tess.

Ésta de pronto sintió que el recinto se había encogido. Felton parecía llenar todo el espacio, sus anchos hombros casi rozaron los suyos cuando se inclinó para observar el agujero para las tuberías de agua que la señorita Pythian-Adams había descubierto.

—Me atrevería a decir que se trata de un baño —comentó.

—Nosotras llegamos a la misma conclusión —dijo Tess, preguntándose si debía trepar por las piedras para volver a la superficie. Los demás se habían alejado y podía oír sus voces resonando por las ruinas. Pero… permaneció clavada en el sitio.

Felton observaba con detenimiento la pequeña cámara, tocando las piedras sobresalientes con su bastón de caoba pulida. Tess tuvo la sensación, del todo irracional, de que no había aire suficiente para respirar en la pequeña cámara. ¿Cómo demonios habría hecho un grupo de romanos para sentarse allí desnudos, en un espacio tan limitado?

Pero, si él estuviera desvestido…

—La señorita Pythian-Adams piensa que ésta podría haber sido una sala de vapor —comentó, sobre todo para disipar las tontas imágenes que asaltaban su mente.

—Efectivamente —dijo él sin comprometerse—. Imagino que puede muy bien tener razón. Podría suponerse que esta losa de aquí fue diseñada para echarse en ella.

Observaron fijamente por un momento la larga piedra adosada a un costado de la cámara, totalmente cubierta de musgo verde.

Los colores acudieron a las mejillas de Tess al pensar en ello.

—Debemos reunirnos con los demás —dijo mientras se recogía la falda, preparándose para trepar por las piedras desmoronadas.

El señor Felton tenía una ligera sonrisa en su rostro.

—No fue mi intención alarmarla, señorita Essex.

¡Cómo detestaba a los hombres que siempre miraban el mundo a distancia, incapaces de comprometerse! Hasta eran preferibles las pequeñas muecas de malhumor de lord Maitland a la falta de expresión de Felton.

—No estoy alarmada en absoluto —respondió Tess, quien de todas maneras continuó trepando hacia la salida. Era un hombre tan imponente… Estaba caminando hacia ella y había algo en esa sonrisa…

—Aunque no puedo más que deducir —dijo, deteniéndose justo delante de ella—, que las muchachas escocesas reaccionan exactamente de la misma manera que las jóvenes damas inglesas a la mera sugerencia de una cama…

Evidentemente, su intención era ponerla nerviosa. Así que, por lo que parecía, detrás de esa superficie sardónica se ocultaba el deseo de turbar a mujeres jóvenes. ¡Qué encantador!

—Oh, en absoluto —replicó Tess—. Adoro los lugares históricos. Me imagino perfectamente a los romanos reclinados y…

—¿Comiendo uvas? —completó Felton. Estaba muy cerca de ella en ese momento. La brisa había despeinado su pelo, dejándolo separado en hebras doradas como el trigo que formaban rizos en todas las direcciones.

—Por supuesto. Comiendo uvas y escribiendo poesía. Todas… todas esas cosas que los romanos hacían—. Dada su falta de educación formal, lo único que sabía de los romanos era que cuando no estaban marchando por el mundo con sus armaduras, yacían desnudos comiendo uvas, presumiblemente escuchando toda esa poesía que tanto le gustaba a Annabel. Seguramente no iba a mencionar ningún poema específico. Ni el hecho de comer uvas desnudos. Ni…

El destello en los ojos del señor Felton indicaba que sabía exactamente lo que ella estaba pensando. Tess podía sentir que se estaba sonrojando, pero no se movió.

—¿Poesía? —preguntó—. ¿Cuáles son los poetas romanos que más le gustan?

¿Se estaba burlando de ella? Tess levantó la barbilla.

—Catulo es un poeta muy estimado del mundo antiguo.

—Debisteis de haber tenido una institutriz extraordinaria —observó el señor Felton, realmente sorprendido.

Tess permaneció en silencio. Por supuesto, no habían tenido ninguna institutriz. Pero en

algún momento, ella y Annabel habían decidido que debían leer los libros que se almacenaban en la biblioteca de su padre antes de que los vendiera. De lo contrario llegarían ignorantes como los salvajes a la temporada en Londres, si es que alguna vez conseguían viajar hasta Inglaterra, tal y como su padre les llevaba prometiendo desde tiempo inmemorial.

—Me habría sorprendido descubrir que una mujer joven y educada hubiera leído a Virgilio —dijo el señor Felton—, ¡pero Catulo!

Al advertir su asombro, Tess se sintió obligada a dar una explicación.

—Su nombre empieza con «C». Annabel y yo decidimos leer la biblioteca de mi padre y me temo que no llegamos hasta la «V».

Al señor Felton le divirtió mucho aquella explicación.

—¿Y hasta dónde llegaron en el alfabeto?

Tess frunció el ceño.

—No fuimos sólo Annabel y yo. Leíamos las obras las cuatro juntas. Y llegamos hasta la «H».

—No leyeron Shakespeare, entonces —quiso saber Felton.

Tess asintió con la cabeza.

—Sí, aunque estaba catalogado por la «O», de «obras escogidas».

Felton se rió. A decir verdad, estaba incómodamente cerca de ella.

—Mi poema favorito de Catulo, aunque dudo mucho que una señorita tan correcta como usted haya leído estos versos en particular, comienza así: «Me preguntas cuántos besos tuyos, Lesbia, serían bastante para mí».

Tess sintió que enrojecía. Felton estaba inclinando la cabeza hacia la suya con todo el descaro impúdico de un romano desnudo. Debía apartarlo de ella. Gritar…

Los labios de él se acercaron sigilosos a los de ella, como si simplemente desearan probarlos, hacer que una boca rozara la otra. El gesto era casi casto, sólo que estaba tan cerca, inclinándose sobre ella, que Tess podía sentir el olor fresco de los campos y del heno secándose en la chaqueta y el pelo del joven.

Antes de que pudiera darse cuenta, Tess entrelazó los dedos de su mano derecha con el espeso cabello de la nuca de Felton y, en un segundo, algo cambió en su beso, lo que era paciente se volvió menos paciente. Los labios, que apenas rozaban los de ella, se inclinaron hacia un lado. Ella se quedó sin aliento.

—Dudo que ninguna institutriz le hubiese permitido leer ese poema de Catulo en particular, señorita Essex. —El tono de su voz tenía algo de divertido. Tess dejó su mano en el pelo de él. Evidentemente, Felton creía que quedaría deslumbrada por el simple contacto de sus labios. Quizás el hecho de saber que nunca habían tenido una institutriz lo volvía más audaz. Debía pensar, que debido a su falta de educación, ella era una pobre ingenua.

Tess se echó hacia atrás, pero no de manera abrupta. Los ojos de Felton eran del color azul índigo más oscuro que jamás hubiese visto. Ella dejó que una ligera sonrisa se rizara sobre sus labios.

—«Me preguntas cuántos besos tuyos, Lesbia, serían bastante para mí» —recitó ella, y se sorprendió al descubrir el tono grave de su voz—. «Tan gran número como las arenas de Libia, que se extienden por Cirene, rica en laserpicio, entre el oráculo del ardiente Júpiter…» —Hizo una pausa. La mirada de sus ojos le había hecho olvidar lo que estaba diciendo. ¿Qué venía después de «oráculo del ardiente Júpiter»?

Él no se mostró sarcástico en ese momento, sino verdaderamente sorprendido. Tess tenía que irse. Todo aquello era demasiado íntimo y turbador.

—Ay —se lamentó ella a la vez que se recogía nuevamente la falda y se volvía hacia las piedras derrumbadas—. He olvidado totalmente el siguiente verso, de modo que tendremos que posponer esta culta conversación.

En un instante él estuvo junto a su hombro, ayudándola a trepar por las piedras.

—«Como las estrellas…» —completó en el tono casi de una conversación, como si estuvieran hablando de jardinería, o de los romanos, o de cualquier otro tema corriente— «que, cuando calla la noche, contemplan los furtivos amores de los hombres…».

—Exactamente —aprobó Tess al regresar a la amplitud verde de la pradera. De pronto recordó que el conde de Mayne la estaba cortejando y que ella había decidido animarlo en su objetivo. Besar al señor Felton no había sido prudente, dadas las circunstancias.

Un criado esperaba cortésmente en un extremo de las ruinas. No parecía haber estado espiando en el baño bajo la superficie del suelo, pero Tess sintió que su rostro se encendía.

—El grupo les aguarda para el almuerzo, señorita —dijo con sus manos enguantadas cruzadas delante de sí.

El señor Felton extendió el brazo y Tess lo aceptó. En ese momento pudo ver al grupo reunido bajo los sauces que se alzaban donde comenzaban las ruinas, el pelo de Annabel brillando al sol y la sombrilla de lady Clarice inclinada hacia un lado, amenazando con sacarle un ojo a alguien.

Se había comportado mal al permitir que Felton la besara como si fuera una alocada muchacha campesina. Seguramente las damas jóvenes que habían sido educadas con institutrices tenían más control sobre sí mismas. Era un pensamiento bastante deprimente. El señor Felton debía de creer que era una vulgar mozuela.

Caminaron en silencio.

Lo cierto era que Lucius estaba luchando contra los demonios gemelos de la conciencia y la sorpresa. Sobre todo, y para ser sincero, lo que más le turbaba era una fuerte sensación de conmoción. ¿Por qué diablos había hecho semejante cosa? Se enorgullecía de llevar muy a gala todos los preceptos caballerescos, salvo aquellos que invitaban a una vida de indolencia. ¿Por qué demonios había olvidado de un plumazo las prácticas de toda una vida? No sólo había besado a una joven, sino que se trataba de la misma dama que su amigo Mayne había decidido desposar. Peor que peor.

Además, abandonarse a una conducta indecorosa tenía sus consecuencias. Cuando un caballero besa, aunque sea sin excederse, a una dama joven en un baño romano, está obligado a hacer una propuesta de matrimonio. Todo lo que había aprendido acerca de esa clase particular de señoritas le llevaba a la conclusión de que uno no podía besarlas impunemente, sin esperar que el matrimonio fuera la consecuencia más lógica dentro de un tiempo razonable.

Era cierto que la señorita Essex no parecía tener ninguna expectativa especial en ese sentido. No le echaba miraditas cargadas de intención, ni tampoco pareció particularmente complacida al aceptar su brazo cuando emprendieron el camino de regreso por la pradera.

Se le ocurrió una idea. Seguramente Mayne se pondría hecho una furia si la señorita Essex aceptaba su propuesta. A menos que le diera a cambio un caballo de sus establos para serenar los ánimos. Estaba totalmente seguro de que su amigo aceptaría alegremente al noble bruto a cambio de la novia.

De modo que sin permitirse pensar demasiado sobre el tema, Lucius convocó toda su fuerza de voluntad para recordar que había sido educado como un caballero y dijo:

—Señorita Essex, me gustaría pedir su mano en matrimonio.

Lucius sólo había propuesto antes matrimonio una vez y fue aceptado con un entusiasmo bastante incómodo. En esta ocasión, sin embargo, la joven siguió caminando sin dar siquiera muestras de haberlo oído.

—Señorita Essex —repitió en voz más alta.

Ella se sobresaltó ligeramente y giró la cabeza. Lucius dejó de hablar y la miró a los ojos. Luego le miró la boca, esa boca sensual, delirantemente sensual, y se le ocurrió que tal vez darle aquel beso no había sido una decisión tan mala después de todo. Esa idea fue seguida por una conmoción de sorpresa. ¿Realmente estaba pensando eso?

—Me gustaría pedir su mano en matrimonio —repitió.

Ningún placer abrumador se apoderó del rostro de la señorita Essex. En lugar de eso, Tess entrecerró los ojos.

—Supongo que esa propuesta es su puntillosa reacción a lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Lucius casi se paró en seco de la impresión.

—Encuentro que su compañía es encantadora —dijo cautelosamente, mirándola. Sus miradas se cruzaron y se detuvieron un momento antes de volverse a otro lado.

—No crea que me rebajé para ser encantadora —replicó ella.

—Usted no se rebajó —dijo Lucius—. La culpa fue del todo mía. Me comporté de una manera inaceptable.

—Me alegra escucharle decir tal cosa, naturalmente —asintió la joven—. De todas maneras, no acepto casarme con usted sobre bases tan débiles. —Había un atisbo de sonrisa en su rostro.

Lucius sabía que debía sentirse aliviado. Pero le molestaba bastante descubrir que tenía gran curiosidad en saber por qué no deseaba casarse con él.

—No tiene que preocuparse, señor Felton. Ni siquiera volveré a pensar en ese beso. Y como nadie nos ha visto, ciertamente no hay razón que nos empuje a tener que hacer arreglos imprudentes por semejante trivialidad.

¿Una trivialidad? ¿Trivialidad? Lucius lo habría llamado de otra manera.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo ella, en un tono que no dejaba lugar a comentario alguno.

Tess caminó un poco más rápido, felicitándose a sí misma por el tono totalmente indiferente y, hasta donde fue capaz, casi sardónico, que había logrado imprimir a sus palabras. Se atrevía a decir que sólo por eso el señor Felton podría rechazar una propuesta similar, estaba segura… en el caso improbable de que se invirtiera el orden natural y fueran las señoritas las que pidieran en matrimonio a los caballeros. Pero si alguna dama llegaba a pedirle al señor Felton que se casara con ella, seguro que la miraría sin comprometerse. Sarcásticamente.

—Después de circunstancias como éstas, las partes implicadas suelen sentir la necesidad de una cierta distancia —dijo el señor Felton.

Los participantes en el almuerzo campestre ya estaban muy cerca. Ella se volvió y le sonrió brevemente antes de saludar con la mano al grupo.

—Oh, no veo razón para ello.

—Por fin han llegado ustedes —exclamó lady Clarice, algo irritada, cuando finalmente se acercaron—. No puedo imaginar qué había tan interesante en esas ruinas, si es que se puede llamar de esa manera a semejante montón de escombros. Todo lo que yo vi fueron algunos agujeros en el suelo y muchas piedras que el pobre señor Jessop tendrá que retirar con gran esfuerzo.

El conde de Mayne se puso de pie y sonrió generosamente a Tess.

—Mi querida señorita Essex —dijo—, ¿puedo ayudarla a sentarse?

—Santo cielo, los caballeros ingleses sí que son galantes —dijo con una mirada rápida al señor Felton. Luego tomó la mano extendida de Mayne y se hundió en un almohadón a su lado. El señor Felton había adoptado otra vez su expresión habitual y se sentó junto a Annabel, ofreciéndose a pelar una manzana para ella.

—A mí las ruinas me parecieron muy aburridas —proclamó lady Clarice.

—Efectivamente, las ruinas eran de un interés dudoso —agregó Felton.

Como si sintiera que Tess lo miraba a través de sus pestañas, levantó sus ojos pesadamente y dijo arrastrando las palabras, sin cambiar lo más mínimo su expresión:

—Aunque había algunas zonas por las cuales, estoy seguro, cualquier visitante llegaría a

sentir un entusiasmo romántico.

—¿Se refiere usted a las desmoronadas escaleras o a los ruinosos muros? —preguntó Annabel.

Felton seguía mirando fijamente a Tess, y ella, aun a su pesar, no parecía poder apartar su mirada.

—Ninguna de las dos cosas —respondió él. Y luego, sin pestañear siquiera, se volvió hacia Annabel.

En ese mismo momento, Mayne atrajo la atención de Tess y le ofreció un emparedado de salmón. Por la mente de la joven pasó rápidamente la idea de que sería un poco raro tener un marido cuyas pestañas fueran más largas que las suyas propias.

Annabel se reía de algo que el señor Felton le estaba diciendo al oído. Tess se volvió hacia el conde de Mayne y le brindó una amplia sonrisa.

—Usted parece saber tanto sobre el gran mundo —le dijo, alzando la voz para que sus palabras también alcanzaran los oídos del señor Felton—. Le estaría muy agradecida por su orientación.

El señor Felton se inclinó todavía más cerca de Annabel, murmurándole algo. Ella comenzó a reír y lady Clarice dijo:

—Vamos, comparta esa broma con los demás.

—Oh, no. No tenía tanta gracia, milady —explicó el señor Felton.

Tess bajó las pestañas y comió lentamente una fresa. Annabel había descubierto hacía mucho que las fresas teñían los labios con una tonalidad de rojo sumamente atractiva. Desafortunadamente, el señor Felton no miró hacia ella ni siquiera una vez. Tess comió otra, más rápidamente. ¿Por qué demonios estaba actuando de ese modo? ¿Por qué le importaba tanto que el señor Felton se fijara en sus labios o no?

«Porque… porque me dio un beso», se respondió. Y comió otra fresa, pensando en el beso. Y en el matrimonio. Lady Clarice había acorralado al pobre Rafe, inclinándose hacia él y parloteando como una cotorra. Pero a Tess no le preocupaba su tutor. El duque estaba apoyado contra el sauce con una expresión perezosa que indicaba que había dado buena cuenta del contenido de su petaca y que no escuchaba una palabra del parloteo de lady Clarice. Tess volvió a sumirse en sus pensamientos sobre el beso del señor Felton hasta que la voz de la señorita Pythian-Adams llegó a sus oídos.

—Seguramente no puede haber nadie —estaba diciendo— que sea tan estrecho de mente o tan apático en su manera de ver el mundo que no tenga algún deseo por descubrir bajo qué sistema de gobierno consiguieron los romanos conquistar la mayor parte del mundo conocido en su tiempo.

Lord Maitland estaba dándole de comer a Imogen una uva tras otra sin prestar la menor atención a su prometida. Tess no tenía ninguna duda de que no le importaba lo más mínimo que le consideraran estrecho de mente y apático en lo que a historia de Roma se refería.

La densa luz del sol se escurría a través de las hojas de los sauces para caer sobre las exquisiteces de la comida campestre. Realzaba el color marfil de la tez de Imogen y el brillo de su pelo. La señorita Pythian-Adams estaba sentada muy derecha mientras disertaba sobre los romanos.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, Imogen parecía tener un conocimiento instintivo de que los romanos tenían algo más que el hambre en sus mentes cuando se daban de comer uvas los unos a los otros. La forma en que le agradecía a Maitland cada uva que le daba resultaba sencillamente cautivadora.

Tess suspiró. Al mirar a su hermana pequeña sintió que había hecho lo correcto al rechazar la puntillosa oferta de matrimonio del señor Felton. Si una no podía convertirse en un ser deslumbrante a causa del amor, como le ocurría a Imogen, por lo menos había que sentirse cómoda. Y eso era precisamente lo que no le ocurría a ella con el señor Felton. Ese

caballero no era más que un molesto, inexpresivo y sardónico «besador» de mujeres que no deseaban besarlo. Le lanzó una mirada de nuevo y sus ojos se encontraron.

Una mano le acercó otra fresa, y ella parpadeó encontrándose a Mayne de frente. Las miradas del conde no eran para nada como las ojeadas precisas que el señor Felton le lanzaba. Felton miraba… y luego siempre apartaba la vista de inmediato.

Mientras que Mayne… bueno, Mayne era mucho más apuesto, en primer lugar. Su rostro tenía las líneas dulces y llenas de gracia de un aristócrata, la belleza de un angelote que ya hubiera llegado a la plena madurez. Sus ojos chispeaban alegres y de su boca no paraban de salir dulces cumplidos y… toda clase de cosas bonitas. Tess sabía perfectamente que, si llegaban a casarse, serían compatibles. Rara vez se pelearían, si es que llegaban a hacerlo. Serían amables y tiernos el uno con el otro. Con el tiempo podría nacer entre ellos un genuino cariño, si no el amor.

En ese momento, Mayne tenía la cabeza inclinada. Estaba pelando una manzana para ella. Sus negros rizos caían sobre la fina tela de lino de su corbata. En ese instante levantó la vista y sus ojos se encontraron. Los suyos tenían pequeñas arrugas en las comisuras provocadas por la risa. Era un rostro atractivo, hermoso y fuerte. Un rostro que resistiría años de matrimonio.

La cara del señor Felton era muy diferente, más dura, más magra, y sus ojos no sabían comunicar ninguno de los encantadores cumplidos de Mayne.

Y sin embargo, él la había besado.

Como podría besar a cualquier dama joven con la que se cruzara, se dijo, mientras aceptaba la manzana de las manos del conde. Sabía instintivamente que si Felton llegaba a perder la paciencia, su lengua sería tan afilada como el más frío viento del norte. Era veinte veces más peligroso, más hiriente, más…

Obviamente, no había elección.

Se volvió hacia Mayne y le dirigió una sonrisa como para derretirlo. Tan tonta como cualquiera de las que él le había brindado.

Capítulo doce

La tarde siguiente se produjo un acontecimiento sumamente interesante. La señora Chace, la modista del pueblo, entregó un vestido de noche para cada una de las muchachas, con una nota de la hermana del conde de Mayne anunciándoles que llegaría a tiempo para acompañarlos a las carreras de Silchester al día siguiente.

Tess sabía perfectamente que lady Griselda se presentaba en la mansión sólo y exclusivamente por una razón. Sin duda alguna, Mayne había informado a su familia de su propósito de casarse. Sus atenciones se hacían más notorias a cada momento. Habían jugado al ajedrez la noche anterior al ritmo de sus frivolidades y de sus melodiosos cumplidos. Si bien no se había dicho nada de fundamento, ambos sabían sin necesidad de hablar de ello que era sincero. La admiración que sentía por ella se reflejaba en su rostro, y no paraba de decirle cosas encantadoras sobre su pelo, sus ojos… Tess ni siquiera podía recordar todo lo que le decía. Mayne parecía saber mucho sobre poesía, pues también había citado a unos cuantos poetas cuyos nombres caían entre la letras «I» y el final del alfabeto, ninguno de los cuales Tess podía recordar en ese momento, pero eran todos los que tenía pensado leer en el futuro.

Annabel estaba encantada.

—Yo diría que te lo pedirá en el momento mismo en que llegue Lady Griselda —calculó mientras se quitaba el vestido. La señora Chace les había entregado sólo un vestido a cada una, pero había prometido darles los trajes de amazona lo antes posible—. ¿Puedo probarme el tuyo? —y sin esperar una respuesta, se puso el vestido de Tess por la cabeza.

Tess frunció el ceño frente a su imagen en el espejo. Estaba sujetándose el pelo con horquillas, tratando de terminar antes de que Gussie llegara para ayudarla a vestirse para ir a las carreras de Silchester. Peinados aparte, Gussie era una muchacha encantadora y alegre a quien no le molestaba que la llamaran para preparar el baño en cualquier momento del día.

Para Tess, disponer de baños calientes cada vez que lo quisiera —¡y con criados de sobra para transportar el agua desde la cocina!— le resultaba tan atractivo que tenía que contenerse para no bañarse varias veces al día.

—¿Me estás escuchando? —insistió Annabel—. Tal vez Mayne te proponga matrimonio esta noche, o mañana, en las carreras. Será mejor que te pongas el sombrero de Imogen para ir a Silchester, es el más bonito que tenemos. Debes estar espléndida por los cuatro costados, no vaya a ser que se sienta impulsado a proponerte matrimonio cuando esté detrás de ti.

—Por supuesto —susurró Tess—. No son pocos los caballeros que han caído fascinados al ver mis omóplatos.

—Lástima que la señora Chace todavía no haya terminado los trajes de montar —continuó Annabel—. Mira tu vestido. Me parece que tu pecho ha crecido más que el mío.

El vestido de noche de Tess estaba compuesto de una túnica de seda morada, sobre una enagua de raso blanca. Estricto medio luto, como le explicó la modista. El escote era redondo y con un corte muy bajo, que dejaba a la vista una buena parte de sus senos. Tess miró el pecho de Annabel y luego el suyo.

—Creo que lo que ocurre es que el escote de mi vestido es más amplio —dijo.

Annabel se volvía de un lado a otro, observando cómo le quedaba aquel atuendo tan elegante.

—¿Te molestaría que nos cambiáramos los vestidos? —propuso—. ¡Fíjate lo bien que me queda este escote! Me encanta el modo en que se me ciñe por delante. Hace que mis pechos parezcan colosales.

—«Colosal» es una palabra que se aplica a la arquitectura monumental, más que a los pechos de una joven —señaló Tess. Tenía la fundada sospecha de que el conde le propondría

matrimonio aunque fuera vestida con un saco de arpillera, así que no había razón para llevar un vestido más tentador. En ese momento una idea le cruzó la cabeza—. ¿Esperas acaso fascinar al señor Felton con tu pecho colosal?

—No —respondió Annabel distraídamente—. Oh, ¡ojalá tuviera un corsé! Con un corsé podría levantar mi pecho hasta aquí… —empujó hacia arriba hasta que sus senos quedaron cerca de la clavícula.

Tess la miró con una gran sonrisa.

—Podríamos exhibirte en la feria de Bartholomew como la «dama con…» —se detuvo—. No, eso sería muy indecoroso.

Pero Annabel no era de las que se escandalizaban fácilmente… sino de las que les gustaba escandalizar a la menor provocación.

—La «dama con los pechos en las orejas» —completó mientras se miraba en el espejo—. Me veo ridícula, ¿no? Tal vez no necesite corsé.

Pero por alguna razón, a Tess no le acababa de gustar la idea de que Annabel mostrara sus pechos mientras ella llevaba un atuendo recatado.

—Lo siento, Annabel, pero quiero mi vestido.

Annabel abrió la boca, sin embargo…

—Es posible que el conde me pida que me case con él esta noche —dijo Tess—. No puedo consentir que un caballero me pida en matrimonio sin que yo lleve puesto mi mejor vestido. —No importaba que el señor Felton le hubiera hecho esa misma propuesta mientras ella vestía aquella especie de saco de algodón.

Por alguna otra razón, también se había olvidado de comentarle a Annabel esa propuesta o el beso que él le había dado.

Annabel suspiró y se quitó el broche que sujetaba con fuerza el vestido por debajo de su pecho.

—Tienes razón —coincidió—. Sólo espero que tú y tu nuevo marido me compréis cientos de trajes, todos de seda, no te olvides, con escotes tan bajos como para entusiasmar a un libertino retirado.

—¿Un libertino retirado? —repitió Tess, sonriendo con ganas a su hermana—. Ese sí que sería el marido ideal.

Pero nadie era capaz de sonreír con una sonrisa tan deliciosamente provocativa como la de su hermana.

—Exactamente —intervino Josie pícaramente—. Tú nunca prestaste suficiente atención a los chismes en el pueblo, Tess. Pero el mejor consejo me lo dieron las comadres de la aldea: hay que casarse con un marido suficientemente experimentado, que ya haya vivido mucho, para que se quede contento en casa. Un libertino retirado es precisamente el mejor tipo de cónyuge.

Tess alzó la vista al cielo.

—Josie tiene razón. Estás pensando en uno de esos duques de setenta años, ¿no?

Annabel, que había vuelto a ponerse su vestido, estaba ajustando el corpiño para que quedara más ceñido.

—Oh, sí, sin ninguna duda —explicó con esa serenidad perfecta que acompaña a una conciencia apacible—. Aunque todavía no tengo del todo claro cuál de esos ancianos caballeros sigue estando soltero. Siempre se me olvida pedirle a Brinkley que me consiga un *Debrett's* actualizado para hacer la investigación necesaria.

Pero por más que Tess se hubiera puesto su vestido nuevo, presuntamente para tentar al conde a pedirle en matrimonio, el único acontecimiento digno de mención de aquella noche fue el anuncio de lady Clarice de que regresaría a su casa por la mañana, debido ,a la inminente llegada de la hermana del conde de Mayne. Éste no ahorró elogios para Tess, pero no dijo nada sobre el matrimonio.

Lady Griselda Willoughby hizo que Tess recordara a una encantadora pastora de porcelana que su padre le había regalado a su madre en los primeros años del matrimonio. La pastora tenía lindos bucles, una bobalicona sonrisa y muchos volantes como espuma sobre sus zapatitos. Después de la muerte de su madre, cuando Tess tenía ocho años, solía entrar de puntillas en las habitaciones de su madre para tener entre sus manos las cosas que ella había tocado: su cepillo, aquella pastora, su pequeño devocionario. Pero a los pocos meses, todo lo que tenía algún valor empezó a desaparecer. Y un día, cuando Tess entró, la pastora ya no estaba en la repisa de la chimenea, su brillante sonrisa de porcelana y sus ojos azules habían partido rumbo a la casa de empeño en el bolsillo de su padre.

Por supuesto, la pastora había sido siempre muy silenciosa. Incluso cuando Tess lloraba y sus tibias lágrimas goteaban sobre la fría porcelana, la figurilla sólo seguía ofreciéndole su dura sonrisa y sus fríos ojos azules. Pero Lady Griselda hablaba… y hablaba. Estaban tomando el té en una sala luminosa que solía usarse por la mañana, una habitación tapizada en papel color lila que lady Griselda había declarado que era «totalmente mortal para el cutis, cualquiera que nos viera pensaría que todas sufrimos de ictericia». Estaba reclinada en un diván, en un extremo de la habitación, con un vestido de crepé color ámbar, adornado con grandes volantes del mismo color, bordeados de encaje. La tela color ámbar daba a sus cabellos delicados tonos broncíneos. Su cutis tenía el mismo color que la nata verdadera y sus ojos azules eran los más brillantes que Tess jamás hubiera visto. Era imposible imaginar a alguien con menos aspecto de estar enfermo de ictericia. De todas maneras, insistió:

—Señoritas, tendremos que hacernos a la idea de no volver a usar esta habitación hasta que Rafe haga que sus perezosos criados cambien el papel —sentenció.

Josie abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Y dónde tomaremos el desayuno?

Lady Griselda agitó su mano en el aire.

—El desayuno debe ser servido en el dormitorio de cada uno. No se puede consentir que los caballeros se acostumbren demasiado a verla a una en cualquier momento que lo deseen. Querido —así llamaba siempre a su hermano—, querido, por favor, llévate a Rafe a realizar alguna actividad masculina, ¿quieres? Encuentra un conejo y acorrálalo o algo por el estilo.

El conde de Mayne, advirtió Tess con alegría, mostraba un sincero y sólido afecto por su hermana. Se inclinó sobre la parte posterior del diván y jugueteó con uno de sus rizos.

—Veo que estás deseando corromper a la pobre señorita Essex y a sus hermanas con muchas tonterías acerca de lo que deben o no deben hacer las damas, ¿no?

—Tengo una cierta experiencia en ese terreno —dijo lady Griselda altivamente—. Y si voy a introducir a estas damas en sociedad, naturalmente debo beneficiarlas con toda mi experiencia.

—Estoy seguro de que será una ocasión sumamente instructiva —intervino Rafe. Tess se dio cuenta de que él también se inclinaba a reírse de la dama en sus mismas narices. Pero a ella no parecía molestarle, y lo trató con la misma familiaridad con la que trataba a su hermano.

—Quizás debamos quedarnos, Mayne, y asegurarnos de no ser calumniados en nuestra ausencia.

—Fuera de aquí, vosotros dos —dijo decididamente—. Y nada de risas, milord. Para que lo sepas, tan pronto como haya casado a mi hermano, empezaré a buscarte novia a ti.

—Mi optimismo no tiene límites —replicó Rafe, huyendo por la puerta—. Amenaza lo que quieras, Grissie, ¡pero tu hermano ha llegado a una avanzada edad madura sin haberse casado!

Lady Griselda esperó hasta que la puerta se cerró detrás de Mayne antes de volverse hacia las hermanas. La más importante, por supuesto, era Tess. Esa era la mujer que daba todas las muestras de hacer que su hermano, tan alejado del matrimonio, emprendiera finalmente el camino al altar. Era encantadora, a pesar de la tosca ropa de algodón. Realmente encantadora.

Griselda sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios. Las cosas no podían ser mejores.

—Ahora —dijo— podemos hablar. Se incorporó. Griselda nunca se sentaba erguida a menos que no pudiera evitarlo, ya que su figura se veía mejor cuando adoptaba una leve inclinación. Pero esa regla en particular, como tantas otras en su vida, sólo tenía validez cuando había caballeros cerca.

—Le estamos muy agradecidas de que haya aceptado ser nuestra dama de compañía —se atrevió a decir Tess, mirando nerviosamente a lady Griselda. Para decirlo con franqueza, la hermana de Mayne era muy intimidante. Tess se daba cuenta de que Annabel estaba registrando cada detalle del aspecto de Griselda: su hermana contemplaba fascinada las diminutas cintas de los zapatos, que hacían juego con las que adornaban los bucles.

—Es un placer —respondió Griselda—. Y lo digo de verdad. —Luego le sonrió a Tess y fue como si aquella pastora de porcelana cobrara vida—. Casi había perdido las esperanzas de que mi querido hermano llegara a casarse y ahora las he vuelto a recobrar.

Tess sintió que sus mejillas aumentaban de temperatura; cuando estaba a punto de informar a aquella simpática dama que Mayne no había dicho nada al respecto, intervino Annabel.

—Naturalmente, estamos todas encantadas ante la idea de que Tess haya atraído la atención del conde —dijo.

—¡Annabel! —protestó Tess.

—Prefiero que las cosas se digan directamente —sentenció Griselda—. Es más, para que yo pueda lanzaros a vosotras cuatro al mercado del matrimonio, tendremos que ser despiadadamente claras respecto de ciertas cosas. Cuatro maridos no son fáciles de conseguir de un solo golpe, incluso si incluimos a mi hermano entre los elegidos. Aunque, tal vez tú seas un poco joven todavía, querida. —Se volvió hacia Josie—. Perdóname por no saber tu edad. ¿Estás todavía estudiando?

—No —respondió Josie rápidamente—. No, todavía no. Nuestro tutor ha contratado a una institutriz, que llegará mañana por la mañana.

Tess abrió la boca, y luego lo pensó bien. Si Josie no estaba lista para ser presentada en sociedad, ¿quién era ella para insistir en que así fuera? Sólo tenía quince años, después de todo.

—Bien —aprobó Griselda enérgicamente—. Porque permíteme decirte, querida, que, con esa figura, los caballeros van a formar hordas ante tu puerta. Será mejor para tus hermanas si las casamos sin competir contigo.

Josie parpadeó sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Pero si estoy muy gorda —protestó finalmente.

—De ninguna manera, no estás nada gorda —le aseguró Griselda con la mayor confianza—. Créeme, para los caballeros una mujer delgada es una mujer escuálida. Y eso les resulta muy poco atractivo. ¡Gracias al cielo, nosotras nos hemos librado de ese defecto! —Se echó elegantemente hacia atrás en el sofá—. Dime, Julieta… ¿Te llamas Julieta, no?

—Josephine, en realidad, pero en casa me llaman Josie.

—Somos como de la familia ahora —dijo Griselda con un guiño—. Ahora bien, mi querida Josie, ¿tú crees que alguien podría decir que estoy gorda?

—No, de ninguna manera —respondió Josie respirando hondo.

El cuerpo de Griselda tenía las curvas generosas de una aristocrática mujer del

Renacimiento, esas curvas suculentas que tanto destacaban con la ropa de la época, diseñada para reducirse a una cintura minúscula y luego florecer (con la ayuda de enaguas almidonadas) en caderas redondeadas. Pero, claro, en los tiempos que les había tocado vivir a ellas, parecía como si la ropa se hubiera diseñado para colgar sobre una forma delgada, como si la mujer no tuviera más curvas que un árbol.

—Supongo que sólo alguna boba podría atreverse a considerarme robusta —continuó Griselda, dirigiéndose todavía sólo a Josie—. Pero te aseguro que ningún caballero en este mundo estaría de acuerdo con semejante apreciación sin sentido. —Había una mirada sensual en sus ojos que denotaba que sabía perfectamente lo poderosas que podían ser las curvas y que indicaba, además, que no estaba dispuesta ni por un momento a cambiar una sola de las suyas.

En ese momento, Tess realmente sintió cariño por Griselda.

La dama lanzó una sonrisa final a la fascinada Josie y se enderezó otra vez.

—Así pues —resolvió enérgicamente—, Josie tendrá que esperar un año antes de ser presentada en sociedad. ¿Quién sigue en edad después de Josie? Supongo que es usted, señorita Imogen. ¿Cuántos años tiene, si no le molesta mi pregunta?

—Por favor, llámeme Imogen.

—Siempre y cuando todas vosotras me llaméis Griselda —propuso impasible—. Ni se os ocurra llamarme «Grissie», por favor. Mi hermano se dirige a mí con ese repelente diminutivo, y siempre que lo hace me siento como un rizo encrespado.

—Tengo veinte años —informó Imogen—, y no siento tampoco el menor deseo de ser presentada en sociedad.

Griselda levantó una ceja.

—Bien, eso sí que puede ser un problema, querida. No eres precisamente una niña, como bien sabes.

Pero Imogen no se mostró ofendida.

—Dado que no pienso casarme, considero que ser presentada en sociedad con la idea de pescar un marido es una mentira de todo punto inaceptable.

—¿Y por qué, por favor, dímelo, no piensas casarte?

Imogen levantó su barbilla.

—Ya he entregado mi corazón.

—Ah —exclamó Griselda—. Eres una muchacha afortunada. Me parece que yo sería totalmente incapaz de hacer tal cosa, aunque trato de alentar esa costumbre con regularidad. Al fin y al cabo, tú lo sabes bien, ellos son sólo hombres, ¿no?

Aunque Tess casi se ahogó al oír aquello y Annabel rió tontamente y sin disimulo, Imogen se limitó a alzar con orgullo la barbilla.

—No fue ningún sacrificio entregar mi corazón a Draven. ¡Lo amo!

—¿Y este Draven corresponde tus sentimientos? —quiso saber Griselda.

—Lord Maitland está comprometido para casarse —intervino Tess, tratando de evitar que Imogen se explayara sobre sus sentimientos hacia él.

—¿Maitland? ¿Maitland? —preguntó Griselda—. ¿Te refieres a Draven Maitland?

Imogen asintió con la cabeza.

Griselda la miró y obviamente estuvo a punto de decir algo, pero al final se lo pensó mejor.

—Un aprieto —dijo finalmente—. Adoro encontrarme con conflictos de este tipo. Es algo en lo que me encanta involucrarme. Ahora bien, el problema aquí es doble.

Imogen esperó, con los ojos muy abiertos.

Griselda continuó:

—Recuerdas que os propuse sinceridad completa entre nosotras, ¿verdad, querida? Porque si no es así, ¿cómo podría yo presentaros en sociedad y actuar como dama de

compañía en la temporada, etcétera, etcétera?

Imogen asintió con la cabeza. Estaba sentada sobre el sofá, muy erguida, con el aspecto de estar a punto de enfrentarse a la Inquisición.

—La verdad es que Draven Maitland es, como todos sabemos bien, un bribón. Difícilmente sería un buen marido, por culpa de su adicción a las carreras de caballos y… —Griselda tosió con delicadeza—, aunque esto puede ser muy bien un chisme odioso y falso, por supuesto, a que es ligeramente menos inteligente de lo que una podría desear en un marido. El primer problema es, naturalmente, el más difícil de resolver. La falta de inteligencia en un hombre no siempre es un defecto, después de todo. ¿Pero me equivoco acaso al pensar que lord Maitland se pasa la mayor parte del tiempo en los hipódromos?

—No —confirmó Imogen de mala gana.

—Eso es ya suficientemente elocuente, ¿no? —dijo Griselda—. Santo cielo, qué aburridas me resultan todas esas conversaciones sobre apuestas, distancias y esas cosas. Pero, atención —dijo dirigiéndose a Tess—, mi hermano también puede ponerse realmente muy pesado cuando decide hablar de toda esa cuadra suya.

—No me molesta hablar sobre caballos —replicó Tess, con cierta falsedad—. Mi padre era igual.

—Tu padre —repitió Griselda y se detuvo otra vez—. Bien, algún día me hablarás de tu padre. Sabéis que vuestras dotes son unos caballos, ¿no?

Tess asintió con la cabeza.

Imogen habló.

—El hecho de que considere que Draven es un cónyuge inaceptable debido a su… su afición a las carreras y su… bien, yo creo que es excepcionalmente inteligente… ¡pero todo eso es irrelevante pues está comprometido!

—Sí —asintió Griselda pensativamente—. Eso es lo que me han dicho. —Se volvió hacia Annabel—. ¿Y tú también ocultas algún hombre?

—De ninguna manera —respondió Annabel con una gran sonrisa. Evidentemente había reconocido en Griselda un alma gemela—. Estoy abierta a cualquier sugerencia, aunque he decidido que me gustaría un título.

—Ésta es la primera vez que actúo como dama de compañía encargada de presentar a unas señoritas en la temporada, querida, y debo confesar que me sentiría muy mal si alguna de vosotras terminara casándose con un simple «señor».

Griselda y Annabel intercambiaron miradas de acuerdo.

—Ahora bien —continuó, volviéndose a Tess—, no quiero que pienses que sólo porque mi hermano está completamente encantado contigo no te ayudaré a rechazarlo si es eso lo que quieres hacer. Soy la primera en admitir que Mayne no es un dechado de virtudes. De hecho, desde que le dieron calabazas la primavera pasada…

Se detuvo abruptamente, como si acudiera a su recuerdo un desagradable suceso.

Eso debía de ser algo que a Griselda le ocurría con frecuencia, pensó Tess. Su lengua parloteaba con más velocidad que su mente. Decidida, preguntó:

—¿Le dieron calabazas? ¿El conde estaba comprometido, entonces?

Griselda lanzó una mirada a Josie.

—Ah, no. Además, el pasado apenas importa, dado que está a punto de declarársete, querida.

—Por supuesto —murmuró Tess. No podía precisar si el hecho de que otra mujer lo hubiera rechazado hacía que Mayne fuera más o menos atractivo. Seguramente se trataba de una mujer casada, dada la visible incomodidad de Griselda. Probablemente lo hacía menos atractivo.

—Ahora bien, el asunto es —continuó Griselda—, ¿qué ocurre con Felton? Quiero decir, aquí le tenemos, en esta casa. No se podría desear una oportunidad mejor… y creedme,

hay damas en toda Inglaterra que matarían por estar en vuestro lugar.

—¿Oportunidad? —dijo Annabel.

—Querida, seguramente sabéis quién es Felton, ¿no?

Las cuatro la miraron parpadeando.

—¿No lo sabéis? Oh, cielos. Lo suyo es mejor que un título. —Griselda se volvió hacia Annabel—. Más de dos mil libras de renta al año, y eso sólo en tierras. Hay quienes dicen que posee la mayor parte de Bond Street, por no decir nada de sus acciones. Es el amo de la Bolsa.

—Oh —exclamó Annabel, con una nueva luz en sus ojos.

—Exactamente —Griselda asintió con la cabeza—. Y aquí tenemos a Felton, providencialmente a mano. Puede que sea un simple caballero sin título, pero tiene unos modales tan exquisitos como los de cualquier duque… y creedme, queridas, me atrevería a decir que son más delicados que los de nuestros duques de la familia real. Me haría sumamente feliz ver que tú y Tess estáis bien colocadas antes de ocuparnos del problemita de Imogen y lord Maitland.

—No hace ninguna falta que se preocupe por mí y por Draven —dijo Imogen, medio enfadada. Era la única de las cuatro que parecía insensible al encanto de Griselda—. Sé muy bien lo que siento, y no me casaré con otra persona que no sea Draven. Y como él no desea casarse conmigo, me quedaré soltera.

Griselda le lanzó una mirada tan fría que hizo que la espalda de Imogen se tensara todavía más.

—En tal caso, lo único que te pido es que no interfieras en el camino de tus hermanas.

—¡Puedo asegurarle que nunca haría semejante cosa! —exclamó Imogen algo acaloradamente.

—Excelente. Te pediría también que reconsideraras tu idea de rechazar la presentación en la temporada. Si no tienes demasiado éxito, entonces no habrá problema en que evites la del próximo año. Pero si no te presentamos, todo el mundo tendrá curiosidad por conocer las razones.

Imogen abrió la boca, pero Griselda alzó su mano en un gesto autoritario.

—Cuando la gente de buen tono siente curiosidad, su imaginación se vuelve muy fértil. Tan pronto como se sepa que las hermanas Essex son mujeres jóvenes casaderas, la ausencia de una de vosotras producirá gran sorpresa. El asombro conduce a la especulación y antes de que te des cuenta, serás conocida como la hermana a la que le falta una pierna. O un atributo aún menos atractivo.

Imogen pareció impresionada por esas palabras.

Griselda se volvió hacia Annabel.

—Ahora bien, en lo que a ti respecta, me parece que estamos de acuerdo sobre las espléndidas cualidades del señor Felton para el matrimonio, ¿no?

La boca de Annabel se curvó en una sonrisa.

—Completamente de acuerdo.

—Felton es algo extraordinario —dijo Griselda pensativamente—. Tiene muchos enemigos que lo acusan de toda clase de turbios manejos en los negocios. Es verdad que siempre se ha involucrado de una forma, digamos «directa» en sus negocios, algo impropia en un caballero, una actitud que su madre nunca ha podido perdonarle.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tess.

Griselda se encogió de hombros.

—Rumores, querida, rumores. Su madre es muy sensible a las cuestiones sociales, porque se casó por debajo de su nivel. Ella es la hija de un conde, pero el marido es simplemente el tercer hijo de un barón, o algo por el estilo. Supongo que preferiría que su hijo no tuviera un éxito tan notable en el comercio. —Su boca se curvó—. Pero no hay mujer en Londres que esté de acuerdo con ella.

—¿Están peleados porque juega en la Bolsa? —preguntó Annabel—. ¿Entonces sus padres son ricos?

—Oh, sí. Están en una muy buena posición, con una propiedad grande en el campo —informó Griselda—. A mí me parece que el verdadero motivo de disputa debe de ser los negocios financieros y especulativos de Felton, pero nunca he escuchado la verdadera versión del asunto. Lo que sí ha llegado a mis oídos es un rumor que afirma que Lucius se niega a compartir las ganancias que obtiene con su familia, así que ése podría ser el motivo.

Miró directamente a Annabel.

—Pero nada de eso importa. Después de todo, un hombre que no se habla con su madre es un hombre que viene sin una suegra, y te lo puedo asegurar personalmente, querida, eso es un extraordinario golpe de suerte.

A Tess le parecía algo muy triste, pero cuando abrió la boca para hacer otra pregunta, Griselda la detuvo.

—Lucius vive junto a la casa de su madre y no se hablan. En cierto modo, es algo muy divertido. Pero basta de hablar de esa familia lamentable.

—Creo que estamos bastante bien orientadas —dijo Annabel—. Es muy posible que Tess se case con su hermano Mayne. Yo, es muy probable que me case con el señor Felton, si se muestra mínimamente receptivo. Me esforzaré por informarlo de mis intenciones, empezando esta misma tarde en las carreras.

Griselda la miró pensativamente.

—Si no te molesta que te lo diga, querida, estaré ansiosamente expectante. Nunca se es demasiado vieja para aprender de quien sabe más que tú.

—Qué elogio tan magnífico —agradeció Annabel, sonriéndole—. Aunque completamente injustificado, se lo aseguro.

—Lord Maitland y su madre vendrán con nosotros a las carreras —intervino Imogen con su habitual falta de atención al tema de la conversación—. Por lo que sé, la señorita Pythian-Adams nos seguirá en un carruaje, ya que ella no monta. —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Tampoco yo —informó Griselda, para nada perturbada por la desdeñosa mirada de Imogen—. Siempre me ha parecido que andar rebotando de un lado a otro sobre la cola de un caballo envuelto en una nube de polvo es sumamente tedioso. Además, los caballos siempre tienen los dientes amarillos. Odio los dientes amarillos. Mi suegro los tenía de ese color y me daba miedo que los dientes de mi pobre Willoughby se pusieran amarillos ante mis propios ojos. Tal vez fue una suerte que muriera antes de que ocurriera tal cosa.

—¿Su marido se llamaba Willoughby? —quiso saber Tess, con cierta fascinación.

Griselda asintió con la cabeza.

—Hace ya diez años que murió. Naturalmente, lo echo de menos cada día más. Pero basta de hablar de este poco agradable tema. Cumpliré con mis obligaciones de señora de compañía lo mejor que pueda, con lo que quiero decir que trataré de que os quedéis precisamente sin mi compañía en cuanto surja la ocasión para que vosotras mismas hagáis lo que hay que hacer sin complicaciones. Y me encargaré de organizar los bailes. No hay nada como la oportunidad de estrechar a una dama para alentar a un varón renuente a retomar el sendero de la virtud. Con lo cual quiero decir «matrimonio», por supuesto —añadió, probablemente debido a que Tess, para variar, daba muestras de estar perpleja.

Griselda dirigió su aguda mirada hacia Imogen.

—La única manera de sacar a un hombre de un compromiso no deseado es jugar tus cartas con la cabeza muy fría. ¿Me comprendes?

Imogen asintió con la cabeza.

Griselda se puso de pie.

—Espero con ansia estos próximos quince días más o menos. No estoy segura de qué es

lo que será más encantador, si observar a mi hermano cortejar a una joven deliciosa, o ver al escurridizo señor Felton atrapado en mi presencia y poder informar de ello a todas las matronas en Londres que trataron sin éxito de casarlo con sus hijas.

Se detuvo a pensar un momento con los dedos sobre los labios, ofreciendo una magnífica imagen de elegante feminidad, desde el color rosado intenso de su sombrero hasta las puntas de seda de sus zapatitos.

—Ah, el señor Felton… —murmuró para sí, dirigiéndose hacia la puerta—. La familia debe quedar siempre en segundo lugar, ay, ante comentarios como éstos. Afortunadamente, he traído suficiente papel de cartas.

Annabel tomó el brazo de Tess al abandonar la habitación y cuchicheó:

—Espero que te des cuenta de la responsabilidad de la que te has librado al permitir que Mayne te corteje. Soy yo quien, por lo visto, se va a embarcar en un noviazgo en el que un simple beso seguramente será transmitido a todos en Londres.

—El señor Felton no es la clase de caballero que te besará sin pedir tu mano en matrimonio —dijo Tess.

—Bien, no hay necesidad de preocuparse por eso —dijo Annabel, comenzando a subir las escaleras. Lady Griselda ya estaba dando la vuelta a una esquina rumbo a su alcoba—. Una actitud o una reacción caballerosa harán que mi tarea sea más fácil, por supuesto. Siempre he pensado que los hombres frenados por el decoro son sumamente fáciles de llevar.

Tess se sorprendió al darse cuenta de que su ceño fruncido se arrugaba más y de que parecía que estaba empezando a dolerle la cabeza.

Capítulo trece

Entrada a la mansión
Holbrook Court

Al ser hijo único y haber sido criado por unos padres que no veían razón alguna para encontrarse con su vástago y heredero más que unas pocas veces al año, Lucius nunca había tenido que acostumbrarse a esperar a que el grupo familiar se reuniera. Al no haberse casado, tampoco estaba familiarizado con la cantidad de tiempo que aparentemente les lleva a las damas jóvenes prepararse para algo tan «abrumador» como una excursión a caballo al pueblo de Silchester.

Pero el aburrimiento y la espera eran inconvenientes que ya había previsto. Estas eran precisamente las razones por las que había evitado durante mucho tiempo los grupos familiares y las razones también por las que había evitado deliberadamente cualquier cosa que se pareciera a una reunión multitudinaria de varios días en alguna casa de campo.

Aunque lo que le estremecía hasta la médula no tenía nada que ver con la espera o el aburrimiento. Las damas, como cualquiera en su sano juicio sabe, montan animales lentos, apropiados para las personas de sexo femenino, un sexo atormentado por delicados nervios y miembros todavía más delicados. Lucius dudaba mucho de que su propia madre alguna vez hubiera montado un caballo, pero si lo hubiese hecho, el caballo habría necesitado un lomo tan amplio como un tablero para jugar a las cartas y una constitución suficientemente mansa como para hacer caso omiso de los ataques de histeria que se producirían precisamente sobre ese lomo.

No era el caso de las hermanas Essex, por lo menos de las tres que habían decidido ir cabalgando, ya que Josie había preferido quedarse en casa con su nueva institutriz.

Por lo que podía verse, estas damas en particular montaban brillantes animales purasangres que echaban hacia atrás las orejas con irritación, cuando no levantaban las cabezas en el aire y corcoveaban contra las nubes. Tres potros exquisitos y brillantes aguardaban a las mayores de las Essex, cada uno de los cuales parecía pensar que patear el suelo haría que sus amas aparecieran más rápidamente. La escena era aún más extraordinaria, ya que la explanada que se abría ante la residencia de Rafe estaba pavimentada con grandes piedras redondeadas que al ser golpeadas por los cascos de los caballos hacían saltar una lluvia de chispas al aire.

La señorita Imogen fue la primera en salir de la casa.

—Somos excelentes amazonas —explicó al ver la expresión de duda de Lucius cuando ella se puso una pequeña fusta en la cintura de su traje de montar—. Mi *Posy* era considerada una posible candidata al Derby hasta que sufrió un desgarro grave hace dos años. La he estado montando desde que se recuperó.

El animal estaba rascándose el costado como si le estuvieran picando los mosquitos y se le veía tan nervioso que hubiera podido saltar la enorme puerta del patio.

—No parece que le cuadre demasiado ese nombre —comentó Lucius, apartándose para evitar ser golpeado por las enormes y musculosas ancas de *Posy*.

—La bauticé así porque era una *poseuse*, una farsante —comentó Imogen, mientras se ponía unos gastados guantes de equitación—. *Posy* es una impostora, un fraude. Le gusta simular que tiene el nivel de un caballo de carreras, pero en realidad es una montura encantadora. Y muy educada, aunque, como dije, finge ser ferozmente difícil.

—Hermoso animal —dijo Rafe asomando por encima del hombro de Lucius—. La vi correr en Ascot, un año antes de que se lesionara. Una montura espléndida.

Lucius frunció el ceño. Su amigo ni se molestaba en simular la preocupación propia de un tutor respecto de la seguridad de sus pupilas.

Annabel había llegado al patio y estaba acariciando un caballo castrado que tenía las orejas aplastadas contra la cabeza. Miró y le sonrió a Lucius.

—Éste es *Sweetpea* —dijo—. Está un poco enfadado esta mañana; creo que echa de menos su hogar. —*Sweetpea* mostró los dientes y sacudió todo el cuerpo, como un corcel que se prepara para entrar en batalla.

—Mi montura no es nada comparada con la de Tess —le estaba diciendo Imogen a Rafe—. Bueno, aquí viene por fin. Ella misma puede decírselo.

Lucius se volvió.

La señorita Essex estaba cruzando una mancha de sol en la explanada. Su aspecto esbelto y frágil sólo parecía adecuado para el más manso de los animales de la cuadra.

—Tess es la más valiente de todas nosotras —estaba diciendo Imogen—. Ella monta a *Midnight Blossom*, hijo de *Belworthy*, como usted sabe.

—*Midnight Blossom* —repitió Lucius con precisión—. ¿El caballo castrado que tiró a un hombre en la carrera de Newmarket hace tres años?

—El mismo —confirmó Imogen—. ¿Cree que los Maitland llegarán pronto? Me temo que *Posy* está un poco intranquila.

Aquello era un eufemismo. *Posy* era como un demonio en el cuerpo de un caballo, cabriolando y dando patadas en el suelo. Lucius extendió una mano y *Posy* se tranquilizó.

—Usted le gusta —dijo Imogen, un poco sorprendida.

—Le gusto a los caballos —aceptó Lucius. Estaba observando cómo un caballerizo ayudaba a Tess para que subiera a un caballo tremendamente grande del color de la medianoche. A diferencia de *Posy*, *Midnight Blossom* no se molestaba en cabriolar o agitarse. Todo lo que hizo fue arquear el pescuezo una vez, abriendo sus ollares como si estuviera suspirando a la espera del momento de poder correr libremente. *Midnight Blossom* no era ningún *poseur*, no tenía por qué ser un farsante que fingiera ser un caballo de carreras. Él estaba hecho para la velocidad.

Sin embargo, Tess no parecía perturbada por el hecho de estar precariamente sentada, montada a mujeriegas, sobre el lomo del animal.

—¡No deberías permitir que tu pupila monte ese caballo! —le dijo Lucius a Rafe—. *Midnight Blossom* hirió a un hombre gravemente hace algunos años.

Imogen alzó una ceja mientras lo miraba.

—¿Está usted preocupado por Tess, señor Felton? No se inquiete. Ella es la mejor amazona de todas nosotras. Papá solía decir que tiene una comprensión profunda de los caballos.

—Es de esperar que mis pupilas tengan habilidad más que suficiente para manejar sus propios animales —observó Rafe—. Son mujeres hechas y derechas y me parece que están acostumbradas a sus cabalgaduras.

—Un tutor debe preocuparse un poco más, no obstante —señaló Lucius. *Midnight Blossom* había quedado inmóvil en ese momento y el único movimiento que hacía era llevar rápidamente sus orejas hacia atrás y hacia delante mientras Tess le hablaba y, a la vez le acariciaba el musculoso pescuezo con un guante muy zurcido.

En una silenciosa oleada de furia, Lucius se dirigió a su propio caballo y saltó sobre su enorme lomo lustroso. Por lo menos podría mantenerse al ritmo de la señorita Essex cuando su caballo se le desbocara.

En ese momento Draven Maitland atravesó los grandes portones que daban acceso a Holbrook Court en un medio galope y detuvo su caballo directamente en el aire. Lucius acababa de colocarse al lado de Tess, dejando que sus dos animales intercambiaran amistosos resoplidos.

—¡Muchacho estúpido! —exclamó en voz baja.

Lucius miró por encima de su hombro. Maitland había abandonado su caballo para detenerse junto a la cabeza de *Posy*, dando exageradas muestras de admiración por la montura de Imogen.

—¿A usted también le gusta correr de manera imprudente? —preguntó Lucius—. ¿No le convendría tener un poco de cuidado con ese animal?

—Supongo que piensa que *Midnight Blossom* es demasiado para mí.

—Probablemente sea demasiado para mí también —respondió Lucius tranquilamente.

—Lo dudo. Su montura no tiene pinta de ser un potro dócil precisamente, ¿no? —Estiró su mano y le rascó el pescuezo al caballo de Lucius.

—*Pantaloon* —presentó Lucius—, hijo de *Hautboy*.

—Es una belleza.

Pantaloon dejó inmóvil su enorme cabeza y resopló con placer cuando la joven lo rascó detrás de la oreja.

Se escuchó ruido de cascos cuando el resto del grupo de los Maitland entró en el patio. Lady Clarice montaba una pequeña y aterciopelada yegua, que parecía capaz de recorrer dos o tres kilómetros con placer, para luego arrastrar sus codillos de regreso a casa. Pero eso no importaba demasiado ya que lady Clarice estaba en ese momento explicando que su carruaje los seguiría todo el tiempo, por si acaso las señoras se cansaban.

—¡Porque una se cansa! —chilló—. Y el agotamiento, sencillamente, no es bueno para el cutis. La señorita Pythian-Adams ya está en el carruaje. No le gusta la sensación de tener un caballo debajo de ella.

Maitland caminó hacia Tess, con sus ojos puestos en la montura. Se le podía acusar de muchas cosas, pero había que reconocer que lo sabía todo respecto a las carreras de caballos.

—Hacía un año o dos que no veía a *Midnight Blossom* —dijo con una gran sonrisa—. Casi se lo gané a su padre en una apuesta, usted lo sabe. Fue precisamente después de que *Midnight* ganara las pruebas en Banstead Downs y antes de que tuviera que ser retirado. Podría haberlo llevado a Ascot.

Lucius observó que las mejillas de la señorita Essex se ponían ligeramente rosadas.

—Me alegro mucho de que usted no ganara esa apuesta —dijo Tess por fin.

—Oh, sí. La gané —le corrigió Maitland afablemente—. Essex creía que los gallos siempre cantaban sobre un poste de las cercas. Esa apuesta era muy fácil de ganar.

Lucius se tragó una sonrisa mientras la señorita Essex miraba a Maitland, quien no reparó en la expresión de sus ojos; de hecho, había comenzado a observar los dientes de *Midnight Blossom* como si creyera que el animal estaba en venta.

—Déjeme adivinar —dijo ella con una voz neutra—. Usted entrenó a un gallo para que cantara sobre una pila de estiércol y luego hizo que cantara ante mi padre.

—Mejor que eso —dijo Maitland, retrocediendo un poco cuando *Midnight Blossom* echó sus orejas hacia atrás—. Le corté el tendón de las patas. Cuando no pudo subir a la cerca para cantar, lo hizo en cualquier lugar. Pero no acepté el caballo, por supuesto. No, no. Su padre era un hombre que se tomaba con toda seriedad las apuestas. Nunca me habría quedado con *Midnight Blossom* después de un truco como ése, aunque me divertí mucho con la broma.

La señorita Essex acababa de apaciguar a *Midnight Blossom*. Detuvo su mano tras haberle acariciado un rato. Luego dijo, en un sereno tono de voz:

—Estoy segura de que mi padre le agradeció esa fineza.

—Seguro —dijo Maitland alegremente—. Y ahora, si este animal me permitiera echar una mirada a sus dientes…

Pero a *Midnight Blossom* no le caía simpático Maitland, ni las maniobras que pretendía hacer con sus mandíbulas. Un instante después, Tess debió concentrarse en controlar a su caballo ya que el alazán comenzó a golpear el suelo para luego encabritarse y alzar sus patas

al aire.

—¡Quieto! ¡Bestia tonta! —le dijo, inclinándose hacia delante sobre el pescuezo. Su voz parecía más divertida que enfadada y ni por un segundo pareció haber perdido el equilibrio.

Lucius se puso de pie sobre sus estribos, atento, listo para tomar la brida de Tess, pero ella no necesitó ayuda alguna. Sus brazos eran delgados como un caramillo, y sin embargo, el enorme purasangre se calmó cuando ella lo tocó y se quedó quieto, contentándose con resoplar sobre la espalda de Maitland y hacer girar sus ojos como si tuviera ideas asesinas.

Lady Clarice guiaba a su yegua por toda la explanada, saludando a cada miembro del grupo con su voz chillona y un tanto irritante, mientras tironeaba de la brida del animal de tal manera que era doloroso verla.

—Mi querida señorita Essex —exclamó—, me temo que no es una amazona adecuada para manejar este… animal. ¿No le preocupa la salud de su pupila, Señoría? Creo que este caballo debe ser apartado de toda compañía civilizada. ¿Ve usted cómo está mirando a mi hijo? Uno pensaría que…

Su voz fue desvaneciéndose. Evidentemente, la idea de que alguien pudiera mordisquear la espalda de su hijo le resultaba inaceptable.

—¡Sus pupilas corren un gran peligro en esas cabalgaduras! —le dijo bruscamente a Rafe, después de haber evaluado los tres caballos.

Sin reparar en que él mismo había sentido un temor semejante, Lucius dijo:

—La señorita Essex tiene un perfecto control sobre su montura.

Rafe hizo caso omiso de lady Clarice y montó su caballo.

—¡Vamos! —gritó—. ¿Estáis ya todos preparados por fin?

Lucius reprimió una amplia sonrisa. Rafe estaba tan poco acostumbrado a los grupos familiares como él.

—No del todo —se oyó que decía una fría voz desde la puerta. Mayne se detuvo en el umbral, colocándose los guantes. Vestía estrechos pantalones de montar, metidos en botas de equitación, y una chaqueta azul de fino paño de merino. Lucius parpadeó. Estaba poco acostumbrado a ver a Mayne ataviado con sus mejores galas. En general, cuando ellos tres salían juntos, llevaban pantalones de cuero para montar y chaqueta parda de paño común. Pero la prenda que llevaba Mayne en aquel momento, que Lucius tuvo que admitir que le daba un aspecto principesco, era un prodigio de exquisita factura y botones de acero. Sus pantalones eran perfectos, sin una arruga.

Mayne echó una mirada al grupo, que empezaba a moverse con sus cabalgaduras para abandonar la explanada, y luego caminó directamente hacia Tess.

Lucius hizo una mueca. Había logrado olvidar los planes maritales de Mayne. Otra vez.

—*Midnight Blossom* —dijo Mayne, y su voz denotaba el placer de un verdadero amante de los caballos—. Señorita Essex, ¡acaba usted de elevarse en mi estima como la insuperable amazona de su generación!

Tess le sonreía y el sol estaba convirtiendo el color castaño de su pelo en mil variedades de caramelo, en las que el dorado se entrelazaba con el rojizo. Con un movimiento de su dedo, Lucius puso a su montura en marcha para abandonar la explanada.

A menos que estuviera muy equivocado, Mayne acababa de encontrar un punto de emoción totalmente genuino que añadir a su arsenal de armas de seducción. Esa nota de embriagador respeto en su voz sonaba auténtica.

«Harán una buena pareja», pensó Lucius. Mayne era un hombre excelente, por más que se hubiera acostado con la mitad de las mujeres casadas de Londres. Eso cambiaría en cuanto estuviera casado. Nadie que tuviera a Tess en su lecho sentiría la necesidad de buscar los placeres baratos de una relación adúltera.

¿Cómo podía Mayne no enamorarse de Tess, con su intensa mirada y su alegre curiosidad, con su maravillosa habilidad de amazona y su modo natural de montar un caballo,

con su exquisita personalidad? Y cuando Mayne se enamoraba… bueno, se enamoraba con una profunda pasión. Lucius lo sabía porque le había visto tambalearse y recuperarse por amor a lady Godwin, la única mujer a quien había amado en toda su vida.

Por supuesto, la condesa nunca le había correspondido. Pero le había enseñado una lección valiosísima acerca de la pobreza y la poca profundidad de todos esos amoríos extramaritales en los que se había enredado.

Según pensaba Lucius, el rechazo de la dama había hecho que su amigo estuviera listo para enamorarse de verdad. Y era más que probable que Tess le correspondiera. Tess, con su boca apasionada y su mirada tierna… ella iba a enamorarse de su marido. Le llevaría tiempo, quizás meses, incluso un año, pero ese matrimonio…

Procuró apartar de su mente aquellos sentimientos. ¿Acaso ése era su problema?

Pantaloon cabrioló con delicadeza al atravesar el gran arco de piedra que conducía a la explanada que se abría ante Holbrook Court. Detrás de Lucius cabalgaban Tess y Mayne, riéndose por encima del sonido de los cascos de sus caballos.

Ella era de Mayne.

Capítulo catorce

Tess no estaba muy segura de por qué vericuetos había llegado a encontrarse paseando por la larga fila de cuadras de los establos de la posada Queen's Arrow con el señor Felton, y nadie más. Evidentemente, debería estar acompañada por el conde de Mayne, quien había pasado la tarde entera dedicándole unas atenciones que excedían todo lo imaginable. El señor Felton, por su parte, tendría que estar junto a Annabel, quien a su vez le había estado dedicando precisamente el mismo tipo de atenciones.

Pero de algún modo, en las irregulares hileras de cuadras, se encontró junto al señor Felton y juntos doblaron una esquina, o quizás fueron los otros los que lo hicieron. Y en ese momento cada uno caminaba sin su respectivo pretendiente. De alguna manera un tanto absurda, Tess tenía la misma sensación que le embarga a un niño cuando se escapa de la escuela.

Las cuadras eran largas y olían a alfalfa tibia, cuando ya empieza a fermentar en el fondo de sus verdosas briznas rancias. Era un olor que Tess adoraba y odiaba: le hacía recordar su hogar y a su padre, y al mismo tiempo, le traía a la memoria todo lo que las había separado de su progenitor, muchos años antes de que las abandonara definitivamente.

Se detuvieron ante un pesebre.

—*Ramaby*, de lord Finster —explicó Felton—. No sabía que pensaba hacerlo competir en las carreras locales. Me temo que ganará a mis caballos con facilidad.

—No esta vez —pronosticó Tess, rascándole por debajo de la nariz—. *Ramaby* no se siente ganador ¿no es verdad, mi amor?

Lucius se rió entre dientes, observando el modo en que las orejas de *Ramaby* iban y venían de atrás hacia delante, tratando de captar cada sílaba de la dulce voz femenina.

—¿Es usted acaso una especie de bruja escocesa? —preguntó—. ¿Está convenciendo a *Ramaby* de que no tiene ganas de ganar, al tiempo que le hace algún hechizo al pobre animal?

—Oh, no —respondió Tess, empezando a rascar la parte de atrás de la oreja derecha de *Ramaby*—. Pero cuando se ha crecido en un establo, como yo, es difícil no darse cuenta de cómo se siente un caballo. Y *Ramaby* no se siente como para ganar, no hoy, desde luego. —Le dio una palmadita final y se alejó.

Caminaron por el corredor cubierto de paja, mirando con atención los compartimientos. Lucius sabía muy bien que estaba yendo a un paso excesivamente lento. No quería llegar a los grandes portones del fondo, donde se derramaba la luz y esperaba la multitud. Donde él, por supuesto, cedería a la señorita Essex al ardiente cortejo de Mayne.

—¿Puede usted darse cuenta de si un caballo tiene hambre? —le preguntó.

—A veces —respondió Tess—. Pero no soy adivina.

—Pues parece que sí lo es.

—Oh, no. Esto no tiene nada que ver con la adivinación. Los caballos son criaturas afectuosas e inteligentes, pero, después de todo, son sólo animales. No son como los seres humanos. No traicionan y no esconden sus motivos.

—Tampoco hablan inglés —señaló él.

Ella se detuvo abruptamente ante otro compartimiento, sobresaltada por su propia reacción ante la mirada de Felton. ¿Acaso no había pensado que aquella expresión era imposible de descifrar?

—Este caballo tampoco ganará —aseguró.

—Yo también podría haberlo dicho —replicó él—. Es una potra.

—Oh —reaccionó Tess, ligeramente avergonzada—. No me he dado cuenta.

—Bien, ¿qué es lo que ha notado entonces? —preguntó Felton, acercándose mientras

permanecían allí, observando la brillante yegua zaina.

—Tiene sueño —dijo Tess—. ¿Ve cómo se le cierran los ojos?

Y así fue. En cuanto la pequeña mano de Tess empezó a rascar la parte de atrás de sus orejas, la yegua lanzó un gran suspiro y cerró los ojos totalmente.

—Bien, ése debe de ser un talento excepcionalmente útil —comentó él después de un momento de silencio.

—No hay ningún talento en ello —refutó Tess con cierta incomodidad—. ¿Vamos con los otros?

—Por supuesto, señorita Essex. —Un momento después ya estaban en el aire frío.

Los rústicos asientos puestos alrededor de la pista circular brillaban con los últimos rayos del declinante sol de la tarde. Había en el aire un fuerte olor de salchichas cociéndose que provenía del humeante puesto donde se vendían, y el habitual murmullo de cien voces masculinas que hablaban de las patas traseras y los codillos de un caballo, o de dos caballos, o de todo un lote de animales a la vez.

—Aquí vienen mis animales —dijo Lucius repentinamente.

Dos caballos aparecieron en la pista, muy abrigados, con sus pescuezos arqueados. Él no preguntó nada. Y Tess nada dijo.

—Una vez le dije a mi padre que estaba segurísima de que cierto caballo llamado *Highbrow* ganaría la siguiente carrera en la que participara —comentó ella sin mirarlo—. Mi padre puso todo el dinero que había ahorrado para nuestras dotes en esa carrera. Todo porque una vez, un tiempo antes, no me había equivocado.

Se produjo un momento de silencio y luego Lucius dijo:

—Y si recuerdo correctamente, ésa fue la misma carrera en Newmarket en la que un animal llamado *Petunia* corrió hasta la meta, ¿es así?

—*Highbrow* nunca llegó —confirmó Tess distraídamente, observando el caballo de Lucius.

—Tropezó y se rompió una pata —recordó él en ese momento—. Hubo que sacrificarlo.

—Y ésa es la razón por la cual, señor Felton, ni siquiera me aventuraré a dar una opinión sobre sus caballos. Porque, francamente, todo lo que se diga son tonterías. En una carrera puede ocurrir cualquier cosa.

—Déme el gusto —dijo él.

Ella lo miró. El rostro de aquel hombre era sumamente impresionante, del todo inexpresivo, controlado. Parecía una persona que no necesitaba ninguna compañía humana, alguien cuya serenidad iba más allá de lo superficial.

—Debemos reunirnos con los demás —replicó ella, dejando entrever un vestigio de irritación en su voz. Después de todo, Mayne la estaba cortejando. Quizás en ese mismo momento había decidido proponerle matrimonio, y ahí estaba ella, perdiendo el tiempo y diciendo cosas imprudentes al señor Felton.

—Señorita Essex —insistió él, y su voz tenía una profunda solidez que le alteró aún más los nervios.

—Me gustaría regresar al palco —protestó—. Mis hermanas deben estar preguntándose dónde estoy. —Pero, en el fondo, le gustaba jugar limpio—. Muy bien. No estoy para nada segura acerca de cómo se siente el bayo. Pero mire la manera en que…

—*Royal Oak* —señaló él.

—Mire la manera en que *Royal Oak* se ha puesto a andar. Tiene demasiado calor, no está cómodo. Además, creo que puede tener hambre. ¿Acaso su caballerizo le ha estando haciendo sudar?

—Me dice que es necesario evitar que el caballo engorde —explicó Lucius con el ceño fruncido.

—Creo que es una barbaridad tanto purgarlos como hacerlos sudar. Si algo sé sobre

caballos, señor Felton, es que esos métodos hacen que enfermen. —Comenzó a andar hacia el palco donde presumiblemente su grupo la esperaba.

Pero él la detuvo con un delicado toque en el brazo.

—Tenía la impresión de que su padre era un gran defensor de las purgas, señorita Essex. Lo escuché defender ese tratamiento con vehemencia en el Derby de hace dos años.

—Mi padre aprobaba esos métodos —replicó ella después de un momento—. Pero yo no estaba de acuerdo con él.

La penetrante mirada del señor Felton era tan intensa que a ella le dieron ganas de cerrar los ojos para protegerse.

Cuando llegaron al palco encontraron solamente a Annabel y a Mayne, quienes parecían estar pasándolo muy bien el uno en compañía del otro.

—Los demás se han ido a tomar un refresco —explicó Annabel —. Lady Clarice se encontró con una de sus mejores amigas, la señora Homily, quien le informó de que estaban sirviendo un jamón de Yorkshire verdaderamente delicioso en el salón.

—¿Todos? —inquirió Lucius, levantando una ceja.

—Menos lord Maitland, que creo que está en los establos —continuó Annabel, sonriéndole a Felton con picardía—. ¿Se queda con nosotros, o también prefiere el jamón?

A partir de ese momento Tess se sentó al lado del conde, cuyos negros ojos relucían como queriéndole enviar mensajes secretos. Ella se dio cuenta de que Mayne estaba realmente interesado en su habilidad para montar, que encontraba sencillamente fascinante.

Su manera de cortejarla había adquirido otro tono, más profundo y seguro. No decía tonterías, sino que le contaba pequeños detalles sobre sus establos y sobre su familia. Hablaba menos como un seductor experimentado en el arte del coqueteo y más como un hombre realmente interesado en su compañía.

Cuando hacía gala de esa franqueza resultaba quinientas veces más atractivo. Eso, combinado con su bello rostro de ojos gitanos, lo convertía en un pretendiente realmente formidable. Sin embargo, Tess no podía evitar escuchar el parloteo de Annabel con el señor Felton. Su hermana, por supuesto, era también una pretendiente temible. De hecho, muy probablemente tendría que empezar a pensar en el señor Felton como un cuñado a partir de ese momento.

—Mi madre tenía un alma inquieta —comentaba Mayne—. Montaba como el viento, incluso a mujeriegas. En Inglaterra, señorita Essex, las jóvenes sólo montan a mujeriegas. Pero sé que en Irlanda lo hacen a veces a horcajadas. Perdone mi ignorancia sobre el tema respecto a las costumbres escocesas, pero, ¿ha montado usted alguna vez a horcajadas?

—¡Por supuesto que no! —replicó Tess con aspereza. De hecho, ella y sus hermanas no habían montado de esa manera desde hacía más de un año, y para revelar semejante cosa hacía falta un exceso de ingenuidad… o de estupidez.

El señor Felton se volvió repentinamente y la miró. Tenía unos ojos hermosos, como los de un lobo curiosamente inteligente. Ella parpadeó preguntándose cómo habría llegado ese hombre a adivinar que ella, Annabel e Imogen solían saltar sobre los caballos y montar a horcajadas, pero sólo en las tierras de su padre, donde no podían ser vistas. Lucius tenía una expresión en la mirada que denotaba que podía intuir cómo eran realmente, a pesar de la cortesía y los modales que exhibían de cara a la galería.

Pero no dijo nada y se volvió hacia la pista sin hacer ningún comentario. Tess era extremadamente consciente de sus anchos hombros. Y sin embargo, así como el señor Mayne le rozaba el hombro con el suyo de vez en cuando, cuando le pasaba un programa o señalaba a algún potro, el señor Felton no la tocó en absoluto.

—Las colinas que hay detrás de mi propiedad en Yorkshire son preciosas —dijo Mayne—. Muchas veces he cabalgado por allí durante más de una hora sin ver ni siquiera una cabaña. Parece que fuera la Arcadia, un lugar de leyenda donde no han llegado las

preocupaciones y sinsabores de este mundo. —Llevó la mano de la joven hasta sus labios, con sus ojos fijos en los de ella—. Me encantaría que me acompañara alguna vez y conociera ese lugar, señorita Essex. Le aseguro que su belleza le hará olvidar los páramos de Escocia.

La muda invitación en sus ojos era inconfundible.

—Hay un pequeño y encantador huerto de manzanos detrás de la pista de carreras que se parece un poco al de mi finca, señorita Essex. ¿Le apetece dar un paseo hasta allí?

Tess sintió como si una suerte de parálisis se hubiera apoderado de su mente. ¿Deseaba aceptar su proposición? Annabel miró por encima del hombro de Felton. Tenía un brillo en sus ojos que confirmaba lo que Tess pensaba. Mayne le iba a proponer matrimonio en ese huerto. Y ella debía aceptar. Después de todo, nadie más le había hecho una propuesta seria y sus hermanas debían ser presentadas en sociedad.

—En realidad —interrumpió el señor Felton—, estaba a punto de pedirle a la señorita Essex que me concediera el placer de acompañarla a la pista. —Se había puesto de pie otra vez y le había cogido la mano—. Me gustaría mostrarle un caballo, si ella no tiene ninguna objeción.

—La señorita Essex no necesita que te tomes la molestia de mostrarle ningún animal —intervino Mayne, con una dura mirada a su amigo—. Como ya has oído, le acabo de pedir que vayamos a dar un paseo.

—Quédese conmigo, señor Felton —le pidió Annabel. Su voz era un torrente de miel.

Tess sintió un impulso de exasperación. ¿Acaso su pretendiente y su hermana no se daban cuenta de que el señor Felton no tenía el menor interés sentimental en ella? Pues si no se daban cuenta, ella sí. Mayne había hecho caso omiso de las cuatro carreras que acababan de celebrarse, pero los ojos de Felton no se habían apartado de la pista, por mucho que Annabel hubiese tratado por todos los medios de engatusarlo. Felton se parecía mucho a su padre en eso. Aquella era una perspectiva escalofriante.

Tal y como Tess esperaba, Felton sonrió amistosamente a su amigo, dándole a entender que de ninguna manera estaba invadiendo el territorio de Mayne.

—Devolveré a la señorita Essex sana y salva en un par de minutos. Estoy pensando en añadir un caballo a mis cuadras y la señorita Essex es una notable jueza para evaluar las virtudes de estos animales.

Mayne enarcó una ceja, pero se dio cuenta de que la petición de su amigo no planteaba ninguna amenaza para sus fines. Desde el punto de vista de Tess, la única diferencia entre la obsesión de Felton por los caballos y la de su padre era que Felton daba algunas muestras de valorar su opinión.

En realidad, no estaría mal que Mayne se enterara de que una esposa no era algo que podía ser llevado de acá para allá a voluntad.

—Volveré en un momento —dijo y tomó el brazo del señor Felton. Fue recompensada con una sonrisa que transformó un rostro que, en condiciones normales, resultaba bastante adusto.

Mayne le había sonreído mil quinientas veces en la última hora. Cada sonrisa era ciertamente una caricia, una palabra de cariño, una señal de sus intenciones, de su posición como futuro marido. Sin embargo la sonrisa de Felton la dejó conmocionada.

«Pero este hombre no tiene ninguna intención de cortejarme, y Mayne sí», se recordó Tess a sí misma. Como si tratara de demostrar que ella tenía razón, Lucius se encaminó directamente a la pista.

—¿Qué le parece a usted ese caballo?

Era gris con manchas negras. Mientras observaban, el animal dio unos pocos y grandes pasos, antes de que el caballerizo que lo montaba le acortara las riendas. El caballo se estremeció y se sacudió un poco, haciendo que la rodilla del caballerizo se aflojara. Tess se rió.

—Yo pienso lo mismo —dijo Felton con satisfacción.

Ella lo miró.

—No he dicho una palabra.

—Usted ha leído la cara del caballo. Yo me he limitado a mirar la suya.

Se produjo un momento de tensión cuando sus ojos se encontraron antes de que ella se volviera.

—Debo…

El animal de color gris cabrioló en la salida, dispuesto a ganar, de eso estaba muy segura.

Regresaron directamente al palco. El señor Felton ni siquiera tocó su brazo ni le sonrió otra vez, ni tampoco dio la menor indicación de que… de que…

—¿Le apetece ahora dar ese paseo? —preguntó Mayne en cuanto regresaron, con su voz ronroneando llena de sugerencias.

Tess miró al señor Felton instintivamente. Por una vez, no tenía sus gemelos apuntando a la pista. En esta ocasión los estaba mirando a ellos dos, e inmediatamente supo que él conocía perfectamente las intenciones del conde, y que no iba a hacer nada para contrarrestarlas.

En cambio, se dio la vuelta para sentarse junto a Annabel, quien le dio la bienvenida con un ingenioso juego de palabras y una risita ahogada. A Tess le pareció que se había girado hacia su hermana con placer.

Tess se levantó y puso sus dedos con delicadeza sobre el brazo del conde. Podía sentir la trama del tejido bajo sus yemas, una lana tan delicada y costosa que al tacto parecía raso.

—Estaré encantada de dar un paseo con usted —le dijo, mirando a través de sus pestañas.

No miró hacia atrás, al señor Felton.

Recorrieron una breve distancia hasta un manzano y se detuvieron. Realmente, casi parecía que estuvieran representando una obra de teatro.

Mayne tomó una manzana y se la dio. Tess aceptó amablemente y Mayne le besó la mano, sin apartar la mirada de su rostro. Cuando por fin le hizo la pregunta que estaba esperando, ella asintió, dejando caer silenciosamente la manzana. El conde solicitó su permiso primero y depositó un beso muy suave sobre su mejilla después. Tess le sonrió, y él la besó de nuevo, esta vez en la boca. Fue muy agradable.

La joven volvió a apoyarse en su brazo y regresaron así unidos, futuros marido y mujer.

O mejor dicho: conde y futura condesa.

Capítulo quince

Estaban todas acurrucadas sobre la cama de Tess, cada una apoyada en un poste. Tess y Josie en la cabecera, Imogen y Annabel a los pies. Josie, por supuesto, estaba leyendo un libro a la luz de una vela que reposaba sobre la mesilla de noche de su hermana mayor.

—Apenas si puedo creerlo del todo —estaba diciendo Imogen, mirando fijamente a Tess, como si de pronto a ésta le hubieran crecido cuernos—. ¡Vas a casarte, Tess! ¿Recuerdas cuando temíamos que ninguna de nosotras llegaría a conseguirlo? Y he aquí que no hace todavía una semana que estamos en Inglaterra y tú ya estás comprometida con un conde… ¡Debes de sentirte victoriosa…!

Pero, curiosamente, Tess se sentía insegura y apenas podía imaginarse a sí misma como una mujer casada. Olvidaba constantemente que semejante propuesta se había producido. Definitivamente, no se sentía «victoriosa».

—Nuestras preocupaciones se relacionaban con la imposibilidad de que papá consiguiera presentarnos en Londres —señaló Annabel—. No creo que ninguna de nosotras dudara de su capacidad para el casamiento.

—Mi nueva institutriz, la señorita Flecknoe, diría que ése ha sido un comentario absolutamente impropio —comentó Josie, levantando sus ojos del libro—. Puedo decir eso sin vacilaciones, porque la señorita Flecknoe considera que cualquier evaluación objetiva de las relaciones entre hombres y mujeres es «impropia».

—Tengo algo que decir —intervino Imogen. Sus mejillas habían adquirido un color rosado intenso y se abrazaba a sus rodillas.

Todas la miraron, incluso Josie.

—Draven me besó —e insistió—: Me besó.

—¿Te estás refiriendo a la historia de la manzana que cayó del árbol, o es que has vuelto a acosar a ese hombre? —quiso saber Josie.

Evidentemente Imogen estaba demasiado feliz como para molestarse en reprender a su hermana menor.

—Me besó en las carreras. De repente. ¡Creo que está empezando a quererme!

—Demuestras una confianza conmovedora en los besos —dijo Josie mordazmente, regresando a su libro—. La señorita Flecknoe no estaría de acuerdo contigo. Ella dice que cuando los caballeros se muestran agradables, siempre es porque están escondiendo segundas intenciones. Aunque —añadió pensativamente— no estoy en absoluto convencida de que la señorita Flecknoe tenga una idea clara acerca de las intenciones de los caballeros en cuestión.

—Pero Imogen, lord Maitland está comprometido con la señorita Pythian-Adams —le recordó Tess con suavidad.

—Puedes decir lo que quieras —replicó Imogen, con un movimiento de cabeza—. Le pedí que me acompañara a la pista para poder ver a los caballos más de cerca, y él…

—Ya sabía que tenías algo que ver y que encontrarías el modo… —sugirió Josie.

—La razón por la que estábamos juntos es irrelevante —dijo Imogen.

—No nos digas que tus motivos eran inocentes —se burló Josie—. ¿Por qué no fuiste a los establos? Podrías haberle arrojado una bala de heno a los brazos.

—Josie —señaló Tess—, el tono que usas resulta bastante desagradable.

—Estábamos caminando hacia la meta —explicó Imogen— y Draven estaba diciendo cosas tan inteligentes sobre los caballos junto a los que pasamos… no podéis imaginarlo. Creo que sabe todo lo que se puede saber sobre caballos. Y, entonces, decidió apostar cincuenta libras a una potra en aquella misma carrera. El corredor de apuestas cogió su dinero y… un instante después, ¡había ganado! Entonces… me besó, porque dijo que yo era su

«buena suerte».

Tess se mordió el labio, tratando de pensar qué decir, pero Annabel continuó.

—Draven Maitland es la viva imagen de papá, Imogen. ¿Estás segura de que deseas pasar el resto de tu vida hablando de potras y viendo cómo tu marido gasta todo el dinero de la casa en las carreras?

—No se parece en nada a papá —protestó Imogen, abrazándose a sus rodillas.

—En realidad, creo que Imogen tiene algo de razón —dijo Josie—. Papá no se habría paseado por la pista besando a otras mujeres después de estar comprometido con nuestra madre. Era un hombre de honor.

—¡Así es Draven! Simplemente… sucumbió a la emoción —protestó Imogen—. Él es completamente diferente a papá, porque Draven sabe lo que hace cuando apuesta. Tiene un sistema, ¿sabéis?, y comprende el mundo de los caballos de un modo que papá ni siquiera imaginaba.

Tess echó la cabeza hacia atrás, para apoyarse contra el poste de la cama, y miró fijamente el dosel azul oscuro que se abombaba por encima de sus cabezas. Se preguntaba si su madre habría sentido por su marido lo mismo que Imogen por el señor Maitland. Los ojos de su hermana brillaron con orgullo y adoración cuando habló del «sistema» de Draven y sus conocimientos equinos.

Incluso Josie pareció momentáneamente derrotada.

—Bien, pero si continúas por ese camino, no olvides las ideas de la señorita Flecknoe sobre el decoro —dijo, pero su voz carecía de agudeza.

—Deduzco que piensas seguir persiguiendo a lord Maitland, a pesar de la señorita Pythian-Adams, ¿no? —intervino Annabel, frunciendo el ceño al mirar a Imogen.

Ésta levantó la barbilla.

—Se supone que estamos juntos y que nos queremos.

—En tal caso —advirtió Tess—, bien podrías tener un poco más de decoro. No acoses tanto al pobre hombre. Estoy segura de que lo haces sentir incómodo.

—Fíjate también en algún otro —coincidió Annabel—. Dirige tus miradas a Rafe o al señor Felton, si es necesario. Los celos pueden ser una gran motivación para un hombre. Y Josie, por favor, no hace falta que informes a la señorita Flecknoe sobre los detalles de esta conversación.

—Trataré de no mirar a Draven más de… más de una vez cada cierto tiempo —aseguró Imogen. Su tono indicaba ciertas dudas respecto a su capacidad para cumplir su promesa, pero Tess decidió dejarlo pasar.

—¡Tess se va a casar con el conde —dijo Annabel enérgicamente—, Imogen está persiguiendo a lord Maitland… y Josie está tan feliz estudiando…!

—Decir «feliz» es una exageración —corrigió Josie—. Nadie podría ser exactamente feliz con la señorita Flecknoe detrás de una todo el tiempo. Está *terriblemente* horrorizada por los *terribles* hábitos que he adquirido por crecer sin una institutriz a mi lado.

—¿Terribles hábitos? ¿Por ejemplo, cuáles? —preguntó Tess, con cierta curiosidad.

—La lectura —respondió Josie—. Ella cree que la lectura es una maldición. Si la señorita Flecknoe llegara a enterarse de que Imogen aceptó los besos de lord Maitland, probablemente haría un exorcismo ritual.

—Bueno, alguna de nosotras tiene que convertirse en una dama joven correcta y decorosa —apuntó Annabel—, y ya es demasiado tarde para el resto de nosotras, así que es mejor que seas tú. Sólo para demostrar mi comportamiento absolutamente impropio, puedo decirte que no he hecho más que pensar en lo que lady Griselda dijo del señor Felton, de su fortuna, para ser más exactos, y creo que estoy progresando en su estima.

—No necesitas casarte con el señor Felton —dijo Tess—. Estoy segura de que Mayne te presentará en la temporada, si no quieres quedarte con Rafe y lady Griselda, quien también

parece dispuesta a ser tu dama de compañía.

—Sí, pero el señor Felton está aquí —precisó Annabel—. ¿Qué pasará si descubro que lady Griselda tiene razón y el señor Felton es el mejor candidato de Londres? ¿Qué pasará si descubro que he desperdiciado mi tiempo?

—El señor Felton no tiene título —señaló Tess— y, a lo largo de todos estos años, tú siempre has dicho que un título era fundamental para ti.

—No debí haber sido tan melindrosa. La verdad es que el dinero es lo único que realmente importa.

—Creo que deberías esperar a la temporada —insistió Tess—. No hay necesidad de sacrificarse.

—¿Qué sacrificio? —exclamó Annabel, alzando los hombros con indiferencia—. No soy el tipo de mujer que va a sentirse atraída irremediablemente por un joven flacucho y con veleidades artísticas. Además, el señor Felton tiene un…

—La señorita Flecknoe no aprobaría nada de lo que estás a punto de decir —observó Josie, levantando otra vez la mirada del libro.

—Por favor, te ruego que no se lo digas —reaccionó Annabel—. Sólo estaba a punto de decir que me resultaría difícil admirar a un marido flacucho. El físico del señor Felton es más bien musculoso. Su figura es admirable y no ha perdido el cabello. Y me gusta mucho el color oscuro de su pelo. Sería como tener un león en casa.

—Ese es un comentario absurdo —dijo Josie—. El señor Felton de ninguna manera se parece a uno de esos grandes gatos. Además, ni te darías cuenta, ya que ninguna de nosotras ha visto un león, excepto en dibujos. Pero él… —hizo una pausa—. Bueno, tal vez se parece más a una pantera. Creo que esos animales tienen el mismo aspecto elegante y peligroso que el señor Felton.

Tess se mordió el labio.

—Eso pienso del señor Felton… salvo que tú tengas alguna objeción especial, Tess —añadió Annabel con suavidad, mirando directamente a su hermana.

—¿Por qué debería tener alguna objeción? —quiso saber Imogen.

—Porque siempre existe la posibilidad de que Tess sienta alguna atracción por el señor Felton —respondió Annabel—. Me pareció ver…

—No viste nada —se apresuró a decir Tess—. No tengo ningún sentimiento particular por el señor Felton. Por supuesto, deberías casarte con él.

—Porque si el señor Felton te hubiera besado… —señaló Annabel.

—Por fortuna, la señorita Flecknoe no está aquí —comentó Josie—. Toda esta conversación sería una desagradable revelación para ella.

—Es lo mismo que le dijimos a Imogen —explicó Tess, mirando directamente a Annabel—. Los besos no son una prueba de que un hombre desee casarse. Y si el señor Felton hubiera realizado un gesto tan impropio hacia mí… —levantó su mano en dirección a Josie—. Digo si eso hubiera ocurrido, Josie, así que no es necesario hacer un comentario sarcástico. Si el señor Felton me hubiera dado un beso, importaría poco, porque el conde de Mayne manifestó sus intenciones con toda claridad, ¿no?

Annabel asintió con la cabeza.

—Yo misma fui testigo de que al conde sólo le faltó decirle directamente a Felton que te iba a proponer matrimonio.

—Y el señor Felton no hizo nada para detenerlo —completó Tess, sin dar importancia a la frialdad de su voz.

—¡Qué decepción! —exclamó Annabel—. No me sorprende que ese hombre se las haya arreglado para seguir siendo soltero, a pesar de que su enorme fortuna lo haría atractivo a los ojos de todas las mujeres solteras de las Islas Británicas. Supongo que nunca se casará.

Tess no se sintió capaz de hacer profecías sobre ese tema. Es más: sólo con pensar en

ello se veía obligada a girar la cabeza.

—Si el señor Felton besó a Tess y no le propuso matrimonio —continuó Annabel, lanzando una dura mirada a su hermana—, entonces no tendré nada que ver con él.

Tess apoyó su barbilla en las rodillas y trató de no pensar por qué las palabras de Annabel la habían aliviado tanto. Después de todo, ella misma era la prometida de un conde perfectamente apropiado, quien… quien era perfectamente apropiado.

—Bueno, por mi parte, creo que Mayne es mucho más apuesto que el señor Felton —dijo Josie, apartando su libro.

—Estoy de acuerdo —coincidió Annabel de inmediato.

Pasó un momento antes de que Tess se diera cuenta de que sus hermanas estaban esperando sus palabras impacientemente.

—¡Oh… yo también! —dijo, sintiendo que llegaba tarde… en todos los sentidos.

Capítulo dieciséis

Tess bajó los peldaños, deslizando los dedos sobre la caoba lustrada de la baranda de la escalera. Lucía el vestido de Annabel, de color rubí oscuro, en lugar del suyo, de color azul y con un escote más atrevido. Annabel iba a deslumbrar con un escote exuberante aquella noche. Era obvio que Tess no necesitaba esforzarse en el vestuario para estimular a su pretendiente, ya que Mayne se le declaró cuando ella sólo iba ataviada con su vieja ropa de montar. Ciertamente, un centímetro de escote no significaba demasiado para él.

Cuando entró en el salón, descubrió que Annabel no había hecho su aparición todavía. En realidad, nadie lo había hecho, salvo el señor Felton, que era precisamente la persona a quien Tess menos deseaba ver. El joven llevaba una chaqueta delicadísima, de un color verde oscuro, muy oscuro, tanto que era casi negro. Tess se preguntó entonces cómo era posible que Annabel no hubiera advertido en aquel caballero el evidente orgullo que rezumaban sus modales. Era como si continuamente advirtiera: «Podría ser el dueño del aire que usted respira». Realmente, era insólito que Annabel estuviera tan interesada en casarse bien y, al mismo tiempo, fuera tan poco observadora.

—Entiendo que debo felicitarla, señorita —dijo con una profunda reverencia.

Tess no vio razón para mostrarse esquiva.

—Usted ya lo sabía —replicó ella, mirándolo directamente.

Él no podía fingir que no conocía las intenciones de su amigo y, aún más, que no se había apartado de su lado en el hipódromo de la manera más obvia.

—Tiene usted razón, por supuesto —admitió el señor Felton—. Me alegro por usted y por Mayne.

—Supongo que el alivio le permite a uno sentirse feliz —comentó Tess mientras se acercaba a examinar un enorme armario de nogal que se hallaba junto a la pared. Era antiguo, con puertas de vidrio en arco y lleno de lo que parecían ser antiguas cajitas de plata.

Felton se acercó a su hombro, por detrás, mientras miraba con atención a través del cristal.

—¡Santo cielo…! ¡Camina usted demasiado silenciosamente! —exclamó Tess, un poco irritada, mirándolo a los ojos.

Había algo en los ojos del señor Felton.

—Usted rechazó mi propuesta —le dijo—. Le aseguro que no siento alivio.

—¡Oh, por el amor de Dios! —reaccionó Tess—. No tiene usted por qué fingir que realmente quería pedir mi mano en matrimonio. Imogen es la única de nosotras que puede asegurar que está usted experimentando alguna angustia.

—Es cierto, no siento angustia.

Tess estaba aprendiendo a leer entre líneas las palabras del señor Felton, aunque éste era tan inexpresivo como una marioneta. Él se estaba divirtiendo. Tess abrió una puerta del armario con bastante más fuerza de la necesaria.

—¡Son preciosas! —dijo inexpresivamente, cogiendo una caja, sólo para tener algo que hacer.

—¿Mis emociones o las cajas?

—Las cajas.

—Es una caja de bodas —explicó él—. De unos cien años de antigüedad, por su aspecto.

—¿Caja de bodas? —repitió ella estúpidamente, observando el objeto que tenía en la mano. No era mucho más grande que la palma de su mano, con pequeñas escenas grabadas en todos sus lados. En la tapa se veía una mano de hombre enlazada con la de una mujer.

—Una vieja costumbre —explicó Felton, levantando la tapa. La caja estaba forrada en terciopelo rojo muy gastado—. El novio llenaba la caja con monedas de oro, creo, y se la daba a la novia. Vea usted aquí —señaló la tapa— que se están dando las manos. Y aquí —apuntó con el dedo a uno de los lados—, presumiblemente, se muestra el momento del cortejo, ya que él está debajo de la ventana de su prometida. Tal vez está cantando.

Tess notaba el cuerpo del señor Felton a pocos centímetros del suyo. El pelo le caía hacia delante y se movía sobre su frente. Su mano era mucho más oscura que la de Tess y tres veces más grande. Tan grande como sus hombros. Y olía… ¡Ah… su olor era maravilloso! No era sólo el perfume…

—Aquí —dijo el señor Felton—, tenemos probablemente una escena de los primeros tiempos de la vida de casados. Mire, están sentados a la mesa del desayuno.

—Ah —exclamó levemente Tess, apenas prestando atención. La caja estaba en ese momento en manos del señor Felton y la plata brillaba en su piel oscura.

—Seguramente… un momento difícil —comentó él, y ella percibió otra vez aquel rasgo de diversión en su voz.

—¿Por qué? ¿Por qué debería de ser un momento *difícil*?

—Es el primer desayuno de la pareja —sus ojos se encontraron—. Después de todo, uno está muy acostumbrado a comer a solas. Y, de pronto, uno tiene delante de sí a su cónyuge, al otro lado de la mesa.

—Yo no estoy acostumbrada a comer a solas —señaló Tess, no muy segura de la dirección que tomaba aquella conversación. De algún modo, parecía que había un doble sentido en las palabras del señor Felton, aunque no sabía muy bien cuál podría ser ese segundo sentido—. Mis hermanas son compañeras de desayuno muy divertidas, se lo aseguro.

—Un primer desayuno de casados es probablemente muy silencioso —continuó él, y otra vez apareció en su voz aquel tono pícaro—. Los esposos deben de estar cansados… —e inclinó la cabeza, fingiendo mirar más de cerca—. ¿Es mi imaginación, o ella está reclinada contra el respaldo de su silla en una posición que podría interpretarse como sumo… agotamiento?

El rostro del señor Felton mostraba los rasgos de quien esconde una travesura. Tess lo sabía, aunque otra persona probablemente habría asegurado que su rostro era inexpresivo.

—Supongo que tiene usted razón —confirmó ella, con una correcta expresión de calma—. Un día agotador: el día de la boda.

—Aquí hay una escena propia de tiempos antiguos —mostró él, haciendo girar la caja de plata—. Una referencia alegórica.

Tess parpadeó al mirarla. Por lo que podía ver, mostraba un campo de conejos.

—Un talismán de fertilidad —dijo el señor Felton, con su voz profunda e indudablemente divertida—. Los conejos son muy prolíficos.

—Pobre mujer —reaccionó Tess con aspereza, colocando la pequeña tapa sobre la caja—. ¡Conejos!

—Pero usted desea tener niños, ¿verdad, señorita Essex? —él estaba colocando la caja en el armario y no la miraba.

—¿Por qué me besó en aquel baño romano? —preguntó ella intempestivamente.

La mano del señor Felton se quedó inmóvil y, luego, la retiró. Cerró el armario. Respondió a su vez con otra pregunta:

—¿Todas las escocesas son como usted, señorita Essex?

—Naturalmente —respondió Tess, levantando una ceja, tal y como hacía lady Griselda.

—Deseaba besarla —respondió Felton. Sus ojos eran de un color azul intenso—. Sólo deseaba hacerlo, señorita Essex. Naturalmente, sé que un caballero nunca debe ceder a ese tipo de impulsos, pero…

Tess contuvo la respiración, sin pensar, sin respirar, sin moverse.

Felton asió a la joven por los hombros. Inclinó la cabeza y su boca tocó los labios de Tess. Fue algo frustrante. Tess siempre había pensado en caballos y en hombres de la misma manera, de un modo un tanto difuso. Era capaz de percibir de inmediato cuándo su padre estaba irritado, o exhausto, o ahogándose de cólera antes de que hablara siquiera. Todo aparecía escrito en su rostro. Pero el imperioso dominio que el señor Felton tenía sobre su rostro era irritante. Exasperante, incluso.

En efecto, su expresión era inescrutable, pero sus labios hablaron. Podía sentir algo que hervía a fuego lento en su beso. ¿Deseo? Tess sabía poco de esa famosa emoción. Pero su beso quemaba. Hablaba de… algo.

La joven se sintió un poco aturdida, un poco mareada. Incluso eso resultaba muy curioso. De modo que abrió la boca para hacer infinitas preguntas. ¿Por qué me besa? Otra buena pregunta: ¿por qué está besando a la prometida de su amigo? Una tercera: ¿por qué usted me dejó ir? Pero buscaba una manera menos dolorosa de formular esa pregunta…

Abrió la boca para intentarlo, pero él estaba ahí. Besar a Felton era como hablar a alguien que —al menos— mostraba más expresiones en su rostro, pensó Tess débilmente. Podía sentir el sabor de todo lo que el señor Felton estaba pensando: hambre, deseo, una ferocidad que la hizo temblar y consiguió que se le doblaran las rodillas. Aquel beso derramó en ella deseo y audacia al mismo tiempo.

—Tess —susurró con su voz oscura como la noche. Ella no respondió. Él gruñó—: Tess…

Ella se apartó y lo miró. Tenía la boca enrojecida, sus ojos estaban algo deslumbrados… pero no había rastro de timidez virginal en ellos.

—¿Sí? —respondió con un suspiro.

Y Lucius Felton no pudo recordar qué era lo que quería preguntarle. Por supuesto, tenía que decir que ellos no podían besarse, que él era un hombre de honor y ella una mujer de noble cuna, y, sin embargo, él no era más que una serpiente repugnante que besaba a la prometida de su amigo.

Pero todas las palabras murieron en su garganta, porque en los ojos de Tess parecía esconderse una pregunta.

—No puedo ofrecerle lo suficiente —dijo él, obligando a su cuerpo a permanecer inmóvil y esforzándose por no tomarla otra vez en sus brazos—. Una vez le pedí a una dama que se casara conmigo, pero me di cuenta de la verdad antes de que nos uniéramos… No tengo el corazón hecho para el matrimonio.

—¿El corazón? ¿Está usted enamorado, entonces?

El rostro de Tess ya no mostraba signos de aquel ardiente placer y expresaba una curiosidad educada, como si estuviera preguntando sobre las razones que obligaban a preferir las zanahorias antes que las coles.

—Nunca he sentido esa emoción. Parece que no siento tan profundamente como muchos hombres —no había modo más amable de expresarlo—. Alguien como usted, Tess, merece un hombre que la ame con la pasión del alma tanto como con la del cuerpo.

El fuego en sus ojos se apagó en ese momento. Los entrecerró ligeramente para pensar. El señor Felton sintió un intenso deseo de entregarse y casarse con ella, de decirle que la apartaría de Mayne y la retendría para sí… ¡y al diablo con las emociones que supuestamente ella esperaba o se merecía!

—Ni lo piense —dijo ella airadamente—. No he dicho que desee casarme con usted. A decir verdad, si mal no recuerdo, ya he rechazado su proposición —su voz era ligera, un poco divertida.

La espalda de Lucius se puso tensa. Había manifestado su miedo más profundo en voz alta: había admitido que no era capaz de sentir emociones profundas… ¿Y ella se burlaba?

Efectivamente, ella se burlaba. Aquella boca sensual se curvó en una sonrisa

precisamente cuando él la miró a la cara.

—¿Siempre supone que las damas jóvenes están deseosas de casarse con usted, señor?

Tenía un hoyuelo en su mejilla derecha. Lucius sintió una febril ola de rabia. Debería borrar con besos aquella sonrisa altanera.

—Tal vez fue un error —explicó el señor Felton con humor despiadado—. No estoy acostumbrado a que las damas jóvenes besen con tanto entusiasmo como usted. Pero Inglaterra es, por supuesto, una nación muy poco liberal en comparación con nuestros vecinos del norte.

El corazón de Tess latía tan rápidamente que apenas podía respirar. Necesitó todo el control del que podía disponer para mantener su rostro tan inexpresivo como el del señor Felton.

—Me temo que es cierto: las damas escocesas difícilmente le rogarían que se casara con ellas, señor —le dio un golpecito en el brazo—. Afortunadamente, según lo que usted dice, hay inglesas que se harán cargo de la tarea —el leve tono de incredulidad en su voz fue regulado exquisitamente para demostrar una total frialdad.

—Ya veo —replicó Felton, haciendo una reverencia—. He sido imperdonablemente descortés. Me disculpo.

—Creo que Mayne estará menos que contento con su afabilidad hacia su prometida —observó Tess. Su corazón estaba calmándose y comenzó a sentir frío.

El caballero se inclinó nuevamente.

—Le ofreceré mis disculpas a Mayne.

Tess lo miró y sintió otra oleada de rabia. ¿Cómo se atrevía a besarla y proclamar, acto seguido, que no era una persona adecuada para el matrimonio? Aquel hombre, en realidad, no había hecho otra cosa que intentar demostrarle que era una joven «inadecuada» para casarse con el conde. ¿Cómo podía atreverse a actuar de semejante modo?

—Por favor, no se preocupe por las disculpas —dijo Tess airadamente, alejándose de él—. Considero que esto no ha sido más que una nadería… una tontería. No hay nada importante en ello —cuando estaba fuera de sí, aparecía en su voz un remoto acento escocés, aunque su padre se había ocupado con ahínco de que desapareciera ese rasgo.

Y cuando el señor Felton habló, su voz sonó más profunda, hasta convertirse en un susurro peligroso.

—Si informo a mi amigo de que su futura esposa es una joven… un tanto alegre y despreocupada… ¿podría entenderse como una cuestión moral? ¿Usted qué opina?

Tess giró en un remolino de faldas. Alcanzó a verse a sí misma en un gran espejo con marco dorado que se encontraba en un extremo de la habitación. Tenía encendido el rostro, sus ojos lanzaban destellos y su pecho la asemejaba a una reina.

—Debe hacer lo que le plazca, señor.

—¿Lo que me plazca? —estaba junto a ella de nuevo, mirándola fijamente—. ¿Lo que me plazca, Tess?

—Sí —respondió ella, dándose cuenta de pronto del doble sentido escondido en sus palabras.

Ambos supieron qué estaba a punto de ocurrir.

—Entonces… haré lo que más placer…

—Sí… —susurró ella.

Felton la atrajo lentamente contra su pecho y unió ardientemente sus labios a los de la joven. Por un momento, Tess sintió que un calor cercano al fuego se apoderaba de su cuerpo al notar cómo la abrazaba y apenas pudo darse cuenta de ninguna otra cosa. Pero entonces descubrió que aquel beso tenía sabor a cólera y frustración. Y también a deseo, por supuesto.

Sí: cólera, frustración, deseo… Y dolor también. Ella lo había herido. Y él castigaba sus labios como si supiera que sus besos podían trastornarla. Un castigo adecuado… ¿para qué?

—No fue mi intención herir sus sentimientos —dijo Tess sobre los labios de Felton. Fue como si las palabras se hubieran formado en la boca del hombre que estaba abrazándola en vez de haber nacido en su propia garganta… De algún modo, sus manos habían encontrado el camino hacia el pecho de Felton y podía sentir los latidos de su corazón.

Por supuesto, no pudo leer nada en su rostro.

—No hay ninguna duda de eso —aseguró él.

Pero Tess había descubierto algo muy importante sobre los besos… sobre los besos de Lucius Felton, por lo menos. Los besos eran como las caras de los caballos: no mentían. Lo intuía y lo sabía con la misma seguridad que intuía y sabía que la debilidad de sus rodillas y su agitada respiración eran el preludio de mayores conflictos.

—Me disculpo por burlarme de sus razones para quedarse soltero —dijo Tess, apartándose del señor Felton.

Él hizo una reverencia, pero no dijo nada. El rayo de ansiedad frustrada había desaparecido de sus ojos. No había nada que pudiera leerse en su rostro, salvo una especie de educada indiferencia.

La puerta se abrió y lady Griselda entró en la sala envuelta en una nube de palabras.

—¡Tess, querida! —gritó—. Te sentirás muy desgraciada con mis noticias, pero mi hermano ha tenido que ir rápidamente a Londres a atender unos asuntos. Hará todo lo posible para regresar a tiempo para el baile de esta noche.

—¿El baile? —preguntó Tess, y, por cierto, no se sintió en absoluto desgraciada ante la noticia de la partida de su prometido.

—¡Ah, el baile! Es simplemente… una cosa informal, entre nosotros, nada más —explicó lady Griselda—, nosotros y los Maitland, por supuesto. Le pedí a Brinkley que consiguiera un trío o algo parecido y ese estimable caballero hizo exactamente lo que le solicité.

Naturalmente, los criados la habían seguido y estaban empezando a despejar el lugar para el baile, en un extremo del amplio salón.

Tess recordó el plan de Griselda: quería organizar los valses y alentar así la propuesta del señor Felton. En medio del salón, la joven sintió un alivio insensato al recordar que Annabel había decidido no cortejar al señor Felton.

Éste se había alejado y estaba mirando por la ventana, hacia la oscuridad del patio. Ella podía ver su cara reflejada en el cristal: un rostro lúcido y austero. La cara de un hombre que valoraba el control y la buena educación.

No era un ángel, como pensó cuando lo vio por primera vez.

Capítulo diecisiete

Un momento después, la sala estaba llena de gente. Lady Clarice entró elogiando el bolso de redecilla de la señorita Pythian-Adams. Luego apareció Imogen, con su mano sobre el brazo de Rafe. Parecía estar mirándolo con una expresión de afecto, quizás en un esfuerzo por provocar los celos de lord Maitland, como había sugerido Annabel. Rafe parecía un tanto desesperado. Probablemente necesitaba beber algo. Imogen podía resultar abrumadora, como Tess sabía muy bien.

—¡He encargado una sorpresa encantadora! —estaba diciendo lady Griselda a lady Clarice con gran entusiasmo—. ¡Una pequeña orquesta! Después de todo, el baile es el alimento de los dioses, como dijo Shakespeare —se detuvo un momento y pensó detenidamente—. ¿O el alimento de los dioses es la música? Siempre lo olvido…

Lady Clarice puso una mano sobre el brazo de la señorita Pythian-Adams.

—Querida, ¿serías tan amable de recordarnos…?

—«Si la música es el alimento del amor, tocad» —recitó la señorita Pythian-Adams obedientemente—. *Noche de Reyes*.

—¡Qué joven tan inteligente es usted! —exclamó lady Griselda. Por su parte, lady Clarice estaba radiante como una madre orgullosa.

La señorita Pythian-Adams sonrió, y siguió recitando:

—«Si lo satisfacéis en exceso, al ser saciado, el apetito podría debilitarse y luego morir». También de *Noche de Reyes* —a diferencia de su comportamiento de días anteriores, esta vez se apoyaba en el brazo de su prometido—. Usted, señor, sería un estupendo duque Orsino —le dijo a Maitland—. Cuando estemos casados, lo primero que haré será montar esa pieza de teatro, ¡y usted mismo hará el papel principal!

—Memorizar no es mi fuerte —se excusó Maitland.

Tess no tenía ninguna duda de que estaba totalmente en lo cierto.

—¡Ah, memorizar es muy fácil! —exclamó la señorita Pythian-Adams—. ¡Si yo sé de memoria todos los discursos del duque Orsino…! —soltó su brazo y adoptó una pose declamatoria—. «¡Esa tensión otra vez! Tenía un descenso final. Oh, vino a mi oído como un sonido melodioso, que sopla sobre un banco de violetas, recogiendo el perfume y esparciéndolo…».

Tess observó la escena durante unos momentos, obviamente antes de percatarse de lo que estaba ocurriendo en realidad: la señorita Pythian-Adams había decidido usar todas sus armas contra su prometido, un refinado esfuerzo para hacerlo huir ante un exceso de poesía.

—Le recitaré a usted los parlamentos del duque todas las tardes. Es más: también lo haré todas las noches. Y en un mes, más o menos, ¡usted podrá recitar a Shakespeare como si estuviera respirando! —le prometió.

Tess tenía la impresión de que Maitland miraba a su futura esposa con un gesto de aversión evidente, pero en ese momento se oyeron los sonidos de los instrumentos que se estaban afinando en el otro extremo del salón.

—¡Oh…! No se puede bailar antes de la cena, de ninguna manera —aseguró lady Clarice, agitando un abanico.

—¡Por supuesto que podemos! —dijo lady Griselda alegremente—. No hay ninguna necesidad de empezar a sentirse vieja tan pronto, mi querida lady Clarice, pues antes de que una se dé cuenta, ¡ya es vieja!

Lady Clarice mostró los dientes de un modo que podría haber pasado por una sonrisa en una familia de chacales.

Rafe se acercó a Tess, con un vaso de brandy en la mano.

—¿Por qué tu hermana Imogen actúa de esa manera? —susurró.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere? —preguntó Tess, abriendo mucho los ojos.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando —replicó él. En un extremo de la habitación, Imogen comenzó a agitar su mano y exclamó:

—¡Rafe! ¡Oooh, Rafe!

—No veo nada malo en la conducta de mi hermana —señaló Tess, resistiéndose a un fuerte impulso de reírse.

Rafe giró la cabeza con una expresión atormentada.

—Dile que no lo haga, Tess.

—No puedo —sentenció la joven, dejando de lado la prudencia. Después de todo, él era su tutor. Debía cumplir con su deber de proteger a Imogen de Maitland.

—¿Por qué no? —quiso saber Rafe, vaciando su vaso.

—Deseo que ella evite a Maitland —explicó Tess en voz baja.

—¿Eso significa que tiene que perseguirme a mí? Me siento como un espléndido pato relleno, a punto de ser pinchado con un tenedor.

—Mi hermana considera que eso forma parte de sus deberes como tutor —añadió Tess. Y, cuando Rafe abrió su boca para discutir, continuó—: ¡Ella debe mantener las apariencias frente a Maitland, Rafe!

Él se detuvo y abrió la boca.

—¡Ah!

—Lady Clarice no está muy contenta con los sentimientos de mi hermana respecto de su hijo —informó Tess, en una voz tan baja que incluso ella apenas pudo escucharla.

—¡Ah!

Rafe no era el caballero más espeso que Tess hubiera conocido, pero definitivamente estaba compitiendo por un lugar entre los menos perceptivos. Lanzó una especie de resoplido y se alejó. Tess tuvo la esperanza de que se dirigiera hacia Imogen.

No había suficientes caballeros para que todas las damas pudieran participar en el baile, de modo que Tess se entretuvo mirando a dos parejas bailando una contradanza y, luego, un vals. El pecho de Annabel estaba a punto de salirse de los estrechos límites del vestido de Tess. Y por más que la joven hubiera anunciado su renuencia a casarse con el señor Felton, le estaba sonriendo de tal manera que indicaba que podría cambiar de idea.

—Bailaremos otra vez después de la cena —le dijo lady Griselda a Tess—, y tú te unirás a nosotros, querida. Para entonces, ¡puede que mi hermano haya regresado de Londres! —La dama le dirigió una sonrisa tan significativa que Tess se dio cuenta de inmediato de la razón por la que Mayne se había ausentado repentinamente.

Había ido a Londres a buscar un anillo. Probablemente una joya de su familia. Un símbolo de su futuro matrimonio, de su posesión, del cariño entre ambos.

La música siguió sonando, pero Tess avanzó junto a la pared de la sala y salió discretamente por una puerta.

Caminó por el corredor, deseando regresar a su vida sencilla en Escocia, donde no había seda para convertir a su hermana favorita en una sonriente sirena capaz de llamar la atención de todo hombre en varias millas a la redonda, y no sólo al señor Felton de Londres. Quería regresar a la casa de su padre, donde no había mármoles pulidos, ni palisandro lustrado, ni sonrisas perfectas. Las lágrimas ardían en sus mejillas. Se oyó un inesperado *crescendo* de música cuando se abrió la puerta de la sala en la que se había refugiado.

Tess se volvió, abrió una puerta a su derecha y entró. Era una habitación pequeña que probablemente había sido sala de música algún tiempo atrás. Había un arpa en un rincón y una silla grande con una *viola da gamba* apoyada en el asiento. Un diminuto clavicordio podía

verse junto a la pared. En el extremo más alejado de aquella habitación había una ventana saliente, enmarcada con cortinas de terciopelo escarlata.

Tess se acercó al asiento que había en el hueco de la ventana y miró hacia fuera. Las piedras del patio brillaban con la lluvia y parecía que alguien hubiera pulido el suelo en medio de la bruma del crepúsculo. ¿Por qué tenía que llorar? Estaba a punto de casarse con un hombre que estaba fascinado con su rostro y sentía admiración por su carácter. Y eso, se recordó a sí misma, era más que suficiente para consolidar un matrimonio. No debería importarle el hecho de que, a veces, todos aquellos floridos cumplidos convirtieran a Mayne en un necio de cabeza hueca…

¿Por qué había pensado siquiera en esa expresión para describir a su futuro marido?

Tess negó con la cabeza. Tenía que recordar lo afortunada que era. Era muy posible que sus hermanas se casaran maravillosamente. Si Annabel contraía matrimonio con el hombre más rico de toda Inglaterra, nadie podría sentirse más feliz que ella. ¿O no era así?

Se oyó un ruido repentino en la puerta, y Tess se ruborizó al descubrir que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Corrió inmediatamente las cortinas de terciopelo y su asiento, en la ventana, quedó oculto. La joven albergaba la esperanza de que el intruso sólo echara una ojeada a la habitación y se fuera.

La puerta se abrió y luego se cerró otra vez. Se oyeron pasos que atravesaban la estancia. La nota de una cuerda de arpa punteada vibró en el aire. Tragó saliva y se secó otra lágrima. La sala estaba empapelada con dibujos de exuberantes manzanos. Trató de respirar en silencio, inclinó su cabeza contra el huerto de papel y se dijo a sí misma que se sentiría perfectamente feliz si pudiera quedarse allí toda la noche. Era irritante observar a Annabel seduciendo al señor Felton. Irritante, nada más.

Entonces alguien descorrió la cortina y Tess se puso de pie de un salto.

Por supuesto, sabía quién era. Lo había sabido desde el momento en que entró en la habitación, aun cuando fingió que lo ignoraba.

Sus ojos eran muy oscuros y miraban fijamente a Tess.

—Hola.

Tess no dijo nada.

—Parece que la estoy siguiendo allá dondequiera que usted vaya.

Tess sintió de pronto que todo su cuerpo estaba vivo, con la sangre fluyendo hasta sus últimos capilares, y se notó ligeramente mareada. Pero no articuló palabra: observó cómo los ojos de aquel hombre se entrecerraban ligeramente.

—Supongo que piensa que voy a besarla otra vez —dijo él.

«Di algo», se ordenó Tess a sí misma.

—Usted ha dado muestras de una propensión notable a esa actividad en especial, señor Felton —observó.

—Es cierto —farfulló él. No parecía tan insensible en ese momento, ni tan inexpresivo. Había algo de perplejidad en su mirada.

Se acercó a ella, en silencio, como un gato. Tess quiso echarse hacia atrás, contra la pared, y se concentró en su propia respiración. Su boca… su cuerpo… estaba muy cerca de su vestido rojo. Pero la joven se negó a apartar la mirada.

—No la besaré otra vez, Tess —le dijo—. Usted pertenece a otra persona. No quisiera que eso se convirtiera en una costumbre…

La decepción se apoderó de las puntas de sus dedos.

—Sí. Algunas costumbres pueden ser desagradables —admitió Tess, bajando la mirada.

—Después de todo, usted ha aceptado unirse a otro —señaló Felton, observando las pestañas negras como el azabache de Tess contra su mejilla.

Se produjo un súbito ruido en la puerta. Felton se acercó aún más a ella, hasta que la cortina de terciopelo que colgaba sobre su hombro quedó libre y ambos quedaron ocultos en

el hueco de la ventana. Naturalmente, la reputación de Tess exigía que ambos estuvieran muy juntos, de modo que nadie pudiera darse cuenta de que habían estado allí sin carabina.

Una mujer comenzó a hablar en tono apresurado y enfático al otro lado de la cortina.

En un rasgo de humor poco adecuado a la ocasión, Tess pensó que había tanta actividad en aquella habitación como en la bolsa. Aquello, desde luego, no preocupaba a Lucius. Aquel rincón en que se hallaban se oscurecía a medida que la luz del día desaparecía de la ventana, pero Felton podía ver el color marfil de la mejilla de Tess, que se curvaba hacia su pequeña barbilla… La sombra de sus pestañas… La manera en que ella parecía desaparecer en el silencio, manteniéndose inmóvil…

Él se inclinó sobre ella deliberadamente y puso sus labios cerca de su cuello.

—Por supuesto… —dijo, por debajo del parloteo de voces detrás de él—, usted podría besarme a mí.

Los labios de Tess se curvaron en una sonrisa indecisa. Estaba empezando a escuchar la conversación que se desarrollaba al otro lado del cortinaje.

Un hombre —no cualquier hombre, sino Draven Maitland— estaba hablando en ese momento.

—¿Le importaría decirme exactamente para qué me ha arrastrado usted a esta habitación, señorita Pythian-Adams? Mi madre no lo aprobaría.

—Debo hablar con usted, como acabo de explicarle, lord Maitland.

Se oyó un fuerte suspiro.

—Lo que le estoy proponiendo —dijo penosamente la señorita Pythian-Adams— es que usted informe a su madre y la convenza de que no estamos hechos el uno para el otro.

—Pero yo no pienso que seamos incompatibles… —replicó Maitland, dando la impresión de un profundo desinterés—. Estoy seguro de que nos llevaremos bien. Usted tiene a su… su Shakespeare y esas cosas, y yo tengo mis ocupaciones. No hay duda de que yo preferiría un poco menos de poesía, especialmente durante las comidas. Me incomoda un poco cuando estoy frente a un filete de buey, pero no me molesta en otras ocasiones.

—No seremos felices juntos. *Yo* no seré feliz.

Se produjo un silencio mientras Maitland digería semejante afirmación.

—Si lo siente así, es mejor que cancele nuestro compromiso, desde luego —sugirió él, sin una sombra de resquemor en su voz.

—No puedo —dijo ella—. Usted sabe tan bien como yo que su madre tiene los documentos de la propiedad de mi padre.

—En lo que a eso se refiere, mi madre ha dejado muy claro que retirará la financiación de mis cuadras si yo rompo mi compromiso con usted. Así pues, querida, me temo que estamos destinados al altar.

—Pero lord Maitland…

—No tiene sentido seguir hablando de esto —y la interrumpió sin ceremonias—. No le tengo una aversión especial a usted ni a casarme con usted… y así se lo dije a mi madre cuando la escogió. Y usted aceptó. De modo que lo mejor será que continuemos con ello, ya que, si no lo hacemos, las cosas se tornarán desagradables *para ambos*.

—¡No tiene usted sensibilidad…! —exclamó ella en un suspiro.

—Ninguna —respondió él sin titubear.

—Usted sería mucho más feliz con Imogen Essex. Ella comparte su interés por los caballos. Y lo que es más importante, le ama.

—Me he dado cuenta —un acento de orgullo se deslizó en el tono de voz de Maitland—. Pero tendrá que encontrar a otro.

—¿Y eso no le molesta a usted…?

Otro silencio. Luego, él respondió:

—No particularmente.

Tess deseó que Imogen hubiera estado en esa habitación. Había un acento extremadamente convincente en la respuesta de lord Maitland. No le molestaría que Imogen se casara con otro hombre. Era así.

—La señorita Imogen tiene dote… es un caballo muy especial —señaló la señorita Pythian-Adams, tratando de convencerlo por otro camino—. Tengo entendido que el animal en cuestión es muy famoso. Estoy segura de que sería una notable aportación para su cuadra.

—Basta —cortó lord Maitland—. Mi madre tiene todas sus ilusiones puestas en mi boda con usted. Y si bien Imogen es muy hermosa, sería una esposa muy incómoda. Yo puedo tolerar ese tipo de emociones sólo en dosis muy pequeñas. Creo que usted y yo formaremos una pareja aceptable. Imogen esperaría de mí una dedicación completamente diferente.

Los dedos de Lucius tocaron los labios de Tess en el mismo momento en que la joven estaba a punto de estallar.

Pero la señorita Pythian-Adams no había abandonado su objetivo.

—Me sorprende que usted no se sienta avergonzado… Vivir así, aferrado a las faldas de su madre… —lo desafió, con su voz cargada de desprecio—. ¡Y con qué placer espero mi vida de casada! Vaya, yo siempre quise casarme con un hombre sin personalidad, dominado por el dinero de su madre. ¡Le aseguro que ése ha sido mi deseo más profundo desde hace mucho tiempo!

—No sabía que en usted se escondía una bruja con nariz aguileña —observó Maitland, mostrándose por primera vez un poco irritado.

—Precisamente —la señorita Pythian-Adams respondió fríamente—. Espero que mi humor sea una importante aportación a mi matrimonio con un hombre tan superficial y fácilmente manejable como usted. Después de todo, la mejor respuesta que alguien puede ofrecer a una mujer de mi carácter es darle siempre la razón. Una vez que yo sea la dueña del hogar, seré también la dueña de su juego. Y estoy muy segura de que su madre me convertirá en la dueña de los fondos de la familia. ¡Está tan encariñada conmigo…!

Aunque la señorita Pythian-Adams hizo una pausa, Maitland no dijo nada.

—Su pobre y querida madre… —continuó ella—. ¡Qué situación esta tan extraordinaria! ¡Una viuda que tiene en sus manos el destino de toda la propiedad…! Sin embargo, no estoy en desacuerdo con el criterio de su padre en cuanto a quién debe organizar las finanzas familiares, por supuesto. Y su madre está de acuerdo, indudablemente: no parece tener la menor duda respecto a la capacidad de su hijo para tener dos guineas en el mismo bolsillo sin sacar una para destinarla a las apuestas.

—Está usted escondiendo su auténtica personalidad bajo todas esas tonterías literarias… ¡Ha engañado a mi madre! —Maitland parecía dominado por el desconcierto.

Tras las cortinas, los ojos del señor Felton brillaban y estaban a punto de desatar la risa en su garganta.

—¡Usted… usted me ha engañado a mí también! —exclamó Maitland, y tragó saliva.

—Dado que tengo la posibilidad de ser una bruja o una mujer culta, ¿le gustaría apostar? ¿Cuál de esas dos características cree usted que prevalecerá cuando estemos casados?

Se oyó el ruido de una puerta que se abría y alguien abandonó la sala rápidamente.

Los labios de Lucius Felton se acercaron al oído de Tess.

—¿Cree que se fueron los dos? —susurró.

Su mano estaba en la espalda de la joven. La sentía tibia, incluso a través de su vestido, casi caliente. Era muy molesto sentir el tembloroso deseo de atraerla aún más.

—¡Silencio! —musitó Felton.

Un momento después, ambos escucharon un golpe y, luego, el quejido de una cuerda del arpa al romperse, dejando un pequeño eco chillón en el aire. La puerta se abrió otra vez y después se cerró violentamente.

La mano de Lucius se apartó de la espalda de Tess.

—Los auspicios para esa pareja en particular no son del todo felices —dijo él. No hizo ningún gesto por apartarse de su lado, o por abrir la cortina de terciopelo. —La señorita Pythian-Adams parece creer que lord Maitland no ha progresado mucho intelectualmente después de cumplir los once años.

—Es difícil no coincidir con ella —admitió Tess—. Si estuviera segura de que Maitland no va a recurrir a mi hermana menor por simple desesperación, celebraría el esfuerzo de la señorita Pythian-Adams por librarse de él.

—¡Santo cielo! —exclamó Lucius—. Una inesperada vena sanguinaria aparece en la apacible señorita Essex.

—No soy apacible —protestó Tess.

—Oh, sí, vaya si lo es… —insistió él, con un tono de voz divertido—. Siempre observando a los demás y pensando… Siempre observando.

—Eso no puede interpretarse como una descripción elogiosa de mi comportamiento, supongo —dijo ella.

—No, no… —su dedo recorrió lentamente la mejilla de Tess—. Simplemente señalaba que usted es, por naturaleza, una persona observadora. Prefiere mirar cómo actúan los demás en vez de actuar usted misma.

Tess frunció el ceño.

—Parece que desea ofenderme —señaló, mientras alargaba la mano hacia la cortina—. Ciertamente, yo…

Pero la mano de Felton la detuvo antes de que pudiera descorrer el terciopelo. Y, de pronto, reunió las dos manos de Tess para llevarlas a sus labios.

De inmediato, el corazón de la joven señorita Essex empezó a latir con fuerza.

—¿Entonces… me equivoco? —preguntó Felton, mirándola atentamente.

—Por supuesto que sí —respondió ella. Pero había perdido el hilo de la discusión.

—¿Acaso no es cierto que usted sólo acepta lo que le ocurre: mis besos, la propuesta de matrimonio de Mayne…?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —exclamó Tess, mirándolo fijamente. Ni siquiera trató de apartar sus manos—. Usted me besa para procurarse alguna suerte de diversión que ignoro absolutamente. Pero no demuestra ningún deseo auténtico de casarse conmigo. El conde de Mayne sí desea hacerlo…

—¿Quizá también debido a algún deseo que usted no comprende? —susurró Lucius, besando las palmas de sus manos una y otra vez.

—Tal vez —logró decir Tess—. Como hermana mayor, es mi deber casarme… para que mis hermanas puedan ser presentadas en sociedad. Considero que mis actos no se deben a la apatía, sino al sentido común. Usted parece estar refiriéndose a actos que deberían surgir de un romanticismo ridículo. Eso, señor… no está en mi naturaleza.

Y esta vez, cuando ella apartó sus manos, él las dejó ir. Los besos de Felton seguían provocando inquietud en su cuerpo. Tess abandonó el hueco de la ventana y evitó tropezar con el arpa, con su cuerda rota colgando hasta el suelo.

Podía sentir la mirada de aquel hombre ardiendo sobre su espalda, de modo que se volvió, casi en el mismo momento de abrir la puerta.

—¡No sé qué es lo que espera usted de mí! —dijo exasperada—. ¿Está insinuando que debí haber acudido llorando a Rafe porque usted me besó en un arrebato? ¡No soy una niña, señor! ¿O cree usted que debí aceptar su despreciable propuesta de matrimonio? ¿Eso sería menos apático que aceptar al conde?

—Sólo si usted quisiera casarse conmigo —replicó él.

Ella hizo caso omiso de ese comentario.

—Su propuesta fue bastante débil, señor.

—¿Así que ése es el motivo? ¿Debería mostrar un entusiasmo auténtico? ¿Usted acepta mis besos sólo por mi entusiasmo? ¿Y acepta la propuesta de matrimonio de Mayne porque…? —y se detuvo.

Ella asintió con la cabeza y se volvió. Pero antes de abandonar la sala, añadió:

—Exactamente. Él realmente desea casarse conmigo. Tal vez usted sobreestima el dominio que una dama tiene sobre su futuro, señor Felton. Tal y como yo lo veo, lo mejor que puedo hacer es observar quién muestra un verdadero entusiasmo en sus atenciones, y escoger a ese hombre.

Dejó a Lucius mirando fijamente la puerta, con una ligera sonrisa jugueteando en su boca.

Aunque Tess se había pasado la vida fijándose en aquellos que la rodeaban, en aquel momento había sido muy poco observadora. Desde luego, muy poco observadora.

Capítulo dieciocho

Si había algo en el mundo que Imagen amaba más que a Draven Maitland, eso era su yegua, *Posy*. Durante algún tiempo, *Posy* había sido la favorita de su padre. Sus orejas se agitaban graciosamente cada vez que escuchaba las palabras de cariño que salían de los labios del viejo Essex, cuando le aseguraba que tenía hermosas patas y la estrella de una ganadora. Pero el padre pronto se desilusionó con *Posy*. A ella le gustaba ir a medio galope, no al trote, especialmente durante las carreras. En pocas palabras, era una yegua muy perezosa.

—No quiere hacerlo —había dicho su padre, muy disgustado. Y después de aquello, el hombre pasaba junto al establo de *Posy* dándole sólo una palmadita distraída en el hocico. El señor Essex jamás reparó en la mirada de tristeza de aquellos brillantes ojos oscuros al verlo cuchichear y chasquear la lengua junto a *Balladino*, en quien había depositado todas las esperanzas y en el que esperaba sustentar su fortuna.

Imogen esperó hasta que *Balladino* ganó su primera carrera (aquello ocurrió antes de que el pobre animal se golpeara de frente con otro caballo durante un entrenamiento y se le produjera un esguince en una pata). Cuando su padre estaba en la cima, envuelto en el brillo de los ganadores, La muchacha le preguntó si podía quedarse con *Posy* para su uso personal y como los astros eran favorables en aquel momento especial, él le dijo que sí. Sólo se necesitaron unas pocas semanas para que *Posy* empezara a relinchar por Imogen, más que por su padre. La muchacha nunca visitaba los establos sin llevarle alguna golosina y dedicarle un momento para acariciarle la nariz.

Los purasangres podían ser malvados. Imogen había visto esa rebeldía en *Patchem*, el caballo premiado de su padre. El equino miraba, miraba y miraba… Aquella acémila sabía que ella le tenía miedo. Y esperaba hasta que la joven estuviera distraída para ramonear su pelo o para morder su abrigo con aquellos dientes amarillos. A *Posy* jamás se le ocurriría hacer eso. La yegua tenía la nariz peluda y le encantaba poner su barbilla sobre el hombro de Imogen para juguetear con su pelo y resoplar un poco mientras la muchacha se apoyaba sobre ella, sintiendo su característico olor equino.

En resumen, Imogen adoraba a *Posy* y… si no podía tener al hombre que le hacía temblar las rodillas y convertir su pelo en un apasionado remolino… bueno, al menos tenía a *Posy*.

—Oh, *Posy* —susurró sobre la crin de la yegua, que relinchó con suavidad y babeó un poco sobre el brazo de Imogen.

—¿Quiere que la ensille, señorita?

El jefe de las caballerizas, que se había presentado con el nombre de Ridley, había aparecido en la puerta del establo particular de la yegua. Era un hombre alto y muy delgado, y le faltaban muchos dientes. Curiosamente, ese rasgo conseguía que su sonrisa fuera más alegre.

—Sí, se lo agradezco, Ridley.

Ridley llevó a *Posy* afuera y, con habilidad, lanzó una silla de montar sobre la grupa.

—Enseguida enviaré a un caballerizo, señorita.

—¿Un caballerizo? —preguntó Imogen.

Ridley asintió con la cabeza, mientras ajustaba la cincha de *Posy*.

—¿Es necesario? —quiso saber Imogen—. Estoy muy acostumbrada a sacar a *Posy* yo sola.

Ridley se detuvo a pensar.

—Eso no se puede hacer en Londres, por supuesto —le dijo—. Una dama joven nunca debe mostrarse sin compañía… Pero si usted se mantiene dentro de las tierras de Su Señoría,

seguramente no encontrará a nadie. De todos modos, me sentiría más tranquilo si envío a un caballerizo con usted, ¿o quizás prefiera a su criada?

—No quiero ni un caballerizo ni una criada —insistió Imogen con firmeza.

La noche anterior había caído una helada matutina y los adoquines brillaban bajo sus botas cuando fue caminando hasta los establos. El aire de la mañana era frío y aquel paseo le permitiría eludir la penosa obligación de observar a lady Clarice diciendo tonterías sobre la señorita Pythian-Adams mientras Draven aceptaba pasivamente su futuro matrimonio.

—Saldré sola —concluyó.

Ridley asintió con la cabeza, obviamente en desacuerdo.

—Las tierras de Su Señoría llegan hasta donde alcanza la vista hacia el sur y hasta aquella hilera de árboles, al oeste. Al otro lado están las tierras de Maitland —explicó—. No vaya al norte, porque el río Woolly puede ser traicionero si no se sabe por dónde cruzarlo. Varios hombres se han ahogado allí, señorita. Si me dice en qué dirección piensa ir, puedo enviar a alguien a buscarla… en caso de que no regrese.

Imogen lo miró y notó la firmeza de su mandíbula.

—Iré… iré hacia el oeste —dijo respirando profundamente. Por supuesto, el oeste era la dirección de su corazón. El oeste era Draven. El oeste era…—. Iré al oeste y regresaré en una hora. *Posy* toma sus propias decisiones y no le gusta mucho el frío.

—Usted misma se congelará si está fuera mucho más tiempo —añadió Ridley, ayudándola a montar.

El animal agitó la cabeza y golpeó el suelo con la pata. Imogen sonrió a Ridley.

—*Posy* no es el tipo de caballo que va a lanzarse hacia el río, señor Ridley.

—De todas maneras, me sentiría más tranquilo si usted fuera con un acompañante —insistió Ridley, dándole a *Posy* un trozo de zanahoria—. No vaya demasiado lejos, señorita.

La yegua cruzó los portones, haciendo resonar los cascos e Imogen tiró de la brida en dirección hacia los campos cultivados. Unas tierras de labranza primero y, probablemente, otras más allá, y luego entrarían en los campos de Draven, pensaba Imogen. *Posy* elegía con cuidado su camino, entre las agujas cristalizadas en fantásticos rizos de hielo. El cielo matutino tenía un color azul frío; no era el gris que prometía nieve, sino un cielo alto y arqueado que se entibiaría a mediodía.

Por supuesto, Imogen podía vivir sin Draven. Por supuesto que podía. Sólo que él era tan… tan…

No podía completar la frase… Era tan… tan… ¡todo! Era tan hermoso que a ella le dolía el corazón con sólo mirarlo y acababa casi mareada. Era tan fascinante oírle que podía escucharlo hablar de carreras y apuestas, y quedar fascinada. Aunque dijera las mismas cosas que, en boca de su padre, la habrían aburrido hasta las lágrimas.

Posy caminaba libremente por el campo. Imogen hizo el esfuerzo de no permitir que le cayera una sola lágrima, pues probablemente se congelaría en el acto. Podía sentir que la nariz se le estaba enrojeciendo.

—Vamos un poco más rápido, *Posy* —dijo, y dio golpecitos con el talón sobre los flancos de la yegua.

Posy bufó y avivó un poco el paso. Empezaron a trotar a través del campo, y luego la yegua se lanzó a medio galope, pisoteando ruidosamente un sembrado erizado de tallos de cebada unidos por plateadas cintas de escarcha.

El mundo estaba en silencio, salvo por el retumbar de los cascos de *Posy*. Tal vez debían dar la vuelta y regresar, pero, en cambio… Imogen dirigió a su montura para que atravesara una barrera de delgados abedules blancos, hacia las tierras de Draven. Su corazón latía con tanta rapidez que podía escuchar los golpes en sus oídos. *Posy* sacudió la cabeza. Era evidente que el animal consideraba que habían estado fuera demasiado tiempo.

—Sólo un segundo, *Posy* —musitó Imogen, acariciándole el pescuezo. El animal

golpeó el suelo con una pata y agitó la cabeza otra vez. Después de su breve carrera, la yegua estaba sudando e Imogen sabía que tenía que devolverla a las cuadras antes de que el sudor se congelara. Además, no había nada que ver. Draven no estaba allí: sólo había una inmensa casa de piedra bajo el frío sol. Aquella casona parecía antigua, pertenecía a gente adinerada y tenía todo aquello que confirmaba una certeza: Imogen no era una novia apropiada para Draven.

Imogen suspiró. Ella y *Posy* se acercaron hasta un extremo de los jardines que rodeaban la mansión. La heroína de un libro que ella y Tess habían leído el verano anterior había cruzado los campos hacia la casa solariega de un vecino, temblando, hasta que finalmente había conseguido resfriarse. Aquella muchacha fue lo suficientemente lista como para enfermar, lo cual le permitió quedarse en la casa solariega durante varias semanas —y con su hermana, que fue a visitarla—, aunque eran pobres y en absoluto apropiadas como prometidas de los caballeros que vivían allí. Imogen intentó toser, pero gozaba de una salud escandalosamente buena y no daba señal alguna de haberse resfriado. Además, en caso de enfermar, tenía la sensación de que la madre de Draven sencillamente la sentaría en un carruaje y la enviaría a la casa de Rafe.

Posy golpeó otra vez el suelo con la pata, e incluso se encabritó un poco, expresando así su profundo enfado.

—¡Basta! —ordenó Imogen—. ¡Ridley estaría muy enojado con tu comportamiento!

El animal volvió a encabritarse y el mundo se inclinó hacia atrás, mientras Imogen apretaba instintivamente las piernas, con más fuerza todavía, en su silla de montar.

De pronto, una idea surgió en su cabeza. Un tobillo torcido. Si se caía de la montura, con seguridad sufriría algún daño, pues *Posy* era un caballo muy alto. En realidad, ni siquiera tendría que sufrir daño alguno.

Miró el suelo, parpadeando. Tess no estaría de acuerdo. Diría que estaba loca por pensar semejante treta. Pero el rostro de Draven apareció en su imaginación, tal y como él la había mirado la noche anterior, con la misma ternura. ¡Si pudiera pasar más tiempo con él! Estaba segura de que podría ganarse su corazón aunque la señorita Pythian-Adams fuera insufriblemente hermosa.

Y antes de que la idea siquiera abandonara su mente, aflojó las riendas y *Posy* aprovechó de inmediato la ocasión para encabritarse, alzando muy alto las patas en el aire y moviéndolas como hacen los purasangres enloquecidos. Imogen acortó las riendas inmediatamente y, con la misma rapidez, las soltó. Un segundo después, estaba volando por el aire, mientras las ramas de los abedules se convertían en un confuso remolino negro ante sus ojos.

Se golpeó contra el suelo antes de tener tiempo siquiera para recordar que se había propuesto dejar de ser tan imprudente.

Casi inmediatamente supo que no iba a tener que fingir una lesión. El tobillo derecho le latía como si alguien hubiera vertido agua hirviendo sobre él. *Posy* dio media vuelta y la miró.

—¡Vete! ¡Vete a la casa! —susurró Imogen con voz áspera.

Posy observó a su dueña con curiosidad, pero Imogen estaba demasiado ocupada maldiciendo su propia estupidez y recordando lo mucho que odiaba padecer algún dolor.

—¡Allí, allí, *Posy*!

El animal giró la cabeza y miró hacia la gran casa de piedra. Finalmente, partió en aquella dirección. Imogen sólo podía esperar que el animal no decidiera regresar a Escocia.

Dolía. Realmente dolía. Si su padre hubiera estado allí, le habría dicho: «Muérdete el labio, querida». Él siempre la llamaba «querida». Bueno, él llamaba «queridos» o «queridas» tanto a sus caballos como a sus hijas. Pero aun así…

Imogen dejó que las lágrimas se deslizaran por su cara. Su padre nunca le impidió amar a Draven. Aunque en cierta ocasión le dijo:

—Es muy probable que no sea el tipo de hombre que se casa con una muchacha

escocesa, querida.

Y ella le había contestado:

—Tiene que casarse conmigo, papá, tiene que hacerlo. Es mi verdadero amor.

Pero incluso antes de que ella hubiera terminado de pronunciar aquellas palabras, pudo darse cuenta de que su padre había empezado a pensar en otra cosa, probablemente en algo relacionado con las cuadras.

—Tienes razón, querida —le había contestado, con un abrazo distraído.

—¿No estás de acuerdo conmigo, papá? —había preguntado Imogen con ansiedad.

—Por supuesto…

Y aunque ella sabía que su padre estaba pensando en linimento, o en puré de manzanas, o en algo más cercano a un caballo que a una hija, tomó sus palabras como una aprobación. Lo cierto es que aquel *permiso* de su padre equivalía a una bendición paternal, tal y como ella lo entendió en aquel momento.

Se apoyó en las manos y trató de olvidar el dolor que atenazaba su rodilla. ¿Qué fue de aquel sencillo y elegante tobillo torcido que había imaginado?

En aquel momento pudo ver una cierto revuelo en la parte frontal de la casa. Entrecerró los ojos mirando en aquella dirección. Estaba empezando a sentirse avergonzada. Era demasiado imprudente. «Llena de vida», había dicho su padre. Pero no podía fingir ante sí misma que «llena de vida» era un cumplido; al menos, no podía admitirlo cuando su pierna le dolía de aquella manera. Más bien se podría decir que «llena de vida» significaba exactamente «estúpida».

Un muchacho con librea cruzó corriendo los jardines hacia ella. Le hizo alguna indicación con la mano, débilmente, y el joven dio media vuelta para regresar corriendo a la casa. Imogen suspiró. Si no aprendía la lección después de aquella tontería, bien podría abandonar cualquier intento de considerarse madura.

Capítulo diecinueve

Draven la llevaba en brazos, cuando entraron a la casa por la puerta principal, pasando junto a un revuelo de criados.

—Mi madre está en el salón —le dijo.

Imogen apoyó la cabeza en su hombro. Él la sujetaba casi con un solo brazo. Era tan fuerte… Su chaqueta estaba confeccionada con la lana más suave que ella hubiera tocado en su vida. Sintió una necesidad abrumadora de guardar aquel momento en su memoria: el modo en que la miraba, la fuerza de sus brazos, incluso el dolor de su rodilla.

—La señorita Imogen ha sufrido un accidente y se ha lastimado el tobillo —decía Draven a su madre.

—¿El tobillo? —repitió lady Clarice, con voz chillona y asombrada—. ¿Cómo ocurrió?

—Me caí del caballo —explicó Imogen—. Sencillamente… me caí del caballo —comenzaba a preguntarse si no estaba más dolorida por el accidente de lo que había pensado. Tenía una extraña sensación en la cabeza. Pero ella nunca se desmayaba. Nunca.

—¡Por el amor de Dios…! —exclamó lady Clarice—. Debemos devolverla a Holbrook Court de inmediato para que la vea un médico. ¿Has pedido el carruaje, querido? Y tal vez deberías enviar antes a un criado para informar al duque del infeliz percance de su pupila.

Su voz dejaba traslucir una clara frialdad. Imogen escuchaba el fuerte latido del corazón de Draven. Ni siquiera le importaba que la enviaran directamente a su casa, como a una simple ayudante de cocina extraviada. Draven la había llevado en sus brazos. Eso era suficiente.

—No podemos hacer eso —replicó Draven—. Le dije a Hilton que llamara al doctor Wells para que la examine de inmediato. No sabemos si podemos moverla.

—¡Por favor! ¡Una simple y tonta caída! —exclamó lady Clarice, y esta vez había un firme acento cortante en su voz—. Estoy segura de que la señorita Imogen jamás desearía molestarnos, querido mío. ¡La señorita Pythian-Adams y yo pensamos salir para Londres mañana! Y tú tienes que venir con nosotras, ¿recuerdas? No puedes enviar a tu prometida a Londres…

—Madre, naturalmente, usted puede hacer lo que quiera —dijo Draven, con un tono muy firme, como jamás había escuchado Imogen y de un modo que creía que jamás emplearía para dirigirse a su madre—. Pero la señorita Imogen no puede moverse de aquí hasta que la haya visto un médico. Si se ha dañado seriamente el tobillo, tal vez no pueda volver a montar.

—¡Muy seguramente no montará otra vez! —aseguró lady Clarice—. Se ha caído. ¿Qué dama volvería a montar un caballo después de una cosa así?

—Una dama que se preocupara por algo más que el sonido de su propia voz —respondió Draven abruptamente—. La señorita Imogen no es la clase de mujer que se asusta por una simple caída.

—Estoy bien —logró articular Imogen, haciendo un esfuerzo por recuperarse.

Pero… ¿qué le estaba ocurriendo? Se sentía inexplicablemente mareada. Ya ni siquiera se alegraba de estar en brazos de Draven: todo a su alrededor se hacía cada vez más inestable y se difuminaba.

—Me gustaría ponerme de pie, por favor, lord Maitland.

—Sí, déjala en el suelo —intervino lady Clarice con enojo—. Todo esto es muy… muy provocador. No es que usted tenga la culpa, señorita, pero… —dijo con una absoluta falta de sinceridad, dirigiéndose a Imogen.

Draven puso cuidadosamente a Imogen sobre sus pies. La joven sonrió a lady Clarice, y quiso doblar la rodilla para hacer una reverencia. Pero el fuego se apoderó de su rodilla. El

mundo se oscureció y nubes grises velaron su mirada…

Entonces, la señorita Imogen Essex, por primera vez en su vida, cayó desmayada.

Pero, ¡ay!, no se desmayó elegantemente en los atentos brazos de Draven, como había imaginado. Tampoco lo hizo en el sofá que había a su izquierda, lo cual habría resultado especialmente apropiado. Bien al contrario, se inclinó hacia delante en dirección a lady Clarice, que lanzó un chillido, y (según todos los informes) cayó al suelo como un árbol herido por un rayo.

Capítulo veinte

Imagen no sabía nada de la ignominiosa caída de lady Clarice ni de la histeria que provoco en ella tan lamentable suceso. Ni supo tampoco que el médico había llegado, había examinado su rodilla y había meneado tristemente la cabeza. Ni tuvo noticia de los billetes que lady Clarice envió a Londres con tanto enojo, ni de la conversación entre Draven y su prometida. No se despertó cuando Tess se inclinó sobre su cama y la llamó, ni cuando Annabel le pellizcó con fuerza el dedo del pie. No tenía la menor idea de que Josie había estado a los pies de la cama, había estallado en lágrimas y había gritado diciendo que Imogen tenía el mismo aspecto que su padre y que, por lo tanto, estaba segura de que iba a morir.

Lo cierto es que Imogen no vio a todas aquellas personas que pasaron junto a su lecho como si se tratase de una procesión mortuoria.

—Yo tengo la culpa —se lamentó su tutor, mirándola. Imogen estaba sorprendentemente hermosa, tendida entre las sábanas blancas. Incluso Rafe, que no había tenido oportunidad de conocerla bien, se sorprendió ante su imagen: la joven parecía muy diferente, sin «la chispa de pasión por la vida que había visto brillar en sus ojos»…

—¡Tonterías…! —replicó Tess desde el otro lado de la cama—. ¿Qué culpa tiene usted?

—Debí decirle que en Inglaterra las damas jóvenes no montan sin la vigilancia de un caballerizo… —insistió Rafe, abatido.

—¿Y cuál habría sido la diferencia? ¡Santo cielo! Imogen siempre ha montado como el viento. En eso… es como nuestro padre. Un caballerizo no podría haber impedido que esa terrible *Posy* hiciera caer a mi hermana en una zanja. No tengo ninguna duda de que Imogen probablemente la estaba haciendo correr demasiado rápido. Si usted desea ayudar en algo, trate de calmar a lady Clarice. Me temo que lamentablemente está un poco fuera de sí.

—Haré todo lo posible —prometió Rafe—. Enviaré a alguien a Londres… para buscar un especialista. Luego, me ocuparé de lady Clarice.

Permaneció allí un momento más, pensando en su pupila: de pronto, aquella joven se había convertido en un problema. Pero inmediatamente prendió en él un destello de culpabilidad por haber pensado aquello. Rodeó la cama y tomó las manos de Tess.

—Imogen se pondrá bien —le dijo—. El doctor no encontró ninguna señal de una lesión en la cabeza. Se despertará. Lo siento, Tess. Esto debe de recordarte la muerte de tu padre.

La boca de Tess tembló. Sentía tanta opresión en el pecho por el miedo y por la cólera que no pudo ni siquiera responder.

Él le apretó la mano y luego partió.

Tess había llegado a la casa de lady Clarice completamente segura de que iba a encontrar a Imogen interpretando un drama romántico, fingiéndose la heroína lastimada con el propósito de quedarse bajo el mismo techo que Maitland. Ese era el tipo de argucia «llena de vida» que Imogen podía inventar. No obstante, allí estaba su hermana, tan blanca e inmóvil que Tess tuvo la sensación de estar junto a su padre otra vez.

Josie se encontraba a los pies de la cama, anegada en lágrimas que corrían por su rostro.

—Ocurrió exactamente lo mismo con papá… —sollozó, expresando en voz alta lo que Tess estaba pensando—. Ahora se morirá, igual que él. Él nunca despertó… —Josie suspiró con ansiedad, en busca de aliento—, nunca pudimos despertarlo esa última vez…

—¡Ella no morirá! —reaccionó Tess con energía.

Pensó desesperadamente en todo lo que habían hecho para intentar despertar a su padre: hablarle de las cuadras, del puré de manzanas caliente… Sólo podía pensar en una única cosa capaz de estimular a Imogen, aunque fuera lo último que ella desearía para su hermana. Miró aquellos ojos cerrados y aquella cara pálida, y salió de la habitación.

—¡Lord Maitland! —gritó mientras bajaba corriendo las escaleras.

Draven Maitland estaba sentado en el salón de adornos dorados, con su madre, con un aspecto demasiado relajado.

—Lord Maitland —dijo Tess, recuperando su respiración—. ¿Sería usted tan amable de ayudarme…?

—Oh, ¿es urgente? —quiso saber lady Clarice, con un gesto tenso en la boca—. Apenas acabamos de ponernos cómodos, señorita Essex. Todo esto ha sido extremadamente molesto para mis nervios, puedo asegurarlo —y se llevó un pañuelo a la frente.

—No será más que un instante, lady Clarice —explicó Tess, forzando los labios en un gesto que ella esperaba que se pareciera a una sonrisa.

Draven Maitland, por supuesto, se había puesto de pie cuando ella entró en el salón, y la siguió por las escaleras y, luego, por el corredor con el entusiasmo de un niño que va a la escuela. Vaciló un momento antes de entrar a la alcoba donde se encontraba Imogen.

—Esto no es muy correcto, ¿no? preguntó—. ¿No debería llamar a mi madre para que hiciera de dama de compañía…? Me temo que esto no puede considerarse como…

—¡Oh, vamos, entre! —insistió Tess con enojo, empujándolo para cruzar el umbral—. Usted no necesita tanta ceremonia con nosotras. Ha compartido muchas comidas con nosotras en el pasado.

—Pero eso fue en Escocia… —replicó él.

—No veo la diferencia.

—Mi madre sí la vería —aseguró Maitland, y luego, como si la sola mención a aquella dama fuera una varita mágica, atravesó el umbral.

Josie se dio cuenta de que un hombre había entrado en la alcoba y salió corriendo, mirando furiosa a Tess. Tenía la cara bañada en lágrimas.

Imogen estaba apoyada sobre las almohadas, tan pálida que el corazón de Tess latió con fuerza en su pecho.

—¡Despiértela! —le pidió a Maitland.

Él dio un paso atrás y parpadeó.

—La resurrección no es lo que mejor se me da…

Tess entrecerró los ojos y se dirigió a él.

—No necesita que usted la resucite. Necesita que usted la despierte. Bésela.

—¿Besarla? —preguntó, y arqueó las cejas—. Si bien estoy siempre dispuesto a ayudar a una dama, no veo cómo…

—Simplemente… ¡hágalo! —dijo Tess tenazmente. Por Dios que aquello era lo último que la joven deseaba que hiciera aquel niño irresponsable e inútil… pero Imogen tenía que despertarse. Había que despertarla de alguna manera.

—Como usted quiera… —se inclinó sobre la cama, mientras Tess observaba. Maitland tenía unos modales pulcros y formales que a ella no llegaban a gustarle, pero que parecían enloquecer a Imogen. De todas maneras, Tess tenía que admitir que era apuesto, con su barbilla partida y su boca generosa…

—¡Imogen! —exclamó Maitland—. ¡Despierte…!

La joven no se movió. Draven miró a Tess.

—No hay nadie más que nosotros dos aquí —confirmó ella—. Considérese libre de todo compromiso. Por supuesto, a su madre no le gustaría lo que usted está haciendo, aun cuando sea por muy buenas razones.

—Lo crea o no, no estaba pensando en eso… —explicó. Luego puso sus manos sobre los costados de la almohada y habló en voz muy baja—. Imogen, quiero que usted se despierte… ahora. ¡Despiértese!

La hermana de Tess parecía exactamente la Bella Durmiente del cuento de hadas: el pelo rizado alrededor de su cara, las pestañas largas sobre sus mejillas…

La boca de Draven se convirtió otra vez en una sonrisa.

—Vaya… es usted hermosa… —y le rozó la mejilla—. Despiértese, ¡ahora!

Tess pudo ver la atracción… claro que pudo verla. Aquellas enormes manos que sujetaban con facilidad a un caballo, aquella intensidad con la que miraba a su hermana… Había algo tan dominante en Draven Maitland, como si siempre hubiera conseguido lo que quería y siempre tuviera que ser así. Resultaba extrañamente atractivo. Era una lástima que el reverso de aquella actitud fuera un temperamento imprudente y tuviera la personalidad de un joven malcriado y caprichoso.

—Imogen —murmuró, y sus labios rozaron la boca de la muchacha dormida. Tess cerró los ojos. No parecía correcto mirar—. ¡Imogen…! —lo escuchó decir otra vez, con voz baja y dominante.

Tess abrió los ojos. Maitland estaba mirando a su hermana y había algo en su rostro que hizo que ella se sintiera repentinamente incómoda. Puso sus manos sobre la cara de Imogen y, de pronto, ya no pareció un lechuguino malcriado.

—Imogen —dijo—, quiero que usted despierte.

Ella se movió.

—Quiero que usted despierte —repitió como si estuviera resucitando a un muerto—. Si no lo hace, no me casaré con usted.

Tess abrió la boca asombrada…

Estaba besando a su hermana de nuevo, pero esta vez no era un beso apacible sobre los labios.

—No me casaré con usted —gruñó Maitland casi furioso.

Tess respiró hondo, aterrorizada y apartó la mirada. No parecía correcto seguir observando y sin embargo…

Y cuando Tess volvió a mirar… bueno, Imogen estaba despierta.

Por supuesto.

Capítulo veintiuno

En Holbrook Court, a media tarde, Rafe trataba de encontrar algún sentido en la catarata de palabras que profería aquella mujer cuyos manoteos se guiaban por el ritmo de la cólera.

—¿Qué quiere usted decir, lady Clarice?

—Precisamente lo que he dicho —escupía los sonidos, más que pronunciarlos—. Esa pupila suya le ha tendido una trampa a mi hijo. Y no piense que no la voy a destruir, Holbrook, porque lo haré. ¡La arruinaré! Tiene que enviarla de inmediato a Escocia y quizás… sólo quizás… pueda yo olvidar su temeridad.

Rafe respiró hondo.

—¿Qué es exactamente lo que la señorita Essex ha hecho?

—¡No ha sido la mayor, sino la otra… la que está herida! —chilló lady Clarice.

—Bien, ¿qué ha hecho la señorita Imogen?

—Ella… ella… tendrá que verlo usted mismo —decidió lady Clarice—. Sólo espero que la señorita Pythian-Adams pueda perdonar a mi hijo su notable estupidez. Considero que todo esto es culpa suya, Holbrook, y por eso estoy aquí: para decírselo. ¡Ha sido culpa suya! ¡Absolutamente! Su comportamiento como tutor es vergonzoso. Lo cual por cierto no es más que lo que cualquiera podía haber pronosticado.

—Pero…

Dio media vuelta y se dispuso a abandonar el lugar.

—El doctor dice que hoy no puede moverse —añadió la irritable dama—. Pero usted enviará un carruaje para ella a primera hora de la mañana. Si no lo hace, ¡la enviaré a su casa en uno de los míos, sin importarme lo que puedan decir los criados!

Rafe parpadeó mientras ella salía de la habitación envuelta en una brisa de perfume francés y con las colas de zorro balanceándose.

—¡Brinkley! —llamó.

—¿Sí, Su Señoría?

Brinkley estaba tan sereno como siempre. Como si no supiera nada, ni pensara nada, muy por encima de los cotilleos de vecinos. Pero Rafe no era estúpido.

—¿De qué diablos está hablando lady Clarice?

Brinkley apretó los labios, pero Rafe pudo ver, un atisbo de placer en sus comisuras.

—Parece que la señorita Imogen ha cautivado el corazón de lord Maitland.

—¿Ha cautivado su corazón? —repitió Rafe.

—De acuerdo con la información que poseo, ha prometido casarse con la señorita Imogen —dijo Brinkley—. Se lo dijo a su madre esta mañana, en el desayuno.

—¡Casarse! —exclamó Rafe, pasmado—. ¡No puede casarse con Imogen! ¡Está comprometido con la señorita Pythian-Adams! ¿Estaba ella también en la mesa de desayuno?

—Hasta donde he podido saber, ella no estaba —informó Brinkley—. ¿Necesita usted alguna otra cosa, Su Señoría?

—No —respondió Rafe.

Sintió que comenzaba a aproximarse un dolor de cabeza. Y había decidido no beber hasta que el sol estuviera sobre el palo mayor. Aunque podría haber un eclipse ese día.

Lucius entró tranquilamente en la habitación. Como era habitual en él, no dejaba traslucir ninguna emoción, y salvo por su ceja levantada, no pareció inmutarse ante las noticias de Rafe.

—¿Qué hace en esta situación un tutor? —preguntó Rafe—. Supongo que podría prohibir esa boda. ¿O no? No puedo recordar si Imogen ya es mayor de edad o no, pero creo que tengo derecho a aprobar o no todo lo relacionado con su casamiento, cualquiera sea su

edad. Santo cielo, esa niña es un demonio… —había un tono de profundo pesar en su voz—. Lady Clarice está furiosa. Supongo que tendré que ir a verla.

—Es el papel de un tutor —dijo Lucius, con un duende burlón en sus ojos—. Haz lo que corresponda, soluciona las cosas, haz lo correcto. Quizás debas ofrecer tu mano a lady Clarice. Como un sacrificio.

Rafe lo miró con escalofriante furia.

—Suavizaré las cosas. Si es posible.

—¿Cuándo regresarán a la casa la señorita Essex y su hermana? —quiso saber Felton. Se había girado y estaba curioseando en un montón de libros que se hallaban sobre la mesa.

—Mañana. Iré yo mismo por la mañana y las traeré a todas —afirmó Rafe—. Luego dejaremos que las cosas se calmen.

—Cuando dices «cosas», quieres decir lady Clarice, ¿no?

—Precisamente.

Lucius resopló.

—Buena suerte.

—Me levantaré temprano —decidió Rafe, pensando que eso era suficiente sacrificio—. Llegaré allí a mediodía.

Tal y como se desarrollaron las «cosas», el mediodía no fue lo suficientemente temprano.

Era una situación caótica. Durante unos instantes, Rafe no pudo asimilarlo todo. Sentía fuertes latidos en su cabeza debido a la poderosa luz del sol. ¿Quién habría imaginado que el astro rey era tan brillante a esa hora? Por eso había decidido que nunca se levantaría antes del mediodía.

Lady Clarice estaba tendida sobre un sofá, y daba la impresión de estar completamente trastornada, con sus bucles despeinados y pegados al cuello. Alternativamente chillaba y sollozaba. Rafe incluso la había escuchado desde el corredor. Levantó la cabeza cuando el mayordomo abrió la puerta, lo miró un segundo y luego gritó:

—¡Es demasiado tarde! ¡Oh, mi hijo, mi hijo!

Rafe entró tranquilamente en la habitación, aunque cada poro de su piel le aconsejaba que saliera de allí tan pronto como le fuera posible.

—Lady Clarice —dijo—, ¿dónde…?

—Esa niña repugnante y desgraciada —exclamó, sentándose muy tiesa y mirándolo fijamente, con la apariencia de la Medusa griega—. ¡Lo supe desde el momento en que la vi! ¡Desde ese momento supe que no era nada más que una… una mujerzuela!

—Cálmese, señora —dijo una voz tranquilizadora, y Rafe se percató entonces de que la señorita Pythian-Adams estaba en un extremo del sofá.

—¡Una mujerzuela! —siseó lady Clarice—. Y ahora… y ahora… no sobreviviré a esta desgracia, esta *completa* desgracia. ¡Estoy arruinada, totalmente arruinada! ¡Mi vida está arruinada! —su voz subió hasta convertirse en un agudo chillido.

Rafe se volvió. El mayordomo de lady Clarice tenía la expresión de quien ha encontrado un pescado podrido en su ropa de cama.

—Tráigame un brandy —pidió Rafe.

—¡Eso es! —dijo furiosa lady Clarice, dejándose caer hacia atrás en el sofá—. ¡Beba usted hasta emborracharse…! ¡En este momento! ¡Precisamente en este momento, cuando…! —su voz se quebró y comenzó a sollozar otra vez. Rafe sólo podía entender frases incoherentes acerca del «escándalo» y del «hijo». Miró a la señorita Pythian-Adams, pero ésta estaba refrescando la frente de lady Clarice con un paño perfumado.

Se retiró de la sala y se encontró con el mayordomo que le traía el brandy. Rafe tomó la

copa y dejó que aquel amoroso río de fuego se deslizara por su garganta. Detrás de él se oyó otro fuerte aullido. Se alejó de la puerta… por si aquella enfermedad era contagiosa.

—¿Puedo acompañarlo a la sala donde le espera la señorita Essex? —sugirió el mayordomo en tono lastimero. Obviamente, era uno de esos criados que consideraban la reputación de sus amos como propia. Se le veía tan atormentado como a la mismísima lady Clarice.

Ni siquiera el brandy podía suavizar las noticias de Tess.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa que se han fugado? —tronó Rafe, en una violenta versión masculina de lady Clarice.

—¡Se han ido! —explicó ella, con una lágrima tras otra resbalando por sus mejillas—. Fui a buscar a Imogen, a prepararla para regresar a Holbrook Court, y lo único que encontré fue una nota… —y se la mostró a su tutor, arrugada y manchada de lágrimas—. Ni siquiera a mí me lo dijo… —su voz se quebró en un sollozo.

Rafe estiró la nota y la leyó.

Mis queridas Tess, Annabel y Josie:

Mi querido Maitland me ha ofrecido huir del mundo, juntos… y, naturalmente, he aceptado su propuesta. Vosotras sabéis lo mucho que él representa para mí, lo mucho que ha significado siempre para mí. Por favor, perdonadme por el escándalo. Estoy segura de que todo pasará rápidamente.

Con todo mi amor, vuestra hermana,
Imogen (lady Maitland).

—¡Está segura de que el escándalo pasará rápidamente! —repitió él, anonadado—. ¿Qué clase de estúpida idea es ésa? ¿No tiene conciencia de lo que significa semejante unión?

—No —respondió Tess, secándose las lágrimas—. Y me temo que ninguno de nosotros tiene conciencia clara de lo que eso significa. Lady Clarice me dijo, sin embargo…

—¡Maldición! ¿Cuánta ventaja tienen?

—Mucha —informó Tess—. Parece ser que partieron exactamente después del desayuno… Lord Draven le dio un tremendo disgusto a su madre ayer, al anunciarle que pensaba casarse con Imogen, pero creo que lady Clarice esperaba poder persuadirlo de que no lo hiciera. Por lo menos, trató de hacerlo anoche, durante la mayor parte de la cena. Por supuesto, Imogen no estaba presente, pero… de todos modos, fue una situación muy… muy vergonzosa.

—Probablemente eso reafirmó la decisión de Maitland… ¡Cielo santo…! ¡Fugarse! —concluyó Rafe en tono sombrío.

—Preferiría pensar que está enamorado de mi hermana —dijo Tess, tratando desesperadamente de borrar el recuerdo de los comentarios despectivos de Maitland en la sala de música.

Rafe le entregó un pañuelo.

—Quizás tengas razón.

Tess se sonó la nariz y cambió de opinión.

—Sé que no está desesperadamente enamorado de Imogen. Aunque ella sí está desesperadamente enamorada de él. Y quizás eso sea suficiente para que un matrimonio sea feliz. ¿No lo cree usted así?

Rafe vaciló.

—Uno debe suponer que puede ser así, dado el número de parejas que están en esa misma situación… —y se pasó la mano por el pelo—. ¡Maldición! ¡Me siento el peor de los tutores! Debí rechazar la propuesta de vuestro padre. ¡Y aquí estamos! ¡Ni siquiera habéis pasado una semana bajo mi tutela, y una de sus hijas ya ha arruinado su reputación! ¡Y con un

atolondrado jugador como Maitland! Es muy probable que tu padre me esté maldiciendo en este momento.

Tess sonrió lánguidamente.

—Papá nunca pudo impedir la adoración que lord Maitland despertaba en Imogen, por más que le dijo que ese caballero era un tonto, un loco por los caballos que jamás podría conservar ni un penique. La verdad es que papá era muy parecido a lord Maitland.

—Debí encerrarla con llave —farfulló Rafe—. Desde ahora, ninguna de vosotras abandonará la casa sin la compañía de un caballerizo y una criada. ¡No! ¡Un caballerizo y *dos* criadas!

La puerta se abrió de golpe.

—¡Estoy con la prometida de mi hijo! ¡Prometida! —anunció lady Clarice con estridencia—. Considero apropiado que usted le explique precisamente cómo su pupila tentó a mi hijo para perpetrar esta unión imprevista y escandalosa.

La señorita Pythian-Adams entró a la habitación detrás de lady Clarice, con el encantador aspecto de ser la viva imagen de la satisfacción.

Rafe apoyó su copa con tanta fuerza en el aparador que el brandy salpicó la superficie de palisandro.

—¿Y cómo, en el nombre del diablo, podría yo haber detenido a su disoluto hijo en su intención de escabullirse con mi pupila menor de edad, señora? Considero que Maitland es culpable. ¡Naturalmente! ¡Ha seducido a una joven inocente, avivando sus fantasías con palabras ingeniosas y destruyendo su reputación con este acto desenfrenado e imprevisto! ¡Si alguien merece una disculpa, ésa es la señorita Essex, cuya hermana menor ha sido raptada por su depravado vástago!

Lady Clarice retrocedió ante los gritos de Rafe, pero se recompuso rápidamente.

—Esa muchacha no es más que una mocosa avariciosa que embaucó a mi hijo. Nada tiene a su nombre, aparte de un triste podenco. ¡Un caballo! ¡Como si Draven no tuviera suficientes caballos! Jamás le he negado un potro.

Tess se retiró hacia la parte interior de la sala. ¿Cómo había podido Imogen haber hecho aquello? Pero ella conocía la respuesta tan bien como la pregunta. Imogen había huido con su amante porque, incluso si Draven Maitland no amaba a su hermana de la misma forma en que Romeo amaba a Julieta, Imogen era tan apasionada como la heroína de Shakespeare. Más, quizás. Ella sólo había extendido la mano para coger lo que quería. No era del tipo de personas que se quedan observando el mundo pasivamente. Aunque Tess se dijo a sí misma que, incluso en ese caso, Imogen iba a ser mucho más feliz que Julieta y viviría mucho más, naturalmente.

—¡Esa desvergonzada —chilló lady Clarice— no sólo ha roto mi corazón, sino también el de su prometida! ¡No pensó en los demás! ¡Por supuesto! ¡No pensó en los demás! ¡En absoluto! ¡La señorita Pythian-Adams está completamente desolada, como no podía ser de otra manera! El dolor de ver que su futuro marido huye embaucado por una niña liviana que…

—¡Basta! —bramó Rafe.

La señorita Pythian-Adams exhibía su pena sonriendo alegremente como alguien que de pronto se ve liberado del nudo del verdugo. Se dirigió a Tess y, por debajo de la larga diatriba de Rafe sobre las cualidades no deseadas de Maitland, le dijo:

—Me siento obligada a disculparme con usted, aunque le aseguro que no tuve nada que ver con este asunto. Espero que la reputación de su hermana no se vea excesivamente afectada.

—Está bien… —dijo Tess dominada por el cansancio. Su tutor había encontrado una botella de brandy sobre el aparador—. Rafe —lo llamó, aprovechando la pausa de lady Clarice, que ahora se debatía entre sollozos dramáticos—. ¿Está usted totalmente seguro de no

poder alcanzar a lord Maitland en el camino? —Y tragó saliva—. Es sólo que… no creo que Imogen sepa que… ella es demasiado joven —las lágrimas ahogaron su garganta—. No sabe cómo es Maitland.

—Él no es un monstruo —dijo la señorita Pythian-Adams compasivamente —. Admito que estoy encantada de verme libre de ese compromiso, pero creo que su hermana tiene sentimientos muy profundos hacia lord Maitland.

—Por favor, Rafe —insistió Tess, haciendo caso omiso de la señorita Pythian-Adams—. ¿No podría usted tratar de detenerla?

—Es inútil —dijo Rafe, abatido y cansado—. Maitland cabalga como el mismo diablo, incluso cuando está en un simple paseo. La sola idea de que podríamos perseguirlo le habrá encantado, haciéndolo correr aún más rápido. Sus caballos son los mejores. No hay ninguna posibilidad de alcanzarlo, y menos con cinco horas de ventaja a su favor —y tragó el brandy que tenía en su copa.

—Usted podría intentarlo por lo menos… —insistió Tess.

—Francamente, tal y como están las cosas, no estoy muy seguro de que lo mejor sea alcanzar a su hermana —confesó —. Su reputación ya está arruinada. Mejor casada en desgracia que simplemente deshonrada.

Tess hundió su mirada en el suelo y luego hizo una reverencia a la señorita Pythian-Adams y a lady Clarice, que en ese momento estaba sollozando sobre su pañuelo e ignoraba a todos los demás.

—Discúlpenme, pero debo regresar a Holbrook Court… Tengo que hablar con mis hermanas sobre… el nuevo estado civil de Imogen.

—Yo regresaré a Londres esta tarde —comunicó la señorita Pythian-Adams—. Sé que no nos despedimos en las mejores circunstancias, señorita Essex, pero me encantaría que volviéramos a encontrarnos en la ciudad.

Tess murmuró algo y escapó. En cuanto llegó al corredor, las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro. Su dulce y tonta hermana menor… Todos esos años que Imogen pasó persiguiendo el título de lady Maitland terminaban en aquella desgraciada huida…

«Debería haber tratado de convencerla de que Maitland era un estúpido, un necio sin conciencia», pensó con angustia. «Debí haber sospechado que aprovecharía cualquier oportunidad para casarse con Maitland, incluso aunque ello implicara destruir su propia reputación. Si le hubiera dicho… si todos le hubiéramos dicho… una y otra vez que no tenía ninguna posibilidad de casarse con lord Maitland, esto no habría ocurrido».

Empezó a descender las escaleras, pero fue detenida casi de inmediato por la voz de Lucius Felton.

Estaba de pie, en la entrada, y era obvio que acababa de llegar, ya que todavía llevaba puesto el abrigo.

—Señorita Essex —dijo, y dio algunos pasos rápidos hacia ella.

—No puedo… —respondió Tess con voz temblorosa. Él se acercó y sacó un pañuelo blanco.

—Tranquilícese —la consoló, secándole las mejillas—. Acabo de enterarme de lo ocurrido. Voy a ir tras ellos, iré hasta la primera posta. Vale la pena el esfuerzo, por si hubo algún percance con los animales de Maitland y tuvo que alquilar otros más lentos, de trabajo, para cruzar la frontera… —su mandíbula se tensó. Era un buen competidor de Draven Maitland.

—¡Iré con usted! —decidió ella, cogiéndolo del brazo.

—No —su voz era firme—. Estoy seguro de que usted no desea pasar por la misma situación en la que está ahora su hermana, Tess.

Ella se mordió el labio.

—Por supuesto que no.

—Salvo que… —dijo él y se detuvo.

Ella parpadeó mirándolo, pero no dijo nada al respecto. Luego agregó:

—Debo regresar a casa y hablar con Annabel y Josie. Deben de estar muy preocupadas.

Felton hizo una reverencia y salió de la casa.

—Haré todo lo posible para devolverle a su hermana pequeña.

—Oh… —pero cualquier cosa que dijera sería inadecuada—. Buena suerte —susurró finalmente.

Él sonrió a medias y partió.

Capítulo veintidós

A la mañana siguiente

—Si usted no considera que la idea es demasiado desagradable —propuso Mayne, levantando las manos de Tess hasta sus labios en una breve caricia—, sugiero que nos casemos sin demora.

Tess sintió todo el agotamiento de una noche insomne y de toda la confusión que brotaba de la miserable situación en que se encontraban ella y sus hermanas. Ciertamente, no se sentía con deseos de contraer matrimonio.

Con una simple mirada, Mayne adivinó lo que su prometida estaba a punto de decir.

—Si estuviéramos casados, yo podría llevar a sus hermanas a Londres y separarlas por completo de las desdichadas circunstancias de la fuga de Imogen —continuó—. No desearía que las perspectivas matrimoniales de Annabel resultaran perjudicadas de ninguna manera por el comportamiento de Imogen.

Lady Griselda le dirigió una sonrisa comprensiva desde el diván contiguo.

—Sé que el matrimonio debe de ser lo último en que estás pensando en este momento —dijo.

—Efectivamente, así es —confirmó Tess agradecida.

Lady Griselda demostró ser una traidora cuando dijo:

—Nunca me atrevería a imponerte nada, Tess, querida, pero realmente debemos actuar con rapidez para proteger la reputación de Annabel. Nada podría ser peor que la buena sociedad tuviera la impresión de que vosotras cuatro sois unas livianas muchachas escocesas. Me temo que hay un malentendido lamentable acerca de la moralidad de las mujeres de las tierras del norte.

Tess frunció el ceño. No veía razón alguna para doblegarse a los prejuicios de los londinenses. Pero lady Griselda no había terminado.

—Voy a hablar con absoluta libertad. Con absoluta libertad —continuó lady Griselda, con toda la fuerza incontenible de un ejército que avanza—. Annabel es encantadora. Realmente encantadora. Puede casarse con quien quiera. Pero, si se me permite decirlo con franqueza, no se presenta como una joven dama de gran decoro.

Tess asintió con la cabeza, preguntándose qué diablos tenía que ver todo eso con su presumible casamiento con el hermano de lady Griselda.

—Sería fatal —aseguró la dama— que quienes están en Londres llegaran a decidir que Annabel está cortada por el mismo patrón que su hermana Imogen. Y si se corre la voz de que todas vosotras estuvisteis aquí, bajo la dudosa tutela de Rafe durante más de un día o dos, la reputación de Annabel quedará arruinada. También me preocupa que la ira de lady Clarice se resuelva en imprudentes comentarios acerca de la familia.

Tess la miró fijamente. El rostro de lady Griselda brillaba toda la fuerza de la convicción absoluta.

Se puso de pie mientras continuaba:

—Las posibilidades de un matrimonio conveniente para Annabel se verán arruinadas y te lo aseguro porque tengo mucha experiencia y sé cómo es Londres. Por supuesto, Annabel se casará. Pero sus pretendientes no serán los caballeros que yo desearía para ella. Y ahora dejaré que vosotros dos decidáis este asunto a solas. Cualquiera que sea tu decisión, Tess, haré todo lo que pueda para protegeros a vosotras tres de los comentarios desagradables —y al concluir estas palabras, abandonó la habitación con una breve despedida, un rápido movimiento de dedos, y una última sonrisa alentadora para su hermano.

—Rafe está haciendo todo lo posible como tutor —dijo Mayne mientras mantenía la mano de Tess entre las suyas—. Pero él no tiene experiencia… en sociedad.

Tess lo sabía. Su querido tutor bebía demasiado y le importaba muy poco ocupar un lugar en la sociedad.

—No será una ayuda para Annabel y Josie —dijo Mayne en voz baja—. Pero si usted lo desea, Tess, yo sí puedo ser esa ayuda. Si en dos o tres días usted aparece como la condesa de Mayne, la sociedad elegante aceptará lo que usted diga sin vacilar. Grissie piensa que sería mucho mejor si se diera la impresión de que ya estábamos casados antes de que su hermana…

Tess respiró hondo.

—Usted no se casa conmigo por amor, lord Mayne. Ni tampoco… hasta donde puedo darme cuenta… debido a ningún sentimiento abrumador de una naturaleza menos… menos correcta. —Pudo sentir que la sangre se agolpaba en sus mejillas.

—Caramba, eso no es verdad —se defendió Mayne. Había una chispa de risa pícara en sus ojos, y sus dedos se apretaron sobre los de su amada—. Tengo los sentimientos más incorrectos respecto a usted.

«Santo cielo», pensó ella, «qué atractivo resulta cuando no finge… cuando es honesto».

—¿No le molesta el hecho de que no sintamos emociones apasionadas el uno por el otro? —preguntó.

—Me molestaría si verdaderamente así fuera. Según mi parecer, los matrimonios basados en otra cosa que no sea el respeto mutuo, y el cariño genuino del uno por el otro, son a menudo desastrosos. No deseo un matrimonio tempestuoso, aunque estoy totalmente seguro de que habrá suficiente calor en nuestro caso.

—Y… según su parecer, la tempestad no debe acompañar al amor —dijo ella, levantando una ceja.

—Solamente en el caso de un amor tonto… romántico —explicó él—. No creo que cuidar atentamente de usted vaya a ser en absoluto un sacrificio, Tess. Y muy sinceramente espero que lleguemos a sentir esa emoción el uno por el otro. Pero nunca me casaría si me viera arrebatado por ese tipo de fiebre que muchos llaman amor romántico. Nunca.

Tess pudo darse cuenta de que realmente creía en lo que estaba diciendo.

—¿Por qué es usted tan cínico? —quiso saber ella.

Él se encogió de hombros.

—Para ser completamente franco, he tenido relaciones con muchas esposas que comenzaron sus matrimonios en un estallido de entusiasmo optimista. Hace muchos años resolví que cuando me casara no lo haría impulsado por una emoción embriagadora que se desvanece en días o en semanas. Me gustaría tener hijos, y que esos hijos fueran criados por padres que no se estén peleando constantemente.

—¿Como sus padres? —preguntó ella.

—Un dúo de guerreros —reconoció, con una mueca en sus labios.

Tess permaneció en silencio.

—Sé muy poco acerca de cómo forjar buenos matrimonios —dijo finalmente—. Mi madre murió hace muchos años y mi padre nunca mostró el menor interés en buscar otra esposa.

—Podemos encontrar nuestro propio camino —propuso Mayne—. Si usted está de acuerdo, mi tío, el obispo, podría llegar esta misma noche. Envié un mensaje esta mañana temprano.

—¿Tan pronto? —preguntó Tess débilmente.

Las manos de Mayne se esforzaron en mantener encerradas las de Tess.

—No me gustaría quedarme con la idea de que la estoy obligando a tomar una decisión. Pero si todavía desea casarse conmigo, pienso que podíamos ayudar a sus hermanas de la mejor manera posible: contrayendo matrimonio rápidamente. Claro que… si no desea casarse

conmigo, la situación es muy diferente.

Tess vio una duda en la mirada de su prometido y se sintió sobresaltada.

—El señor Felton no ha regresado —dijo ella, tratando de aferrarse a cualquier cosa—. ¿Y si él trae a Imogen consigo? ¿Qué ocurrirá si pudo detener la huida de mi hermana?

—Las noticias vuelan. Las fugas de enamorados son como los asesinatos: se niegan a permanecer ocultas. Imogen está arruinada, independientemente de que Lucius se las arregle para arrancarla de algún modo de los brazos de Maitland. En realidad, sería mejor para ella si Felton no los alcanzara.

—¿Cómo puede usted decir eso? —reaccionó Tess—. ¡Maitland es un estúpido!

—No llega a ser tan malo —explicó Mayne—. ¿Qué es peor para ella? ¿No casarse nunca y vivir en el campo o casarse con el hombre que ama?

Tess no dijo nada y él aprovechó la ocasión.

—Porque ella lo ama, ¿no es así? He visto cómo lo miraba y es un caso clarísimo de amor apasionado. Nunca había presenciado algo parecido.

—De todos modos, ese matrimonio o… bueno, no puede gustarme —insistió Tess, retorciéndose las manos.

—Lo importante es que consigamos que Annabel y Josie puedan llegar a casarse con hombres que no tengan las cualidades poco recomendables de Maitland.

—Sí, comprendo.

—Bien —dijo Mayne repentinamente—. Entonces nos casaremos mañana, a primera hora. Mi tío tiene muchas obligaciones y se quedará muy poco tiempo con nosotros.

—¿Mañana por la mañana? Y si… y si el señor Felton no ha regresado con…

—Como ya le he dicho, eso es irrelevante —afirmó Mayne con cierta impaciencia.

—Sí, por supuesto —dijo Tess.

—Usted me hará el más feliz de los hombres —se inclinó hacia ella y rozó sus labios. Fue un beso. Un beso despreocupado.

Aunque muy agradable.

Capítulo veintitrés

—Le diré qué es el placer —dijo alegremente el obispo de Rochester, que había llegado aquella misma noche—. ¡Placer es ver a este pícaro sobrino mío bien casado, y con una mujer encantadora como usted, querida! Ése es el verdadero placer.

Tess trató de sonreír, pero se sentía mareada y las sonrisas parecían morir en sus mejillas antes de que llegara a mover los labios. Cuando Mayne le hablaba con los modales sinceros que había empleado cuando le propuso matrimonio, la joven sentía que podía casarse con él, e incluso pensaba que podía hacerlo sin vacilaciones. Pero cuando se mostraba frívolo y amanerado, como se había comportado durante toda la tarde, su corazón se ahogaba entre gigantescas olas de pánico. Mayne no cesaba en sus arrumacos y continuamente llevaba su mano a los labios o le susurraba cumplidos al oído. Resultaba agotador incluso mirarlo. ¿Cómo podría vivir con un hombre como aquel durante años?

Annabel tenía entre las manos un periódico en el que se difundían los cotilleos londinenses. Lady Griselda lo había recibido aquella mañana y había caído en poder de la joven, que le preguntaba a Mayne quiénes eran las personas cuyos nombres aparecían en aquel diario.

—¿Y lady C? ¿Quién es? —preguntó, riéndose tontamente.

—¿Y cómo podría saberlo? Lady Colterer, quizás. O lady Cristleham.

—Sea quien fuere —gorjeó Annabel—, ha sido lo suficientemente tonta como para huir con un francés.

—Ah, bueno —exclamó Mayne con satisfacción—, ésa debe ser lady Cristleham. Es hija de un duque. Está casada con un barón y no ha hecho más que tonterías desde su *début*.

—¡No me diga! —dijo Annabel, fascinada—. Usted conoce a todo el mundo, lord Mayne… ¿Y este noble portugués?

Lucius entró a zancadas en la habitación. Tess se volvió hacia él con un leve grito contenido… pero sacudió la cabeza. Mayne le dirigió una mirada comprensiva, y luego siguió con el diario de los chismes.

—Logré alcanzarlos —le dijo a Rafe.

Al acercarse a Felton, Tess comprobó que no estaba tan aseado como de costumbre, y que su elegancia y compostura parecían haberle abandonado. Había polvo en los pliegues de su capa. Se le veía completamente exhausto, como si hubiera cabalgado toda la noche sin detenerse.

—Les ruego que me perdonen por entrar sin haberme sacudido el polvo del viaje —dijo. Su voz sonaba áspera.

—¿Logró alcanzarlos? —preguntó Annabel.

—Debes de haber cabalgado a la velocidad del viento —dijo Rafe—. ¿Cómo diablos lo hiciste?

—Fui por el monte gran parte del camino —explicó Lucius—. Creí saber lo que Draven pensaba hacer, ¿sabes? Maitland es rápido, pero predecible.

—Pero cuando los alcanzó, ¿qué ocurrió? —quiso saber Tess.

—Ella se negó a venir conmigo y… —dijo pesadamente. Miró a su alrededor y luego habló en voz baja—. Me temo que llegué demasiado tarde, Tess. No pude separarlos.

Tess sintió que la pena quería salir de su garganta en un grito.

—Por supuesto… —dijo al fin, completamente abatida.

—¿Se han casado? —quiso saber Annabel. Y ante la inclinación de cabeza de Felton, a modo de respuesta positiva, regresó al otro lado de la habitación sin decir palabra.

—Estaré siempre en deuda contigo por esto —le dijo Rafe a Lucius.

—Y yo también —agregó Tess, tratando de conseguir que la expresión sombría de sus ojos desapareciera, aunque sabía que aquella nube se había difundido por su rostro.

—No es necesario que me agradezcan nada —el tono de Felton era casi brusco—. Fallé.

—Lo siento —se lamentó Tess, abatida—. Lo siento mucho.

—No hay razón para ello —y miró a su alrededor—. Todos ustedes parecen estar notablemente alegres. Debo retirarme…

Rafe le dirigió una mirada entrecerrando los ojos.

—Sí, pero debes regresar rápidamente, Lucius. Estamos celebrando una pequeña fiesta, ya que Tess va a casarse con Mayne mañana por la mañana, con una licencia especial —e hizo un gesto señalando al obispo—. Mayne ha llamado a su tío precisamente para eso.

—¡Ah! —reaccionó Lucius sin mirar a Tess—. En tal caso, felicitaré a Mayne antes de retirarme.

Tess sintió que su sonrisa temblaba, de modo que se alejó para regresar junto a su hermana y a su futuro marido. Lucius y Rafe la siguieron.

Annabel estaba examinando detenidamente la columna de cotilleos otra vez, leyendo algunas partes en voz alta para que lady Griselda y Mayne hicieran sus comentarios.

> «Cierta viuda bien conocida, que ha tenido tres maridos cuyas muertes han sido prematuras, desea un cuarto. Sabemos esto porque salpica su conversación con frívolas descripciones de caballeros que sólo conoce de vista. Nos gustaría advertirle que bromear sobre el matrimonio no es lo mismo que casarse, y a los caballeros que sepan que son objeto de sus conversaciones también les advertiremos: tengan cuidado».

—¡Oh, qué feo que digan estas cosas! —protestó Annabel—. ¿Quién es la pobre dama?

—Mi propia querida hermana —respondió Mayne.

Lady Griselda lo golpeó en la cabeza con su abanico.

—Tonterías, pícaro insolente. He tenido solamente un marido y no tengo estómago para soportar otro, de modo que no puede referirse a mí. Supongo que la «viuda bien conocida» es la señora Brisquet probablemente, ¿no te parece?

—Por supuesto —confirmó Mayne, sonriendo abiertamente—. Muchos de los nombres que se mencionan están disfrazados con juegos de palabras, como podrá observar, señorita Annabel.

—Estoy impaciente por conocer a todas las personas que se mencionan aquí —dijo Annabel con un suspiro, volviendo a mirar el periódico—. ¿A quién se podrán referir cuando hablan de «una condesa operística»? Parece una mujer afortunada.

Un segundo después, Mayne se apoderó de la hoja de cotilleos y la miró con atención, con su rostro súbitamente serio e inexpresivo, como si hubiera recibido un golpe.

—Lord Mayne —preguntó Annabel, con un tono algo vacilante—. ¿Se siente usted bien?

—Nunca he estado mejor —respondió, devolviéndole el periódico—. Pero debo…

Hizo una reverencia exagerada. Luego dio media vuelta y se retiró.

Todos observaron sorprendidos sus movimientos.

Las comisuras de la boca de Lucius se torcieron en una sonrisa.

—Si me disculpan —dijo con una reverencia—, debo retirarme. Como ven, mi ropa es un desastre… por el viaje.

—¿Por qué se ha ido tan precipitadamente lord Mayne? ¿Fue por algo que dije…? —preguntó Annabel a Rafe. Pero había tomado la página de chismorreos, y Tess y lady Griselda espiaban sobre su hombro.

> «Cierta condesa operística está esperando un acontecimiento feliz para el nuevo año, según se ha sabido. Ella y su marido se han hecho famosos en los últimos meses por su renuencia a pasar algún tiempo lejos el uno del otro».

—Ah —exclamó lady Griselda, dejando suavemente la hoja sobre una mesita—. Pobre Garret.

Rafe no dijo una palabra y salió de la sala detrás de Mayne.

—¿Quién es esta «condesa operística»? —quiso saber Annabel—. ¿Y por qué le ha afectado tanto esa noticia al conde?

—No creo que eso sea asunto tuyo —dijo Tess, arrastrando a su hermana hacia la ventana.

—¿Qué dices? —protestó Annabel con enojo—. Él va a ser tu marido, Tess. ¿No quieres saber quién es esa mujer? Mayne dio la impresión de haber sido herido por un rayo.

—No —respondió Tess, dándose cuenta de que su hermana tenía razón—. No, no me interesa saber quién es la dama en cuestión.

—Creo que eres muy rara. ¡Muy rara! Si fuera mi novio…

Pero Tess estaba mirando por la ventana, hacia el patio.

—A menos que esté muy equivocada —susurró—, mi prometido acaba de abandonar la casa.

Annabel respiró hondo.

—¿Adónde irá?

Mientras observaban tras el cristal, Mayne se desembarazó de Rafe, que lo sujetaba por el brazo. Pero éste lo hizo girar y le habló bruscamente.

—Rafe se ocupará del asunto —dijo Annabel—. ¡Mayne no puede irse! ¡Tiene que casarse contigo mañana temprano!

—Sí —respondió Tess, mirando atentamente. Mayne había dado media vuelta y volvía a entrar en la casa, con el rostro tenso y sombrío como un cielo de tormenta.

—Ah, bien —aprobó Annabel—. Ya está todo en orden. Tendrás que estar atenta a una «condesa musical», pero parece que ella no está interesada en Mayne, independientemente de los sentimientos de tu querido… futuro esposo.

—Te estás comportando de una manera excesivamente vulgar —la reprendió Tess con brusquedad.

Rafe siguió a Mayne hacia la casa, y ya nada pudieron ver desde la ventana.

Capítulo veintícuatro

Como no había dormido la noche anterior, Lucius Felton se dio un baño y se recostó para un breve reposo, del que se despertó en plena oscuridad. Aparentemente se había quedado dormido hasta bien avanzada la noche y ni siquiera había bajado a cenar. Retazos de un sueño a medias olvidado seguían vivos en su imaginación: Tess estaba bailando y riéndose, hasta que dejó caer su abanico, el abanico se convirtió en un conejo, un encantador conejo marrón que él quería regalarle, pero cuando corrió tras el conejo… Lucius fijó la mirada en la oscuridad durante un instante. Después sacudió la cabeza y abandonó la cama con una maldición.

Si Mayne no tenía más cuidado, Tess terminaría enterándose de su ridículo encaprichamiento por lady Godwin.

Encendió una vela y descubrió que la noche no había avanzado tanto corno sospechaba. Seguramente Mayne estaba despierto. Lucius rechazó la fugaz idea de que podría estar divirtiéndose, celebrando su última noche de soltería. Incluso cuando estuvieron juntos en Eton, siendo niños, Mayne nunca se comportó como un «rústico». Era bastante salvaje, violento en sus pasiones, desesperado en sus afectos, pero nunca «rústico».

Lucius se vistió y luego avanzó por el largo corredor. Miró en el salón, en la sala de música, en la sala del desayuno. Fue en la biblioteca, ese santuario de las ocupaciones masculinas, donde lo encontró.

Mayne estaba sentado en su sillón favorito, frente a la chimenea. El fuego se había consumido hasta convertirse en apenas cenizas calientes. Estaba sentado como si tuviera las piernas congeladas, extendidas; tenía una copa en una mano y una jarra en el suelo, al otro lado. Los faldones de la camisa aparecían por fuera de los pantalones, tenía los ojos entrecerrados y su cara se contraía en líneas rígidas.

—¿Dónde está Rafe? —preguntó Lucius.

—Le hice beber hasta que se fue a la cama —respondió Mayne, sin girar la cabeza siquiera—. Eso no es fácil, con un hombre como Rafe, cuyo límite son cuatro botellas. Pero lo logré.

—No me digas que te has puesto melancólico en la víspera de tu boda —dijo Lucius, todavía de pie en la puerta, mientras una oleada de rabia que no comprendía le daba a su voz un tono severo.

Mayne levantó la mirada y necesitó un momento para poder distinguir el perfil del invitado. Luego tomó el resto del contenido de su copa.

—Ella podría haberse enamorado de ti, ¿sabes? —dijo con el tono de una conversación común.

El corazón de Lucius latió con fuerza en su pecho. Entró y, al caminar, golpeó la jarra con el pie. Estuvo a punto de derramarse, pero la hábil mano de Mayne la sujetó justo a tiempo.

—Cuidado con mi vino —dijo, sirviéndose una buena cantidad en su copa.

—No veo razón alguna por la cual ella deba enamorarse de mí y no de ti —respondió Lucius.

—Tú eres un caballero —explicó Mayne, echando hacia atrás la cabeza y mirando fijamente al techo—. Ella es una dama, por más que se haya cortado el pelo y haya comenzado a usar ropa que enorgullecería a cualquier muchacha ambiciosa.

Lucius parpadeó. Aparentemente había confundido a la dama en cuestión. Mayne estaba hablando de lady Godwin, la mujer de la que se había enamorado la primavera pasada, y él estaba pensando… en otra.

—Helene podría haberse enamorado de ti —continuó Mayne. Su voz era áspera e inestable—. Podría haberse enamorado de ti lo suficiente como para alejarse de ese gusano… de su marido. Ya lo he calculado. Helene necesitaba un antídoto contra él… contra todos sus cantantes de ópera y bailarines rusos sentados a la mesa del comedor. Así que recurrió a mí, pero no fui lo suficientemente bueno tampoco. Pero si yo hubiera sido tú, con tu buena educación, con tus modales refinados, con las virtudes antiguas… —su voz se hizo inaudible.

—Lady Godwin… por lo que se sabe, está enamorada de su marido —comentó Lucius con indiferencia, mientras se sentaba frente a Mayne—. No hay modales elegantes que hubieran podido cambiar eso.

—¡Tonterías! —reaccionó Mayne—. Yo no habría podido siquiera acercarme a ella si hubiera sido feliz con su marido. Ella y Godwin estaban separados desde hacía diez años.

Lucius no dijo nada. Mayne sabía tan bien como él que a Helene, a lady Godwin, se le iluminaba el rostro cuando aparecía el conde, independientemente de lo que hubiera ocurrido antes en su vida. Godwin pudo haber tenido una cantante de ópera o dos dando vueltas por su casa, pero en la actualidad no tenía ojos para nadie que no fuera su esposa.

—Bien, ¿no vas a decir nada? —invitó Mayne belicosamente, mirando con enojo a Lucius.

—Estás borracho, amigo. Sugeriría que te fueras a la cama. Recuerda que mañana por la mañana, después del desayuno, serás un hombre casado.

A Mayne no le gustó mucho ese recordatorio. Entrecerró los ojos y sus palabras se tornaron pesadas y confusas.

—Te estás convirtiendo en una persona pedante y pretenciosa, ¿sabes? Nunca fuiste muy fácil de tratar, pero ahora tu gazmoñería roza lo pecaminoso.

—Como estás ebrio, te haré el favor de ignorar tus palabras —dijo Lucius con una calma absoluta.

—Tú estás por encima de todo, ¿no es eso?

—No. Pero estoy por encima de discutir con un hombre que ha bebido como un barril.

—No estoy borracho —dijo Mayne, volviendo sus ojos brillantes hacia la chimenea—. Ojalá lo estuviera…

Lucius se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Seguro que piensas que soy un borrachín —continuó Mayne, con un agrio tono despectivo—. Un caballero de tu calidad nunca va más allá de un vaso de leche.

Lucius se puso de pie y se dirigió a la puerta, pero Mayne se había levantado de su sillón en un violento impulso de furia para erguirse sobre sus inestables miembros.

—Antes no eras así —se lamentó, tomando a Lucius por el brazo—. Recuerdo una vez que arrojaste tus malditas cuentas al Támesis… ¿O ahora eres tan abstemio como para no reconocer tal cosa?

Lucius se volvió para mirarlo, retirando su brazo con tal rapidez que Mayne se balanceó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Yo tenía diecisiete años.

—Vamos… —reaccionó Mayne—. Lo único que ha cambiado entre nosotros es que tu maldita madre decidió que olías a la clase de los mercaderes. Y desde entonces has sido un santurrón.

Lucius se detuvo.

—Preferiría que no hicieras ningún comentario sobre mi madre —su voz contenía la suave amenaza de un sacerdote castigando a un demonio menor.

Sin embargo Mayne estaba demasiado ebrio como para prestar atención a una insinuación.

—Hemos manejado el tema de tu familia con guantes durante años. ¡Al diablo! Puede ser la hija de un conde, pero es una perfecta bast… —se detuvo justo a tiempo.

Lucius simplemente esperó. Aguardaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Pero Mayne aparentemente comenzaba a darse cuenta de que estaba a punto de provocar una ruptura irreparable y buscaba en las turbias revueltas de su cerebro la manera de rectificar.

—¿Y…? —preguntó Lucius Felton, en un tono tremendamente educado e igualmente gélido—. Seguro que hay algo más que te gustaría sacar a relucir, ¿no es así?

Mayne, aparentemente, había decidido que lo mejor era continuar.

—Realmente, no me importan lo más mínimo tus padres. Siempre he pensado que tu madre no era más que una mujer egoísta que nunca pudo superar el fracaso de su propio matrimonio. Y ahora tú… tú te estás convirtiendo en una especie de santurrón pedante a quien nadie quiere realmente, aunque finjan lo contrario.

Como si aquellas palabras fueran un golpe real, Lucius lo recibió en su pecho. Mayne se volvió y se dejó caer de nuevo en su sillón.

—Tu padre es un intolerable grano en el culo de… la buena sociedad —añadió, con bastante menos claridad de la que podía desearse.

Lucius giró sobre sí mismo, pero la voz nublada de Mayne, que procedía de las profundidades de aquel sillón, lo detuvo.

—Mejor será que abandones toda esa rigidez y todas esas tonterías… antes de que sea demasiado tarde, antes de que tú también te conviertas en un grano. Más grande aún que tu padre.

Lucius permaneció inmóvil durante unos minutos que se hicieron eternos, con la mandíbula apretada, pensando seriamente en aplastar la nariz de Mayne hasta que le saliera por la nuca.

Pero cuando se acercó a zancadas para ver si el otro quería añadir un insulto final que conduciría toda aquella conversación a la violencia, escuchó un ronquido.

Mayne había derramado el vino que quedaba en su copa sobre el blanco lino de su camisa. El pelo le caía sobre la frente. Tenía todo el aspecto de un lamentable borracho, de un lamentable borracho triste.

Lucius permaneció allí durante unos instantes, con los ojos entrecerrados, mirando fijamente a su amigo. Al salir, se detuvo en el salón y dijo a un criado que el conde necesitaba ayuda.

Luego subió a su alcoba y pensó en granos, borrachos y matrimonios.

Capítulo veinticinco

La mañana siguiente llegó demasiado pronto. Tess se despertó y miró fijamente el dosel de su cama. Pensó en correr hacia los establos, montar su caballo, pero… ¿adónde iría? ¿Qué podía hacer?

Casarse con Mayne tenía sentido. Al menos podría salvar los futuros matrimonios de Annabel y de Josie. Estaría casada con un hombre rico y con una excelente posición social. Ella y Mayne podrían mantener una relación civilizada, amable y cortés.

Se levantó y se descubrió temblando de frío. Gussie entró con cubos de agua caliente y una tina de estaño.

Entonces, la puerta se abrió de golpe.

—Sencillamente… no puedes casarte con mi queridísimo hermano… ¡vestida de negro! —dijo lady Griselda Willoughby—. Así que te traigo uno de mis vestidos. Es de medio luto y, realmente, es muy, muy hermoso.

Tess la miró sorprendida.

—Oh, ¡yo no podría…!

—Por supuesto que puedes —insistió lady Griselda—. No tolero la idea de que mi hermano se case con un cuervo. Estoy segura de que eso traería mala suerte.

Lady Griselda pensó que quizá convendría añadir precisamente que cualquier matrimonio necesita de toda la buena suerte posible, pero se tragó las palabras. De inmediato se puso a organizarlo todo en aquella habitación. Lo importante era que Garret había decidido casarse finalmente. Su ataque de nervios de la tarde anterior era irrelevante y se trataba de algo que su novia no tenía por qué saber.

Miró de soslayo a Tess. La joven era realmente encantadora, con su cabello de color brandy cayéndole por la espalda. Por un momento sintió envidia, pero de inmediato apartó de sí ese sentimiento. Sentir envidia era tanto como admitir que ella, Griselda, deseaba casarse. Y no era así. Ya tuvo suficiente vida marital mientras el pobre y querido Willoughby estuvo vivo, así que… «no, muchas gracias».

Su criada estaba ayudando a vestir a Tess.

—No sé —dijo ésta, mirando su escote, excesivamente abierto—. ¿Está segura de que es adecuado?

—Por supuesto que es adecuado —exclamó Griselda vigorosamente—. Es de medio luto y yo sólo lo he usado una vez, para el desayuno con champán de lady Granville. Eso fue cuando estábamos todos llorando a sir William Ponsby, uno de los héroes de Waterloo, como sabes. Aunque quizás no lo sepas, ya que estabas en Escocia.

—Casualmente sí nos enteramos de lo que ocurrió en Waterloo —dijo Tess mirándose al espejo. El vestido estaba diseñado según los últimos dictados de la moda: un gran escote, con mangas diminutas, drapeadas sobre los hombros. Pequeñas perlas cubrían el corpiño y reflejaban la luz—. No me siento cómoda —confesó Tess—. Me parece raro mostrar tanto el pecho… el día de mi boda.

Griselda hizo una seña con la mano a la criada de Tess y la muchacha desapareció de la habitación. Luego, se sentó sobre la cama, y dijo:

—Mi querida amiga, voy a ser completamente franca contigo.

—¿Sí? —preguntó Tess.

—Mi hermano está acostumbrado a cortejar a las mujeres más exquisitas y de la mejor sociedad. Las ha poseído a todas, al menos, a todas aquellas que están casadas y disponibles —y levantó su mano—. Tú igualas a muchas de ellas en belleza y superas a la mayoría. El problema, tal y como yo lo veo, es que Garret jamás ha podido mantener una relación estable

con ninguna mujer en particular.

—Pero él nunca ha estado casado —dijo Tess, para confirmar que estaba comprendiendo todos los extremos de aquella conversación.

—¡Por supuesto que no! Y tienes razón: ése es el punto importante. ¡El hecho de que sus devaneos hayan durado solamente algunos días no tiene por qué afectar a tu matrimonio en absoluto! —aseguró Griselda, con una sonrisa radiante, como si ella fuera una estudiosa de la vida marital particularmente afortunada.

—¿Quiere decir que él… que sus amores…? —Tess se expresó con alguna debilidad.

—Nunca duraron demasiado —remató Griselda, asintiendo con la cabeza—. Puedo decir que el período más largo que ha pasado con una mujer en particular sólo se ha extendido una semana… o dos.

—¿La «condesa musical»? —preguntó Tess.

—Menos —respondió Griselda de inmediato—. Hasta donde sé, no tuvieron ninguna aventura amorosa en absoluto. Ella tal vez jugó con la idea durante un día o dos, no más.

—Santo cielo… —murmuró Tess.

—¡Pero todo será diferente cuando se convierta en un hombre casado! —aseguró Griselda, abriendo la puerta.

Descendieron por las escaleras de caoba lustrada. Brinkley estaba de pie en el corredor. Hizo una profunda reverencia al verlas y abrió la puerta del salón.

Lucius Felton fue la primera persona que se presentó ante ella. Se volvió cuando ella entró y, por un momento, fue como si se quedara paralizada en la entrada, atrapada por aquellos ojos negros. Luego, Griselda miró por encima del hombro de la novia, lanzó una risita aguda, y dijo:

—Tu prometido estará aquí inmediatamente.

Tess entró al salón y se inclinó con una reverencia ante el obispo. Éste se mostró muy jovial, y pellizcó varias veces su mejilla diciendo que su sobrino era un hombre afortunado… afortunado de verdad.

La joven sonrió débilmente y trató de no pensar. Annabel apareció en la habitación. Bueno… hizo una entrada triunfal.

—Estás irritantemente encantadora.

Tess pudo oír cómo lady Griselda dedicaba ese cumplido a Annabel. Y las dos rieron.

Sintió que Lucius abandonó la habitación. Tess no lo estaba observando, pero es que él era tan… bueno. Para Tess, de alguna manera, su tranquila actitud era precisamente lo que esperaba de un verdadero duque. O un conde, dependiendo del caso.

De todos modos, ya no tenía importancia.

Oyó pasos que bajaban por las escaleras, fuera del salón. Seguramente era Garret.

—Ése debe de ser su marido —dijo el obispo con su voz profunda—. ¡Bien! Me gustaría acabar pronto esta ceremonia. Así podremos irnos a desayunar. Tiene algo de pagano esto de celebrar una boda antes de que uno haya probado siquiera un té —se rió de su propia broma y su panza se sacudió alegremente.

La puerta no se abrió.

—Les diré que se apresuren —dijo Griselda, saliendo precipitadamente hacia el corredor. Tess trató de respirar hondo, pero tuvo la sensación de que el vestido de Griselda era demasiado ajustado para permitirle inspirar adecuadamente.

—¿No es emocionante? —exclamó Annabel, poniendo su mano en el brazo de Tess—. ¡Cómo me gustaría que Imogen estuviera aquí! ¡Todavía no lo puedo creer!

La puerta se abrió y Tess se giró tan bruscamente que se separó del brazo de Annabel.

Era Rafe.

—Tess —dijo—, ¿puedo hablar contigo un momento?

Un extraño silencio se apoderó del grupo.

—Iré con vosotros —propuso Annabel inmediatamente.

—No —replicó Tess, mientras se acercaba a Rafe. De pronto, casi milagrosamente, pudo respirar. No había nadie en la entrada, ni Lucius, ni Griselda, ni el conde de Mayne.

Rafe la condujo a la biblioteca.

—Odio tener que transmitirte tan desagradable noticia —comenzó él, y daba la impresión de ser un hombre efectivamente muy desdichado.

—¿Imogen? —gimió Tess.

—No…

Una oleada de alivio recorrió la columna vertebral de la joven novia.

—¿Entonces?

Rafe se pasó la mano por el pelo.

—Tu maldito novio ha huido.

—¿Qué? —una súbita sonrisa apareció en su rostro—. ¿Ha huido? Ésa no es una manera muy elogiosa de expresarlo, señor.

Tess dio unos pasos y se sentó en un gran sillón. Por primera vez durante los últimos cuatro días, se encontraba en calma. Como si su cuero cabelludo se estuviera relajando.

Rafe se sentó frente a ella. Sus ojos mostraban pequeñas arrugas en los extremos debido a la preocupación.

—Si estuviera aquí, le daría una buena paliza —dijo, pasándose otra vez la mano por el pelo—. Si hubiera imaginado siquiera que él haría una cosa así, nunca te lo habría presentado. ¡Y mucho menos habría aprobado una relación entre ambos!

Tess sonrió.

—Está bien… —dijo—. No importa —y se esforzó en sonreír ampliamente, sólo para demostrarle que, en efecto, apenas le importaba.

Pero Rafe no la estaba mirando.

—¡Qué tonto he sido…! —exclamó—. Mayne no ha sido el mismo desde la primavera pasada. Lo sabía, e hice caso omiso de ello. No estoy acostumbrado a la responsabilidad de ser un tutor. ¡No puede haber peor tutor que yo en toda la cristiandad!

Parecía tan desdichado que Tess estuvo a punto de reír.

—¡Usted no es un fracaso! —exclamó alegremente.

Rafe sacudió la cabeza.

—Tú no comprendes, Tess…

—Claro que comprendo. El conde de Mayne se ha ido y me ha dejado plantada en el altar. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Pero, en realidad, no creo que estuviéramos hechos el uno para el otro —señaló Tess.

—Eso es irrelevante —aseguró Rafe—. Lo importante es que ese idiota se ha ido y te ha dejado compuesta y sin novio. ¡Compuesta y sin novio! ¡Nunca pensé que pudiera suceder una cosa semejante!

—Nadie lo sabrá…

—Todos lo sabrán. La sociedad elegante vive para este tipo de sucesos. Créeme. Lo sabrán.

—¡Ah…! —dijo Tess, sin preocuparse demasiado.

—Hay una solución —Rafe hizo una pausa—. Es rara, y seguramente causará mucho escándalo… aunque de otro modo.

—No deseo que usted vaya tras Mayne —protestó Tess, alarmada.

—Nunca. No, no. Es… bueno… —Rafe se puso de pie—. Creo que dejaré que otra persona explique esta posibilidad especial. Pero si decides no hacerlo, querida, me sentiré muy feliz de presentarte en sociedad yo mismo —se acercó a ella y la tocó en el hombro—. Estoy seguro de que te has dado cuenta de que tengo una familia muy pequeña. Soy muy

consciente de mis múltiples fracasos como tutor, pero todavía me alegra tenerte como mi pupila.

Tess le sonrió.

—Soy muy feliz y le estoy muy agradecida. Me alegra que mi padre lo escogiera a usted, Rafe.

Fue hasta la puerta y la abrió.

—Un minuto, entonces.

Cuando la puerta se cerró, Tess apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Esperaba que de un momento a otro se vería invadida por un sentimiento… trágico. Pero sólo se sintió sorprendida y, por lo demás, bastante contenta.

Por supuesto, cuando la puerta se abrió, apareció Lucius. Lo miró. Fue un sentimiento muy extraño: la vida había dado un brusco giro, como cuando murió su padre.

Lucius se acercó a ella y luego extendió su mano e hizo que se pusiera de pie. Sus ojos ni siquiera se dirigieron a su seno, pero repentinamente su vestido no le pareció audaz, sino peligroso, sensual y poderoso.

—Señorita Essex —dijo—, he venido a pedir su mano en matrimonio.

—¿Por qué desea usted casarse conmigo? —preguntó ella, mirándolo a la cara.

Él se estremeció ligeramente.

—Usted se encuentra en una situación nada envidiable —respondió—, debido al comportamiento de mi mejor amigo. Estoy obligado, como hombre de honor, a…

—¿Se casa usted conmigo porque desea hacer correr a *Something Wanton* en la Copa de Silchester? —preguntó Tess.

Felton pareció sorprendido, y un cierto alivio recorrió la espalda de la joven vestida de novia.

—No —aseguró el rico comerciante.

—¿No le parece un sacrificio excesivo tener que casarse sólo para corregir las malas acciones de su amigo? Después de todo, usted no es el hermano del conde.

—No.

Ella esperó, pero él no tenía intención de decir nada más. Por supuesto, podía rechazarlo. Ella no era un saco de leña, no tenía por qué tolerar que unos hombres la entregaran a otros como si no valiera más que un saco de leña. Abrió la boca para expresar su rechazo, y deseó hacerlo de manera casi violenta.

Sin embargo, Tess se había propuesto no dejarse llevar por los acontecimientos como una hoja atrapada en un remolino de río. Ella no era solamente una observadora de su propia vida. La idea se asoció de manera desordenada con la pequeña y triunfal nota que había escrito Imogen, y dijo:

—Muy bien.

Los ojos de Felton se detuvieron en la mirada de Tess, ardiendo como si fueran los de un ángel caído.

—¿Por qué? ¿Por qué acepta…?

Ella se llevó las manos a sus labios, pero los dedos le temblaban. De modo que prefirió encogerse de hombros.

—Necesito casarme —logró pronunciar esas dos palabras con bastante nitidez. Su voz sonaba con claridad, casi sin mostrar interés: una conducta realmente refinada—. Usted no tiene título, señor Felton, pero… —su voz se desvaneció.

—Pero tengo el… el dinero que usted desea, ¿es eso?

—Puede ser —tenía que salir airosa a cualquier precio.

—Pero…

Se volvió bruscamente hacia él. Todo aquello era demasiado humillante.

—Seré una esposa agradecida, señor. Eso se lo prometo.

La mano de Lucius Felton se apartó del brazo de aquella desesperada vestida de novia con traje de medio luto.

—Me esforzaré por ser lo mismo para usted, Tess.

—Gracias —ella lo dijo con tono frío, pero se presentía su desesperación. En aquel momento *tenía* que irse.

—¿No cree que deberíamos hablar de nuestra próxima boda?

Tess retorció con fuerza sus dedos enlazados y dijo:

—No sé demasiado acerca del matrimonio.

Él sonrió ligeramente.

—Me alegra saber que desconoce ese asunto en particular.

—Bien, usted sabe muy poco de mí —reaccionó Tess con cierta dureza.

La joven levantó la barbilla. Sintió que comenzaba a ruborizarse.

—Sé algunas cosas —la voz de Felton era como un terciopelo oscuro.

Tess abrió la boca para contestar, pero él continuó hablando.

—¿Ha compartido usted un desayuno íntimo, una cena de dos, un… chocolate a la hora de acostarse?

Tess trató desesperadamente de pensar en algo: deseaba poder decir algo que fuera refinado, civilizado, gracioso… el tipo de agudeza que Annabel habría comentado en su caso sin pensarlo dos veces. En cambio, sólo inquirió:

—¿Por qué me hace esa pregunta? —lo miró fijamente a los ojos y procuró ignorar la sonrisa que lucía Felton—. ¿Realmente quiere saber qué pienso del matrimonio?

La sonrisa de su nuevo prometido desapareció, con la debilidad con la que se apaga un fuego, como si se hubiera extinguido.

—Con un poco de fortuna, estaremos casados durante mucho tiempo.

Eso era algo parecido a una respuesta, supuso Tess. Y explicó:

—He visto matrimonios en los que la pareja nunca se habla. Pasan uno junto al otro sin mirarse. La señora Stewart, cuyas tierras están junto a las nuestras, en Escocia, hablaba de su marido sólo en tercera persona, incluso cuando él estaba junto a ella: «A él no le gustan los espárragos», decía, aunque él estuviera sentado a su lado. «Él come sólo pastel de carne, y sólo los segundos martes de cada mes».

La media sonrisa de Lucius se torció y Tess se dio cuenta, con una conmoción terrible, de lo mucho que deseaba agradar a aquel caballero. Deseaba ser feliz junto a él. Porque… de otra manera… mentalmente, agitó la cabeza, para disipar la confusión.

—Espero que el nuestro no sea un matrimonio silencioso —dijo Felton, cogiéndole la mano—. Creo que si sabemos exactamente qué esperamos el uno del otro es muy posible que éste sea un buen enlace. Y a mí me gustaría mucho que usted fuera feliz conmigo, Tess.

Tess advirtió que su nuevo prometido no había dicho nada acerca de su propia felicidad, pero no estaba segura de interpretar correctamente aquel gesto.

—¿Cuáles son sus expectativas? —preguntó ella. Y sintió que el rubor acudía a sus mejillas. ¿Podrían tener alguna relación con asuntos referidos al dormitorio?—. Debo decirle, señor Felton, que yo… yo…

De nuevo apareció aquella sonrisa en los ojos de Lucius.

—¿Mis expectativas respecto a usted? ¡Oh, se trata de cosas simples…! —y jugó con su pulgar sobre la palma de Tess—. Si nos comprendemos, yo debería esperar cualquier cosa excepto una relación… fría.

—¿Qué es lo que hay que comprender? —quiso saber Tess.

—Tengo la incómoda sensación de que usted me conoce muy bien, con sólo mirarme. Creo que no puedo decirle nada…

—¡Oh, no! —exclamó ella.

—Si yo fuera un caballo, señorita, ¿ganaría la carrera? —preguntó Lucius, observándola

atentamente.

Durante un segundo, la joven trató de mirarlo como a un purasangre. Sería un caballo muy musculoso, desde luego, listo para patear a un rival, nervioso, más rápido que los demás… Un ganador.

—Sí. Usted ganaría —afirmó Tess con un optimismo contagioso—. Supongo que siempre gana, ¿no?

—A menudo —respondió él, volviendo a observar su mano—. El problema de ganar es que… bueno, en realidad, gano porque no me interesa demasiado.

—¿Ganar?

El hombro derecho de él se quiso levantar. Fue casi un encogimiento de hombros, pero no del todo.

—Exactamente. Nunca me permito involucrarme demasiado en ningún intercambio de bienes. Hace años que aprendí que la clave para ganar consistía en no sentir emoción alguna al perder.

—¡Por Dios…! —exclamó Tess con una enojosa sorpresa.

—Le digo esto, Tess, porque quiero ser absolutamente sincero con usted. La verdad es que no soy una persona ideal para el matrimonio. Me agrada usted muchísimo… Pero parece que, por naturaleza, no tengo capacidad para sentimientos profundos.

—No soy… —pero Tess no pudo encontrar las palabras adecuadas—. No plantearé ninguna exigencia —dijo.

Él sonrió y apareció un pícaro diablillo en sus ojos.

—Yo plantearé las exigencias —replicó él, tomándole las manos para llevarlas a sus labios—. Seré yo quien plantee exigencias, señorita.

Ella era virgen. Nunca había estado casada, como él agudamente señaló. Pero podía reconocer el deseo desnudo en la voz de Felton con la misma certeza con que un experto rastreador reconoce las huellas de los animales en un sendero. Pudo sentir un rubor que comenzaba en su pecho y que conseguía que sus mejillas se sonrojaran.

Él no esperó ninguna respuesta. Su beso fue apasionado y salvaje, un beso que requería todo lo que Tess pudiera entregar. Y como todos los besos de Lucius, dijo mucho de sí mismo: había en aquel ímpetu un afán de posesión. Él se proclamaba dueño y señor del virginal cuerpo de Tess y consiguió que se entregara y sus rodillas temblaran, de modo que se inclinó sobre él y acercó la cabeza de Lucius Felton a sus ardientes labios.

Fue él quien se apartó. Respiraban con fuerza.

—¿Estás segura de que no me exigirás nada, Tess? —dijo él en un susurro, con su voz más profunda… más grave de lo que ella podía recordar.

Aquel caballero, su prometido, estaba contemplando a una nueva Tess. Una mujer que, evidentemente, no iba a ser una sencilla esposa, correcta y modesta.

Mientras él la miraba, los labios de la joven se rizaron en una sonrisa que hubiera podido adornar a una experta cortesana. Extendió una mano y puso un dedo tembloroso sobre sus labios.

—Podría imponer algunas exigencias propias —sugirió.

El corazón de Lucius cantó al ritmo de su voz, ante el deseo puro que veía en los ojos de su futura esposa.

—Gracias a Dios que Mayne fue lo suficientemente amable para proporcionarnos un obispo que pueda casarnos de inmediato —dijo él con voz ronca.

—Efectivamente —confirmó ella.

Y le besó otra vez.

Capítulo veintiséis

El resto de la mañana transcurrió en un clima parecido al de un sueño. Griselda, la pobre lady Griselda, apareció llorando, anunciando su intención de partir de inmediato. Fue disuadida por Rafe, que señaló que las muchachas todavía necesitaban una dama de compañía.

—Sencillamente, no puedo creer que mi propio hermano haya hecho una cosa tan despreciable —gimoteó, retorciéndose las manos—. Jamás hizo… —pero entonces pareció recordar alguna otra egregia calaverada de Mayne y calló—. Estás mejor sin él —le dijo a Tess—. Aunque es mi hermano, y lo quiero, te puedo decir algo… ha estado actuando de un modo muy extraño de un tiempo a esta parte. Pensé que tú podrías ser su remedio, querida, pero…

—Él debe encontrar su propia medicina —respondió Tess con delicadeza.

La emoción le recorría todo el cuerpo, y se sentía como si estuviera aturdida de placer, casi mareada, como si un dulce zumbido, casi musical, jugara en sus oídos, como si la sangre recorriera su cuerpo y le permitiera sentir hasta el último poro de su piel. Cada pocos minutos, Tess miraba a Lucius y el calor ascendía desde sus tobillos a sus mejillas.

Annabel sonreía abiertamente, como una tonta, moviéndose de un lado a otro y cuchicheándole al oído:

—¡Lo sabía! ¡Sí, yo lo sabía! ¡Soy tan inteligente…!

El obispo, horrorizado por el comportamiento de su sobrino, aceptó casarlos con la licencia especial, rápidamente, borrando el nombre de Mayne para reemplazarlo por el de Lucius Felton.

—¡Buen hombre! —decía una y otra vez, haciendo el gesto de querer palmear a Lucius en la espalda para luego detenerse, casi avergonzado. Lucius no era el tipo de hombre a quien uno pudiera dar palmaditas en la espalda.

—Mi sobrino es un malvado… Ha dejado abandonada a esta dama encantadora. Es un malvado, pero tiene amigos excelentes. No se los merece.

—Sí… —dijo Lucius sin comprometerse.

Finalmente, el obispo abrió su libro y comenzó la primera parte de la ceremonia. Era evidente que sentía que cualquier retórica romántica debería obviarse en aquella ceremonia en particular. Tess sentía que las palabras corrían como agua por sus oídos, pues el oficiante hablaba atropelladamente.

—¿Tomas a esta mujer…? —quiso preguntar, y luego hizo una pausa.

Con su voz profunda y clara Lucius respondió:

—Sí.

El obispo se volvió hacia Tess.

—¿Y tú? ¿Tomas a este…? —pero la novia ya no pudo siquiera entender el resto de la frase, aunque trató atenta y desesperadamente de escuchar el nombre completo de Lucius. El obispo hizo una pausa y la miró.

Tess sintió que comenzaba a articular una palabra, independientemente de su voluntad.

—Sí.

—Bien —dijo el obispo de todo corazón, y luego regresó a la Biblia, evidentemente aliviado al ver salvada la reputación de su sobrino.

Tess se mordió el labio. Se sintió decepcionada, como un trozo de carne que la cocinera decide guisar porque está a punto de empezar a pudrirse. De pronto notó que unas manos grandes tomaban las suyas. Miró y vio los ojos de Lucius clavados en los suyos.

Y donde otros podrían haber visto un rostro inexpresivo, ella vio una sonrisa, una

sugerencia alentadora de cariño, un centelleo que indicaba que después se iban a reír juntos, rememorando aquella precipitada e irreverente boda.

El obispo se serenó cuando pasó a la siguiente parte de la ceremonia:

—Yo, Lucius John Percival Felton, te tomo a ti, Teresa Elizabeth Essex, como mi esposa legítima, para amarte y protegerte a partir de este día…

Esta vez, Tess escuchó su nombre claramente. Levantó una ceja. ¿*Percival*?

—En lo bueno y en lo malo —recitó Lucius con voz firme, siempre sosteniendo las manos de ella entre las suyas y mirándola—, en la riqueza y en la pobreza…

«No es que el dinero sea un problema para él… para nosotros», pensó Tess. Tal vez las cosas serían más fáciles para ellos si no hubiera tanto dinero de por medio. Pero descartó semejante idea: era ridícula.

—En la salud y en la enfermedad —continuó Lucius—, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe, de acuerdo con las sagradas leyes de Dios y, con esto, comprometo mi fidelidad.

Se encontró con la mirada de Lucius. Todo había sido casi ridículo, pero aquello, en realidad, era muy serio. Sintió un súbito temblor de júbilo cegador al darse cuenta de que estaba casándose con Felton y no con Mayne.

—Yo, Teresa Elizabeth Essex, te tomo a ti, Lucius John Percival Felton, como mi esposo legítimo, para amarte y protegerte a partir de este día, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte, para cuidarte y para obedecer…

Y acto seguido, antes de que tuviera tiempo de pensar otra vez, él depositó un casto beso en su mejilla, ella lo cogió del brazo y se giraron hacia los invitados. Annabel estaba llorando y Josie sonreía abiertamente. Rafe daba instrucciones a Brinkley para que descorchara rápidamente tantas botellas de champán como pudiera encontrar en el sótano.

—¡Una breve celebración! —gritó, agitando una copa con una gran sonrisa—. Luego despediremos a los recién casados, que partirán a su propia morada.

Tess parpadeó y miró a Lucius.

—Tengo una casa a una hora de aquí… más o menos —explicó Felton—. Pensé que podríamos pasar un breve tiempo los dos solos.

—¿No deberíamos ir a Londres inmediatamente? —preguntó Tess desconcertada, pensando en la necesidad de sacar a Annabel de la casa de Rafe.

Pero él sólo añadió:

—Tus hermanas estarán bien aquí. Lady Griselda ha aceptado quedarse como dama de compañía.

Tess frunció el ceño, pero él la tranquilizó:

—¿Confías en mí, Tess?

Ella lo miró a los ojos.

—Sí.

Y eso fue todo.

Las horas siguientes transcurrieron como cabría esperar, pero un hábil observador se habría detenido en un momento singular: Tess estaba sentada en su tocador, preparándose para partir, con Annabel y Josie sentadas en la cama detrás de ella. Josie estaba llorando un poco porque, como ella dijo:

—A Imogen le habría encantado estar aquí. Y ahora nunca volveremos a estar todas las hermanas juntas otra vez. No será lo mismo.

—Será mejor —corrigió Annabel—. Tess, ¡estás casada con el hombre más rico de Inglaterra! ¡Nuestra hermana será la mujer más rica del país!

Josie agregó:

—No sé, según dicen todos, William Beckford de Fonthill Abbey es el hombre más

adinerado de Inglaterra.

Tess arrugó la nariz mirándolas.

—¿Y qué diría de esta vulgar conversación la señorita Flecknoe?

—¿Crees que tu marido es dueño de un castillo? —preguntó Josie—. Es posible que te conviertas en la «dama del castillo». ¡Oh, Tess, qué afortunada eres!

—Un castillo… —repitió Tess.

—Estoy segura de que tendrá algo parecido —intervino Annabel—. Todos los héroes de novela poseen castillos. ¿Quién sino el hombre más rico de Inglaterra puede ostentar un verdadero castillo?

—Los castillos son para los reyes —dijo Tess con firmeza, empujando una última horquilla y colocándola en su sitio—, no para la gente sencilla como nosotros.

Josie ululó como un alegre mochuelo.

—¡Uh, uh, uh…! ¡Gente sencilla! ¡Estás soñando, Tess!

Annabel se encontró con los ojos de Tess en el espejo.

—Josie, me gustaría estar un momento a solas con Tess, si no te importa…

Josie entrecerró los ojos.

—Si vais a hablar de la noche de bodas, os recuerdo que conozco perfectamente los detalles.

—No le diré nada a la señorita Flecknoe al respecto —dijo Annabel, llevándola hasta la puerta y empujándola afuera.

—También yo estoy al tanto —señaló Tess, dándose cuenta de que sus manos temblaban un poco—. Y ya hablamos anoche de este asunto, Annabel.

—Siempre me ha parecido que estar «al tanto» de los fundamentos de tal actividad doméstica no significa efectivamente tener capacidad para llevarlos a la práctica —aseguró Annabel con firmeza—. ¿No tienes miedo?

Tess se quedó pensativa.

—Un poco. Espero comportarme adecuadamente, sea como fuere, dadas las circunstancias.

—Parece que se trata de una actividad de pésimo gusto —suspiró Annabel—. Por lo que sé, Tess, lo más importante es soportarlo con una sonrisa. La señora Howland, en el pueblo, me dijo que no hay nada que moleste más a un hombre que negarle…

Tess pensó en la generosidad de la señora Howland.

—Pero no nos desalentemos innecesariamente —continuó Annabel—. Debe de haber algo atractivo en ello, o no habría tantos niños en el mundo.

—Trata de esconder tu naturaleza maternal cuando estés en Londres, por favor —recomendó Tess, divertida.

—Dudo que sean muchos los hombres que escojan a sus cónyuges por sus ansias maternales —dijo su hermana—. Y si el caballero a quien escojo muestra esa propensión, estoy segura de que puedo arreglármelas para explayarme sobre el tema lo suficiente como para atraer su atención.

Annabel estaba siempre segura de que podía hacer lo que fuera necesario: fingir virtudes maternales, capturar el corazón de todos, soportar toda clase de molestias íntimas con una sonrisa…

—Ojalá tuviera yo tu confianza —exclamó la recién casada, poniéndose de pie y mirándose por última vez en el espejo. No había ninguna excusa para no regresar al salón, donde su marido la aguardaba. El carruaje de Lucius estaba esperando; su nuevo matrimonio también, como un conjunto de ropa que todavía no se ha usado.

—Sin duda, yo temblaré como una liebre acorralada cuando me toque el turno de ir al lecho nupcial —comentó alegremente Annabel—. Pero, por lo menos, tendré la suerte de contar con tu experiencia. Gracias al cielo, nunca hemos sido pacatas a la hora de hablar de

todo en detalle. Querré saber hasta los más nimios pormenores cuando te vea la próxima semana.

Tess se giró y le dio un fuerte abrazo de despedida. Pero, por dentro, estaba pensando que Annabel todavía no comprendía del todo la situación. Tess no podía imaginarse a sí misma haciendo una descripción detallada de lo que fuera a ocurrir entre ella y Lucius.

Realmente, como había dicho Josie, las cosas nunca volverían a ser iguales.

Capítulo veintisiete

Resultó que lucios tenía el carruaje más elegante que Tess hubiera visto jamás, y, por supuesto, era una necedad advertir que nunca había tenido la ocasión de viajar en uno semejante. Estaba pintado de verde oscuro brillante y un par de espléndidos caballos grises tiraban briosamente de él.

Tess besó por última vez a Annabel, haciendo caso omiso del guiño de su hermana, y besó también a Josie. Prometió volver a verlas muy pronto y escribir todos los días. Se sentó sobre el asiento de terciopelo y miró las pequeñas lámparas doradas del interior y el tapizado con flecos de oro.

—¿Lo encuentras excesivamente lujoso? —quiso saber su marido.

¡Su marido!

Tess no podía pensar siquiera en qué decir. Tenía sólo una idea en su mente, y se convenció de que no era más que una mujerzuela liviana por tener precisamente *esa* idea. Se sentía casi mareada a fuerza de pensar en ello. Temerosa pero…

¿Cómo se las arregla una en una situación tan incómoda? ¿No es una verdadera humillación? ¿Gussie le pondría el camisón y la dejaría en la cama? ¿La desvestiría el señor Felton? Esperó fervientemente que fuera así. En primer lugar, no tenía corsé. Llevaba una camisa encantadora, gracias a lady Griselda, pero ¿qué pasaría si se rompía? Annabel estaba segura de que el preludio consistía en que el caballero le destrozaba la ropa a su esposa.

Nada de lo que dijo Tess pudo disuadirla.

—Ellos rasgan la ropa de la esposa —había dicho en la habitación, tras la boda, con un gesto de pícaro placer.

—Eso es sencillamente imposible —había sido la respuesta de Tess—. Piensa en el herrero y su esposa, por ejemplo. El señor Helgarson tiene seis niños. Obviamente él y su esposa han… —su voz se fue desvaneciendo.

—¡No seas tan mojigata! —le había reprochado Annabel—. Mañana serás una mujer casada. ¡Apuesto a que al señor Helgarson le encanta el baile de las sábanas!

—Bien, y si soy casi una mujer casada, ¿cuál es tu excusa? ¿Dónde aprendiste esas expresiones tan vulgares? —había protestado Tess.

—Las criadas. De todos modos, los maridos, después de veinte años de matrimonio, no pueden ponerse a romper ropa, pero estoy absolutamente segura de que los recién casados sí lo hacen. Completamente segura. El hombre no puede esperar, como sabes. Ellos son… son como un semental en primavera —a las niñas nunca se les había permitido ver un apareamiento, por supuesto, pero nadie podía pasar demasiado tiempo en un establo sin comprender la principal razón que mantenía a un semental en las cuadras.

—Mira —había añadido Annabel—, si tu marido no te arranca la ropa, sería una señal de una completa falta de interés por el acto, ¿no? Como si estuvieras casada después de muchos años. Es más: ¡es muy probable que tu maridito te rompa la ropa y te la arranque en el mismísimo carruaje!

En ese momento, Tess miró el brillo que había en los ojos de su marido y no tuvo la menor duda de que si rasgar la ropa era un preludio que indicaba interés, seguramente Lucius comenzaría de inmediato a tirar su vestido.

Nunca se había sentido más ingenua en toda su vida. ¿Cómo decirle: «Por favor, no me rompas la ropa hasta que tenga otra para ponerme»? ¿Había alguna manera de retrasar lo inevitable? ¿Enfermar? ¿Excusarse diciendo que tenía la menstruación? Pero, entonces, ¿qué ocurriría cuando llegara de verdad su menstruación? Oh, ¿por qué su madre había muerto dejándola a ella sin consejo alguno? Se mordió el labio con fuerza. Pronto todo habría

terminado y sólo tendría que acostumbrarse a la vida de casada.

—Mi casa no está lejos de las ruinas que visitamos el otro día —explicó Lucius, que no dejaba de mirarla.

Tess logró esbozar una sonrisa.

—¡Qué encantador…! —murmuró.

—Pensé que podríamos detenernos para disfrutar de una comida campestre. El cocinero de Rafe nos preparó una cesta de picnic.

—¡Oh…! —exclamó Tess sin demasiado entusiasmo. Parecía que su nuevo marido no estaba tan deseoso de *aquello* como ella había imaginado… Pero apartó de su mente semejante idea. Casi sintió que era ella quien… ¡no!—. ¡Eso sería estupendo! ¡Adoro las ruinas!

Lucius disimuló una gran sonrisa. Parecía que su nueva esposa tenía un par de cosas en las que pensar. Pero su intención era dejar que todo transcurriera de modo natural. Él tenía una vida ocupada. Viajaba con frecuencia y lo hacía solo. Ambos tenían que establecerse y forjar una cómoda vida de casados, una que prometiera agradable compañía durante aquellos días que estuvieran juntos y agradable diversión por la noche, si ocurriera que ambos se encontraran en la misma casa y los dos tuvieran deseos de divertirse, obviamente.

Felton había pensado muchísimo en todas esas circunstancias y, mientras él nunca interpretara el papel de un marido apasionado, esa actitud la protegería de caer en la ilusión de que él era uno de *aquellos*. En otras palabras, la protegería de la ilusión de que él estaba enamorado de ella, o de que alguna vez pudiera estarlo. Un recién casado *normal* no pensaría en detenerse en el campo para hacer un picnic. Pero ellos no eran esa clase de pareja. Eran una pareja menos íntima. Él no quería esa suerte de intimidad, que sugería demasiadas promesas escondidas que él no podría cumplir. Convertirse en esa clase de pareja le rompería el corazón a Tess.

Si de algo estaba muy seguro Lucius, era de que no podría soportar ver la decepción en los ojos de su mujer. Si ella conocía bien las limitaciones de su marido, nunca se sentiría desilusionada.

—Estoy hambriento —comentó él—. Y como todavía falta una hora para llegar a mi casa, estoy seguro de que nos sentiríamos muy incómodos si le hiciéramos un desprecio a nuestro apetito.

Ella abrió los ojos desmesuradamente, entre sorprendida y estupefacta, pero asintió con la cabeza. Obviamente, se había imaginado que los recién casados *no* sentían hambre.

El único problema que presentaba el plan de Lucius era que resultaba muy difícil mantener sus manos lejos de ella. Tess estaba sentada frente a él. Su cuerpo esbelto se balanceaba con los movimientos del carruaje y él sólo podía pensar en tomarla entre sus brazos y comportarse como el más miserable de los bribones. Seguía elaborando ideas perfectamente sensatas sobre su futuro, sin embargo, una parte de su mente estaba dominada por frenéticos pensamientos de un tenor completamente diferente.

Y lo que era peor: esa parte de su mente pretendía adueñarse también de todo su cuerpo. Con gesto despreocupado, recogió el faldón de su abrigo sobre sus piernas. No había nada malo en pensar qué quería hacer. De hecho, una vez que estuvieran en la oscuridad de su dormitorio y hubiera pasado algún tiempo después de la cena… el suficiente para que ella entendiera que las obligaciones maritales constituían una ínfima parte de su vida conyugal… En fin, pretendía una delicada y agradable escena… Por supuesto, él se ocuparía de que fuera agradable…

Por un momento, su raciocinio perdió el dominio de sí mismo y su cabeza se enturbió con una imagen soñada de Tess a la luz de una vela… Él estaría de pie frente a ella, la besaría… no. Frotaría con el pulgar la orla de su pecho. Ella temblaría en sus brazos. Él bebería de su dulce boca, esa boca pícara, bebería profundamente…

No.

Ya no podía moverse sin revelar que había partes de su cuerpo que actuaban por sí mismas: su proverbial dominio racional iba desapareciendo. Se reclinó contra el asiento y cerró los ojos.

—Creo que dormiré un poco —le dijo a su esposa. Su voz sonaba ronca de deseo, pero seguramente ella no podría reconocer ese tono. La miró a través de las pestañas. Tess parecía desconcertada. Bien. Estaba funcionando. Ella estaba llegando a comprender que no era un hombre de emociones poderosas.

Por supuesto, Felton sí tenía emociones poderosas. En aquel momento era una masa ardiente de lujuria animal, con todos sus músculos tensos, esforzándose en no saltar al otro lado del asiento, besarla, pedirle que olvidara lo estúpido que había sido, mostrarle de todas las maneras posibles que estaba poseído… más que poseído, moribundo, por el contacto con sus labios. Por el contacto de sus dedos…

En su imaginación, la pequeña mano de Tess tocaba sus labios, como había hecho la noche anterior y su piel ardía con el fuego de ese simple pensamiento. Sus dedos… tal vez tocándole el cuello. Incluso, en su mente, se quitó violentamente la corbata. Estaba casi estremeciéndose.

¡Dios santo…! El carruaje vibraba al detenerse.

Abrió los ojos y fingió que una siesta de unos cuarenta y cinco segundos era una ocupación totalmente placentera y normal para él.

Un lacayo abrió la puerta. Lucius ayudó a bajar a Tess, perfectamente vestida y con su sombrero intacto, tal y como había subido al carruaje. Luego descendió él, evitando mirar a los ojos a su criado.

Los criados, por supuesto, eran libres de besar a sus novias a cualquier hora del día y en cualquier situación. El hombre probablemente pensaba que su amo no era digno de semejante tarea. En fin, no podía por menos que entenderlo.

Otro lacayo esperaba a un lado, sosteniendo algo parecido a unas mantas. ¡Maldición, seguramente Rafe ordenó que se llevaran esas mantas! Y como Rafe no tenía nada de romántico en su cuerpo ni en su mente, Lucius pudo imaginar qué debió de pensar su amigo que iba a ocurrir en ese picnic.

Un destello de enojo se manifestó como un gusto amargo en su boca. Sinceramente: ¿cómo podía pensar Rafe que él intentaría algo con su nueva esposa en un campo por el que cualquiera podía pasar? Incluso alguna vaca…

No era lo que él deseaba.

Lucius le ofreció el brazo a Tess, que le sonrió dulcemente.

—¿No hace un día precioso?

Lucius miró a su alrededor como si fuera ciego y asintió con la cabeza. La hierba verde esmeralda brotaba donde el señor Jessop había cortado el heno. El sauce estaba empezando a dejar caer hojas amarillas sobre el césped. Todo era bastante… pintoresco.

—Señor Felton —dijo Tess.

—Lucius —interrumpió él.

Lo miró. Su cara era un óvalo encantador. Él desvió otra vez sus pensamientos.

—Mi nombre es Lucius —continuó él, con un tono de voz frío, fruto de la tensión.

Tess se sonrojó y se mostró turbada.

—Lo siento. No me di cuenta de que… es decir, mis padres se trataban muy formalmente.

—Probablemente no cuando estaban juntos y a solas —sugirió él.

Ella pensó en ello un momento, mientras él sospechaba también que su propia madre sin duda se dirigía a su marido llamándolo «señor Felton» en todo momento, incluso en las situaciones más íntimas.

—Espero que nunca te dirijas a mí de manera formal —añadió.

—Por supuesto —dijo—, Lucius.

Ese sonido era maravilloso en sus labios. El criado extendió las mantas bajo el sauce, bajó el cesto del carruaje y luego se quedó allí, mirando. Era una escena sumamente molesta. Lucius suspiró. No quedaba más remedio que vivir de acuerdo con las vulgares expectativas del mundo.

Se puso a un lado y ordenó a los hombres que montaran en el carruaje.

—Regresad a Silchester y comed algo allí —les dijo bruscamente—. Volved más tarde, dentro de algunas horas.

¡Maldición! ¡Cómo odiaba la insinuación que había en sus ojos! Él podía ser un caballero que, como decían sus padres, «se ensuciaba las manos trabajando», pero eso no significaba que no fuera un caballero.

Tess lo estaba esperando, arrodillada sobre la manta de un color rojo brillante y abriendo la canasta. Parecía absolutamente feliz. Tal vez un alegre picnic era una idea mucho más agradable para ella que una exhibición excesiva de entusiasmo sexual sobre el cual (Lucius estaba casi seguro) ella no sabía nada en absoluto. Lo cierto era que él se estaba comportando como un marido extraordinariamente considerado. Aunque, por otra parte, la idea era un tanto enojosa.

Las hojas del sauce tenían el envés plateado. Sus largas y finas ramas se dejaban caer lánguidamente sobre la manta carmesí e incluso sobre el pelo de Tess, destacando su color rojizo profundo. Un rojizo glorioso y aterciopelado…

—¿Te gustaría caminar hasta las ruinas primero? —preguntó Lucius repentinamente.

Tess lo miró. Estaba empezando a pensar que se había casado con un hombre cuyo humor era excesivamente cambiante. Una no podía saberlo por su expresión, por supuesto. Era imposible leer algo en el rostro de Lucius. Pero podría haber jurado que no dejaba de mirarla cuando estaban en el carruaje; luego imaginó que no la miraba; luego ella decidió… Bien, simplemente era imposible saberlo.

—Por supuesto —aceptó ella, poniéndose de pie—. Vamos por aquí, ¿no? —La verdad era que no tenía ningún deseo especial de volver a caminar con molestos equilibrios sobre las ruinas de aquel pueblo romano.

En lugar de ir por el campo hacia las pequeñas y desiguales alturas, Tess se desvió a la izquierda. Más allá de aquel campo de heno, había otro. Y más allá, un cercado de piedra, un poco fuera de lugar, y más adelante, un sicomoro que crecía en la cima de una pequeña colina, de modo que la luz del sol permitía imaginar que sus hojas eran doradas.

—Mira eso —dijo ella suavemente—. Como las manzanas de Atlas.

—Eres una fuente de conocimientos clásicos —dijo Lucius con cierta sorpresa—. ¿Atlas tenía un árbol dorado? ¿Con una perdiz, como en ése?

—No —dijo ella, con un gorjeo de risa que a él le encantó—. Perseo encontró un jardín con un árbol dorado que daba manzanas doradas. Y…

—¡Ya recuerdo! —exclamó Lucius—. Cortó la cabeza de la Medusa y convirtió a Atlas en piedra, ¿no?

—Exactamente.

—Entonces tú y tus hermanas debéis de haber leído por lo menos hasta la «O».

—No. Durante un tiempo, el vicario local se interesó por nuestra educación y fue él quien nos hizo leer la *Metamorfosis* de Ovidio.

—Una rara elección para un vicario.

—Era un vicario raro. Desafortunadamente, empezó a mostrar fuertes sentimientos hacia Annabel y mi padre tuvo que escribir al obispo para que lo enviara a otra parroquia.

Llegaron al árbol dorado, que resultó ser un sicomoro majestuoso, y que, obviamente, no tenía hojas de oro. Bajo el árbol había dos tumbas pequeñas, ligeramente inclinadas. Tess

se arrodilló inmediatamente en el césped y quitó las hojas y el polvo de una de las lápidas.

—«Emily Caudwell» —leyó en voz baja—. Oh, Lucius, tenía sólo dieciséis años. Pobrecita. Y aquí dice: «William».

—El marido, supongo —dijo Lucius, inclinándose para observar de cerca la vieja lápida.

—La sobrevivió veinticuatro años… o tal vez veinticinco, no puedo leerlo bien.

Tess se puso a arrancar las malas hierbas de la tumba de Emily y se manchó los guantes. No importaba demasiado, ya que Lucius había decidido desechar hasta la última prenda del vestuario de su esposa y comprarle todo nuevo, desde el calzado a los sombreros. De todas maneras, se inclinó y arrancó algunas malas hierbas de la tumba de William. Pobre hombre.

—No quites ésa —lo detuvo ella, poniendo una mano sobre su brazo cuando estaba a punto de arrancar un gran manojo de flores silvestres.

—¿Por qué no?

—Esas flores se llaman «pensamientos». Seguramente él los plantó cuando ella murió. ¿Ves…? Cubren la tumba de ella y se han extendido hacia la del hombre…

—¿Pensamientos? —repitió Felton, mirando el ramillete de frágiles flores en su mano. Parecían débiles, aunque los pétalos de color violeta con corazones amarillos en su interior eran encantadores.

—No debieron de haber estado casados mucho tiempo, ya que ella tenía sólo dieciséis años. Plantar pensamientos fue una idea encantadora. También los llaman «amor perfecto» —explicó.

—Prefiero ese nombre: «amor perfecto» —dijo Lucius con una sonrisa jugueteando en sus labios—. ¿Tienen algún otro?

Sedosos bucles de color rojizo comenzaban a caer de su sombrero de lazos, de modo que, sin pensarlo demasiado, Lucius desató las cintas y se lo quitó.

Los cabellos de Tess se desprendieron de las horquillas que sujetaban el pesado rodete sobre la nuca. Él tomó unas florecillas amarillas y se las puso en el pelo.

Decididamente, ella estaba ruborizándose. ¿Cuántos hombres tenían la suerte de casarse con una novia que se ruborizaba?

—¿Otro nombre? —dijo ella—. «Beso en el campo» —dijo sin mirar a su esposo.

Él cogió tres ramilletes más y los colocó en su brillante pelo.

—¿«Beso en el campo»? ¿Qué te parece «beso debajo del sicomoro»? juro que he escuchado ese nombre alguna vez…

Una sonrisa temblaba en los labios de Tess.

—Supongo que podría ser un nombre de flor.

Él se arrodilló ante ella. Los labios de la joven eran tan sedosos como su febril imaginación los recordaba. Recorrió con sus manos el brillante pelo. La forma perfecta de su cabeza hizo que sus dedos temblaran. Un doloroso placer le llevó a exhalar un pequeño suspiro de aliento.

Primero la besó como si ella fuera una novia pudorosa y él un marido afectuoso, con suavidad, dulcemente y prestando atención a la inocencia. Pero, gradualmente, la tempestad en su sangre comenzó a alejar al caballero que había en él y empezó a saborearla más que a besarla. Y a saborearla… saboreando a Tess, su esposa, su propia esposa… Era como un estado de embriaguez en el que, a cada dulce beso, aumentaba la pasión.

Sus dedos se entrelazaron posesivamente en su pelo dulcemente perfumado e inclinó su cabeza para apoderarse de su boca, esa boca insoportablemente deseable, con un gruñido que nadie podría asociar al comportamiento de un caballero.

Si Tess hubiera tenido alguna experiencia, se habría dado cuenta de que su marido acababa de convertirse en uno de aquellos hombres rústicos que arrancaban la ropa de sus esposas, que se lanzaban sobre una pobre joven en el interior de un carruaje, en un jardín…

bajo un sicomoro…

Pero ella se estaba ahogando, su cabeza giraba. La boca caliente de él sobre la suya… ¡caliente! ¿Cómo podía estar tan caliente? Tess tuvo la impresión de haber perdido sus sentidos más importantes, que giraban alrededor para que todo lo que ella pudiera hacer fuera aferrarse a los hombros de su esposo y esperar, luchando contra las extrañas .sensaciones que se apoderaban de su cuerpo, haciendo temblar sus rodillas, haciendo brotar un inesperado fuego entre sus piernas. Parecía que su frente tuviera fiebre. Es más, todo su cuerpo parecía sometido a aquel impulso febril.

Era alarmante y a la vez cautivador. Tess se asustaba de sus propias emociones, como si alguna parte animal en ella no quisiera otra cosa que tomar a Lucius por la tela que envolvía su cuello para tenerlo cada vez más cerca. Pero más cerca ya no podían estar. Su cuerpo se apretaba contra el de Lucius de modo que sus pechos se aplastaban con fuerza contra él, y podía sentir… podía sentir…

Tess comenzó a sentirse bastante mareada. El pelo suelto le caía sobre la espalda; y las manos de Lucius se movían sobre ella. Cuando él la besaba, ella no podía pensar… Y luego sus labios se movieron hacia su garganta, hasta que repentinamente la mente de ella se llenó de interrogantes.

—Lucius —dijo con voz temblorosa en el calor silencioso de la tarde. Nada le respondió. Pero no podía estar equivocada. Todo lo que ella y Annabel sabían sobre los hombres y las mujeres indicaba que Lucius estaba planeando hacer algo más que besarla bajo el sicomoro.

—Lucius… —repitió. Y otra vez—: ¡Lucius!

Él le acariciaba el cuello, susurrando algo contra su piel y su enorme mano le recorría la espalda, acariciándola tan tiernamente que ella empezó a temblar, y una abrumadora oleada de calor se apoderó de su cuerpo, persiguiendo la huella de su mano errante, que estaba… que estaba…

—¡Señor Felton! —gimió Tess en un suspiro.

Se apartó de ella de inmediato.

—¡Nunca vuelvas a llamarme así! —le dijo. Su voz era un gruñido.

—¿Por qué no? —dijo temblorosa, tratando de concentrarse en algo que no fuera el hambre en sus ojos y su gran deseo de entrelazar los dedos en el pelo de él y atraerlo hacia sí.

—Mi nombre es Lucius —dijo, poniéndose de pie y ayudándola a levantarse—. ¿Caminamos hasta las ruinas ahora?

La sorpresa de sus besos había conseguido que su corazón sacudiera dolorosamente su pecho y aquella conmoción la sumió en un sentimiento de desolación.

—Bien, aquí estamos —dijo ella tranquilamente, cuando se acercaron a los destruidos muros—. ¿Qué parte de las ruinas en particular te interesó tanto como para desear volver a visitarlas?

Lucius difícilmente podía decir que no había nada interesante en una pila de escombros cubiertos de musgo. Tampoco podía contarle que había propuesto aquel picnic sólo por una razón: postergar la llegada a su casa con el propósito de que su esposa no pensara que él era una bestia ciega que sólo deseaba arrastrarla a su cama.

Pero efectivamente era así.

—Me pareció que aquella sala de baños era sumamente interesante —contestó tranquilamente—. Si no te opones, me gustaría echar una segunda mirada al sistema de tuberías que conduce al baño. Estoy pensando en instalar yo mismo un baño de ese tipo.

Con cuidado, Lucius la ayudó a bajar por las piedras derrumbadas. Pero el baño era manifiestamente poco interesante. Después de observar el hoyo durante un momento, no se le ocurrió nada para continuar fingiendo interés.

—Esto debe de haber conducido a una cisterna —dijo.

Su esposa estaba mirando directamente el cielo, así que también él miró. Algunas aves volaban enloquecidas dando vueltas y persiguiéndose unas a otras.

—Del latín, *cisterna* —dijo ella en tono de aprobación, sin apartar sus ojos de los estorninos.

—Exactamente —admitió él con cierta sorpresa—. Tienes unos conocimientos extravagantes, Tess —e inclinó hacia atrás la cabeza para mirar las aves en vuelo, tal y como ella lo estaba haciendo.

—Se están apareando —explicó Tess, volviéndose para mirarlo. De pronto empezó a sentirse más audaz, más experimentada. Y casada.

—Lo dudo. En esta época del año… —señaló Lucius.

Pero Tess estaba poseída por un ataque de alegría que comenzaba a subírsele a la cabeza. Era una oleada de júbilo por haberse casado con aquel hombre grande y deslumbrantemente elegante que la miraba con tal deseo. Él no fingía halagos. Y no se ejercitaba en las florituras cortesanas de Mayne.

El cielo era profundo y azul, su marido estaba junto a ella, con un aire confundido y hambriento, y ella estaba casada. ¡Casada! ¡Las mujeres casadas podían hacer lo que quisieran! ¡Todo! Podía besar a su esposo bajo los sicomoros y no perder su reputación.

Podían…

Se volvió lentamente hacia su marido.

Podían hacer exactamente lo que deseaban y no contentarse simplemente con observar la vida pasar. Ellas… las mujeres casadas, alargaban la mano y tomaban lo que querían.

Lucius Felton jamás olvidó la siguiente escena. La recordó toda su vida. Su esposa, ruborizada y virginal, desapareció. Se encontró ante una mujer cuya boca adquirió de pronto una inclinación que sólo podía describirse como lujuriosa. Esa sonrisa no era la de una inocente…

Extendió la mano hacia él y Lucius parpadeó, conteniéndose.

—Lucius —dijo.

Tess metió sus dedos entre los cabellos de su marido, rodeando su cabeza, y se aproximó a él manteniéndose de puntillas.

—Lucius…

Y como él no logró que su cuerpo congelado se moviera, Tess atrajo su cabeza hacia ella y oprimió sus labios contra los de su esposo, y suplió su escasa experiencia con un instinto natural.

Él gimió y sus últimas hebras de dominio de sí mismo se deshilvanaron por completo.

Estaban allí, los dos solos, uno en brazos del otro, en un lugar que podía muy bien haber conocido muchos abrazos romanos.

Y, tal y como Tess había comprendido durante su primera visita, los romanos estaban interesados en algo más que uvas y acueductos.

Capítulo veintiocho

En su vida adulta, Lucius jamás se había detenido ni un segundo a pensar en la idea de desflorar a una esposa recién casada. En primer lugar, porque no tenía planeado tener una. Y en segundo término, porque su parte cínica mantenía la idea de que no había tantas vírgenes disponibles, de todos modos. Y además la sola idea de la virginidad le resultaba tediosa. ¿Qué podía ser menos interesante que una mujer que no sólo no sabe lo que le gusta —y muy bien podría ocurrir que no le gustase nada de eso—, sino que tampoco sabe cómo complacer a un hombre?

No: las vírgenes no eran atractivas.

Hasta ese momento.

Porque Tess era una virgen que seguramente le haría cambiar de idea definitivamente y, además, sabía muy bien que después de hacer el amor con ella no habría ninguna posibilidad de una segunda virgen.

Su esposa era alegre, en primer lugar. Su voz era profunda, llena de deseo, llena de alegría. No temblaba de miedo, sino de excitación. Y sus ojos no brillaban por el terror, sino por la pasión y la curiosidad. ¡Su curiosidad! Ella deseaba besar la cara interna de la muñeca de Lucius, para luego preguntarse qué sabor tendría el resto del brazo. Tuvo que quitarse la camisa para satisfacer su curiosidad, y la sensación de sus delgados dedos recorriendo el vello de su pecho fue suficiente para desarmarlo. Allí estaba él, un caballero inglés, con el pecho descubierto al aire libre. Era una sensación curiosa, algo… liberador.

Logró mantener la suficiente presencia de ánimo para permitir que los dedos de su esposa jugaran con su piel, pero no tocó sus pantalones. Ella, aun con sus ojos brillantes y su risa, no se aventuró por debajo de la cintura.

Terminaron, como era natural, sobre el banco cubierto de musgo que recorría toda la habitación. Primero se sentaron uno junto al otro. Luego ella encontró la manera de subirse a las piernas de su esposo.

Lucius jamás podría haber dicho cuánto tiempo estuvo allí sentada, con las curvas de sus temblorosos muslos apoyadas en sus piernas y los brazos de él apretados alrededor de su talle, con sus labios rozándole las mejillas para luego regresar a la boca en busca de besos más intensos. Era esa clase de besos de los que jamás se regresa. Esos besos que impulsan a la sangre en un espeso latido que recorre todo el cuerpo y nubla la mente, y, al fin, consigue que la idea misma del comportamiento caballeroso sea una perfecta aberración. ¿Acaso cualquier hombre que viera los ojos de Tess, brillantes de sensualidad, no llegaría a la conclusión de que la «urbanidad» resultaba una pura zafiedad? ¿No admitiría que las restricciones de un comportamiento refinado estaban también de más?

Lo único que importaba era lograr que su joven esposa suspirara cuando la mano de él cubriera la forma de su pecho. ¿Suspirar? Tess no suspiró. Chilló el nombre de su amado y cerró los ojos, como si lo que no podía ver no estuviera realmente ocurriendo. Pero sí estaba ocurriendo. Ambos estaban allí, al aire libre. Él necesitaba que los ojos de ella estuvieran abiertos, los… Sin pensarlo ni un momento le arrancó el corpiño y curvó su enorme mano alrededor del peso blando del pecho de Tess.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y abrió su boca para protestar. Pero él se la cerró con sus labios. No fue un beso apacible, o un beso amable, o un beso dulce. Fue una exigencia. En el momento en que él se apartó, ella abrió su boca otra vez, pero él dijo:

—Tu pecho es exquisito…

Y lo que quiera que fuese aquello que Tess deseara decir, se ahogó en un grito agudo cuando el pulgar de Lucius jugueteó con su pezón. Fue un grito que hizo estremecer todo su

cuerpo y provocó que la joven doncella se acercara más a él.

—Lucius… —susurró, y su voz tembló. Él frotó su pezón otra vez y ella se desplomó contra su pecho, con los ojos cerrados.

No podía apartar la mirada de su esposa, del color rosado cremoso de su pecho exuberante, que cubría con su mano, y del modo en que ella se arqueaba al sentir sus dedos, respirando tan agitadamente que cada respiración era como un gemido. Él estaba ardiendo, cada centímetro de su cuerpo ardía, y, sin embargo, una remota parte de su ser le hacía notar que todavía no había cruzado todos los límites del decoro.

No todavía… No cuando podía volver a ponerle el corpiño en un instante, si llegaba a escuchar voces en la cercanía.

El pelo de Tess se derramaba como bronce fundido por su espalda, sus labios estaban hinchados por culpa de los besos de Lucius y su cuerpo temblaba.

Pero había conseguido no tocarla por debajo de la cintura. Hasta que, sin que Lucius pudiera dominar su propia voluntad, sus dedos se escabulleron por debajo de la falda, sobre el tejido de sus medias, hasta hallar el borde de sus ligas, para seguir acariciando la dulce piel de sus muslos, la curva redondeada… Los dedos hormigueaban y bailaban sobre su piel, danzando cada vez más cerca, más cerca…

—¡Lucius Felton…! —exclamó ella y sus ojos se abrieron repentinamente en ese momento—. No debes… ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy tocando… —respondió él con sencillez—. Estoy tocando a mi esposa.

Nadie podía ver lo que estaba haciendo, si es que alguien hubiera estado allí para verlo. Simplemente él tenía su brazo bajo la falda de Tess, que se apoyaba en su marido, con la cabeza inclinada hacia atrás para que él pudiera besar su boca cuando lo deseara, mientras sus dedos fuertes se acercaban cada vez más, cada vez más… El pecho de ella estaba desnudo al sol… Era una dulce invitación al placer.

Ella se estremeció cuando sus dedos se deslizaron cada vez más cerca, y permaneció con los ojos muy abiertos.

—¡No debes hacer eso! —gimió ella otra vez.

Él estaba casi *allí* en ese momento. Sintió un delicado rizo de pelo contra su dedo que envió un rayo de pura lujuria a su vientre.

—¿Por qué no? —musitó.

—No es… —pero ni siquiera pudo poner palabras a todo lo que aquello no era.

Lucius le dirigió una amplia sonrisa. La sangre golpeaba cada músculo de su cuerpo y se amontonaba entre sus piernas, pero su cerebro todavía estaba lúcido… Un poco.

—Si fuéramos romanos —dijo Lucius, y sólo el tono íntimo y ronco de su voz revelaba que no estaban manteniendo una simple conversación—, estaríamos los dos sin ropa.

—Y habría un techo —completó ella, poniéndose rígida mientras él la tocaba—. Lucius, no… realmente creo que no…

Pero él no podía permitir que su esposa terminara esa protesta…

—Tu cuerpo estaría colocado ante mí como un festín —continuó él, con su voz cada vez más profunda—. El vapor haría que tu piel fuera resbaladiza. Probablemente te colocaría de espaldas sobre este banco… —se detuvo para besarla, para besarla en silencio—, te pondría allí, de espaldas, Tess, y te besaría por el cuello hacia abajo, por el pecho, y la curva de tu vientre…

Los ojos de Tess eran de un intenso azul oscuro como la tinta de índigo. Parecía no respirar, sólo esperaba.

—Te besaría aquí —susurró él, inclinando la cabeza sobre su pecho al mismo tiempo que le separaba los muslos en un avance lento y enloquecedor, una exploración, un deleite, una danza llena de curvas… Sus labios danzaban del mismo modo, húmedos sobre su pecho: una caricia áspera que conseguía que el cuerpo de Tess se estremeciera y temblara al ser

tocado, al ser acariciado con la lengua.

Todo pensamiento acerca de los criados y del picnic había desaparecido de la cabeza de Lucius, dejando sólo la canción somnolienta de los insectos vespertinos junto a la luz tibia y filtrada que caía sobre el baño romano… La piel de Tess brillaba como luz de sol en estado líquido.

Un momento después, él estaba de rodillas, desenvolviendo a su esposa como si fuera el regalo más importante que hubiera recibido jamás. Bajo sus dedos temblorosos, los cordones vibraban abriéndole paso. Los botones se apartaban como si nunca hubieran tenido la función de abrochar nada. Estaban en un punto sin retorno.

Y en aquel momento crucial, Tess recuperó la voz. Se había hecho más profunda con el deseo, tenía un tono más ronco, un color más intenso, sedoso, con un matiz de asombro.

—¿Qué estás haciendo ahora? —quiso saber, cuando él le quitó el vestido por la cabeza—. ¿Estamos jugando a los romanos?

—Te estoy desvistiendo —respondió él, con un fuerte beso, quitándole también la camisa. Y luego, sin esperar que ella recuperara el aliento, la colocó sobre sus piernas y dejó deslizar su mano hasta donde deseaba estar, tomando otra vez su pecho y haciéndola lanzar un gritito en una deliciosa entrega.

Tess se cerró los ojos y se apoyó contra su pecho, abandonándose por completo. La sangre latía en los oídos de Lucius y sólo podía escuchar el zumbido apacible de las abejas que trabajaban entre las margaritas que crecían en ramilletes, por encima de ellos… Podía oír ese almibarado zumbido y los leves gemidos entrecortados de su amante cuando su pulgar rozó aquel enloquecedor placer…

A Lucius le parecía que no se había casado con una dama. Pues ella dejaba escapar un murmullo de placer, un ronroneo en su garganta que no tenía el menor vestigio de vergonzosa desaprobación. Todo lo contrario, su pecho parecía apoyarse, con una leve tensión del pezón, en la palma de su mano, y un cálido sonido nacía en su garganta con cada movimiento… Por supuesto, aquello no debería acabar en el punto en que todo indicaba que acabaría… El peso de Tess sentada sobre las piernas de su esposo resultaba agradable. La deslizó de espaldas sobre el banco como si fuera aquella matrona romana de la que habían hablado, pero ella no se quedó inmóvil. Se sentó y su piel brilló en las curvas color crema de sus redondos pechos, luego en la curva de sus caderas y en el tímido triángulo de rizos entre sus muslos.

—Había dos romanos —señaló ella—. Y ambos estaban desnudos.

Las manos de Lucius recorrían el cuerpo de Tess con mayor fuerza en ese momento, de un modo posesivo, con una dureza implacable que consiguió que la vista de la joven se nublara y el aliento se detuviera en su garganta. Pero alcanzó a decir:

—Tú también deberías estar sin ropa —y luego—: ¡Lucius…!

Así que él se puso de pie y se quitó las botas; y, sin apartar los ojos de ella, se arrancó los pantalones y la ropa interior.

Tess podía sentir el musgo fresco bajo sus temblorosos muslos desnudos y también en la espalda. Apenas si podía creer que su cuerpo no estuviera dejando una marca a fuego en la roca. Lucius era todo músculos, líneas fuertes y suaves, hermoso a la luz del sol. Se volvió y la larga línea de su perfil parecía mármol tallado, y ahí…

Ella se apretó contra el muro y una oleada de cobardía hizo estremecer su corazón. Había algo en el rostro de Lucius que ella nunca había visto antes. ¿Era alegría? Deseo. Parecía libre.

Tal vez todos los hombres tenían ese salvajismo cuando estaban… Aquella idea le hizo recordar que no podía imaginar a ningún caballero conocido que se permitiera estar desnudo en el campo del señor Jessop.

Y, sin embargo, allí estaba su marido. Él era… magnífico. Extendió la mano hacia él.

Tess nunca olvidaría, en toda su vida, lo que sintió cuando Lucius la arrancó del banco y

la apretó contra su cuerpo, la piel en contacto con la piel, la suavidad tocando el músculo, un hombre abrazado a una mujer.

No había sitio en el banco para los dos, de modo que se echaron sobre el pequeño nido de ropa y ella lo exploró. Estaba rígido… en todas partes.

—Sólo quiero que sepas —le dijo él— que no te poseeré en este lugar, Tess. Nunca haría tal cosa…

Ella deslizó los dedos sobre los músculos de su costado. Había estado pensando confusamente que sería más audaz al tocarlo. Después de todo, los dedos de él estaban en todas partes.

De modo que dejó que sus dedos recorrieran toda la suavidad del cuerpo de Lucius, disfrutando del silbido de aliento que procedía de sus dientes apretados, con las sacudidas involuntarias de su cuerpo.

Pero la piel de ella anhelaba la sensación del contacto con él, así que se acercó más, hasta que sus pechos estuvieron contra el pecho de Lucius y él se estremeció otra vez. Le acarició el cuello y dejó escapar un sonido áspero en su garganta. Tess deslizó sus dedos sobre los músculos de aquella espalda y sus pechos rozaron el pecho de su marido nuevamente. Él estaba temblando; podía sentir su cuerpo estremeciéndose contra el suyo.

En ese momento era Tess quien sonreía abiertamente. Hay mucho placer en el poder, después de todo.

Un segundo después estaba tendida sobre su espalda y… la gran sonrisa desapareció, como un sueño en la noche. Una caricia suya, sus labios sobre sus pechos, y ella nuevamente se descubrió gimiendo, retorciéndose hacia él, perdida en una niebla de sensaciones, como si estuviera ebria.

Pero Lucius tuvo un momento de lucidez.

—No puedo hacerlo, Tess —dijo jadeando, a la vez, que detenía los movimientos de sus dedos.

Pero ella gimió y se acurrucó contra él, así que él respondió a su silenciosa exigencia aunque la dulce bienvenida a sus dedos hizo que su mente quedara en blanco. Pero, de todas maneras, una idea se hizo presente. Su madre había muerto hacía muchos años. No tenía madre.

—No es una cuestión de buen gusto, Tess —le dijo, tratando de controlar su voz—. La primera vez, para las mujeres, es dolorosa. Hay… hay sangre. No estarías cómoda en este lugar.

Ella parpadeó y él se dio cuenta de que ella ya lo sabía. Pero ese conocimiento desapareció en un instante para ser reemplazado por una nebulosa de deseo, y ella se arqueó contra él otra vez. La suavidad del cuerpo de su esposa lo enardeció, y su desenfado logró que se abandonara por completo.

Parecía no poder dejar de tocarla y sus dedos adquirieron un ritmo que ninguno de los dos podía detener. A cada movimiento, a cada roce, llamaradas de fuego parecían marcarse en sus cuerpos. Ella se retorcía debajo de él, gimiendo y llorando, hasta que, de pronto, se aferró a sus hombros. Sus ojos se abrieron aterrorizados.

—Me haces daño, Lucius —susurró—. Me haces daño.

Él dejó que sus dedos se hundieran en la tibieza de su esposa.

—Eso no duele —dijo ella gimiendo, para luego tomar la cabeza de su marido entre las manos y besarlo, un beso que fue un gemido, un roce y un sonido a la vez.

Lucius dejó que su mano se alejara. Sólo necesitó un delicioso pensamiento para entrar en ella. Estaba ávido de ella, desesperado por ella.

Un grito nació en la garganta de Tess… pero no era de dolor… Sin embargo… la sangre. Todos sus instintos le decían que una mujer de buena cuna debía experimentar algo tan desagradable en su propia cama, entre sábanas limpias, y preferentemente a oscuras.

Pero Tess no mostró el más leve deseo de retirarse a la penumbra o esconderse.

Abrió sus ojos con un grito entrecortado y halló los ojos oscuros de su marido que la miraban. No pudo evitarlo y sonrió, una risa y un gemido entrecortado a la vez.

—¡No estés tan serio, Lucius!

—Siento que podrías lamentar…

—Nunca —lo interrumpió—. No pensarás que somos los primeros en hacer el amor en el campo del granjero Jessop…

—Los romanos estuvieron hace mucho y, como dijiste, tenían un techo.

—Emily —dijo ella, jadeando un poco—. Emily y William. Ella tenía apenas dieciséis años… y ¿por qué crees que él la enterró bajo el sicomoro?

Felton se incorporó sobre sus codos por encima de ella y apenas si empujó. Un reconocimiento silencioso, un reconocimiento a Emily y su William.

—¡Hazlo otra vez!

Lo hizo, y un sonido suplicante salió de los labios de Tess.

—Otra vez…

Se arqueaba hacia él, en un completo abandono erótico, gimiendo cada vez. Hasta que él se sintió repentinamente libre, abandonó toda idea de decoro, sábanas blancas y habitaciones a oscuras. ¿Qué tenía todo aquello que ver con su propia esposa, entregada y extática, con las uñas clavándose en su espalda?

Él empujó.

Ella abrió los ojos y fijó la mirada en el rostro de Lucius. Él esperaba un grito, el dolor, esperaba… ¿sangre? Apenas si sabía lo que esperaba. Fue como si el silencioso mundo envuelto en la luz del sol quedara suspendido por un segundo, como si el cielo azul estuviera conteniendo la respiración.

Pero los ojos de Tess brillaban.

—Continúa —pidió ella en un susurro ronco y, en ese momento, hubo algo parecido a la angustia en sus ojos—. ¿O… o… eso es todo?

Allí, en los baños romanos, con las golondrinas enloquecidas volando en el cielo, el señor Lucius Felton echó su cabeza hacia atrás y se rió. Y dado que su joven esposa se oponía a sus temores, se vio en la necesidad de calmar sus sentimientos heridos. Así pues, lentamente entró en ella otra vez y no encontró otra cosa que placer. Experimentaron, hasta que encontraron el ritmo que correspondía a la pasión de ambos.

Lo único que golpeaba la mente de Tess era el impulso de moverse. Comprendió de pronto, con sorprendente claridad, las burdas bromas de establo acerca de «montar» mujeres. ¿Pero estaba siendo «montada»? ¿O ella estaba «montando»? Sus cuerpos se encontraban con fuerza feroz. La respiración de Lucius producía un ruido áspero mientras apretaba los dientes, apoyado en sus brazos, con los ojos cerrados.

Tess lo miró y supo que ella estaba perdiendo el control de la cabalgada: su cuerpo volaba por su cuenta, siguiéndolo a él cada vez con más fuerza, cada vez más alto. De pronto sintió que la mano de él le acariciaba un pezón, una caricia áspera en su pecho que decía, sin palabras: «Este cuerpo es mío».

Y ella voló libre, con el calor que estallaba hasta llegar a la punta de los dedos, libre con un grito que desapareció en el ciclo azul.

Capítulo veintinueve

La residencia de Lucius era una casa Tudor de ladrillos dispuestos en un diseño de espina de pescado y diminutas ventanas con maineles distribuidas casi sin orden ni concierto, con techos que descendían en todas las direcciones. Daba la sensación de que sus antepasados isabelinos habían ido añadiendo habitaciones cada vez que lo consideraron oportuno, y el conjunto se había ido asentando hasta adquirir una apariencia un tanto disparatada, pero confortable.

No era ni remotamente tan grande como Holbrook Court. Ciertamente, no era un castillo, como Annabel había pronosticado, ni siquiera una mansión. Era una casa grande, una sucesión de espacios que formaban una residencia enorme, cómoda y encantadora.

Tess no se dio cuenta de cuánto había temido convertirse en la «dama del castillo» hasta que el carruaje se detuvo.

—¿Es esto…? —preguntó mientras suspiraba.

Lucius despidió a su criado con un gesto y la ayudó a descender del carruaje.

—Sí, esto es Bramble Hill. ¿Te gusta?

Lo miró, y con ojos brillantes susurró:

—Oh, Lucius, ¡me encanta! —sólo algunos minutos después se dio cuenta de que su respuesta había propiciado un gesto de profundo alivio en los ojos de su marido.

—No es tan imponente como Holbrook Court —señaló él.

Estaban subiendo por una amplia escalera circular hacia la enorme puerta.

—No me gustaría demasiado que fuera como aquello —explicó Tess con franqueza—. En realidad, creí que vivías en un castillo.

—¿Un castillo?

Ella asintió con la cabeza.

—Puedo comprarte un castillo si lo deseas.

—No, gracias.

Los criados iban saliendo en tropel por el pórtico de entrada para formar una fila a cada lado. Lucius no viviría en un castillo, pero indudablemente parecía tener suficiente personal como para mantener en perfecto estado una fortaleza.

—Éste es el señor Gabthorne —dijo Lucius, presentándole a un mayordomo orondo y de aspecto alegre—. Me alegra decir que la señora Gabthorne trabaja como ama de llaves para nosotros, y lo hace estupendamente. Y éste es…

En la presentación de los criados, cada uno de cuyos nombres Lucius recordaba sin dificultad, emplearon más de cuarenta minutos. Después, su marido la condujo a un salón de elevado cielo raso que daba a los jardines a través de inmensas ventanas de arco.

—Bramble Hill fue rediseñado hace dos años por John Nash… Trabajaba con un jardinero paisajista —informó Lucius—. Todas las habitaciones principales tienen ventanas que dan a los jardines. El salón principal da al oeste y al sur: se puede ver el jardín, y más allá, parte del invernadero y el valle.

Tess daba vueltas y vueltas por el salón. La entrada al jardín estaba recubierta de enredaderas, hiedras, madreselvas y jazmín.

—Debe de ser absolutamente bello en verano.

—A mí me encanta este lugar —admitió Lucius.

Tess dio media vuelta y lo miró a los ojos.

—Me sorprende todo esto… —y agitó su mano señalando el mobiliario lleno de encanto y la pesada tela de seda rosada en las ventanas. El piso estaba cubierto de alfombras en pálidos colores, como de gemas preciosas.

—¿Por qué?

—Supongo que porque es… tan hogareño. Y al mismo tiempo, no es un hogar familiar, ¿verdad?

Lucius caminó hasta la repisa de la chimenea y pareció absorto recogiendo unos pétalos fragantes de crisantemos que habían caído de un florero.

—Si con eso quieres preguntarme si crecí aquí, o si esta casa pertenecía a mi familia cuando yo era niño, la respuesta es no.

—Por supuesto que era eso a lo que me refería —dijo Tess—. ¡Tú encontraste esta casa!

Él asintió con la cabeza.

—Y la amueblaste tan perfectamente…

—Tuve ayuda —explicó con suavidad—. Viajo mucho, así que no fue difícil encontrar las cosas que me gustan y hacerlas enviar aquí. Me temo, Tess, que descubrirás que soy bastante previsible en mis costumbres. Todas mis casas tienen este aspecto.

Ella abrió los ojos.

—¿Exactamente así?

Él se rió.

—No exactamente…

Tess quiso saber más:

—¿De cuántas casas estamos hablando?

Él inclinó la cabeza, casi como si estuviera escuchando el viento.

—Cuatro… cinco, contando el pabellón de caza.

Tess se sentó de golpe.

—¿Y todas ellas tan bellamente arregladas como Bramble Hill…?

—Me gusta estar rodeado de cosas bellas —explicó su marido, sentándose frente a ella.

—¿Y cada una tiene su personal completo?

—Naturalmente.

—Podría muy bien ser un castillo —aseguró Tess con un parpadeo.

—Espero que no.

—No es la belleza de todo esto lo que me sorprende —continuó ella, mirando otra vez a su alrededor—. Es la manera en que todo está dispuesto… bien, como si todo hubiera estado aquí durante cien años. Como si lo hubieras heredado de un bisabuelo.

Se acercó a la pared y se detuvo ante una imponente dama con una gorguera muy almidonada. La mujer sostenía un abanico en la mano y miraba desde arriba, por encima de la nariz. Decididamente, tenía la mirada de una antepasada algo feroz.

—Un retrato de una dama isabelina —explicó Lucius, acercándose—. Lo compré cuando se vendió la propiedad de Lindley. Presumiblemente es una Lindley, aunque los vendedores no supieron decirme su nombre.

Tess miró a la feroz dama, ya sin nombre y, sin embargo, evidentemente orgullosa de su nombre. Parecía raro que Lucius hubiera colgado retratos que cualquier persona razonable supondría que eran sus propios antepasados, pero no podía expresar esa idea en palabras sin que dejara de parecer un comentario crítico, de modo que prefirió callar.

—Compré esta pintura al mismo tiempo —añadió Lucius, llevándola al otro lado de la habitación.

Era una niña que miraba de soslayo al maestro pintor… o hacia la habitación. A pesar de toda la formalidad, su personalidad se dejaba traslucir: estaba triste y, sin embargo, tenía un hoyuelo en la mejilla.

—Es encantadora —dijo Tess—. Supongo que tampoco sabes quién es.

—No tengo la menor idea. Me vendieron la pintura como un Van Dyke, aunque creo que es más probable que pertenezca a su escuela, más que al maestro.

Tess ignoraba absolutamente quién era Van Dyke y tenía clara conciencia de una

creciente sensación de no estar a la altura de las circunstancias. La casa de Lucius era tan… tan perfecta. Perfectamente arreglada, incluso hasta el punto de contar con antepasados «a medida». Tal vez aquello era común en Inglaterra. Jamás había sabido de alguien que colgara un retrato de una persona completamente desconocida.

—¿No tienes retratos de tu propia familia? —preguntó, y luego sintió que debía haberse mordido la lengua. Por supuesto… su familia no le habría dado esas cosas.

Pero él respondió con bastante tranquilidad.

—Ninguno en absoluto —y la tomó del brazo para conducirla a los jardines.

Estaban dando un paseo por los rosales, todos podados y desnudos, cuando Tess preguntó:

—Y la casa en Londres, ¿es tan exquisita como ésta?

—Creo que sí —respondió Lucius con cierta indiferencia, sacando una piedra del sendero con su bastón.

—¿Con retratos similares en las paredes?

Asintió con la cabeza.

—Tengo un hermoso retrato de tres niños realizado por William Dobson en el salón. Esos sí sé quiénes son. Eran los hijos de un caballero «cabeza redonda», de la época de las guerras civiles, cuyo nombre era Laslett.

—¿Todavía hay algún Laslett en Inglaterra?

—Supongo que debe de haberlo en alguna parte —dijo Lucius—. No tengo la más remota idea. De todas maneras, nunca he conocido a nadie con ese nombre.

Tomaron un sendero que conducía a una pérgola encantadora. Tess admiró la construcción y pensó en su marido.

No podía ser, de ninguna manera. Sencillamente no podía ser. De algún modo tenía que arreglar las cosas entre su marido y sus padres, y luego, lo primero que haría después de la reconciliación, sería retirar todos esos… esos parientes falsos de las paredes y se los devolvería a quienquiera que les correspondieran. No era correcto tener a la familia de otras personas en las propias paredes. Era como si Lucius estuviera tratando de crear una nueva familia para reemplazar a aquella que lo había rechazado.

—Tal vez los Laslett no pueden comprar el retrato para tenerlo de nuevo —comentó Tess mientras regresaban a la casa.

—¿El retrato de Dobson? —preguntó Lucius. La miró con curiosidad—. Probablemente, no. Lo compré por casi mil libras.

—Había un retrato de mi madre que colgaba en su recámara —recordó Tess.

—Lo encontraré —se apresuró a decir Lucius, antes de que ella pudiera continuar.

—Podría ser difícil… hace ya mucho tiempo que mi padre…

Pero Lucius sonreía.

—Lo encontraré —repitió con delicadeza—. Ahora, ¿puedo mostrarte el resto de la casa? ¿El tocador de la señora de la casa, por ejemplo?

Había algo en los ojos de su marido que consiguió que Tess se ruborizara y, en cuanto llegaron al saloncito, pudo ver una perfecta locura de capullos de rosa y seda fruncida: era evidente que el interés de Lucius no era precisamente ejercer de guía artístico, sino… otra cosa.

Naturalmente, también allí había un retrato de una dama, colgado en una pared, precisamente delante de un bellísimo escritorio de palisandro. La dama estaba sentada sobre un banco en el bosque, apoyada sobre una mano. Sus ojos miraban lánguidamente al espectador. Sostenía un libro en la otra mano, pero parecía demasiado perezosa para leerlo. Tess se acercó, tratando de ver el lomo del libro.

—Está leyendo a Shakespeare —explicó Lucius—. *Mucho ruido y pocas nueces*. Aunque me temo que la valiosa pieza teatral parece estar aburriéndola.

—¿Sabes quién es? —preguntó Tess.

—Una tal lady Boothby. No estoy seguro de su nombre de pila. El retrato fue realizado por Benjamin West y está fechado en la década de 1780.

Tess parpadeó mirando a lady Boothby.

—Probablemente todavía está viva —señaló.

—Me gusta bastante —dijo Lucius.

—A mí también —coincidió Tess—. Pero no estoy muy segura de querer compartir mis aposentos con lady Boothby.

—Una extraña manera de considerar la cuestión —observó Lucius—. He ordenado a mis agentes que compren cualquier retrato de Benjamin West que salga a la venta.

—¿Por qué tienes a tantas personas distribuidas por tus casas? —preguntó—. Me refiero a los retratos…

Él le acarició la barbilla.

—Prefiero hablar de ti más que de lady Boothby —dijo, antes de que sus labios rozaran los de su esposa.

—Pero, Lucius, no deseo el retrato de una desconocida en mis aposentos privados —protestó Tess, tratando de explicarle…

Él se encogió de hombros.

—Mucho ruido y pocas nueces, tanta alharaca para nada, querida. Haré que la lleven al desván inmediatamente.

—¡Al desván! —parecía exagerado desterrar a lady Boothby al desván.

Lucius había empezado a besarle el cuello y sus manos comenzaban a bajar por su espalda.

«Me está distrayendo», pensó Tess. «Evidentemente, no quiere hablar de lady Boothby ni de ninguno de esos otros retratos».

Y ése fue el último pensamiento claro que pudo articular durante más de una hora.

Capítulo treínta

1 de octubre Bramble Hill

Mus queridísimas Annabel y Josie:

Estoy escribiendo estas líneas en mi salita privada, que, dicho así, parece muy imponente, pero es exactamente del mismo tamaño que la sala de vestir de mamá. Finalmente resultó que Lucius no tenía un castillo. Bramble Hill está decorada con un esplendor especial, pero, realmente, no es mucho más grande que nuestra casa de Escocia. La planta baja tiene un salón junto al comedor, donde estaba nuestra biblioteca. El estudio de Lucius se encuentra en la parte posterior y da a los jardines, y hay un salón encantador entre éste y el comedor. No veo la hora de mostraros todo estoy Lucius promete traeros aquí pronto, quizás no más allá de la próxima semana.

¿Hay noticias de Imogen? Por favor, tan pronto como regrese, hacédmelo saber. Lucius cree que ella y lord Maitland se tomarán algún tiempo antes de emprender el viaje de regreso. Como vosotras la veréis primero, transmitidle todo mi amor.

Siento que todas tus preguntas, Annabel, resuenan en mis oídos mientras escribo. Lucius (quizás debería referirme a él como señor Felton, pero a él no le gusta nada ese apelativo) es todo generosidad. Disfruta mucho haciéndome regalos. Ayer me trajo un loro de plumas amarillas brillantes y con el pico de color púrpura. Es muy joven y no sabe decir ni una palabra, pero al parecer aprenderá a hablar si me lo propongo. Pasé mucho tiempo esta mañana dándole sus semillas para que empiece a tenerme confianza. Es terriblemente desordenado y le encanta arrojar las cáscaras por todas partes. El hombre que lo trajo me aconsejó que lo mantuviera junto a mí tanto como fuera posible, para que me vea como una amiga. Le encanta estar fuera de su jaula, pero le resulta difícil controlar el entusiasmo que ello le produce. Es una suerte que yo sea tan aficionada a los baños (¡os dejo a vuestra imaginación cuáles son las connotaciones de su emoción!).

Pasé buena parte del día de ayer tratando de conocer esta casa y su funcionamiento. Ésta es una de las cinco residencias que posee Lucius. Él trabaja en su estudio muchas horas y dudo si interrumpirlo o no, a menos que los temas sean de la mayor importancia, de modo que todo es un poco complicado.

Escribiré otra vez mañana, después de desayunar. Por favor, hacedme saber por el mismo correo cómo estáis vosotras. Os echo de menos.

Con todo el cariño,
vuestra hermana, la señora Felton
(no pude resistirlo).

2 de octubre
Bramble Hill

PRIVADO

Mi queridísima Annabel:

Te escribo esta nota privada porque seguramente tendrás muchas preguntas que hacerme, ¡aunque a no tengo intención de responder ninguna de ellas! Sólo te diré que el matrimonio es un estado muy interesante.

Lucius es el tipo de hombre que siempre sabe precisamente cuál es la reacción más civilizada ante cualquier situación. Te aseguro que pronto seré la persona con mejores

maneras de toda la cristiandad, sólo por seguir su ejemplo. Trabaja mucho más de lo que papá jamás trabajó. No lo vería en todo el día si no fuera porque entro en su estudio con dudas y preguntas.

Se me ocurre que quizás sería bueno que la vida le diera más sorpresas. Pero esto es, obviamente, un tema para el futuro.

Con todo mi cariño,
Tess.

4 de octubre
Bramble Hill

Mis queridas Annabel y Josie:

Puedo imaginaros a las dos leyendo juntas esta carta, probablemente acurrucadas en la cama de Annabel. Le he puesto nombre a mi loro, se llama Chloe, *porque es hembra, aunque no sé por qué le puse un nombre tan refinado. Creo que siente afecto por mí, lo cual manifiesta picoteando mi pelo y lanzando gritos muy fuertes cuando entro en la habitación donde está. El ama de llaves, la señora Gabthorne, no le quiere. Hubo un desgraciado episodio con una taza de té, y me temo que la señora Gabthorne nunca superará esa conmoción.*

Debo decir que si bien antes pensaba que era mucho más fácil dirigir una casa grande con la ayuda de muchos criados, estoy descubriendo que es toda una tarea. La señora Gabthorne está en continua disputa con la jefa de servicio, la señora Dapper. Según la señora Gabthorne, Dapper ha puesto sus ojos en uno de los lacayos, que es cinco años menor que ella, y a la señora Gabthorne le preocupa (muy correctamente, como comprenderéis) que Dapper trate de corromper al joven. Al mismo tiempo, Dapper me dice que la señora Gabthorne está «tomando prestado» té para llevárselo a sus hermanas del pueblo. ¿Y, por todos los santos, cómo puedo saber cuál es la verdad? Por supuesto, tampoco me atrevo a mencionarle a Dapper el asunto del lacayo. En general, encuentro que da más trabajo dirigir un hogar con criados que manejar una casa de tamaño similar sin criados.

La llegada de la modista de lady Griselda es, efectivamente, algo estupendo, y naturalmente comprendo por qué vosotras preferís permanecer en la casa de nuestro tutor por el momento. Por otra parte, no estoy segura de por qué decís que el escándalo del matrimonio de Imogen ha disminuido enormemente. ¿Qué ha sucedido? Dadle un beso a Imogen de mi parte cuando la veáis esta noche. Me alegró mucho recibir su nota y saber que ella y lord Maitland están ya felizmente instalados en Maitland House.

Con todo mi cariño,
Tess.

7 de octubre
Bramble Hill

Mis queridas Annabel y Josie:

Ésta será una nota muy breve ya que debo vestirme para cenar. He adelantado su hora porque Lucius viaja a la ciudad esta noche. Tiene pensado trabajar durante el día para regresar aquí a la tarde siguiente, viajando otra vez de noche. No me parece que toda esta actividad desenfrenada sea saludable. Y, por supuesto, esto quiere decir que no podrá reunirse con nosotras para las carreras en Silchester mañana, pero te veré allí, Annabel.

Me he quedado totalmente desconcertada al enterarme de que mi marido

aparentemente salvó a Imogen de una boda realizada en condiciones de fuga. Él no me ha explicado nada al respecto. Una piensa que, al casarse con un hombre, podría llegar a conocerlo mejor, pero en mi caso encuentro que Lucius es cada día más desconcertante. Estoy inquieta por conocer todos los detalles de boca de Imogen cuando la vea en las carreras.

Josie, te echaré de menos, pero estoy de acuerdo con la señorita Flecknoe en cuanto a que las lecciones de baile son de gran importancia en la vida de una dama joven. Annabel e Imogen te informarán de todo lo que les diga después de Silchester, y habrá muchas carreras como ésta en el futuro.

Con todo mi cariño,
Tess.

Capítulo treínta y uno

Más o menos una media hora antes de que se sirviera la cena, Tess llamó a la puerta que comunicaba con la alcoba de su marido. No estaba segura de cuáles eran las costumbres en la vida matrimonial. ¿Había que llamar a la puerta del propio marido? Por alguna razón, parecía raro. Sin embargo, también podía ocurrir que estuviera ocupado en sus abluciones personales… Escuchó el sonido profundo de la voz de Lucius que le decía algo a su *valet* y luego oyó sus pasos pausados dirigiéndose a la puerta.

—Buenas noches, querida.

Al verlo, Tess tuvo una sensación muy rara. Allí estaba él, con una expresión interrogativa en su rostro. A la novia novata le temblaban las rodillas. Lo único en lo que ella podía pensar era en besarlo. Tuvo la repentina sensación de que su corsé estaba demasiado ajustado. Apenas si podía respirar. Esta reacción debería resultarle ya conocida, pero, en cambio, parecía hacerse más fuerte a cada momento.

Lo peor de todo era que Lucius, claramente, no se mostraba impresionado de la misma manera ante su presencia. Él era, invariablemente, muy educado cuando se encontraban a la hora del desayuno o de la cena, o cuando se cruzaban en algún corredor. En aquellas raras ocasiones en que ella se aventuraba a entrar en su estudio, él nunca dejaba de brindar su consejo cuando se trataba de algún complejo problema doméstico, pero no daba muestras de desear coquetear, o de mirarla fijamente a los ojos, o de permitirse alguna forma de comportamiento propio de los recién casados.

Aquella tarde, por ejemplo, cuando entró en su estudio para hacerle una pregunta acerca del brazalete de diamantes que había aparecido de pronto sobre su almohada, apenas vio el sofá con respaldo carmesí estilo imperio en un rincón, de inmediato se presentó una arrebatadora idea en su mente. Pero cuando se encaramó sobre su sillón e hizo todo lo que pudo para tentarlo a descuidar sus asuntos, aunque no fuera más que por un momento, no tuvo ningún éxito.

Él se apartó de sus besos diciéndole, de modo cortés, pero firme, que tenía trabajo. Tess insistió en darle un beso de agradecimiento y él le pidió que abandonara el estudio después de un fugaz beso en la mejilla. Ella reunió todo su valor y lo abrazó, alzando la cara para acercarla a la de su marido, pero éste dio un paso atrás tan rápidamente que Tess estuvo a punto de caerse al suelo, después de lo cual, la acompañó fuera de la habitación.

Sin embargo, inmediatamente después de que Gussie la hubiera bañado y puesto el camisón, por la noche, Lucius dejaba de ser un conocido amigable, para convertirse en marido. Y, entonces, efectivamente, sus ojos tenían un brillo pícaro y mostraba un interés apasionado por su esposa.

Pero según parecía, ella era la única que se sentía afligida durante el día por los recuerdos de las noches que pasaban juntos.

Por ejemplo, ahí estaba él, exquisitamente vestido con una chaqueta de color azul oscuro, y lo único en que ella podía pensar era en la noche anterior y el modo en que él la acariciaba el vientre… Y más abajo. Podía sentir sus mejillas encendidas.

—Tess —dijo Lucius—, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—Tengo dudas… No sé qué vestido ponerme esta noche —informó Tess, recomponiéndose—. Me encuentro con una cantidad de ropa… es más de la que he tenido en toda mi vida. ¿Crees que debo llevar este traje de terciopelo o éste de seda? —señaló dos vestidos colocados sobre su cama.

Él se acercó y preguntó:

—¿Yo pedí ése de terciopelo negro?

—No, no lo pediste tú —reaccionó irritada—. Si mi memoria es correcta, yo encargué todos los vestidos. Tú simplemente me concediste el beneficio de tu consejo.

—No estás de luto riguroso —dijo él—. Ponte el verde. El negro es un poco sombrío, ¿no te parece?

—No, el negro es sumamente elegante —respondió Tess, sintiendo una oleada de terquedad. ¿Por qué él nunca daba señales de desear hacer el amor en otro momento que no fuera por la noche? ¿Tenía algún horario especial en ese aspecto?

—Prefiero verte con ropa menos sombría —aseguró él, recostándose contra uno de los postes de la cama.

—Creo que llevaré el de terciopelo negro —decidió Tess, sólo para oponerse a su marido. Y luego, para enfrentarse aún más, se dio la vuelta y le dijo—: Si eres tan amable de ajustarme el corsé, Lucius. Gussie se fue a las cocinas a buscar algo.

—Por supuesto —murmuró él, acercándose.

Tess no podía evitarlo. El simple contacto de los dedos de su marido le producía una rara sensación física, como algo que se derretía en la parte inferior de su vientre. Incluso la idea de que él estaba detrás de ella… y, en ese momento, abrochándole el corsé, de manera que sus pechos parecían hincharse por lo menos hasta duplicar su tamaño… Pero no era el corsé lo que le daba la sensación punzante de que sus pechos eran exuberantes y… deseables. Ahí estaba el recuerdo de la noche anterior. Su corazón le latía con fuerza al pensar en ello.

¿Por qué debía permitir que su marido pensara en ella como mujer sólo a la hora de acostarse? ¿Y sólo cuando estaban en la alcoba? En la alcoba… en la alcoba que Lucius abandonaba discretamente en algún momento durante la noche… Y tampoco le gustaba eso, se dio cuenta en el preciso momento en que lo pensaba.

Se alejó de él, sintiendo aquellos ojos sobre su cintura y dejando que sus caderas adoptaran un vaivén sensual que ella misma ni siquiera habría comprendido apenas unos días atrás. Después de algunos pasos, lanzó una mirada hacia atrás, por encima del hombro.

—Si eres tan amable, Lucius —le dijo serenamente—, ayúdame con el vestido.

Un instante después, el delicado olor del terciopelo nuevo pasó por su cabeza. Sin descuidar su cabello, lo colocó sobre sus hombros. Aquél no era un sombrío vestido de luto. El escote estaba cortado sumamente bajo, tan bajo que las pequeñas mangas resbalaban por sus hombros y casi tocaban los codos. Tampoco era un corte horizontal recto. El corpiño bajaba profundamente, hasta el nacimiento de sus senos. No obstante, lo mejor de todo, para Tess, era el borde de armiño, que se acomodaba entre sus pechos y el terciopelo negro brillante.

Él siguió sin decir una palabra. De modo que ella dio media vuelta muy lentamente y preguntó, con el menor interés que pudo simular:

—¿Entonces te parezco insoportablemente lúgubre, Lucius?

Él ya no estaba apoyado contra el poste de la cama. Sus ojos habían adquirido un tinte aún más negro y no tenía el aspecto de un sereno y perfecto caballero.

Tess alzó su vestido para mostrar un tobillo esbelto cubierto con seda color plata, que brilló ligeramente con la luz de la bujía.

Él miró obedientemente, y ella arqueó su pie.

—¿Sugieres zapatos negros? —le preguntó—. ¿O los zapatos de tacones altos? Los de tacón alto se abrochan en un lado, como los de los caballeros, le da un toque bastante divertido.

Miró los pies de su esposa durante un instante y luego sonrió repentinamente, de esa manera que rara vez mostraba. El rostro entero de Lucius se transformó. El poder de aquella sonrisa fue como la descarga de un rayo para Tess y recorrió todo el contorno de su cintura.

—Sólo puedo pensar que estoy siendo castigado —observó—. Aunque no estoy muy seguro de cuál ha sido mi falta.

Se arrodilló a sus pies y le colocó los zapatos de tacón abrochándoselos. Los dedos de Lucius enviaban escalofríos a Tess hacia arriba, a lo largo de la pierna.

—Tonterías… —replicó ella, una vez que él hubo terminado, volviéndose hacia el espejo y cogiendo un collar de esmeraldas que había encontrado sobre la bandeja de su desayuno dos días antes—. ¿Me ayudas a abrochar esto, Lucius? —y dobló el cuello obedientemente a la espera de que sus dedos la tocaran allí.

«Parece que paso mucho tiempo esperando que sus dedos me toquen, ahora que lo pienso», dijo para sí.

Él cogió las esmeraldas pero las dejó deslizar otra vez hacia el tocador.

—¿Qué quieres que haga, Tess? —preguntó—. ¿Aparte de vestirte?

—Sé impetuoso —susurró ella, con las mejillas encendidas por su propia osadía. Pero se encontró con los ojos de su marido en el espejo y se echó hacia atrás, apoyándose en su pecho.

Con una vibración desenfrenada por la emoción, sintió que los dedos de su marido recorrían una agradable ruta que iba desde la garganta hasta la clavícula, y desde allí hasta la prominencia de su pecho.

—Tenemos que estar en la mesa a la hora —comentó Lucius mientras la hacía girar ligeramente e inclinaba la cabeza para que sus labios pudieran comenzar a besar el sendero marcado a fuego por sus dedos.

—Sí —confirmó Tess débilmente. Quería esconder sus propios dedos en su pelo. Pero no podía ayudarlo en absoluto. De ninguna manera. Él tenía que decidirlo por su cuenta. Así que no estiró su mano y…

—Es de muy mala educación incomodar al cocinero —señaló Lucius. Sus labios se habían detenido a saborear el delicado hoyuelo de su clavícula y se deslizaban por la generosa pendiente de su seno.

—Sí —respondió Tess. ¿Podría tal vez tocarle el hombro? No. Él tenía que decidirlo sin que ella lo persuadiera.

Súbitamente, Lucius se irguió y dio unos pasos hacia la puerta. La abrió y dijo lleno de energía:

—¿Por qué no bebemos algo en el salón antes de cenar?

Tess fijó su mirada en él, perpleja. Había decidido… ¿y prefería abandonar? ¿Ir a cenar?

Su decisión no había sido la correcta.

Y era ella, su esposa, quien debía informarlo acerca de semejante error.

Por supuesto, Lucius permanecía en la puerta ostentando toda su serenidad doméstica. ¡Como si hubieran estado casados unos cuarenta años! Así que Tess tomó las riendas de la situación.

—Debo despedirme de *Chloe* —dijo, volviéndose hacia la gran jaula que había en un rincón. En cuanto se acercó, *Chloe* le gritó e inclinó la cabeza hacia un lado en un saludo encantador.

—Ese loro tiene un chillido algo molesto —observó Lucius, acercándose a la jaula—. Yo esperaba que te sirviera de compañía mientras yo estuviera de viaje, pero sus saludos pueden ser más exasperantes que alentadores.

—¿Viajas a menudo por la noche? —quiso saber Tess, mientras sacaba a *Chloe* de la jaula—. Parece tan incómodo…

—Voy a Londres con frecuencia. Si viajo por la noche, no pierdo tiempo de trabajo.

—¿Y ves a tus padres cuando estás allí? —Tess se cuidó muy bien de mirarlo. *Chloe* salió de la jaula con un chillido entusiasta, aferrándose al dedo de su dueña y agitando sus alas furiosamente para mantener el equilibrio.

—¿No se supone que estas aves se mueven con gracia? —preguntó Lucius, dando un paso atrás cuando *Chloe* casi perdió el equilibrio. Movió sus alas tan enérgicamente que

algunas semillas pequeñas volaron por el aire.

—¿Ves alguna vez a tus padres en Londres? —repitió Tess.

—Nunca. Y ellos tampoco lo desearían —añadió.

Parecía que no había manera de hacer más preguntas sin mostrarse demasiado inquisitiva, así que permitió que *Chloe* subiera por su brazo. El pájaro se apoyó en su mejilla durante un instante y le mordisqueó la oreja cariñosamente. Tess le rascó la cabeza y *Chloe* dejó escapar otro chillido. Se estaba poniendo cada vez más nerviosa, balanceándose de una pata a la otra y graznando.

Lucius la miraba atentamente con una ceja levantada.

—Qué animal tan peculiar —comentó—. Estás…?

Pero su voz se detuvo de golpe cuando *Chloe* sucumbió al puro entusiasmo.

—¡Maldición! —rugió Lucius.

—¡No la asustes! —dijo Tess bruscamente, tomando a *Chloe* y guardándola en la jaula. *Chloe* sabía que había hecho algo malo. Emitía pequeños chillidos que tenían un tono intermedio entre penitente y delictivo.

De acuerdo con su talante característico, Lucius pasó de la cólera a la practicidad sin molestarse en respirar.

—¿Cómo vas a quitarte el vestido sin estropear tu peinado?

La familiaridad no había conseguido que Tess se acostumbrara a las funciones corporales de *Chloe*.

—Hay que sacarlo por abajo y no por arriba —explicó—. Tira hacia abajo, por favor, Lucius.

—¿Hacia abajo? —preguntó él dudoso.

Tess sacó sus brazos por las diminutas mangas y, con un tirón, se quitó el corpiño. Hizo un ligero movimiento.

—Sería más fácil si tú lo haces —sugirió ella, manteniendo su rostro cuidadosamente inexpresivo.

De modo que él hizo deslizar cuidadosamente el ajustado terciopelo negro por sus pechos, luego, más abajo, por su esbelta cintura, con un tirón sobre las caderas, y, finalmente, ella levantó los pies para permitir que él lo terminara de sacar.

—Y mi corsé —ordenó Tess, dándole la espalda. Por favor. Debo bañarme.

Sintió los dedos de Lucius en los lazos de su corsé y se mordió el labio para no sonreír.

Chloe canturreaba roncamente: era obvio que se estaba consolando a si misma. Tess le prometió en silencio una porción adicional de semillas por la mañana.

Cayeron los cordones de su corsé. Tess lo tiró inmediatamente hacia delante y se lo quitó. Luego pasó la camisa por encima de la cabeza, y la dejó a un lado. Todo lo que le quedaba puesto en ese momento era un par de delicados calzones de linón, a la última moda, recién llegados de París, las medias y los zapatos de tacón.

—Lucius —le dijo, mirándolo por encima de su hombro—, me temo que llegaré lamentablemente tarde a la cena. El cocinero se disgustará.

Dio unos pasos y puso una pierna sobre el taburete que estaba frente al sillón de vestirse, luego se inclinó y empezó a desabrocharse los zapatos de tacón.

Un segundo después él estaba ahí, detrás de ella.

—Debo ser más impetuoso, ¿hummm…? —susurró en su pelo, pero una de sus manos se estaba deslizando por la curva de sus nalgas y la otra la había atraído estrechamente contra él. Había algo en su voz que era tan divertido como convincente, pasando de la risa al deseo.

—Sí —logró decir ella.

Pero eso fue todo lo que logró articular, al menos durante poco más de una hora, después de lo cual, preguntó, como si estuviera un poco ebria:

—¿Otra vez? —y luego, con más interés—: ¿Así?

Lucius debió de quedarse demasiado cansado para escabullirse a Londres, como un ladrón, aquella noche. Porque cuando Tess se despertó muy temprano, al amanecer, se encontró un enorme cuerpo masculino tendido en la cama junto al suyo.

Se inclinó sobre él y preguntó:

—¿Londres?

—Hoy no —respondió algo adormecido.

Ella le dijo una palabra al oído.

—¿Otra vez? —preguntó él, pero había una sonrisa en su voz. Y después—: ¿Así, Tess?

Y finalmente:

—¡Santo cielo! ¡Vaya si el matrimonio no es una sorpresa para mí!

Capítulo treínta y dos

Las carreras de caballos son acontecimientos bulliciosos. La Copa de Silchester no se iba a celebrar hasta después de dos horas, pero los hombres que se amontonaban sobre la barandilla ya estaban gritando y abriéndose paso a empellones, observando un grupo de animales de dos años trotando en la recta contraria, al otro lado de la meta, yendo hacia la línea de salida. Los apostadores más recalcitrantes gritaban a los jinetes y luego se reían. La tribuna temblaba al ritmo de treinta y dos o treinta y seis cascos que golpeaban con fuerza la tierra. Se podía oler el polvo y el sudor de los caballos, un olor tan familiar para Tess como el de las rosas o el del pan recién horneado.

Lucius la cogió del brazo y la llevó, no a la tribuna, sino a una pequeña estructura de madera blanca, exactamente a su izquierda.

—¿El palco real? —preguntó ella.

—Ya no —respondió—. Pertenecía al duque de York, que estaba muy ansioso por dejarlo y más ansioso todavía por un ingreso en efectivo para sus cuadras. Pensé que podríamos tener nuestro propio lugar.

Tess pensó, aunque no por primera vez, en lo magnífico que resultaba estar casada con alguien más rico que un duque de estirpe real. El palco resultaba encantador. Era una habitación propiamente dicha, con grandes ventanas abiertas hacia la pista. Estaba amueblado en el estilo lujoso que correspondía al duque de York, completamente tapizado con terciopelo rojo y candelabros dorados que deslumbraban un tanto con la luz del sol.

Imogen y su marido ya estaban situados ante las ventanas.

—¿Cómo estás? —le preguntó Tess a su hermana con alegría, dándole un beso—. ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

—Estoy muy bien —respondió Imogen con una gran sonrisa—. ¡Qué agradable volver a verle, señor Felton! Tenía entendido que usted estaría en Londres hoy.

—Es cierto, pero cambié de idea —explicó Lucius, dirigiendo una sonrisa rápida y pícara a Tess.

—Lamento que hayáis llegado antes que nosotros —se disculpó Tess, tratando de no pensar en la causa de su retraso y en lo que había ocurrido en la cama aquella misma mañana.

—Hemos llegado antes de las rondas de calentamiento, por supuesto, ya que Draven cree que debe estar aquí desde el preciso momento en que se abren los establos. Es muy importante enterarse pronto de quiénes son los favoritos.

—Sí… lo sé —respondió Tess. ¿Cómo podría no saberlo? ¿Acaso su padre no había disertado sobre el arte de hacer apuestas durante casi cada una de las comidas que habían compartido a lo largo de los últimos diez años?

—Annabel envía sus más sentidas disculpas —continuo Imogen—. La modista de lady Griselda debe regresar a Londres mañana, y Annabel ha pedido tantos vestidos que la necesitan todo el día para las pruebas. Pero me dijo que ella y Josie irían a visitarte esta semana.

—Debe de estar en el séptimo cielo —comentó Tess—. ¿Tú también has encargado ropa?

Imogen sacudió la cabeza.

—Oh, no, nosotros… —pero se interrumpió—. Josie está muy contenta también. Su institutriz dijo estar consternada ante su falta de modales, pero han llegado a un feliz acuerdo por el que Josie accede a lo que ella llama «tonterías propias de una dama» por la mañana, y luego se le permite leer todo lo que le gusta por la tarde.

—¿Por qué tú no has encargado ropa nueva? —insistió Tess.

Imogen miró rápidamente a su marido, pero él y Lucius estaban de pie en la parte anterior del palco, observando un caballo bajo de cuerpo y musculoso que atravesaba la línea de llegada.

—Me temo que Draven perdió mucho dinero en Lewes esta semana —respondió cuchicheando.

—¿Cuánto? —preguntó Tess sin ambages.

—Veinte mil libras —y luego, ante la expresión de su hermana, Imogen añadió apresuradamente—: Pero insignificancias de ese tipo no pesan demasiado en una naturaleza como la de Draven. Él es, en todos los aspectos, un optimista. No obstante, deseo contribuir reduciendo los gastos domésticos, por supuesto. Estaba tan alicaído cuando perdió…

—Puedo imaginarlo —masculló Tess. Todo lo que tuvo que hacer fue recordar la cara de su padre.

Fueron interrumpidas por Draven, que deseaba llevar a Lucius a las cuadras para poder supervisar la preparación de un caballo cuyo nombre Tess no alcanzó a oír, porque se produjo un rugido de emoción entre la multitud. Draven e Imogen se precipitaron a las ventanas para ver qué estaba ocurriendo. Lucius, rápido como un guiño, la inclinó un poco, le rodeó la cara con las manos y le dio un sonoro beso.

En la mente de Tess apareció una imagen de aquella misma mañana: arqueado sobre ella, con su pecho dorado a la luz del sol, el rostro de su marido era cualquier cosa excepto inexpresivo. La miraba, apretando los dientes, llevándola cada más alto, más alto, sin dejar de mirarla… Y en ese momento, tenía la misma expresión en sus ojos y todo lo que estaba haciendo era frotar su mejilla con el pulgar enguantado.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Tess.

—¿El qué?

—Hacerme… —se detuvo y se apartó, pero tenía la espalda contra la pared. Draven se estaba asomando por la ventana del palco, gritando hacia la pista de carreras. Tess pudo sentir que se ruborizaba—. ¿Cómo consigues que siempre piense en ti? —susurró.

—Yo también pienso en ti —replicó él con serenidad, mirándola a los ojos. Ni siquiera la estaba tocando y su cuerpo temblaba. Su mirada se deslizó hacia el sofá de terciopelo rojo que estaba junto a ellos, diseñado para soportar el considerable peso del duque de York.

Tess pudo sentir que se reflejaba en sus mejillas. Y al mismo tiempo latía un pulso reconfortante en sus venas, en su corazón.

Lucius retiró su mano y se acercó a su hermana Imogen y a Draven. Tess apoyó su cabeza contra la pared y trató de pensar con claridad. Sin levantar siquiera un dedo, su marido podía convertirla… podía tentarla…

Repentinamente, se dio cuenta de que Imogen estaba despidiéndose alegremente, Draven conducía a su esposa fuera del palco y Lucius cerraba la puerta detrás de ellos… con llave.

—¡No puedes…! —susurró ella desesperadamente—. ¡Ni siquiera debes pensar en tal cosa!

—¿Pensar qué? —preguntó Lucius. Sus ojos estaban iluminados por la risa mientras se acercaba a ella. Mientras le miraba, él comenzó a quitarse el guante derecho deliberadamente, un dedo, otro dedo, otro dedo… Ella le contemplaba con horror y fascinación cuando lo arrojó sobre una silla. Luego hizo lo mismo con el guante izquierdo.

—No sé qué estás haciendo —exclamó Tess con un grito entrecortado. Pero sabía perfectamente bien adónde quería llegar su marido. Su sensato e inexpresivo marido se estaba quitando la chaqueta con una expresión en su rostro que incluso una virgen no habría confundido. Le temblaban las rodillas.

—Este palco tiene ventanas abiertas —señaló ella—. ¡Abiertas al público!

—Las ventanas dan a la pista —confirmó él. Su voz se había ensombrecido de una

manera que ella reconoció—. Las únicas personas que podrían vernos tendrían que estar allí.

Algo que retumbaba como una manada de elefantes cruzó con estruendo la zona de carreras.

—¡Hay mucha gente allí! —susurró. Él se estaba desabotonando el chaleco. Mientras ella observaba, Lucius soltó un botón, y otro, y otro.

—Son jinetes —explicó él—. Los jinetes tienen cosas más importantes que hacer antes que ponerse a espiar por las ventanas. Tú querías que yo fuera más impetuoso —le recordó.

—¡No me refería a esto…! —tartamudeó Tess.

El chaleco voló hacia un costado en un destello verde oscuro. A pesar de sí misma, el corazón de Tess comenzaba a latir con fuerza.

Un árbitro pasó al trote. No miró hacia ellos, pero su camisa rayada y la pequeña gorra se vieron tan cerca…

—¡No te atrevas a quitarte la camisa! —gimió.

Lucius comenzó a acercarse a ella en ese momento, con sus ojos brillantes. Tess sintió deseos de hundirse hacia atrás, contra la pared, como una desvanecida heroína de melodrama, pero, en cambio, se esforzó por dirigirle un gesto hosco y amenazador.

—Cualquiera a caballo puede ver directamente esta habitación —señaló.

—¡Hummm…! —dijo él, en un tono de clara insatisfacción. Tiró su sombrero sobre el sofá y, de repente, estaba frente a ella, tan cerca que su cuerpo le transmitía la tibieza placentera que ya conocía. De inmediato, ella sintió un olor muy característico, un olor de aire libre que le era propio. El olor de su marido.

—¡Oh, Lucius…! —susurró, mirándolo. Ella sabía que su corazón estaba en aquellos ojos.

—Tess… —gruñó él como única respuesta. Ella estaba de pie, en un rincón, y el enorme cuerpo de él impedía que alguien la viera.

—No pueden verte aquí —aseguró.

Tenía razón. Pudo sentir que una sonrisa se formaba en sus labios, aun cuando trataba de mostrarse severa y no… decididamente no… anhelante.

—Eso es irrelevante —logró decir entre los latidos de su garganta. Pero él estaba levantándole la falda.

—Tengo… que… tocarte —dijo Lucius con ferocidad—. ¿Me escuchas, Tess? No he podido…

Pero aquella mano grande se metió entre sus piernas antes de que pudiera esbozar una respuesta, y luego actuó como una heroína desvanecida, derritiéndose en él con un grito entrecortado. Pero él estaba allí, con un brazo fuerte que la acunaba contra el pecho, con sus dedos deslizándose por sus rizos, en su tibieza y luego, cuando ella abrió la boca para protestar, su boca se cerró sobre los labios de Tess. La apretó contra él, cautiva en sus brazos.

Por un momento, se resistió, pero la boca de Lucius estaba caliente sobre la suya y su mano… su mano se movía hábilmente, haciendo que su sangre vibrara por todo su cuerpo y sus labios eran persuasivos, tiernos, pidiendo, mendigando… Hasta que, de pronto, Tess dejó de luchar y se entregó a él, a su beso.

Lucius dijo algo, una palabra ronca que ella no pudo escuchar por encima del rugido de la sangre que le golpeaba los oídos. De modo que él la repitió.

—Por favor… Tess.

Ella respiró con dificultad y lo miró, y la sonrisa en el corazón de la joven debió de ser visible en sus ojos. Porque sus manos adquirieron un ritmo diferente para luego acariciarla más bruscamente y todo lo que ella pudo hacer fue aferrarse a él, manteniendo sus labios junto a la respiración de Lucius, de modo que de ninguna manera pudiera decir que no, como era su deber.

Lucius la miró y le vino a la cabeza la idea de que no estaba haciendo todo lo posible

para demostrarle a su esposa que no era un adorno en su vida para ser disfrutado en los momentos justos y en los lugares apropiados.

Pero no había tiempo para eso. Tess estaba sin aliento, soltando breves gemidos urgentes que lo obligaron a arrastrarla hasta el sofá del duque de York y penetrar en su tibieza. Pero no podía hacer eso. «Alguien podría vernos», se dijo. Las uñas de Tess se clavaban en sus hombros.

—Realmente, no deberíamos hacerlo —jadeó ella.

—No estamos haciendo nada —la tranquilizó él, pero su mano no dejaba de acariciarla—. Levanta la cara, Tess —canturreaba en ese momento desde lo más profundo de su garganta—. Eres mía, mi esposa, mi Tess, mi esposa.

Apoyó la cabeza de Tess en su hombro y la besó con todo el sentido de posesión de su alma, con toda la profunda sensación de alegría y de poder que se producían en él cada vez que la miraba, cada vez que pensaba en esas palabras: «mi esposa».

Ella se estremeció, y Lucius la besó con mayor intensidad, dejando que su mano llegara a lo más profundo. Tess tembló y gimió algo, mientras sus dedos agarraban su camisa convulsivamente.

Él lo habría dicho otra vez, pero no hubo necesidad. Era suya, era suya, estaba temblando en sus brazos y trataba de recobrar el aliento de aquel modo encantador que jamás había visto en otra mujer. Apretó los dientes y la estrujó contra él, obligándose a apartar el desesperado deseo de hacer saltar los botones del pantalón al abrirlo y…

Esta noche. Es para eso para lo que se han inventado las camas matrimoniales. Una actividad sensata. Aquello no era sensato en absoluto.

Ella lo miró, con la mirada dulce y perdida, sus labios hinchados por los besos, y Lucius casi lanzó por el aire cualquier idea sensata que pudiera conservar. Pero en lugar de hacerlo, inclinó la cabeza y la besó con delicadeza, llevando el grito de Tess hasta su propio corazón. Ella se dejó caer contra él, tibia y flexible como un gatito. Después de un breve instante, dijo:

—¿Tess?

—Hummm… —respondió ella en tono soñador.

—Tal vez deba volver a ponerme el chaleco.

—Chaleco —repitió ella, frotando su mejilla contra el pecho de él.

—Exactamente —la levantó y la puso sobre el sofá, dando rápidamente un paso hacia atrás, antes de que pudiera ceder a sus impulsos más bajos. Sobre todo porque Tess parecía haber dejado de lado todos sus escrúpulos y lo estaba mirando con una expresión que lo invitaba a reunirse con ella.

Recogió su chaleco y se lo puso, mirándola todavía, disfrutando realmente de la manera flexible en que estaba tendida contra el respaldo del asiento, con un aspecto… un aspecto… carnal. Su esposa. Rebosante de deseo.

—No hiciste… no haces… —dijo ella con dulce voz.

—¡No! —afirmó él de manera un tanto brusca. Se pasó la mano por el pelo. Se salvó de milagro: si uno no prestaba atención a sus ojos, Tess tenía el mismo aspecto elegante que al principio. Era suficiente como para llevar a un hombre a la distracción, a pensar en…

Dejó de pensar en ello y, a cambio, quitó la llave de la puerta. Uno nunca podía saber cuándo regresarían la hermana de Tess y su marido, aunque le había entregado mil libras al sinvergüenza para que apostara en tres carreras consecutivas. Maitland, sin duda, habría perdido hasta el último penique.

Pero el tiempo que había pasado con su esposa había valido cada centavo.

—Qué hombre tan pesado es tu cuñado —dijo Lucius mientras cogía su sombrero y se lo ponía.

—¿Eso te parece? —reaccionó Tess, tratando de adoptar un tono coloquial con tanta ansiedad que él tuvo que esconder una sonrisa—. Admito que yo misma lo encuentro aburrido

en su conversación —se puso de pie y se dirigió a la parte delantera del palco, evitando los ojos de su marido. A él le pareció advertir un reflejo de algo en aquellos ojos… ¿Ofensa? ¿Mortificación?

Así pues, se acercó hasta que estuvo detrás de ella y por un momento, un delicioso momento, se permitió presionar su cuerpo sobre su pequeño y agradable trasero.

—¡Lucius! —protestó con voz sofocada.

Él se alejó y tuvo que acomodar la tela de sus pantalones por decimoquinta vez.

—Lo siento, querida —dijo—. Quiero que sepas que estoy a punto de perder mi control como caballero para arrojarte sobre ese sofá. Y no puedo hacerlo, por supuesto.

Lo miró fugazmente. La pregunta fue reemplazada por una sonrisa. Estiró una mano y le ajustó la corbata.

Fue un gesto tan propio de una esposa, que los ojos de Lucius, normalmente inescrutables, adquirieron una expresión totalmente diferente a la habitual y Tess podría haberlo advertido si no hubiera estado ocupada con su corbata.

Si se hubiera visto forzado a calificar esa expresión, Lucius la habría llamado «deseo». Bien, quizás una versión más fuerte habría sido «ansia pura». Posesión. Ella era su esposa.

¿Más fuerte que eso?

Seguramente, no.

La estaba besando cuando Draven Maitland abrió la puerta del palco. Fue una cosa escandalosa. Besándose, ante la ventana abierta.

—Cualquier jinete os podría haber visto —señaló Imogen, después de que ambos maridos se hubieran ido a los establos. Draven no era el tipo de hombre que iba a quedarse esperando en el palco cuando podía estar entre las patas de los animales y ver cómo las apuestas iban definiendo un favorito.

—Creo que los jinetes tienen mejores cosas que hacer —replicó Tess, sofocando una sonrisita.

Imogen la miró severamente.

—Veo que tú y Felton estáis actuando de una manera muy característica de los recién casados.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Tess.

Su hermana se rió.

—Sabes exactamente qué quiero decir, Tess. Draven no dijo nada, pero estoy segura de que sintió con la misma intensidad que yo la vergüenza de encontraros besándoos detrás de una puerta cerrada, como una criada con el principal de los lacayos.

—Ésa es una afirmación desagradable —dijo Tess, sintiendo que sus mejillas se arrebataban.

Los ojos de Imogen relampaguearon.

—Quien se pica… No tienes esos colores en las mejillas por haberte abierto paso a empellones entre los animales y los caballerizos en los establos, como hicimos Draven y yo, por cierto. No, estabas aquí, en tu pequeña jaula de terciopelo, permitiendo que tu rico marido se lanzara sobre ti. Me sorprendes, Tess.

Tess la miró.

—Y tú me sorprendes a mí, Imogen.

—Yo, por lo menos, me casé por amor —replicó.

Tess podía sentir la cólera que crecía en su pecho. No había nadie en el mundo que pudiera enfadarla más que sus propias hermanas, e Imogen estaba haciendo un trabajo excelente al provocarla deliberadamente.

—¡Ahora pasas de ser poco gentil a ser grosera! Por si no lo sabes, me casé rápidamente en parte para encubrir el escándalo causado con tu peculiar matrimonio.

—Lady Griselda no pareció alterada en absoluto por mi repentino matrimonio —replicó

Imogen, enderezando su sombrero—. Ella me dice que el matrimonio con licencia especial es el que todos querrían tener. ¿No te parece que este sombrero es absolutamente divino? Me lo dio lady Clarice. Ella lo ha usado dos o tres veces solamente y ya no lo quería. Por supuesto, tú nunca tendrás que volver a vestir una prenda usada —esta vez en el tono de su voz percibía rabia pura.

—Entiendo que Lucius os salvó del escándalo de una unión ilegal —dijo Tess—. En realidad, Lucius le dio a lord Maitland el dinero para comprar esa licencia especial.

Imogen agitó su mano alegremente.

—Naturalmente, Draven no lleva cientos de libras consigo en todo momento. No es un comerciante, como bien lo sabes.

El corazón de Tess latía con tanta rapidez que podía escucharlo en sus oídos.

—Tampoco lo es Lucius. Lamento que te desagrade mi elección.

—Oh, ¡no! No me desagrada. Pero es triste casarse por amor y luego ver que mi hermana lo hace teniendo en cuenta el bolsillo de un hombre.

—No me casé con Lucius por esa razón —explicó Tess, manteniendo con gran esfuerzo el control de su voz.

—Lo sé —replicó Imogen—, me enteré del asunto de Mayne. —Por primera vez hubo un destello de compasión genuina en sus ojos—. Lo lamento.

Tess no podía siquiera pensar de qué estaba hablando Imogen, pero luego recordó que el conde había huido en el preciso instante en que iba a desposarla.

—No es mi intención ser tan detestable —continuó Imogen—. ¿Por qué iba yo a ser mala contigo, precisamente contigo, por casarte en esas circunstancias? ¡Sería totalmente impropio de mi parte! —parecía tan consternada que Tess sintió que su cólera se desvanecía.

—Está bien —dijo, dándole un rápido abrazo a Imogen—. No me casé por amor y Lucius es terriblemente rico. Todo eso es verdad:

—Sí, soy muy afortunada al haberme evitado eso, ¿no? —aseguró Imogen y aquel ligero tono despiadado regresó a su voz.

Otro grupo de caballos pasó ruidosamente junto al palco.

—Debo prestar atención —informó Imogen acercándose a la parte anterior de la habitación—. *Blue Peter* aparecerá en cualquier momento. Draven tiene la ilusión de montarlo él mismo.

—¿Cómo es? —quiso saber Tess, sentándose en una silla junto a Imogen. Sentía que una pausa, hablando de caballos, sería tranquilizadora para ambas.

—¿*Blue Peter*? No te va a gustar —anticipó Imogen.

—¿Es desagradable?

—Muy desagradable —aseguró Imogen enfáticamente—. Trata de morder todo lo que esté a su alcance y es demasiado fuerte de pescuezo y brazuelos. Pronto será imposible montarlo. Los mozos de cuadra están nerviosos y no quieren entrenarlo. El otro día un golfillo le lanzó un bizcocho de jengibre y el animal casi destruyó la valla que lo separaba del muchacho.

—¡Qué lástima! —se lamentó Tess—. ¡Qué triste! ¿Qué edad tiene?

—Es aquél. Todavía es un potro. Imagínate lo que será cuando tenga dos años. Pero Draven adora a ese animal. No quiere saber nada de castrarlo —y permaneció en silencio un momento.

—Papá habría dicho que es demasiado joven para competir. Quizás la tensión sea demasiado para él.

—Papá tenía muchas ideas anticuadas. Draven investiga estas cosas a fondo y con mucho cuidado. Ha estado compitiendo con potros en Inglaterra desde hace muchos años. Sabe mucho más que papá sobre estos temas.

—No veo cómo un título de Cambridge le ayudaría a conocer los efectos que tiene

sobre un caballo el hecho de ponerlo a competir en su primer año —objetó Tess.

—Créeme —respondió con altivez Imogen—, mi marido es un conocedor de caballos totalmente diferente a nuestro padre. En primer lugar, papá nunca ganó, ¿no es cierto?

Tess se mordió el labio. Para ella, las semejanzas entre su padre y Draven Maitland eran obvias, e incluían el hecho de que Maitland (hasta donde ella sabía) no había ganado ningún gran premio, ni tampoco lograba mantenerse a sí mismo sin la considerable ayuda de su madre.

Se pudo oír otro griterío. La carrera acababa de terminar.

—Perdí —comentó Tess, deseando que Lucius regresara. Había algo raro en aquella conversación con Imogen y no estaba segura de cómo hablarle sobre ello. ¡Ojalá Annabel estuviera allí! Ella era tan buena para descubrir secretos.

—Las carreras se están haciendo cada vez más breves. Draven dice que eso es porque los organizadores arreglan la mayoría de las carreras para controlar las apuestas.

—Estoy segura —aceptó Tess—. Pero tú… ¿cómo estás, Imogen? ¿El matrimonio con lord Maitland es tal como soñaste?

—Ya te lo dije. Es gentil y maravilloso —respondió Imogen.

Pero Tess sentía que había algo que no iba bien. Los ojos de su hermana no brillaban como antes de casarse con Draven. Ella seguía manteniendo que todo era maravilloso. Pero…

—¿Estás segura? —insistió.

—¡Por supuesto! —repitió Imogen con una breve risa.

—¿Es agradable vivir con lady Clarice?

Una sombra cruzó el rostro de Imogen.

—Puedo ver a Annabel y a Josie con regularidad. Todos los días, si lo deseo. Pero tan pronto como Draven gane una Copa de Oro, nos trasladaremos a nuestra propia casa, naturalmente.

—Eso será difícil —dijo Tess, poniendo una mano sobre la de Imogen.

Ésta la miró y sonrió abiertamente, y de repente apareció un destello de la hermana apasionada que Tess conocía.

—Lady Clarice puede ser algo molesta. Pero he descubierto que desde que empecé a leerle a Catulo por la mañana, me considera una mujer culta, y eso ha cambiado mucho las cosas.

—Estoy segura de que la señorita Pythian-Adams estará muy feliz de prestarte uno o dos libros —sugirió Tess.

Imogen se estremeció.

—La señorita Pythian-Adams es una mujer muy rara. ¿Sabes que en realidad me agradeció haberle privado de Draven? ¡Como si yo pudiera haber tenido otro deseo en mi vida que casarme con mi amado marido!

—Por supuesto —murmuró Tess.

Pero Imogen no parecía dispuesta a seguir hablando de su matrimonio.

—¿Cómo es estar casada con el señor Felton, Tess? ¡Draven lo describe prácticamente como el hombre más rico de Inglaterra!

—Es confuso. A veces me pregunto en qué empleo el día. Parece que gasto una enorme cantidad de tiempo en hacer algo tan simple como hablar con el ama de llaves sobre las comidas. Y también están el jardinero, y las cuentas… Por supuesto, yo no llevo las cuentas, pero trato de estar al tanto. En resumen, es muchísimo trabajo.

—Pero pareces contenta —dijo Imogen—. Tus ojos brillan felices, Tess —se produjo un momento de silencio, y luego añadió—: Creo que te has enamorado de tu marido.

Tess se quedó paralizada por un segundo.

—Quizás algún día —alcanzó a ver a Lucius en la multitud: caminaba hacia ella, con Draven a su lado.

—¡Ya vuelven!

La multitud se apartó para abrirle camino a Lucius. Lord Maitland parecía apuesto, pero de una manera diferente. Sus ojos brillaban con un color azul audaz, gesticulando ampulosamente mientras le explicaba algo a Lucius… algo relacionado con *Blue Peter*, sin duda.

Al observarlo, Tess incluso sintió una extraña suerte de cariño. Después de todo, Draven era ya parte de la familia. Era el marido de su hermana, y aunque ella podía haber deseado que Imogen se casara con un tipo diferente de hombre, y, por supuesto, con una boda diferente, no había que olvidar que Imogen no había amado a otra persona que no fuera Draven desde el momento en que lo vio.

Cogió la mano de Imogen y se la apretó.

—Me hace muy feliz que vosotros os hayáis casado —dijo impulsivamente—. Me temo que habrías sido muy desdichada si las cosas hubieran sido diferentes.

Imogen la miró.

—Sí, seguramente lo habría sido —confirmó. Sin embargo, había algo en el tono de su voz que hizo que su hermana frunciera el ceño otra vez.

Lucius se sentó al lado de Tess. Draven todavía estaba hablando: decía algo sobre la potra que iba a correr contra *Blue Peter* y lo que el caballerizo le había dicho sobre la dieta de ese animal. Se sentó junto a Imogen y, simplemente, siguió hablando, cambiando de interlocutor sin interrupción y dirigiéndose a Lucius o a su esposa indistintamente.

Felton se inclinó hacia su mujer para decirle:

—Yo diría que el tema de avenas y manzanas ya está agotado.

Tess sonrió, pero se sintió triste por Imogen. La mano de Lucius estaba apoyada en su espalda, y el simple contacto de sus dedos hizo que su cuerpo vibrara con el recuerdo de lo que había ocurrido apenas una hora antes.

Miró a su marido y supo que ambos estaban pensando lo mismo.

—¿Damos un breve paseo? —preguntó él—. Calculo que *Blue Peter* no competirá hasta dentro de una hora aproximadamente, y tú no has salido del palco.

Tess miró a Imogen. Draven estaba describiendo a una potra de dos años con una raya blanca sobre la nariz. «Esa apariencia, esa apariencia tranquila y alerta, tú sabes qué quiero decir… Podría llevarla a Ascot, pero mi madre, maldición, espero que no…». Imogen lo miraba y asentía con la cabeza.

Tess se volvió y se agarró al brazo de Lucius. Un momento después se abrían paso entre la multitud, que olía a tabaco, a alcohol y a emoción. Él puso su brazo alrededor de su cintura, protegiéndola, posesivo y cálido, y Tess —que no sentía ninguna necesidad de protección, pues había crecido prácticamente entre multitudes de hombres que, como éstos, empujaban—, sintió una oleada de júbilo en su pecho, tan aguda que casi dolía. Se detuvo. Y él, forzosamente, también tuvo que pararse. Ella lo miró a la cara y dijo:

—Lucius.

—¿Sí?

Y lo que vio en los ojos de Tess consiguió que la alegría brillara en los suyos, e inclinó la cabeza.

—¿Deseas decirme algo privado, querida?

—¿Está cerca tu carruaje?

Él respondió con una sonrisa, y luego —sin considerar la absoluta falta de decoro de tal acto—, levantó la cara de su esposa y la besó. Fue un beso rápido, sonoro y absorbente, tan rápido que nadie se dio cuenta realmente, ya que los rostros de todos estaban atentos a la pista y a los caballos que corrían sobre el polvo.

Sólo una persona los vio: Imogen, que los observaba desde el palco mientras Draven hablaba.

—Mira, cuando el grupo cerca del vallado empezó a adelantarse —estaba diciendo su marido—, la potra fue al exterior y se lanzó hacia delante como si fuera…

Imogen vio que Lucius miraba a Tess como si fuera muy, muy hermosa, riéndose de algo en ese momento, con su brazo alrededor de ella como para impedir que la multitud siquiera pudiera tocar a la bella señora Felton.

—Ojalá mi madre comprendiera el potencial de una inversión en caballos —estaba diciendo Draven, tanto a sí mismo como a ella, pues cuando esa nota especial de rabia aparecía en su voz, siempre estaba relacionada con su madre. E Imogen había aprendido rápidamente que no había nada que ella pudiera decir para mejorar las cosas. Lady Clarice no daba ninguna señal de abrir su bolsa por el hecho de que su hijo estuviera casado. Es más, como ella misma explicó a Imogen, no sin crueldad, lo hacía «por su propio bien».

—Gasta cada chelín que le doy en sus cuadras —le había dicho a Imogen—. No es que le niegue el dinero, pero mi querido marido estaba de acuerdo conmigo en que Draven no tiene ojo para elegir ganadores.

—Draven tiene un ojo excelente —había dicho Imogen con firmeza—. Es sólo cuestión de tiempo y sus cuadras serán las mejores de toda Inglaterra.

—Me alegraría mucho por él —había asegurado su suegra, para luego cambiar de tema.

—Draven —Imogen lo interrumpió en ese momento—, ¿te gustaría ir a dar un paseo?

Él se puso de pie.

—Por supuesto. Quieres ver a la potra, ¿no? Obviamente no puedes ayudarme a convencer a mi madre para que entregue los fondos necesarios a menos que la hayas visto tú misma, ¿verdad? —la ayudó a levantarse con muy poca gracia—. Buena idea, Imogen.

«Al menos recuerda mi nombre», pensó Imogen con cierto desconsuelo.

Capítulo treínta y tres

Los criados los vieron llegar y, esta vez, a Lucius no le importó en absoluto lo que pudieran pensar a propósito de lo que hacía con su esposa en el carruaje, dado que los caballos habían sido desenganchados y permanecerían en los establos toda la tarde. Con un movimiento de cabeza, envió a los lacayos en direcciones diferentes, para que no regresaran durante una hora al menos. Él mismo abrió la portezuela y bajó los pequeños escalones plegables del carruaje.

En el escalón superior, Tess se volvió y le sonrió por encima del hombro.

—Vienes conmigo, ¿no? —preguntó, con una voz tan ronca que él estuvo a punto de empujar su perfecto y redondeado trasero para poder cerrar la puerta tras ellos sin más demoras.

—Estoy subiendo detrás de ti —la tranquilizó.

Hasta que Tess no estuvo recostada sobre el asiento y él se introdujo en la dulce tibieza de su esposa, con la cabeza desmayada hacia atrás, con un brazo alrededor del cuello de su esposo, con el otro orlando su propia cabeza, Lucius Felton no se dio cuenta de… algo.

De algo importante.

Pero no podía expresarlo. Todo lo que podía hacer era introducirse en su esposa, dejando de lado toda apariencia de dominio que hubiera tenido alguna vez sobre sus emociones. Ella estaba debajo, arqueándose, retorciéndose entre sus manos cuando sus dedos recorrían su pecho, gritando… Lucius podía sentir que su propio rostro se transformaba, mostrando los dientes mientras luchaba por mantener firme el ánimo.

Pero entonces, repentinamente, se dio cuenta de que con Tess jamás tendría dominio de sí mismo.

Extendió la mano hacia abajo y tocó la tibieza suave y sensible de su amada, que abrió sus ojos, cada vez más grandes…

—¡Lucius…! —gritó.

Y la cogió por las caderas, con la alegría de un himno de Bach recorriéndole el alma, la agarró por las caderas y la empujó y se dejó llevar, se dejó llevar, se dejó llevar…

Podía sentir los rasgos de su propia cara, tensa y con gestos poco caballerosos, que dejaba escapar un sonido gutural de sus labios, un estallido ruidoso de dolor y de júbilo.

Tess tenía un brazo alrededor del cuello de su esposo y no se sentía adormecida en ese momento. Era pura flexibilidad. Su pelo cayó por un costado del asiento; sus labios adquirieron un color rojo rubí.

—¿Qué habría ocurrido si no hubieras ido a la casa de Rafe? —preguntó Lucius—. ¿Qué habría ocurrido?

—Mmm… —respondió Tess. Luego se incorporó—. ¡Imogen!

Lucius suspiró.

—Imogen se va a dar cuenta… sabrá qué estamos haciendo —dijo su esposa con preocupación, tratando de acomodar su pelo de alguna manera, quizá con la idea de ponerse el sombrero.

Lucius sonrió abiertamente.

—Tu hermana y su marido fueron tan apasionados que no dudaron en fugarse. No tengo duda de que ellos también han desaparecido alguna tarde o dos.

Se oyó un débil ruido en la distancia y un gran trueno de cascos que tomaban la curva. Tess dejó de tratar de arreglarse el pelo y se dejó caer sobre el pecho de Lucius otra vez. Deseaba permanecer allí para siempre. Quería permanecer con él allí, en su pequeña cámara privada tapizada en terciopelo, con la cabeza apoyada en el hombro de su amado y la

maravillosa sensación de derretirse en el delirio que acababa de experimentar… Se acurrucó contra él y escuchó el latido de su corazón. Ya volvía el pulso habitual, ya no galopaba desbocado.

—No creo que conversen demasiado —dijo ella.

—¿Quiénes? —parecía somnoliento.

—Imogen y su marido.

—Él sí que habla —señaló Lucius, destacando sus palabras—. Esta tarde ha estado más de una hora alabando las virtudes de un animal infernal que va a competir en la Copa. Cuando fuimos a verlo, el condenado bruto se había comido un pedazo de su compartimento del establo. Estaba escupiendo astillas de madera en todas las direcciones. Los mozos de cuadra están aterrorizados con él.

—Imogen desea desesperadamente que su marido gane —comentó Tess, acurrucándose aún más cerca y percibiendo el olor a jabón en el pecho de Lucius—. Al parecer, Maitland perdió veinte mil libras en Lewes la semana pasada.

—¡Qué estúpido…! —exclamó Lucius mientras su mano se enredaba en el pelo de Tess—. El jinete quería apartarse porque tenía miedo de que el caballo le arrancara los brazos de las articulaciones… Maitland amenazaba con montar él mismo al animal. Dijo que tenía que ganar.

—No puede hacerlo —aseguró Tess—. Da la impresión de que ese caballo está loco.

Lucius se había puesto la camisa pero la dejó desaliñadamente suelta cuando se sentó junto a su esposa, así que Tess deslizó su mano por debajo del lino blanco y la movió sobre los músculos marcados de su pecho. Quiso escuchar: el corazón de Lucius latía con regularidad.

—Soy tan afortunada… —susurró por debajo de la camisa.

Pero él la escuchó y sonrió sobre su cabeza.

Tess se sentó junto a Imogen, sabiendo sin ninguna duda que sus mejillas mostraban un color rosa intenso y su pelo no estaba tan arreglado como por la mañana.

Imogen la miró cínicamente, con una mirada que decía sin palabras: «Te has estado besando detrás de las cuadras, ¿no?».

Draven se había puesto de pie de un salto cuando abrieron la puerta.

—¡Por fin! —dijo—. Ya que habéis llegado, iré una vez más a ver cómo está *Blue Peter*. Quiero asegurarme de que el jinete comprenda lo importante que es esto… Estaba dando señales de haberse acobardado.

—Un potro y un nuevo mozo de cuadra —comentó Lucius—. Quizás lo mejor sería que consideraras esto como una prueba.

Pero Draven agitó la cabeza con su intensidad acostumbrada.

—No, he decidido ganar el premio de esta carrera y comprar la potra de dos años que Farley ha puesto en venta. Debo tenerla. Es una belleza, con buenos huesos, y ganará en Ascot este año, estoy seguro.

—Pensaba que *Blue Peter* iba a ganar en Ascot —dijo Tess.

Draven asintió con la cabeza.

—Eso es posible también. Muy posible. Hermosos caballos, los dos. Pero el de dos años cuenta con un poco más de experiencia, e imagino que la potra tiene las ancas ligeramente más altas. Es una belleza e Imogen coincide conmigo. Fuimos a las cuadras mientras vosotros estabais paseando… ¿Dónde estabais? —preguntó a Lucius—. Te busqué por todas partes porque quería que vieras al animal. Será una muy buena inversión, pero Imogen y yo no pudimos encontraros por ningún lado.

—Miramos por todas partes —intervino Imogen, con un aire un tanto cáustico en su

voz.

—Déjame ver cómo va la carrera —propuso Lucius en un tono que impidió cualquier pregunta más—. Me gustaría observar a la potra de dos años, Maitland. ¿Quieres que te acompañe a las cuadras?

La atención de Draven volvió al importante tema de los caballos: era como un niño al que ofrecen un juguete.

—¡Bien dicho! Vamos, entonces. Como te decía, quiero seguir de cerca a ese jinete y darle algunos consejos finales. La verdad es que me encantaría montar a *Blue Peter* yo mismo.

—Me prometiste… —dijo Imogen bruscamente.

Él parpadeó y miró a Imogen como si hubiera olvidado que su esposa existía.

—Lo prometí —contestó—. Es sólo cuestión de alentar a Bunts. Está un poco alterado, pero hablaré con él y todo irá bien —y salió por la puerta, obviamente inquieto y dispuesto a levantar el ánimo del temeroso Bunts.

Lucius miró a Tess. Su expresión era evasiva, pero ella podía entenderla. No porque hubiera necesidad de mucha interpretación después de la manera en que su mano le había tocado la mejilla y la nuca, con una caricia muy fugaz que había dejado su piel ardiendo intensamente.

—Regresaré pronto —dijo. Hizo una inclinación de cabeza a Tess y una reverencia a Imogen.

«Lucius tiene modales encantadores», pensó Tess.

—Supongo que no te molesta que tu marido se muestre tan débil —sugirió Imogen desdeñosamente.

Tess se enderezó.

—¿Qué quieres decir?

—Tocarte de esa manera en público… —dijo con desdén—. Acariciarte. Sé que no fuimos educadas por una institutriz, Tess, pero, realmente, debes aprender a adaptar tu comportamiento al de la sociedad elegante o nadie querrá conocerte.

—Viniendo de alguien que fue rescatada de una fuga y una unión ignominiosa por mi marido, tu censura me parece fuera de lugar —respondió Tess—. ¡Ciertamente, tú no *adaptaste* tu comportamiento, ni tuviste en cuenta que tu fuga de amantes podría tener efecto sobre los futuros matrimonios de Annabel y de Josie! ¡Indudablemente!

—Ya que Draven y yo no llegamos a huir a Escocia, la cuestión es improcedente —afirmó Imogen con gran frialdad.

—No logro ver qué había de impropio en la despedida de Lucius —continuó Tess, tratando de ocultar su enojo. Imogen era desdichada. No estaba segura de las razones, pero se veía claramente que así era.

—Si tú misma no te das cuenta, estoy segura de que no soy yo quien debe decírtelo.

—No.

Imogen respiró ruidosamente por la nariz. Se asomó por la ventana y dijo:

—Estoy casi segura de que la Copa está a punto de comenzar. Este palco es muy hermoso, pero uno no puede escuchar lo que se dice a propósito de la carrera…

Tess refrenó un fuerte deseo de decirle a su hermana que se fuera a las gradas si no le gustaba el palco.

Los caballos comenzaban a dirigirse lentamente hacia la línea de salida. Tess siempre pensaba que los jinetes parecían demasiado pequeños, sentados sobre las grandes grupas de los animales.

—No estoy segura… —continuó Imogen—. Podría ser la última carrera antes de la Copa. No veo los colores de Draven por ninguna parte. ¿Cuáles son los colores de Felton?

—No tengo ni idea —respondió Tess, dándose cuenta de que había visitado a *Midnight*

Blossom, pero desconocía el resto de la cuadra de Lucius—. Aunque sí sé que está haciendo correr a *Something Wanton*. ¿Lo puedes ver…?

Ambas se esforzaron en fijar la vista en la línea de salida, pero estaba lejos, al otro lado de la curva. El palco estaba perfectamente ubicado para ver el final de una carrera, pero no la larga recta.

—Me resulta difícil creer que no sabes siquiera cuáles son los colores de tu marido —comentó Imogen. Tess podía sentir la crueldad que anidaba en aquel corazón. No era justo que Tess se hubiera casado con un hombre que la besaba de ese modo. En público, sin la menor consideración por lo que otros pudieran pensar. Y que la mirara de tal manera, como si… como si… desechó la idea con un movimiento de hombros.

—No hemos hablado de sus cuadras —explicó Tess.

—Bien, si lo que quieres es tener ese tipo de matrimonio… —comenzó a decir Imogen.

Pero su hermana la interrumpió.

—¿A qué clase de matrimonio te refieres?

Imogen frunció los labios.

—El tipo de relación en la que la esposa pasa el día ocupada con el ama de llaves, lo cual, ciertamente, parece ser tu rutina diaria. Nunca se habla de los deseos y las ambiciones más profundas del marido. Su vida verdadera transcurre fuera de la casa, fuera del matrimonio.

—¡Santo cielo, qué dramática eres…! —exclamó Tess. Tenía una expresión arrogante de hermana mayor que enardeció aún más a Imogen.

—¡Yo conozco cada sueño que anida en el corazón de Draven! —aseguró Imogen, sabiendo que debía lamentar que Tess no comprendiera realmente a su marido. Su relación era poco profunda. No obstante, resultaba difícil lamentarlo cuando Lucius Felton miraba a su esposa de aquella manera. No era justo.

Se oyó el ruido lejano de un disparo y ambas dirigieron sus miradas hacia la pista de las carreras. La inmensa masa de coloridos caballos se arremolinó, se encabritaron en el aire…

Tess podía escuchar los relinchos de los caballos y los gritos de los jinetes. Era indudable que no conocía todos los sueños que anidaban en el corazón de Lucius. A decir verdad, no conocía ninguno.

—Salida anulada… —informó Imogen—. Draven dice que la mitad de las salidas falsas se producen porque los dueños tratan de cansar a un potro en particular y, así, impedirle ganar. *Blue Peter* nunca se cansará con esas tácticas tan vulgares.

—Creo que *Something Wanton* tampoco se cansará —dijo Tess.

—No porque tú lo sepas. ¿Te has molestado en decirle al señor Felton algo acerca de los gustos de *Something Wanton* para que tenga siquiera alguna oportunidad de ganar la carrera?

—¿Lo que le gusta? —protestó Tess—. ¿Qué importancia tiene eso? *Something Wanton* nunca ganó una carrera para papá, por más que él estuviera seguro de que al caballo le gustaba el puré de manzanas. Y es cierto, no he perdido ni un minuto hablando sobre ese caballo con mi marido.

—Lo olvidaba —replicó Imogen maliciosamente—. Tienes que ocuparte de asuntos importantes, como la ropa de cama y las cuentas de la familia.

—Si viviera con mi suegra, como haces tú, sin duda no tendría que ocuparme de las cuentas —protestó Tess, finalmente exasperada más allá de los límites razonables—. ¿Qué te ocurre, Imogen?

—Absolutamente nada —respondió ésta entre remilgos, enderezando la espalda y fingiendo estar muy interesada en los caballos, que en ese momento tomaban la curva más cercana en la primera vuelta de la carrera.

Tess rechinó los dientes.

—Muchas veces nos dijiste que te morirías si no podías casarte con Maitland. Y te

casaste con él. Si has reconsiderado esa idea, no hay necesidad de que seas descortés conmigo.

Imogen se enfureció como un gato acorralado por un *terrier*.

—¡No he reconsiderado nada! Adoro a Draven. ¡Él es el aire que respiro!

Tess la miró a los ojos.

—Te creo. Pero comienzo a preguntarme si respirar ese aire no te está envenenando el carácter.

—¡Eres muy desagradable! —dijo Imogen lentamente. Tan lentamente, que Tess tuvo tiempo de sentir cómo el peso de la culpabilidad le detenía el corazón.

—Tienes razón. Lo siento —se apresuró a decir.

Imogen se aferraba al marco del palco, fijando su mirada, sin ver nada, en los caballos que tomaban la curva por segunda vez en un movimiento amplio y deslumbrante de cascos al galope y brillantes colores.

—Me estoy portando muy mal, Tess —confesó Imogen—. Y no es porque lamente haberme casado con Draven. Adoro a Draven.

Se giró y Tess vio la cruda verdad en sus ojos.

—Lo adoro. Yo… bueno, ya me conoces. Venero el suelo por el que camina… Pero él… no siente precisamente lo mismo por mí.

—Oh, querida… —susurró Tess.

—Se preocupa por mí —explicó Imogen—. Sólo que se preocupa más por sus caballos —lo dijo con crudeza y cuando alzó la vista, sus ojos brillaban entre lágrimas—. Habla de ellos cuando duerme. No puede evitar hablar de ellos constantemente. No puede evitarlo.

—Lo sé —dijo Tess—. Papá era exactamente igual.

—Pensé en eso —susurró Imogen. Sus dedos enguantados se aferraban una y otra vez a la madera. Una ligera llovizna comenzaba a caer sobre la pista, aplacando las nubes de polvo que volaban en el hipódromo—. Pero no creo que mamá fuera desdichada, ¿no te parece?

—No —respondió Tess de inmediato—. No era desdichada. La recuerdo muy bien. Nos quería, y quería a papá. Y no creo que le preocupara ni por un momento haber abandonado… bueno, la oportunidad de casarse en Inglaterra, la temporada social y todos esos vestidos.

—Yo tampoco —agregó Imogen—. ¡Yo tampoco!

—Por supuesto que no… —comenzó a decir Tess, pero fue interrumpida por un rugido repentino de la multitud, un grito primitivo, un gemido que hizo que ambas volvieran sus cabezas súbitamente hacia la pista.

—¡Se ha caído un caballo…! —exclamó Imogen, llevando su mano enguantada a la boca.

—¡Santo cielo…! —gimió Tess—. Odio la pista de carreras, la odio: sencillamente, la odio. Cada vez que se cae un caballo, pienso en todos los caballos que perdió papá, en lo mucho que los quería y en el dolor de tener que sacrificarlos…

—Sé exactamente lo que quieres decir —aseguró Imogen, extendiendo la mano para tomar con fuerza la de su hermana—. ¿Recuerdas cómo lloró cuando hubo que sacrificar a *Highbrow*?

Tess asintió con la cabeza.

—Papá nunca volvió a ser el mismo…

La gente corría por la pista de carreras. Estaban retirando a los caballos. Evidentemente, el accidente había sido serio. Tess sintió un irresistible deseo de correr hacia el carruaje de Lucius y regresar a su casa. Regresar y revisar la ropa blanca y olvidar que existía aquel modo de vida, las pistas de carreras de caballos, con sus glorias y sus tragedias.

—No… Tienes razón —confirmó Imogen—. Papá nunca fue el mismo después de *Highbrow*. En primer lugar, porque ya no había más dinero —obviamente recordó algo repentinamente y miró a Tess—. No es que nadie te culpara a ti, Tess. Él nunca debió haberte

escuchado, en primer lugar. No eras más que una niña.

—Bueno, nunca volvió a escucharme —dijo Tess con rostro inexpresivo.

La puerta se abrió y apareció Lucius. Tess se puso en marcha con una alegría que no podía ocultar, pero él estaba mirando a su hermana.

—Imogen… —dijo. Era la primera vez que usaba su nombre de pila.

Imogen se puso de pie. Su cara palideció, pero su voz era tranquila.

—¿Draven?

Lucius asintió con la cabeza.

—¿Montaba él? —y luego, sin esperar una respuesta, afirmó—: Estaba montando a *Blue Peter*.

Lucius la cogió por el brazo y dijo:

—Debemos ir con él ahora.

Miró a Tess, que tomó la capa de piel de Imogen y se la echó sobre los hombros. Las manos de su hermana temblaban cuando quiso abrochársela…

—Estaba montando a *Blue Peter* —repitió Imogen, con los labios cada vez más blancos—. Está vivo, ¿no? ¿Está vivo? —Agarró el brazo de Lucius cuando éste abrió la puerta.

—Está vivo —aseguró Lucius—. Quiere verte.

Pero Tess vio algo en sus ojos oscuros que Imogen no habría reconocido jamás y su corazón se paralizó.

La lluvia había cesado, dejando un olor limpio en el aire. La multitud se dispersaba rápidamente. La gente se retiraba, los carruajes chirriaban, yendo en todas las direcciones, hacia los refugios hogareños, los bares atestados y los acogedores pueblos cercanos.

Caminando y corriendo entre la gente que se retiraba, Tess, Imogen y Lucius escuchaban cómo todos hablaban del accidente.

—Cayó como un árbol en una tormenta de fuego —comentó un hombre.

—Las probabilidades eran de ocho a uno contra él —decía otra voz—. ¿Por qué diablos arriesgaría su pellejo con tan escasas posibilidades de ganar?

Sin embargo, su hermana no parecía escuchar nada, advirtió Tess con cierto alivio.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo han llevado? —preguntó Imogen con una voz extrañamente tranquila.

—Está en los establos —informó Lucius.

—¿Está…? —Pero en ese momento comenzó a correr, soltando la mano de Lucius y recogiendo sus faldas. Después de una sola mirada, corrieron tras ella. Tess iba perdiendo el sombrero mientras corría. Muchos años después, lo único que pudo recordar de aquel momento fue su aguda sensación de que, sin su sombrero, todos verían su pelo y se darían cuenta… ¿se darían cuenta de qué?

Pero el sombrero se tornó irrelevante en cuanto entraron en las caballerizas. Draven estaba tumbado sobre un catre; obviamente, era la cama habitual de uno de los mozos de cuadra que cuidaban los establos por la noche.

Los miró con una expresión tan alegre que el corazón de Tess se sobresaltó y se volvió a Lucius encantada. Pero cuando cogió el brazo de su esposa, miraba a Imogen con una expresión de compasión en sus ojos. La joven se había arrojado al suelo, al lado de su marido.

—Necesitaré algunos cuidados, supongo —decía Draven, con voz débil pero jovial—. Sé que no quieres que yo esté en la pista de carreras.

Imogen lo tocó con sus manos temblorosas.

—¿Te duele? ¿Alguien ha llamado a un médico? ¿Tienes algún hueso fracturado, Draven?

—Supongo que una o dos costillas. No serán las primeras costillas que me rompo. Y el dolor ahora ha disminuido. Puedo soportarlo, Immie.

—Prometiste no montar a *Blue Peter* —protestó Imogen, sosteniendo con fuerza su mano—. ¡Lo prometiste, Draven, lo prometiste!

—No pude cumplirlo —se disculpó, y sus ojos se apartaron de su esposa—. Tuve que montarlo porque Bunts se negó a hacerlo.

Imogen se dio cuenta de que estaba llorando porque el rostro de Draven se desvanecía ante ella. ¿Acaso había estado alguna vez más pálido que en ese instante? ¿Por qué permanecía allí tendido, tan quieto?

—¿Dónde está el doctor? —imploró Imogen, mirando a Lucius.

Se inclinó junto a ella, y sus ojos se encontraron.

—Llama a un médico —repitió Imogen, con voz entrecortada.

—El médico ya lo ha examinado después de caer —informó Lucius.

Lo que Imogen leyó en sus ojos hizo que su corazón se convirtiera en una piedra.

—Todo irá bien —aseguró Draven, con algo de su vieja y desenfadada confianza—. Necesitaré cuidados durante un tiempo. Lo importante es que *Blue Peter* está bien. Le prometeré a mi pequeña esposa que nunca más volveré a montar a ese caballo, ¿qué te parece?

—Ni a ningún otro animal peligroso —agregó Imogen, esforzándose por sonreír mientras sus lágrimas caían sobre su marido.

—No era mi intención montar… —explicó Draven—. Pregúntale a Felton. Estaba tratando de convencer al jinete para que lo hiciera. Se acobardó como una anciana temerosa. Casi lo había convencido, te lo aseguro. Pero luego volvió a acobardarse, en el último momento, y no pude soportarlo. Quería ganar, Imogen.

—Ya lo sé —cogió su mano y la apoyó en su mejilla—. Oh, cariño, ya lo sé…

—Y no fue sólo por ganar —dijo, esforzándose para poder incorporarse, pero volvió a recostarse.

—¿Te duele mucho? —preguntó ella en un susurro—. Oh, Draven, ¿te duele mucho?

Pero él agitó la cabeza.

—Por eso sé que me pondré bien, Immie. Me pondré bien. Estaba preocupado al principio, porque me dolía mucho, pero luego el dolor desapareció, y supe que viviría. Ganaré la próxima vez, querida —retiró su mano y le acarició la mejilla a su esposa—. Ganaré una copa y tendremos una casa imponente en Londres, tan imponente como todo lo que tiene tu hermana. Y también un palco real.

—No quiero todo eso —protestó Imogen, girando su cara para besarle la mano—. No me importa, Draven. Lo único que siempre quise fue casarme contigo. Siempre te amé, desde el momento en que te vi.

—Niña tonta… —dijo él. Parecía no poder levantar más la cabeza.

Imogen se inclinó sobre él, poniendo su cara sobre el pecho de Draven. Podía escuchar los latidos de su corazón, pero se escuchaban muy lejanos.

—Te vi aparecer en el patio de papá. Eras tan hermoso, tan vivaz, tan… tú mismo… Tu caballo acababa de ganar el premio Ardmore, ¿lo recuerdas?

—Una copa de veinte libras —dijo. Pero estaba parpadeando—. No puedo ver muy bien, Imogen.

Un sollozo ahogó la voz de Imogen y no respondió inmediatamente.

—Voy a… ¿no? —preguntó.

Imogen levantó la cabeza de su marido y la cogió entre sus manos.

—Te amo, Draven Maitland. Te amo.

Algo en el rostro de Imogen pareció darle la respuesta a su pregunta. Pero Draven le preguntó otra vez, con sus ojos fijos en la mirada de su esposa.

—Immie. ¿Voy a morir?

Y cuando ella no respondió, sino que simplemente se inclinó y lo besó en los labios, él dijo:

—Mi Immie…

Draven era un muchacho caprichoso que se había convertido en un hombre al que le gustaba apostar. Pero nunca había carecido de valor, a pesar de todas sus locuras. Había sido en todo momento muy valiente, aun con sus imprudencias. Y siempre había sido un salvaje, como decía el padre de Imogen, salvo en ese momento. Porque, en ese instante, reunió sus últimas fuerzas y buscó la mano de su esposa.

—Te amo, Immie.

Imogen no pudo responder. Los sollozos le atravesaban el pecho.

—Creo que me casé contigo… equivocadamente —dijo con una voz cada vez más débil—. Sé que fue así. Pero doy gracias a Dios por haberlo hecho, Immie. Es lo único bueno que he llevado a cabo en mi vida.

—Draven, no… —tartamudeó ella. Acercó la cabeza al pecho de su marido otra vez. Su mano le acariciaba el pelo, lentamente, muy lentamente. Y ya no podía oír su corazón. ¿O sí se oía?

—No soy un experto en estas cosas… —se disculpó—. Es mejor que lo diga ahora. Me casé contigo, bueno, vete a saber por qué razones. Pero al anochecer ya sabía, Immie, que fue lo mejor que pude hacer. Y todo lo que he hecho desde entonces ha sido por ti, aunque no sé si hago bien en decir estas cosas…

Imogen se acercó para besarlo. Había algo brillante en el borde de su labio. Lo limpió con el pañuelo, y se dio cuenta, horrorizada, de que era sangre.

—Tienes que saber que te amo —susurró ella—. Tú has sido lo único que he querido en la vida. Estar casada contigo es todo lo que he deseado en mi vida.

—Mereces algo mejor… —susurró él, entrecerrando los ojos, como si estuviera tratando de verla mejor.

—¡No hay nadie mejor! —dijo ella con fiereza—. ¡Nadie!

—Ésa es mi Immie —respondió él—. ¿Le dirás eso a mi madre…? —su voz se fue apagando.

—Tú la quieres —dijo Imogen—. Se lo diré, Draven. Se lo diré.

La mano de Draven había estado sobre el hombro de su esposa, pero se deslizó y cayó en el lecho. Se oyó un crujido tras ella. Imogen no levantó la vista hasta que un hombre se detuvo a su lado.

—Soy el reverendo Straton. El doctor me envió —se presentó, arrodillándose junto a Imogen con una completa ausencia de pomposidad. Puso su mano sobre la frente de Draven, y dijo con voz profunda:

—En ti, Señor, deposito mi confianza…

Imogen llevó su propia mano al pecho de Draven. No pudo sentir su corazón. El sacerdote estaba diciendo:

—En verdad os digo, aquel que escuche mi palabra y crea en Aquel que me ha enviado, tendrá la vida eterna, y no será condenado, sino que pasará de la muerte a la vida.

Los ojos de Draven estaban cerrados y parecía dormir, sin embargo… sin embargo…

Luego, Tess se arrodilló junto a su hermana y la abrazó. Lucius las ayudó a ambas a ponerse en pie. Pero Imogen se apartó con fuerza y cayó junto a Draven de nuevo.

—¡No puede ser verdad…! —gritó. De repente, comenzó a escuchar los sonidos del establo a su alrededor: un caballo que golpeaba el casco contra la madera de su compartimento, alguien que caminaba en el extremo del corredor, el tintineo de una brida. No podía ser que todas esas cosas continuaran sin Draven.

—¡No! —sollozó—. ¡No! —lo abrazó, pero él no abrió sus ojos.

—¡Draven! —lloró—. ¡Draven, no es el momento, no es el momento…! ¡No te vayas! ¡No me dejes, no te vayas !

Pero él ya se había ido. Todos pudieron darse cuenta de ello. El Draven que ella había

adorado desde el momento en que lo vio caminando por el patio, riendo con la pura alegría de haber ganado… aquel Draven había muerto. Su rostro era diferente, había cambiado.

Tess abrazó a su hermana y susurró:

—Está con Dios, Imogen. Está con papá.

—¡No te vayas! —gritó Imogen de nuevo y trató de escapar de los brazos de Tess. Sintió que enloquecía, como si las cuadras tuvieran que resquebrajarse al ver a Draven muerto.

—¡Vuelve!

Luego, el sacerdote la sostuvo y le dijo algo sobre Dios y el cielo y sobre lugares que estaban demasiado lejos como para que nadie supiera nada de ellos. Pero Imogen no escuchaba. Lo único que podía ver era el rostro pálido de Draven tendido sobre el catre.

—Debemos llevarlo a casa —dijo Tess, y eso sí tenía sentido. Eso era lo único que tenía sentido. No podían quedarse en la cuadra, rodeados de caballos. De modo que permitió que Tess la ayudara a ponerse de pie. Caminó junto al catre, cogiendo la mano de su esposo muerto mientras lo transportaban, pero aquella mano no tenía fuerza, no era la mano de Draven, él estaba siempre moviéndose, siempre hablando.

Y así fue como Imogen dejó caer aquella mano y llevaron el catre fuera.

Él no abrió los ojos.

Regresaron a casa.

Y Draven fue con ellos, en su propio carruaje.

Capítulo treínta y cuatro

Cuando llegaron a la casa de Lady Clarice, Rafe estaba allí con Annabel y Josie. Lucius había enviado a un criado para pedirle a Rafe que informara a lady Clarice. Tess esperaba una escena de histeria, lágrimas, gritos… Pero no encontró nada de eso. Lady Clarice estaba sentada como una estatua en la sala de estar. Su cara se veía pálida como el papel y sostenía un pañuelo en la mano, pero no lo usaba. Ella e Imogen se sentaron una junto a la otra, pero mientras Imogen se inclinaba a un costado para caer en los brazos de Annabel, sollozando tanto que apenas si podía respirar, lady Clarice sólo acariciaba la mano de su nuera y miraba fijamente al vacío.

Tess se sentó junto a Lucius, sintiendo que debía hacer algo, pero, ¿qué podía hacerse? Rafe daba vueltas, llenando con brandy cualquier copa vacía que encontraba. Estaban todos sentados en diferentes lugares y no hablaban demasiado. Después hubo una cena en la que nadie comió, y luego todos se retiraron. Imogen sentía que no podía volver a la alcoba que había compartido con Draven, de modo que Annabel y ella ocuparon otra habitación. Tess se despertó en medio de la noche, sollozando. La despedida de Draven, de algún modo, se mezclaba en su mente con su propia despedida a su padre. Lucius besó sus mejillas empapadas y la abrazó en la oscuridad.

Cuando Tess entró en la sala, por la mañana, Imogen y Annabel estaban sentadas, juntas. Annabel se inclinaba sobre Imogen, diciéndole algo. Tess cruzó corriendo la habitación y se sentó al otro lado, rodeando con un brazo los hombros de su hermana.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó.

Imogen no la miró, sólo se movió ligeramente, de modo que el brazo de Tess cayó.

—Estoy bien —respondió.

No se estaba retorciendo las manos ni llorando.

—Le estaba diciendo a Imogen que debe comer algo —dijo Annabel en tono enérgico.

—Ahora no —rechazó Imogen.

Tess vaciló. Había algo ligeramente… ligeramente poco acogedor en la manera en que Imogen se apoyaba sobre Annabel. Ella esperaba que Imogen llorara en sus brazos. No porque Annabel no pudiera ser un consuelo, pero después de la muerte de su madre, ella, Tess, siempre había sido…

Lucius entró en la habitación y Tess lo miró con alivio, pero cuando volvió la mirada a Imogen, vio algo en sus ojos. ¿Un destello de dolor?

¡Por supuesto! La presencia de Lucius debía de ser dolorosa para Imogen, ya que se habían casado prácticamente al mismo tiempo, y el marido de Tess aún estaba vivo. Tess se puso de pie y caminó hacia Lucius.

—¿Puedo hablarte? —preguntó.

—Claro… —respondió Lucius, haciendo una reverencia a sus hermanas.

Una hora más tarde, Tess regresó. Lucius no quería volver a su casa sin ella. Pero su primera lealtad era para con Imogen. Así que Lucius partió.

Sin embargo, en cuanto entró de nuevo en la sala, Imogen la miró. Su cara estaba blanca, salvo por ardientes manchas de color en sus mejillas.

—Preferiría estar sola.

Tess se quedó paralizada, mirándola fijamente.

—Si no te molesta —añadió Imogen, apoyando su cabeza sobre el hombro de Annabel y cerrando los ojos.

Tess se sintió tan anonadada que apenas si pudo pronunciar las palabras adecuadas.

—Por supuesto. ¿Puedo traerte algo…?

Imogen no la miró.

—Si deseo comer algo, Annabel se lo pedirá al mayordomo.

Un momento después, Tess estaba en el corredor, parpadeando ante la pared y tratando de recordar si había dicho algo que pudiera haber ofendido a su hermana.

Rafe bajó las escaleras.

—¿Cuál es el problema, Tess? —preguntó.

Lo miró, tratando desesperadamente de no llorar.

—Imogen… No quiere que esté con ella…

Él la condujo a la biblioteca de lady Clarice.

—Está sufriendo —dijo Rafe—. El dolor afecta a cada persona de modo diferente. Algunos desean estar solos y otros…

—¡Pero está con Annabel! No está sola. Y yo… yo… —Tess ni siquiera sabía cómo describir aquel sentimiento—. Después de la muerte de nuestra madre, prácticamente fui yo quien las crió a todas ellas. ¿Cómo puede Imogen…? ¿Por qué? —Los pensamientos giraban en su cabeza como una pequeña bandada de aves aturdidas. Deseó desesperadamente no haberse despedido de Lucius.

—Te ofrecería una bebida —dijo Rafe con un suspiro—, pero es demasiado temprano.

El sol matutino se abría paso a través de las pesadas cortinas. Tess las descorrió y miró hacia el patio. Quizás Lucius regresaría en su caballo para llevarla consigo. No había ninguna señal de él, por supuesto, de modo que se sentó en una silla, apretando las manos hasta que le dolieron.

—El dolor a veces transforma a las personas —explicó Rafe, dejándose caer en un sillón y estirando una pierna para poder empujar con el pie un tronco del fuego, sin preocuparse por sus botas—. Después de la muerte de mi hermano, no pronuncié ni una sola palabra durante más de un año. Insulté al reverendo después del funeral. Le dije que Peter habría odiado aquella ceremonia. Yo… estaba fuera de mí.

El día avanzó, pero en la casa persistió aquel mismo estado de ánimo. Tess entró en el salón: Imogen estaba temblando en brazos de Annabel. Annabel miraba a su hermana mayor de un modo que inconfundiblemente significaba «no».

Luego, Tess caminó por el corredor en busca de lady Clarice. Al parecer, la dama se había refugiado tras un bloque de hielo. No mostraba apenas ninguna reacción ante todo lo que se dijera en su presencia y, si bien le pidió a Tess que le leyera la Biblia, por lo que se mostró muy agradecida, la joven tuvo la sensación de que no había escuchado ni una sola palabra.

En algún momento, por la tarde, encontró a Rafe sosteniendo a Imogen de un modo que nadie en la sociedad civilizada podría considerar descortés. ¡A Imogen ni siquiera le gustaba Rafe! Ella fue quien dijo que era un borracho, un descuidado y un holgazán, por añadidura. Pero si Tess se acercaba a ella, Imogen se congelaba y dejaba de llorar. Respondía con monosílabos. Apartaba la mirada. Si Tess la abrazaba, en lugar de Rafe o de Annabel, el cuerpo de Imogen se ponía tenso.

Finalmente, reunió el valor suficiente para preguntar a Annabel por qué su hermana se comportaba así con ella. Era una noche, ya tarde, dos días después de la muerte de Draven.

—¿Por qué lo hace…?

—Ella te culpa a ti —respondió Annabel. Estaba sentada frente al fuego, en su cámara, bebiendo una copa de brandy. Annabel, aparentemente, había decidido que el brandy de Rafe era una idea excelente.

—¿Me culpa a mí? ¿Me culpa a mí? —repitió Tess sin poder creerlo.

—No dije que fuera lógico.

Annabel parecía exhausta. Su hermoso cutis se veía demacrado y ligeramente amarillento, y unos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Imogen lloraba toda la noche, todas las noches, y Annabel estaba siempre con ella.

—¿Cómo puede culparme? —gimió Tess.

—Porque vosotras dos estabais discutiendo mientras Draven… —explicó pesadamente Annabel—. Al menos, eso es lo que dice. Y cree que si ella hubiera estado observando… si se hubiera dado cuenta de que su marido montaba aquel demonio…

—Ella no podría haber hecho nada —dijo Tess, anonadada—. Ya era demasiado tarde. ¿Qué podría haber hecho?

—Lo sé —aseguró Annabel, bebiendo de su copa—. Se lo he dicho. Creo… —y miró a Tess con ojos agotados y comprensivos—, creo que lo cierto es que no puede soportar su propia culpa.

—¿Qué culpa? —susurró Tess—. Fue él quien decidió montar ese caballo. ¡Ella le había hecho prometer que no lo haría!

—¿No dijo él que todo lo había hecho por ella?

Tess se quedó helada. Efectivamente, él había dicho aquello en el establo.

—¡Él no quiso decir eso…!

—Ella no puede evitar pensar que fue así —continuó Annabel, moviendo su copa y consiguiendo que dorados rayos iluminaran toda la habitación—. Maitland dijo que quería ganar para que ella tuviera su propia casa, de manera que Imogen no se viera obligada a seguir viviendo con lady Clarice —se produjo un instante de silencio, sólo interrumpido por un tronco que cayó partido en dos trozos incandescentes—. Ojalá no hubiera dicho eso —añadió.

—Oh, pobre… —exclamó Tess—. ¡No lo puedo creer…! ¡Él no quiso decir eso! Yo estaba allí, puedo explicárselo…

—No —dijo Annabel abruptamente—. Acabo de lograr que se duerma y, Tess, no ha dormido las dos últimas noches. ¡Por favor, no la despiertes!

—Pero debo decirle… —insistió Tess, mientras las lágrimas serpenteaban por su rostro—. Maitland no quiso culparla, de ninguna manera. Sólo le estaba diciendo que la amaba más que a sus caballos, ¡eso es todo!

—Estoy segura de que así fue. Y lo que ella siente ahora carece de sentido. Pero culparte a ti es lo único a lo que puede aferrarse en este momento —dijo Annabel sin ocultar su cansancio—. Por favor, no le quites eso ahora.

Tess había comenzado a sollozar.

—¿Cómo puedes pedirme una cosa así? ¡Es mi hermana, mi hermana menor, y la quiero! ¡Haría cualquier cosa por ella! Necesito estar con ella, ayudarla.

Annabel se acercó a su hermana, la envolvió con un brazo, meciéndola de un lado a otro. Tess se sintió culpable. Lo último que Annabel necesitaba era otra persona sollozando sobre su hombro.

—Tranquilízate —le decía Annabel. Tess había escuchado esa misma voz consolando a Imogen—. Tranquilízate…

Se secó los ojos, y dijo, temblorosa:

—¿Crees que debo irme?

—Creo que deberías regresar con tu marido —sugirió Annabel, dándole un beso—. Imogen se repondrá. Ella, sencillamente, no puede afrontar la realidad en este momento y tú eres un blanco fácil.

—Me siento responsable…

—En realidad, probablemente lo mejor para ella en este momento seas tú —reflexionó Annabel mientras regresaba a su sillón—. Está tan enfadada contigo…

—¿Tan enfadada? —interrumpió Tess, todavía sin poder creerlo.

Annabel asintió con la cabeza.

—Gracias a su enfado no tiene que pensar en su vida sin su marido. Y no creo que esté preparada para eso… aún.

—¿Cómo puede no querer estar conmigo? —se lamentó Tess, con una punzada que le atravesaba el corazón—. ¿Cómo puede despreciarme así? Quizás sólo piensa que no me quiere, pero no es así realmente.

—Te va a necesitar después —aseguró Annabel—. Pero ahora mismo se está aferrando a esta estúpida idea: culparte a ti. Y eso la mantiene viva, Tess. Honestamente, pienso que lo mejor que puedes hacer por ella es permitir que esté enfadada contigo.

Tess respiró hondo y se secó una lágrima.

—¿Me llamarás… me llamarás si me necesita? ¿Si necesita algo? ¿Si cambia de idea?

Annabel asintió con la cabeza nuevamente.

—Rafe me está sorprendiendo. Ayer hasta olvidó que sólo debía beber después de la puesta de sol.

—No estarás adquiriendo tú sus mismos hábitos, ¿verdad? —dijo Tess, mirando con recelo el brandy de Annabel.

—No —respondió Annabel con un suspiro, poniéndose de pie—. Es mejor que vaya a ver a Imogen. ¿Lady Clarice salió de sus aposentos hoy?

—Sí. Pero no creo que sea saludable que nunca llore. Además, tampoco come. Estuve leyéndole toda la tarde.

—Regresa aquí antes del funeral —sugirió Annabel, deteniéndose en la puerta—. Quizás Imogen pueda hablar contigo entonces.

Tess se fue a su propia alcoba y lloró. Pensó que tal vez podría irrumpir en la habitación de Imogen y exigir que le hablara, y luego siguió llorando. Hasta que empezó a temblar, pues ya era una hora avanzada de la noche y el fuego de sus aposentos se había apagado. Le pareció imposible dejar de temblar.

Siempre que pensaba en Imogen, pensaba en lord Maitland. Y siempre que pensaba en Maitland, se acordaba de Lucius.

Así pues, en aquel estado de aturdimiento en que se hallaba, decidió que lo único que podía hacer era reunirse con su marido. No se encontraba lejos, después de todo. Estaba en su casa, a una hora de camino.

Se echó una capa de piel sobre su camisa de dormir y bajó. De algún modo, no le sorprendió encontrar a Brinkley, que apareció tras la puerta que separaba las dependencias de servicio de los salones principales, con aspecto cansado, pero inmaculado.

—Espero no haberle despertado —se disculpó Tess. Su voz resonó en la sala vacía.

—De ninguna manera —dijo el lacayo con gravedad. Y luego, como si no hubiera nada extraño en el hecho de que una dama vestida con camisa de dormir y una capa de piel anduviera sola por la casa, preguntó—: ¿Quiere que ordene preparar su carruaje, señora?

—Sí. Gracias, Brinkley.

Se quedó dormida mientras esperaba su carruaje, envuelta en su capa de piel, en el salón. Apenas si se dio cuenta cuando Brinkley la cubrió con algunas mantas y se volvió a dormir otra vez, mientras recorría las escasas millas que la separaban de Lucius. Aún estaba dormida cuando los lacayos abrieron la puerta del carruaje, echaron una ojeada al interior y fueron a buscar al amo.

Empezó a despertarse mientras unos fuertes brazos la rodeaban y la metían en casa. Aunque de un modo confuso, sabía que Lucius la estaba llevando escaleras arriba, como si ella fuera liviana como una pluma. Pero acomodó su cabeza contra el pecho de su marido y fingió estar dormida. Él la depositó suavemente sobre la cama y ella dejó caer ligeramente su cabeza a un lado, como si siguiera durmiendo. Sintió la mano de Lucius sobre su mejilla, durante un segundo, y cómo él regresaba a la puerta. Oyó que le decía algo a alguien —la

señora Gabthorne—, que la dejarían dormir.

Y luego, mientras Tess contenía la respiración, escuchó que se cerraba la puerta. ¿Se había quedado con ella, o había abandonado la habitación cuando los criados se habían retirado? Por alguna razón, aquélla parecía ser una pregunta muy importante. Era muy probable que Lucius se hubiera ido. No iba a quedarse mirando a su esposa cuando podía dormir tranquilamente en su propia alcoba.

La cama se movió cuando él se sentó.

—¿Estás lista para abrir los ojos, bella durmiente? —preguntó. Su voz tenía ese ligero toque de diversión que Tess imaginaba que sólo ella podía advertir. Otras personas probablemente considerarían que estaba manteniendo una conversación intrascendente.

No se molestó en saludarlo. Sencillamente, se incorporó, lo atrajo hacia sí y lo besó.

No fue, en lo que a besos se refiere, un acto demasiado delicado. Podía sentir cuánto lo había sobresaltado, pero él, después de un segundo o dos, respondió a su beso.

Pero Tess no quería besarlo solamente. Cayó hacia atrás y lo arrastró consigo, de modo que él terminó con su cuerpo cruzado sobre el de su esposa.

—¿Tess? —se sorprendió él.

—Te necesito —respondió ella con fiereza—. Te necesito.

Ésa era una cosa, bueno, una de las muchas cosas, que adoraba de Lucius. La escuchaba. Las manos de su marido se enredaron en su pelo y le dio un beso tan apasionado, tan dulce y tan lleno de vida que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ella respondió a ese beso con tanta intensidad que desterró esa frialdad de acero de su pecho, ese miedo a que él también muriera, que la vida no fuera nada más que una serie interminable de despedidas.

La mano de Lucius se movió por debajo de la camisa de dormir mientras su rodilla se abría paso entre las piernas de Tess. Ella sintió un deseo hondo y feroz de hacer el amor, no de que le hicieran el amor a ella, de modo que se las arregló para empujarlo y dejarlo tendido sobre la cama, quitándole la ropa, arrojando sus botas al suelo, cubriéndole los ojos cuando amenazó con reírse.

Y luego, cuando lo tuvo ante ella como un festín, le dijo que se quedara quieto, con el mismo tono enérgico con el que le daba órdenes a su caballo, *Midnight Blossom*.

Y él permaneció quieto, observando cómo su esposa le cubría el cuerpo con sus besos, con su boca recorriendo cada músculo, cada perfil o hueso húmedo de sudor, e incluso…

E incluso…

Lucius lo permitió, sabiendo de algún modo que su esposa necesitaba enloquecerlo de deseo, que ella disfrutara con cada sonido áspero que él emitiera, cada ronca súplica, cada gemido. Ella hizo que su pelo se deslizara sobre su carne, llevándolo casi al delirio, hasta que comprobó por sí misma que él estaba vivo, que cada ardiente centímetro de su amado estaba vivo.

Entonces, Lucius se incorporó con un movimiento tan ágil y rápido que ella no tuvo tiempo de protestar. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, ella quedó tendida de espaldas mientras él la sujetaba por las caderas, levantándola, yendo hacia ella.

Y otra vez. Y otra vez más, y otra vez, y otra vez.

No había saciedad para ninguno de los dos, ella empujaba hacia él con tanta fiereza como la de él al moverse hacia ella. La danza primitiva de la vida sobre el amplio lomo de la tierra…

Luego, Tess se derrumbó en la cama, en la tibieza de sus brazos y prorrumpió en sollozos.

—Pobre amada mía —susurró en su pelo—. Demasiados adioses…

Tess despertó con una agotada sensación de claridad en el pecho. Estaba cansada de llorar. Es más, no quería llorar otra vez, al menos durante un año. O siete años.

Lucius estaba recostado sobre su vientre, con sus grandes hombros musculosos extendidos sobre la almohada. Cuando estaba dormido, no parecía en absoluto disciplinado y contenido. Al contrario, se asemejaba casi un muchacho, con el pelo despeinado en lugar de despiadadamente estirado hacia atrás. Parecía… feliz.

«Necesita a su familia para ser realmente feliz», pensó Tess. «Me acercaré a su madre». Pasó un dedo por la piel de su cuello, hacia la piel de sus hombros, dorada como la miel. Su piel estaba tibia mientras dormía, todos aquellos encantadores huesos y músculos firmes parecían blandos, como los de un bebé. Sus dedos pasearon sobre él, sobre cada pequeña curva y cada elevación, sin darse cuenta siquiera de que un leve canturreo había empezado a salir de su propia garganta.

Lucius lo sabía. Tendido, completamente quieto y fingiendo dormir —su turno de bella durmiente—, escuchaba ese leve canturreo de andar errante y sintió un rayo de lujuria que lo atravesó hasta la planta de los pies. Necesitó toda su voluntad para no darse la vuelta, para permitir que aquellos dedos pequeños continuaran con su exploración. Estaban apartando la sábana en ese momento y deslizándose por la curva de los muslos de su marido.

Lucius no se movió. No podía moverse, clavado a la cama por el revoloteo delicado de los dedos de Tess, tocándolo donde ninguna mujer jamás lo había tocado, salvo en los momentos de mayor éxtasis. El canturreo de su esposa se había hecho más profundo, rebosante de deseo, o eso le pareció a él. Ella lo estaba acariciando. La sábana se movió hacia atrás hasta quedar sobre sus piernas. ¿Pensaba que todavía estaba dormido? No podía ser.

Con un movimiento flexible y rápido, él se giró, y el cuerpo de ella quedó en sus brazos. Lo colocó sobre la cama, mientras su propio cuerpo firme, no lánguido, no dormido, se deslizaba perfectamente entre los deliciosos muslos de ella. Él bebió su grito sobresaltado, la besó tan ferozmente que se arqueó contra él, buscándolo, estremeciéndose, gritando…

Unas manos seguras separaron las piernas de Tess y su mano se detuvo allí…

Un breve grito escapó de sus labios y ella se arqueó sobre la mano de Lucius, blanda, hinchada y mojada, todo lo que él podía desear. Preparada…

—Tess… —dijo él y entró en su delicada tibieza.

Lo miró, aturdida. Toda aquella dulzura adormecida se había transformado en músculo firme, sobre ella, con los hombros rígidos, con todo su peso transformado en… en… él empujó hacia adelante otra vez y ella perdió la cabeza, aferrándose a sus hombros.

Fue todo demasiado rápido… ella nunca podría haber… haber… comoquiera que se dijera. No se había cepillado los dientes. ¡No se había lavado! La ansiedad la dominaba incluso cuando sus piernas vibraron con una lengua de fuego.

—Tess… —susurró él. Ella apartó la boca. Su aliento debía de ser horrible.

—Tengo que levantarme… —dijo ella con un quejido al final de la última palabra, cuando él la montó más alto y una ola irreprimible amenazó con devorarla.

Él le besaba la línea del mentón, con su cuerpo inmóvil, casi inmóvil, pero cada parte de ella notaba que se movía… se estaba moviendo un poco.

Tess le clavó los dedos en sus hombros y dejó que sus manos bajaran por su pecho; y luego dijo:

—Debo…

—Ahora te necesito —le dijo él al oído. Su voz no tenía nada de la delicadeza musical de todos los días. Su voz era ronca.

El fuego se le encendió en las piernas. Él se estaba moviendo otra vez, ardiendo, pegado a ella y estaba nublando el cerebro de Tess, haciéndole sentir que ella también ardía, como si estuviera demasiado cerca de un gran fuego.

—No te detengas, Tess. No te vayas… —su voz era áspera, oscurecida por la necesidad.

Ella parecía no poder detenerse en ese mundo que daba vueltas. Se echó hacia atrás y dobló sus piernas instintivamente, tratando de seguirlo, arriba, hasta arriba de… Luego él la

agarró por la cintura y ella se olvidó de sus dientes, de su aliento, de lavarse… se olvidó de todo, excepto de los ojos oscuros de Lucius y la manera en que cada movimiento de sus caderas la hacía…

La envió…

Giró la cabeza, desesperada, siguiendo cada uno de los movimientos de Lucius, con sus ojos oscurecidos por el deseo y la lujuria.

Lucius la miró y en la parte pequeñísima de su cerebro que no estaba dedicada al puro deseo, pensó: «Maldición. Me he enamorado de mi esposa…».

Pero entonces los dedos de Tess se deslizaron hasta el final de su espalda y se aferraron a su carne. Lucius Felton, a quien nunca le había gustado que una mujer lo tocara íntimamente, vibró y perdió la cabeza, llevando a su esposa consigo, con fuerza y rapidez, hasta que ella gritó…

Y él también gritó…

Y cayó sobre ella…

Quiso decir: «Te amo». Pero no lo hizo.

Capítulo treínta y cínco

10 de octubre Maitland House

Mi muy querida Tess:

Lamento comunicarte que Imogen no está todavía lista para una reconciliación contigo, su muy querida hermana. Lady Clarice empeoró la situación, sin quererlo (por supuesto, sin tener la menor idea del sentimiento de culpa de Imogen), cuando le dijo que eligió a la señorita Pythian-Adams como novia para su hijo precisamente porque a ella le desagradaban los caballos y, presumiblemente, apartaría a Draven de las cuadras. Imogen ahora cree que si realmente lo hubiera amado, habría permitido que se casara con la señorita Pythian-Adams, salvándole así la vida. La falta de lógica en este argumento hace que sea difícil contradecirlo. Francamente, estoy preocupada por ella. No parece comprender que Draven está muerto y habla a veces como si creyera que él sencillamente no está aquí o ha salido de viaje. Sigue sin dormir por la noche, pero ha empezado a caminar por los aposentos que compartieron, hablándole a su marido (o, más bien, a su espíritu, supongo). No permite que se cambien las sábanas, ni que la ropa de su difunto esposo sea retirada. Estoy segura de que se negaría a trasladarse a tu casa, Tess, así que me temo que debemos dejar de lado nuestro plan inicial por el momento.

Creo que sería mejor para ella si no abandonaras tus proyectos de ir a Londres con tu marido en lugar de llevarnos a nosotras contigo. Josie está bien establecida con su institutriz en la casa de Rafe; y lady Griselda ha manifestado su intención de permanecer con ellos mientras sea necesario. Yo estoy aquí con Imogen y, si bien mantengo la esperanza de reunirme contigo en Londres en cuanto comience la temporada, indudablemente no puedo dejarla sola en este momento.

Sé que te veré mañana en el entierro, pero pensé que sería mejor que supieras cómo están las cosas con Imogen. Sé que te dolerá si ella se comporta con frialdad, pero, por favor, comprende que tiene un escaso dominio de sus verdaderas circunstancias en este momento.

Con todo mi cariño,
Annabel.

The Silchester Daily Times

«Seis escoltas acompañaron el coche fúnebre, adornado con los blasones de la familia Maitland. Catorce carruajes de dolientes lo siguieron, todos los caballos estaban enjaezados con terciopelo negro, con las armas de los Maitland. Su encantadora joven esposa y la madre de lord Maitland acompañaban al difunto en el primer carruaje. Una angustia general fue expresada por todos los que presenciaron la entrada de la joven esposa de lord Maitland en la iglesia de St. Andrew para el entierro. Unos treinta carruajes particulares siguieron al cortejo. Entre los dolientes se hallaban el duque de Holbrook, el conde de Mayne, el conde Hawarden y sir Fibulous Hervey.»

Los entierros de los jóvenes son, desde luego, acontecimientos que desgarran el corazón. Tess no pudo evitar comparar el funeral de Draven Maitland con el de su padre. Al morir, su padre ya había tenido una larga vida, con esposa, hijos, grandes éxitos, grandes fracasos… Draven sólo tenía a Imogen y ella lo había tenido durante menos de un mes. Además, en el caso de su padre, aquellos que lo quisieron se habían acostumbrado a la idea de su muerte.

Ella sabía por qué Imogen se negaba a creer que Draven estuviera muerto. Su marido estaba allí y, al momento siguiente, ya no estaba. Muerto. Tess cogió con fuerza la mano de

Lucius cuando dirigió su mirada al altar.

El oficio fue celebrado por un obispo, con un deán y tres o cuatro sacerdotes. Todo era mucho más imponente que cuando enterraron a su padre, sin embargo, era exactamente igual. Eran dos adioses.

Miró de soslayo a su marido. Lucius realmente no comprendía aquello. Nunca había perdido a nadie. Sus amigos estaban bien, sanos, y sus padres estaban vivos.

Ella comprendía la muerte, pero él no. Si él no se reconciliaba con su madre antes de que ella muriera —y lady Clarice había dicho que estaba enferma—, esa despedida decididamente sería terrible. Imogen enloquecía porque se sentía culpable. Sólo había que imaginar la culpa que sentiría Lucius si su madre muriera anhelando verlo y él no hubiera satisfecho aquel deseo.

Su marido tenía que dejar de lado su orgullo.

Miró el perfil de la mandíbula de Lucius y sus ojos sombríos. Nunca abandonaría su orgullo.

Tess tenía que hacerlo por él. Lo convirtió en un voto silencioso, articulado en su corazón y lo selló apretando la mano de su marido. Llevaría a cabo la reconciliación entre su marido y sus padres, aunque fuera lo único que hiciera en su vida. No iba a permitir que él se volviera loco por la culpa, como le había ocurrido a Imogen.

El servicio religioso transcurrió como un mal sueño, interrumpido solamente por los sollozos que resonaban en la iglesia. Ningún sollozo partió del banco de Tess: Imogen y lady Clarice estaban dominadas en ese momento por el mismo silencio rígido y helado.

El viento cortaba la piel cuando se reunieron junto a la puerta, frente a la tumba de Maitland. Tess apenas podía oír nada, su sombrero negro aleteó sobre su cara. Cuando se produjo una repentina pausa en el viento, pudo escuchar que el obispo decía:

—… por ello, benditos sean los muertos que mueren en brazos del Señor, así lo dijo el Espíritu, porque descansan de sus trabajos.

Era difícil imaginar a lord Maitland descansando. Él nunca descansaba. Siempre estaba corriendo hacia alguna parte.

Tess tragó saliva y se inclinó sobre Lucius. Éste se acercó y murmuró en su oído:

—¿Te sientes mal? ¿Te gustaría salir un momento?

No había ninguna razón especial para que ella permaneciera junto a la tumba. Imogen sostenía el brazo de lady Clarice. Ambas tenían la mirada fija en el ataúd de Draven. Era imposible interpretar las expresiones de sus rostros. Tess no podía ayudar a Imogen. No podía ayudar a nadie.

Asintió con la cabeza, y Lucius y ella se deslizaron hacia un lado, caminando por un sendero que atravesaba el pequeño cementerio y se detuvieron ante un viejo banco de piedra. Se sentaron y Lucius puso el faldón de su abrigo alrededor de Tess, atrayéndola cómodamente hacia su propio cuerpo.

—¿Un pañuelo? —le ofreció.

—No —y luego continuó, porque tenía que decirlo en voz alta—: Me siento mal, muy mal… por Imogen y por la madre de Draven… pero… —se deslizó una lágrima por su mejilla, a pesar de que había prometido no llorar nunca más.

—Lo sé —dijo él—. Tu dolor se debe a que tu hermana te rechaza.

Ella tragó saliva.

—Sencillamente, no entiendo por qué no me necesita —susurró finalmente, su voz ahogada en el fondo de su garganta—. No comprendo por qué ya no… ya no me quiere. ¡No tuve nada que ver con la muerte de su marido!

—Lo sé —aseguró Lucius—. Lo sé. Imogen recuperará el sentido, Tess.

Lucius la acercó aún más, bajo su brazo, como si fuera un débil pajarito. Luego, inclinó su cabeza y depositó un beso sobre los labios de su amada. Aquel roce tenía algo

infinitamente reconfortante.

—¿Puedo confesar que estoy muy feliz de que estés conmigo? —preguntó él. Y puso un dedo sobre los labios de ella—. Sé que deseas poder acompañar a tu hermana menor, pero Tess, me alegro de que estés conmigo.

El fantasma de una sonrisa se asomó a los labios de Tess. La bondad de Lucius era maravillosa, tratando de hacerle creer que ella le era necesaria, cuando sabía perfectamente bien que su marido era autosuficiente. Él estaba en paz en su soledad y se sentía feliz en su estudio. No la necesitaba. Pero aquellas palabras eran muy bondadosas. Se lo agradecía…

Apoyó la cabeza en su brazo y observó un gorrión que saltaba sobre las losas.

Ella podía ser una sola cosa para Lucius, la única que haría que su soledad fuera menos absoluta. Eso le daría sus propios retratos de familia para las paredes y su propia familia alrededor de la mesa. Él sólo estaba fingiendo que la necesitaba, pero lo cierto era que realmente la necesitaba. Necesitaba que ella le devolviera a su familia.

—¿Iremos a Londres pronto? —quiso saber Tess.

—Tengo que ir, quizás mañana —informó él—. No me gusta dejarte en este momento, pero no es necesario que vengas conmigo si no quieres.

—Quiero ir contigo —aseguró ella.

Permanecieron allí, sentados, juntos, ella envuelta en el faldón de su abrigo y él con un pañuelo de lino sin usar en una mano, hasta que las campanas de St. Andrew empezaron a doblar otra vez, una campanada por cada año de la corta vida de Draven.

Capítulo treínta y seís

Tess no asomó la cabeza para observar la calle St. James cuando el carruaje se detuvo. No ganaba nada si Lucius se daba cuenta de su curiosidad y notaba que quería conocer la residencia de sus padres. Tenía que ser sutil respecto a todo aquel asunto familiar. Lucius tenía la asombrosa capacidad de encerrarse en sí mismo de tal modo que ella no podía interpretar de ninguna manera qué estaba pensando. Y tenía la incómoda sensación de que si él tuviera la más mínima idea de lo que ella tenía en mente, la llevaría a cualquiera casa de las cinco que poseía, seguramente la que estuviera más lejos de Londres, y la dejaría allí.

Había preguntado a Lucius si les había comunicado a sus padres que se había casado. Y Lucius había contestado:

—Estoy muy seguro de que mi madre se enteró de nuestra boda antes de que la tinta estuviera seca en la licencia especial.

De lo cual Tess pudo colegir que su madre estaba tan deseosa de tener noticias de Lucius que obligaba a todos sus amigos a que le escribieran contándole cada detalle que conocieran de la vida de su hijo.

Pobre, pobre mujer.

De modo que Tess miró de reojo la amplia calle, bordeada de mansiones señoriales, pero no permitió que ni una chispa de curiosidad apareciera en su gesto.

Esta vez no se sorprendió al encontrar el salón de Lucius con retratos de los antepasados de… quién sabe de quién. En un lugar principal, sobre la repisa de la chimenea, había un retrato de tres niños del que Lucius ya le había hablado. Se trataba de dos niñas y un niño, los tres vestidos con sus mejores galas isabelinas. El niño estaba en medio, con su pequeña mano apoyada sobre un estoque y su barbilla mostrando un gesto altivo. Sus ojos eran obstinados y estaban demasiado juntos. Se alegró de saber que aquel niño no era un antepasado de su marido.

—El retrato es encantador —le dijo a Lucius.

Pero él ya la conocía mejor. Se detuvo con los ojos entrecerrados.

—No te gusta, ¿no es cierto? —preguntó.

—Ese niño parece… —comentó—. Me alegro de que no sea tu bisabuelo, Lucius. Imagínate… —pero el rubor apareció en sus mejillas y se quedó en silencio.

Él se rió.

—No querrías que esos ojos aparecieran en nuestros niños, ¿es eso?

—Claro que no —replicó Tess con dignidad—. Pero cualquiera podría suponer que estos niños son antepasados tuyos, Lucius. Tu familia, para ser precisos.

—No son antepasados —explicó él—. Son inversiones.

Tess se las arregló para no desviar la mirada.

—¿Tomamos un poco de té? —preguntó—. Debo decir que estoy cansada por el viaje. Me gustaría ver mis aposentos, si te parece.

La idea de mostrar sus nuevos aposentos a Tess los distrajo.

La sonrisa de Lucius consiguió que las mejillas de ella enrojecieran con tonos aún más profundos. Eso provocó su risa. Se acercó y levantó la barbilla de Tess.

—Parece que renuncio a toda cordura al estar cerca de ti.

—¿Estás diciendo que saco lo peor de ti? —quiso saber Tess.

—¿No te has dado cuenta nunca de que los hombres se vuelven sátiros en tu presencia?

—¿Es eso lo que querías decir? —una leve sonrisa se instaló en su boca—. Entonces mi respuesta es no. En presencia de Annabel, por supuesto que sí. Todos se enamoran de Annabel. Papá estaba siempre despidiendo criados. Hasta el vicario tuvo que ser enviado a

una parroquia distante. Pero nunca nadie se enamoró de mí.

Todo lo que Lucius podía pensar era demasiado revelador para expresarlo claramente. De modo que no dijo nada, y si la cara de Tess se desilusionó un poco por su silencio, no se dio cuenta, pues estaba demasiado ocupado revisando la gran cantidad de invitaciones que Smiley le trajo en una fuente de plata.

—Por supuesto, no podemos hacer mucho hasta que estés vestida como corresponde —dijo distraídamente.

—Tengo los vestidos que mandamos hacer en Silchester —murmuró Tess.

—Y creo que también debemos conseguir para ti una doncella adecuada… adecuada para una dama.

Tess tocó el nido de rizos que Gussie había confeccionado aquella mañana en su cabeza. Era verdad que no era la mejor doncella que una dama pudiera tener, pero ella se sentiría demasiado…

Lucius interpretó su mirada.

—Conseguiremos una vestidora —dijo él—. ¿Gussie? ¿Así se llama? —y ante la inclinación de cabeza de Tess, continuó—: Gussie puede seguir siendo tu doncella.

Tess había descubierto que la respuesta de su marido ante cualquier problema era contratar a una persona. Parecía pensar que su casa, sus casas, en realidad, podían mejorar contratando a más y más criados.

—Yo preferiría que no contrataras a una vestidora —sugirió—. Gussie está mejorando mucho…

Él hizo una reverencia.

—Como desees. Ahora debo encontrarme con mi secretario, pero pediré a madame Carême que te visite cuando a ti te parezca. Lady Griselda me dice que es la modista preferida del momento. ¿Te aburrirás mucho si me retiro a mi estudio?

Tess negó con la cabeza.

—Por favor, no te preocupes por mí, Lucius. Pasaré la mañana con tu ama de llaves.

—*Nuestra* ama de llaves —corrigió él, acercándose a ella y rodeándola con sus brazos—. Y en cuanto a decirme que no piense en ti… —hizo una pausa y le dio un beso rápido e intenso— eso es imposible, querida.

Un segundo después, él desapareció, mientras ella se quedaba mirando la puerta cerrada en un arrebato de enloquecida felicidad.

—La señora Taine es muy mucho más simpática que la señora Gabthorne —informó Gussie aquella noche, arrastrando el cepillo por el pelo de Tess con bastante más velocidad que delicadeza—. Y creo que es mejor ama de llaves también. Nunca dice nada malo de nadie, salvo de los padres del amo. Fue muy buena cuando un criado no tuvo tiempo de barrer los escalones de la entrada. La señora Gabthorne se habría vuelto loca, pero la señora Taine sólo le dijo que no se olvidara de hacerlo al día siguiente.

—¿Y qué dijo de los padres del amo? —preguntó Tess, con un tono de voz aparentemente indiferente.

—Oh, la señora Felton parece que es una fiera, según dicen. —Gussie dejó el cepillo—. ¿Le gustaría bañarse antes de irse a la cama, o preparo una camisa de dormir?

Pero Tess recogió el cepillo y se lo entregó.

—Mi niñera siempre decía que había que cepillar el pelo quinientas veces —dijo. Era una pequeña mentirijilla, dado que nunca había tenido niñera, pero Annabel había leído esa recomendación en una publicación para damas.

—Oh —reaccionó Gussie, obviamente sorprendida. Y comenzó una vez más a cepillar el pelo de Tess con toda su energía.

—¿Lo dijo la señora Taine? —preguntó Tess en tono de invitación.

Los ojos de Gussie se encontraron con los suyos en el espejo.

—Se supone que no debo chismorrear, señora. Pero ella lo dijo con toda claridad ante todos nosotros.

—No estás chismorreando —la tranquilizó Tess—. Soy la dueña de la casa —Semejante comentario ignoraba el hecho de que un chisme es siempre un chisme, sin importar quién lo diga o lo escuche.

—Bien —dijo Gussie muy feliz—. La señora Felton vive a dos puertas de esta casa, sufre tremendamente de migrañas, por lo menos eso es lo que dice una de sus criadas, Emma. Emma está flirteando con el jefe de lacayos de los Felton. La señora Felton tuvo un terrible ataque cuando se enteró del casamiento de nuestro amo.

—¿Lloró? —quiso saber Tess, con el corazón oprimido ante aquella idea.

—Pues eso no lo sé —respondió Gussie, pensando un poco en el asunto—. Emma dijo que corría por toda la casa como un huracán, ésas fueron sus palabras exactas.

—Debe de haberse enfadado mucho.

—Pero, por lo que he escuchado, señora, es una suerte que usted esté lejos de ella. Emma dice que está hasta la coronilla de quejas, y hasta el limpiabotas de la casa recibe lo suyo.

—Eso sí es chismorreo —dijo Tess—. La pobre mujer vive sin saber nada de su único hijo, aparte de lo que pueda enterarse por sus amigos. Estoy segura de que el dolor en ocasiones debe volverla irritable.

Gussie dejó el cepillo otra vez.

—Creo que ya debo de haberla cepillado quinientas veces, señora, porque me duele el brazo.

Tess permaneció sentada en su tocador durante bastante tiempo después de que Gussie abandonara la habitación. ¿Cómo iba a acercarse a la señora Felton? La *otra* señora Felton, se podría decir. ¿Y Lucius se enfadaría si lo hacía? Cada vez que trataba de sacar a colación el tema, él no daba muestras de molestarse, pero insistió en que ellos habían «dejado muy en claro cuáles eran sus sentimientos». Era como hablar con una pared.

Finalmente, decidió que lo mejor sería enviar una nota a la señora Felton. Una nota apropiadamente reverente «de una nuera para su suegra». Quizás entre las dos podían zanjar el abismo en la familia.

Fue a su escritorio y empezó a redactarla.

Estimada señora Felton:
Estoy persuadida de que usted debe tener tanto interés como yo en arreglar el…

No. Demasiado directo.

Estimada señora Felton:
Le escribo con la esperanza de que usted sea tan feliz como yo…

Demasiado débil. Los relatos de Gussie a propósito del mal humor de la señora Felton eran preocupantes.

Estimada señora Felton:
¿Podría tener el placer de saludarla mañana por la mañana…?

No. Eso no serviría. Lo mejor sería arreglar las cosas para que Lucius y ella visitaran juntos a sus padres. Incluso si la madre de Lucius de verdad tuviera mal humor, difícilmente

podría actuar de un modo inconveniente delante de ella, una desconocida, y, por otro lado, su nueva nuera. Todos se comportarían de manera cortés y luego sería más fácil dar el paso siguiente, e invitar a sus padres a cenar con ellos. Y antes de que se dieran cuenta, la familia estaría unida. «Sólo se necesita dar dos pequeños pasos para curar esta terrible ruptura», se dijo Tess a sí misma.

Estimada señora Felton:

Me tomo la libertad de solicitar que Lucius y yo le hagamos una visita a usted y al señor Felton mañana por la mañana, u otro día a su conveniencia. Estoy, naturalmente, ansiosa por conocer a la familia de mi marido.

Suya afectuosamente,
Teresa Felton.

Recibió una nota de respuesta a la mañana siguiente, durante el desayuno.

El señor y la señora Felton recibirán visitas a las dos en punto.

No era precisamente una nota de bienvenida. La leyó tres veces y luego miró a Lucius al otro lado de la mesa. Estaba leyendo *The Times* y tomando café con toda la concentración de un hombre que había pasado una noche algo atareada (ella advirtió una sonrisa).

—Lucius —carraspeó.

—¿Sí? —contestó él sin bajar el periódico.

—He recibido una nota de tu madre.

Dejó el periódico. Pero no dijo una sola palabra. Sólo la miró fijamente, con esa mirada penetrante que siempre la hacía sentir que podía leer en el fondo de su alma.

—¿No es encantador por su parte? —insistió ella. Y como él no respondió, continuó—: Tu padre y tu madre piden que los visitemos cuando nos parezca conveniente… A decir verdad, ella menciona esta misma tarde, si estás libre.

—Tess —dijo él—, ¿qué has hecho?

Ella abrió los ojos con una expresión de inocencia…

—Es natural que desee conocerme, Lucius. Soy su nuera, después de todo.

—¿Cómo se enteró de que estábamos en la residencia? —quiso saber él.

Con toda tranquilidad, dejó caer la nota en su regazo para que él no pudiera leerla.

—Oh, estoy segura de que los criados hablan… ya sabes… —sugirió—. Y vivimos a dos puertas de distancia, Lucius.

Los ojos de su marido seguían fijos en Tess. Hasta que dijo:

—Muy bien —y se refugió detrás de su periódico otra vez.

No era precisamente una victoria, pensó Tess. Más bien parecía una retirada táctica. Pero lo importante era que el primer paso de su campaña estaba dado.

Capítulo treínta y síete

El señor y la señora Felton los aguardaban en el salón. Ya fuera por casualidad o de manera deliberada, ambos estaban exactamente en la misma posición que uno de los retratos isabelinos que colgaban en las paredes de Lucius.

La señora Felton estaba sentada en una silla de alto respaldo, con tallas muy ornamentadas y una vaga semejanza con un trono. Era muy delgada y estaba inmóvil, con el rostro girado tres cuartos hacia las ventanas. Su abundante cabello estaba cuidadosamente recogido sobre la cabeza y sus manos parecían algo regordetas, en contraste con su cuerpo delgado. Cada dedo estaba tan recargado de anillos que parecía rígido e incluso hinchado.

Lucius había heredado la belleza de los rasgos de su padre. El señor Felton era algo más bajo que él y de aspecto algo marchito, pero la belleza libre y angulosa de los ojos y los pómulos de su hijo estaban allí. Debió de haber sido extraordinariamente apuesto cuando era joven. Algo en la manera en que descansaba una de sus manos en el respaldo de la silla de su esposa, esperando que ella hablara antes de darles la bienvenida, hizo que Tess se sintiera incómoda.

Lucius la condujo hacia ellos. Finalmente, la señora Felton se puso de pie. Los diamantes de sus pendientes reflejaron la luz del fuego. Extendió su mano y Lucius se inclinó para besarla, como si estuviera saludando a la mismísima reina Isabel.

—Y usted es mi sucesora —dijo la señora Felton, dirigiéndose a Tess. De pronto sonrió y lo hizo con el mismo encanto abrupto que acompañaba las infrecuentes sonrisas de Lucius—. Es un verdadero placer conocerla. Admito que estaba perdiendo la esperanza de que mi hijo llegara finalmente a casarse.

El corazón de Tess se sintió más liviano y devolvió la sonrisa, haciendo una reverencia.

—Gracias por su bienvenida —saludó a su vez—. Es maravilloso conocer a la familia de mi marido.

—Comparto sus sentimientos —aseguró la señora Felton—. Tengo todas mis esperanzas puestas en que su casamiento será el catalizador que traerá a nuestro amado hijo —sonrió a Lucius— de vuelta a nuestra casa, con nosotros otra vez.

Lucius hizo una reverencia. Tess sintió una cierta irritación ante el inexpresivo rostro de su esposo. ¿Por qué no le decía a su madre que se alegraba de que ella lo recibiera? ¿Por qué no colaboraba en aquel reencuentro diciendo algo que indicara su felicidad?

—Sentaos —invitó la señora Felton—. Stilton, traiga un poco de té para mi hijo y su esposa, por favor. Yo beberé una copa de rosolí y el señor Felton lo de siempre —súbitamente, pareció pensar en algo y volvió sus ojos de aspecto algo hinchado hacia Tess por primera vez—. A menos que usted prefiera una copa de rosolí. Tenía la impresión de que usted debía de ser muy joven, pero ahora veo que tiene edad suficiente como para beber licores.

—Me encantará tomar una taza de té —respondió Tess.

—Magnífico —con un gesto de su mano la señora Felton despidió al mayordomo para que abandonara el lugar—. Ahora, debe contármelo todo sobre usted, querida. Nunca tuve una hija y le aseguro que estoy encantadísima ante esa perspectiva. Tengo entendido que usted es huérfana, ¿no?

Tess asintió con la cabeza.

—Mis hermanas y yo somos pupilas del duque de Holbrook.

La sonrisa de la señora Felton iluminó la sala.

—Ah, sí, el mejor amigo de mi hijo. Se conocieron hace muchos años, en Eton. Por supuesto, Holbrook era el segundo hijo de… estoy segura de que usted lo sabe. Nadie esperaba que él fuera a heredar el título. Fue muy afortunado, realmente.

Tess pensó que aquello dependía del punto de vista de cada cual. Ella sabía, sin la menor duda, que Rafe daría su brazo derecho por conservar con vida a su hermano Peter. Pero asintió con la cabeza.

—Siempre hemos estado muy contentos con los conocidos de nuestro hijo —continuó la señora Felton, como si ni su hijo ni su marido estuvieran presentes en la habitación—. ¿Sabe usted que en su círculo se encuentra el conde de Mayne?

—Conozco al conde —informó Tess cautelosamente, preguntándose si la señora Felton se enteraría alguna vez de la historia de su fallido casamiento con Mayne.

—El señor Felton y yo nunca hemos tenido la menor preocupación por las amistades íntimas de nuestro hijo. Su padrino tuvo la bondad de enviarlo a Eton, y ya desde pequeño Lucius se relacionaba sólo con lo mejor de lo mejor. Estoy segura de que la ha escogido a usted con igual cuidado, querida mía —hizo una pausa y sonrió a Tess—. Ya que usted es ahora un miembro más de la familia Felton, considero apropiado hacerle preguntas algo más íntimas de lo que sería prudente entre desconocidos.

—Por favor, hágame usted cualquier pregunta que desee —dijo amablemente Tess. En realidad, nunca se había detenido a pensar que ya era un miembro de la familia Felton. Pero claro, por supuesto, una entra a formar parte de una nueva familia al casarse.

—Pregunto esto sólo debido a las infelices circunstancias que la rodean —continuó la señora Felton—. Pero… ¿aportó usted una dote al matrimonio?

—Una pregunta un tanto áspera, madre —intervino Lucius—, e injustificada, dados nuestros lazos familiares.

—A pesar de tu ávido interés por las finanzas, hijo, olvidas que las grandes familias arreglan los matrimonios por otras razones además de por un rostro atractivo.

—No somos una gran familia —replicó Lucius—. ¿Y acaso no está usted hablando de asuntos financieros en este momento?

—Una cosa es casarse bien, y otra muy distinta ensuciarse las manos con el lucro —sentenció la señora Felton.

—Me hará muy feliz responder a cualquier pregunta que tu madre quiera hacerme, Lucius —dijo Tess dirigiéndose a su marido con el ceño fruncido.

—En ese caso —destacó él—, Tess efectivamente aportó una notable dote a nuestro matrimonio.

Tess parpadeó y luego entrelazó sus manos. Solamente Lucius podría considerar que un caballo era una «notable dote».

—Bueno —prosiguió la señora Felton—. Confío en que no la haya molestado mi pregunta —le dijo a Tess—. Lo cierto es que una espera que alguien que es amigo del duque de Holbrook y del conde de Mayne se case en los más altos niveles —respiró hondo por la nariz—. No ha sido fácil observar cómo nuestro hijo bajaba el tono de sus relaciones al dedicarse a las actividades comerciales en su vida cotidiana. Sólo cabía preocuparse pensando que ninguna matrona respetable deseara casar a su hija con él.

—Entiendo que su hijo era uno de los solteros más codiciados de Londres, señora —señaló Tess.

—Entre las hijas de los tenderos, por cierto —replicó la señora Felton, mientras tomaba una elegante copa de rosolí de la bandeja que su mayordomo sostenía. Uno de sus anillos golpeó con fuerza el delicado cristal.

Tess se sintió obligada a señalar que lady Griselda había dicho precisamente lo contrario.

—Se me ha dicho que la hija del duque de Surrey se mostró muy interesada en su hijo durante la última temporada —comentó delicadamente.

—Hemos tenido algunas esperanzas, naturalmente —la señora Felton suspiró—. Pero ahora mis temores han quedado en el pasado. Tengo entendido que tiene usted algún título en

su familia, además de la dote —y dirigió a Tess una sonrisa mesurada.

Tess esperó fervientemente que la verdad de su dote equina nunca llegara a oídos de ninguno de los amigos de la señora Felton.

—Mi padre, por supuesto, era el conde de Devonshire —informó la madre de Lucius, acomodando los anillos en su mano izquierda para que reflejaran la lumbre de la chimenea y brillaran—. Rara vez uso mi título, lady Margery, ya que prefiero ser conocida como «la señora Felton».

—El padre de Teresa era el vizconde Brydone —intervino Lucius.

—¿Al otro lado de la frontera? ¿Entonces hay vizcondes también por esos lugares? —y sonrió a Tess—. Siempre me ha parecido interesante observar cómo otros países imitan las costumbres inglesas. Supongo que eso no es más que otro signo de nuestra supremacía en todo el mundo. Me dicen que incluso en América hay barones y otros títulos por el estilo.

El señor Felton carraspeó.

—¿Cómo están tus cuadras? —preguntó.

Todos se sobresaltaron ligeramente. Tess observó claramente que el señor Felton hablaba tan poco que su esposa apenas recordaba su presencia.

—Muy bien —respondió Lucius.

—¿Correrás en Ascot el año que viene?

La señora Felton se rió e hizo un gesto de negación a Tess.

—Me temo que el señor Felton ha olvidado que tengo una regla firme: no se habla de las cuadras en mi presencia. De otra manera, la conversación se vuelve pesada, demasiado pesada.

Después de un momento, Tess preguntó:

—¿Cómo está su salud, madame? Lady Clarice insinuó que…

—No me llame madame, por favor —interrumpió dulcemente la anfitriona—. Decididamente, me temo que odio esa palabra. Huele a tienda de comercio, ¿sabe? Las personas de calidad no se dirigen unas a otras de esa manera, querida.

—Oh… —reaccionó Tess—. Le estoy muy agradecida por su consejo.

La señora Felton bajó su barbilla en una inclinación de cabeza aprobatoria.

—Aquéllos cuyos títulos son de creación reciente —aconsejó a Tess— deben siempre prestar mucha atención a cada matiz del lenguaje hablado. El título de mi padre se remonta a la época isabelina y, por lo tanto, yo nunca tuve que preocuparme por esas cosas. Por ejemplo, me casé con quien quise y aunque el origen de mi marido no es igual al mío, estoy segura de que mi nivel no se vio afectado.

Tess estaba empezando a sentirse ligeramente molesta, aunque no había nada en el comportamiento de la madre de Lucius que sugiriera alguna ofensa.

—El primer barón Brydone recibió su título del rey Eduardo I —explicó con una convincente actitud de indiferencia.

—¿De verdad? ¿Quién habría pensado que existían tales títulos en Escocia en aquellos tiempos? —exclamó la señora Felton—. O que Eduardo hubiera viajado por tan remotos lugares. Yo creía que aquel país estaba lleno de pictos en aquel entonces. Los guerreros que pintaban sus rostros de color azul…

—En realidad, el título de mi padre es inglés —explicó Tess—. Fuimos criados en Escocia, pero fue el rey Enrique VI quien concedió el título de vizconde.

—Muy correcto, efectivamente, estoy segura —aceptó la señora Felton. Su mirada pareció hacerse un poco más cálida—. Estoy verdaderamente feliz de darle la bienvenida a nuestra familia, querida —y se inclinó hacia ella, una vez más, dando la sensación de que ignoraba la presencia de su silencioso marido y de su hijo—. Tal vez entre ambas podamos encontrar la manera de devolver a mi hijo a un lugar respetable en la sociedad elegante.

Tess parpadeó con aire vacilante.

—Usted lo sabe, seguramente —continuó—. Las actividades de mi hijo han sido la ruina de mi existencia desde hace ya muchos años —se percibía un claro tono de horror en su voz—. Con eso de las acciones y esas cosas… —explicó bajando su voz como si el tema fuera poco delicado—. «La sangre se impondrá», decía siempre mi padre. Y tenía razón.

—¿Sangre? —repitió su nuera.

La señora Felton sacudió la cabeza con tristeza, inclinándose aún más cerca de Tess.

—Seguramente usted ha notado cuán seriamente se toma este asunto del comercio. Como si no fuera suficientemente bueno que un caballero viva de sus rentas, como siempre ha ocurrido en mi familia. Pues bien, si usted creyera a mi hijo, pensaría que mi marido y yo dependemos de su generosidad.

—Efectivamente, dependemos de la generosidad de nuestro hijo —intervino el señor Felton.

Otra vez, todos se estremecieron en sus asientos al escuchar el sonido de su voz.

El señor Felton continuaba de pie, detrás del sillón de su esposa. Una mano se aferraba al respaldo del trono y la otra sostenía una copa de licor. Miraba directamente a Lucius, haciendo caso omiso de su esposa y de su nuera. La señora Felton se rió, sin molestarse en girar la cabeza y encontrarse con los ojos de su marido.

—Se le ha dado demasiada importancia a esa desavenencia tan pequeña, muy lejana en el pasado, señor Felton —dijo la señora.

—Esa desavenencia, como usted la llama, continúa viva —contestó su marido, sin dejar de mirar a su hijo.

Tess estaba perpleja. Lucius tenía el ceño fruncido mientras miraba a su padre.

La anfitriona se puso de pie, abandonando su trono, y se volvió a Tess con su encantadora sonrisa.

—¿Puedo mostrarle los retratos de mis antepasados, querida? Después de todo, esta casa será suya algún día. Tengo un retrato magnífico del conde de Devonshire con la condesa, mi madre.

—Usted ha permitido, señora Felton, que se ventilen asuntos entre nosotros que son demasiado íntimos como para ser expuestos entre desconocidos —reprochó su marido.

—Me temo que debemos partir —anunció Lucius—. Estoy seguro de que Tess estará más que complacida de aceptar su invitación en alguna otra ocasión, madre. —Tess pudo darse cuenta, por la fría mirada de su marido, que su padre lo había enfurecido seriamente… de algún modo.

—Siempre y cuando tu esposa comprenda nuestro agradecimiento hacia ti —dijo el señor Felton, mirando aún fijamente a su hijo—. He permitido que todo Londres piense mal de ti, pero no toleraré un malentendido dentro de la familia.

—¡Una simple insignificancia! —precisó la señora Felton. Su voz afable iba adquiriendo un tono agudo—. Una ayuda insignificante hace unos años. Y sin embargo…

El señor Felton la interrumpió, volviéndose hacia Tess.

—Cuando Lucius, mi hijo Lucius, estaba en su último año en Oxford, estuvimos cerca de perderlo todo. Vivíamos por encima de nuestras posibilidades y ese dinero de las rentas… pues bien, ya no había de dónde obtener rentas. No había tierras.

La señora Felton estaba abriendo la boca como un pez fuera del agua.

—Mi hijo vino de Oxford, y estuvo aquí un par de meses, y en ese tiempo hizo tanto dinero en el mercado que pagó mis deudas y financió el resto de su educación.

—¡No había necesidad de recordar el pasado! —replicó la señora Felton. Su rostro se estaba poniendo de color púrpura.

—Habríamos quedado en la ruina —continuó el padre de Lucius, haciendo caso omiso de su esposa—. Completamente en la quiebra. Desde entonces, Lucius nos ha mantenido. Pagó las hipotecas que pesaban sobre nuestra propiedad en el campo. ¿Y cómo se lo

agradecemos? —miró a su esposa. Se había alejado de él y miraba rígida hacia las ventanas—. Todo Londres conoce nuestra ruptura.

—Usted exagera, como siempre, señor Felton. Mi marido —dijo dirigiéndose a Tess— es demasiado delicado y eso no le hace bien. No es un caballero, en el fondo. Quienes pertenecen a nuestro rango no se arruinan. Eso es algo que les ocurre a los plebeyos. Nosotros continuamos como siempre. Los comerciantes están perfectamente dispuestos a esperar un tiempo antes de que se les pague, a cambio del honor de tenernos como clientes.

Lucius alzó una mano. «Es más alto que cualquiera de sus padres y mucho, mucho más hermoso», pensó Tess. Estaba entre ellos como una versión refinada de su madre, la delgadez casi grotesca de ella se convertía en gracia muscular. La belleza marchita de su padre se convertía en la belleza rebosante de su esposo.

—Mi esposa y yo estamos muy agradecidos de que nos invitara a su casa, madre —dijo, volviéndose a ella—. Pero no quisiera abusar de esta bienvenida. Sé que Tess estará encantada de regresar otro día y tomar el te con usted —y puso la mano de Tess bajo su brazo.

Ella no había pronunciado palabra durante los últimos diez minutos y no sabía qué decir en ese momento, hasta que los dedos de su marido le apretaron el brazo a modo de advertencia. Ante lo cual, realizó una reverencia, un poco torcida debido al brazo de Lucius, que tiraba de ella, y se las arregló para decir que había sido un verdadero placer.

Capítulo treínta y ocho

No dijeron una sola palabra en el camino de regreso a casa. Una vez en el vestíbulo, cuando Smiley estaba cogiendo la capa de piel y el sombrero de Tess, Lucius hizo una reverencia, y se excusó:

—Si me perdonas, iré…

—¡Oh, no…! —dijo Tess, extendiendo la mano y cogiéndole la manga cuando estaba a punto de desaparecer en su estudio.

Smiley se retiró prudentemente por la puerta que conducía a las dependencias del servicio, llevando consigo la ropa de paseo de sus amos. Lucius levantó una ceja.

—¿No ha habido bastantes revelaciones por hoy?

Tess ignoró esa tontería, abrió la puerta que daba al salón y esperó que él la siguiera.

—Preferiría no hablar de mis padres —señaló, cruzando la habitación para alejarse de ella—. Estoy seguro de que has podido tener una clara idea de cómo son nuestras relaciones. Sé que la familia es muy importante para ti, Tess, y si deseas que yo continúe visitándolos, lo haré.

Tess observó su espalda.

—Me gustaría hablar de tus padres ahora —insistió en un tono muy amable. Confiaba en los exquisitos modales de Lucius.

—Muy bien —se dio la vuelta y esperó. No iba a ser él quien hiciera las cosas más fáciles. Su rostro, en ese momento, era el más inexpresivo que ella le hubiera visto jamás.

—Simplemente hay algunas cosas que deseo aclarar —comenzó, sentándose sobre el apoyabrazos de un sofá—. Tu madre tiene un particular interés en títulos y temas de esa categoría, ¿no?

—Sí.

—Supongo que tiene el *Debrett's* y lo lee con regularidad, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, ya sabía que el título de mi padre es inglés y es también antiguo —continuó ella.

Él inclinó la cabeza.

—Tu conjetura es correcta, probablemente. Me temo que mi madre disfruta un poco haciendo sufrir a las visitas.

—Una pregunta más… Sólo quiero asegurarme de que entendí bien. Regresaste de Oxford y reuniste los fondos necesarios para salvar a tu familia de la ruina inmediata.

—Eso es una exageración —replicó—. Mi madre tiene razón en lo que respecta a que la familia de un caballero puede vivir durante algún tiempo con terribles deudas.

—Pero, sin tu ayuda, no podrían haber escapado de esas deudas. Tu padre dijo que ya no había tierras ni rentas. Tú habrías tenido que abandonar la universidad, por ejemplo.

—Eso es verdad.

—Salvaste el futuro financiero de tu familia, y en respuesta, ellos renegaron públicamente de ti.

—De nuevo, una exageración —comentó. Se volvió y miró por la ventana—. Mis padres sencillamente se sintieron desilusionados porque continué invirtiendo en el mercado después de que la necesidad más inmediata hubiera pasado.

Se puso de pie y corrió hacia él, deteniéndose junto a su codo.

—Lucius, ¿pagaste las deudas de tu familia y te despreciaron por ello?

La mandíbula de su esposo estaba tensa.

—Eso arroja sobre sus actos una sombra desagradable.

Ella puso su mano en la suya.

—Sí, así es.

Lucius guardó silencio. Y luego habló.

—Debes comprender que, desde el punto de vista de mi madre, yo no podía haber hecho nada más atroz. Ella tuvo que vivir con la desaprobación de sus propios padres debido a su casamiento, lo cual hizo que temiera que la sangre de mi padre se impusiera.

—De modo que, para ella, se ha impuesto, efectivamente —concluyó Tess en voz muy baja—. ¿Y desde entonces has continuado pagando el mantenimiento de tus padres? —no hubo respuesta—. Lady Griselda mencionó que tu familia poseía una gran propiedad en el campo.

Le sorprendió la irritación en los ojos de él.

—¿Importa de dónde provino la propiedad, Tess? Por supuesto, a ellos los ha hecho más felices que se pudiera conservar la tierra.

Ella le devolvió la intensa mirada.

—¿Los diamantes de tu madre?

Se dio la vuelta otra vez.

Ella lo obligó a mirarla cara a cara.

—Es lo mismo que hiciste por Imogen, y sin decírmelo siquiera. Salvaste la reputación de mi hermana pagando una licencia especial, ¿no?

—Eso no fue nada —contestó, encogiéndose de hombros otra vez.

—No sólo salvaste la reputación de Imogen. Salvaste la de todas nosotras.

—Ya te lo dije en alguna oportunidad, Tess. El dinero es algo por lo que no me preocupo demasiado. ¿Recuerdas?

Claro que lo recordaba. Le había dicho que nunca la querría profundamente, que era incapaz de sentimientos fuertes. Tess… Tess no podía creer semejante tontería. Él incluso amaba a su madre, por más que ella fuera una mujer tan obsesionada por las formalidades que había despreciado a su único hijo como quien desprecia una prenda de vestir demasiado usada. No había ninguna otra explicación para el hecho de que él hubiera comprado una casa en la plaza de St. James. Y no había ninguna otra explicación para los retratos con los que adornaba la casa. Echaba de menos a su propia familia, por desagradable que fuera.

—Lucius —dijo mirándolo—, tengo una pregunta más, y luego prometo que te dejaré ir a tu trabajo.

Los ojos de él se iluminaron de inmediato.

—Lo que desees.

—La mañana en que iba a casarme con Mayne —continuó, reuniendo todo su coraje para hacer la pregunta—, escuché que él bajó por las escaleras. Y luego tú abandonaste la sala.

Él pareció ponerse tenso.

—¿Qué le dijiste?

La miró a los ojos. Ella contó los segundos con los latidos de su corazón.

—Le pedí que se fuera —respondió finalmente.

Su corazón se sobresaltó, pero, de todos modos, quiso asegurarse.

—¿Le pagaste para que se fuera?

Una sombra cruzó su frente.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que uso el dinero como un palo para obligar a las personas a acatar mis deseos?

—¡No! —y añadió—: ¿Por qué le pediste a Mayne que se fuera?

—Yo te quería —respondió—. Te quería para mí.

—Entonces ¿por qué no me lo preguntaste a mí? —exclamó, y ésa era la pregunta más importante de todas—. ¿Por qué simplemente no me lo preguntaste a mí?

—Te lo pregunté…

—No en ese momento —recordó Tess—. Apenas nos conocíamos cuando me lo pediste en las ruinas romanas. ¿Por qué no me lo pediste otra vez? ¿Por qué permitiste que Mayne me propusiera matrimonio?

Sólo la miró.

—Te mereces algo mejor que yo… No soy capaz…

Pero los ojos de Tess brillaban con una emoción que él no podía definir del todo y las palabras murieron en su boca. Ella había conseguido que su vida cambiara por completo, rompiendo su confianza ciega en los buenos modales y derribándolos, como si aquellas reglas no fueran más que humo.

—Te quería más de lo que podía admitir ante mí mismo —dijo finalmente—. De modo que le pedí a Mayne que se fuera.

—Solucionaste el problema —afirmó Tess con satisfacción—. De la misma manera que arreglaste el problema financiero de tus padres y la huida de Imogen.

—No.

—¿No?

—No fue lo mismo, en absoluto —extendió la mano y acomodó un rizo de pelo en su rostro—. Nunca quise arreglar algo con tanta intensidad como quise solucionar tu vida, Tess. Esa era la parte más terrible. Era fácil conseguir la financiación que mi padre necesitaba. Jugué en el mercado y, como no me preocupo por el dinero realmente, éste llegó casi sin darme cuenta. Pero no podía pagar para solucionar tu vida. Nunca podría comprarte.

Los ojos de Tess tenían algunas lágrimas, pero él pensó que eran de alegría. Y ella lo abrazaba con fuerza.

—Te quiero mucho, demasiado —susurró, apretándola contra su propio cuerpo para no tener que mirarla a los ojos mientras continuaba—: Me enamoré de ti, Tess. Y ahora te amo más que… más que a mi propia vida. Sé que preferirías estar con Imogen, y que tu familia ocupa el primer lugar en tu corazón…

Pero ella estaba agitando la cabeza y apartándose de él.

—Yo creí que… creí que me estaba casando por mi familia, y creí que mi corazón se rompería cuando Imogen me rechazó. Y me preocupaba que tu corazón se destrozara por una causa similar. Pero no es así, ¿no es cierto?

—No —confirmó él, buscando sus ojos.

—Mi corazón se rompería si alguna vez me dejaras —susurró—. Si alguna vez me rechazaras…

La apoyó sobre su corazón, en sus brazos.

—Jamás te dejaré —aseguró él—. Nunca. No podría apartarte de mi vida del mismo modo que no puedo arrancarme el corazón del pecho.

Ella alzó sus ojos para ver allí el amor, y era tan intenso que quemaba el alma, para que nunca pudiera dudarse de él. Nunca sería cuestionado.

Las palabras «te amo, te amo» salieron de sus labios y un leve susurro viajaba de un corazón al otro, una promesa de un alma a la otra.

Epílogo

Estaban posando para un retrato de familia. Llevaban haciéndolo la mayor parte de los últimos ocho meses, porque Benjamin West estaba tan mayor que sus manos se cansaban después de una hora de trabajo con los pinceles. Pero parecía que, finalmente, el retrato estaba completo. El artista levantó la cabeza e hizo una señal a su ayudante para que se ocupara de los pinceles. Era un anciano y delicado caballero, vestido de terciopelo negro y zapatos de tacón alto, que llevaba una peluca empolvada como la que se usaba cuando él era joven.

—Creo que he terminado —observó, poniéndose de pie. Y se alejó—. Será mejor que ustedes se contemplen a sí mismos en privado —y con un movimiento de su pañuelo de encaje, desapareció.

—El único problema —señaló Tess a su marido mientras seguían de pie frente al retrato sobre el caballete—, es que Phin ya camina, y aparece retratado como un simple bebé envuelto en encaje blanco.

En el retrato de Benjamin West, Phin era un bebé angelical con apenas un mechón de pelo y una expresión dulce y somnolienta. A decir verdad, todos aparecían algo indolentes, aunque exquisitos. Debía ser la marca de estilo en los trabajos del señor West.

El contraste con el Phin real era sorprendente. En primer lugar, el niño sólo vestía una pequeña chaqueta y un pañal que caía poco elegantemente en dirección a sus rodillas regordetas. En segundo lugar, tenía una cabeza llena de rizos que partían en todas las direcciones. La poca elegancia de su aspecto no mejoraba por el hecho de que *Chloe* se hubiera instalado en su lugar favorito, sobre su hombro. Phin hablaba constantemente, aunque nadie comprendía lo que decía. De la misma manera, *Chloe* gruñía sin formar palabras comprensibles. Entre ambos producían una ruidosa cacofonía.

Tess volvió a mirar el cuadro. El señor West los había retratado a los tres sentados bajo un sicomoro. Tess era la imagen de la elegancia estilizada, vestida como para estar en un salón con una reina. Phineas dormitaba en brazos de su madre, mientras ella miraba a su marido, que posaba precisamente detrás de los dos con la mano sobre su silla. Lucius miraba al artista, o al espectador, con ojos soñadores y vigorosos.

—Me gusta la manera en que me estás mirando —dijo Lucius con cierta satisfacción.

Ella sonrió.

—Parece como si te amara, ¿no? Quizás, si no fuera tan perezosa, podría sentir esa emoción.

Los brazos de Lucius la rodearon, y una voz ardiente le dijo al oído.

—¿Podrías?

—Muy bien, puedo —ella se rió. Y luego añadió—: Tus brazos no alcanzarán si sigo engordando tanto.

—No estoy preocupado —aseguró Lucius, acariciando el vientre de su esposa con satisfacción.

Ella se rió otra vez y giró dentro del círculo de los brazos de él para poder mirar el retrato otra vez.

—Parecemos tan… tan tranquilos.

—El amor perfecto —susurró él en su pelo.

—¿La flor de William? —recordó ella—. Pensamientos.

—Tú eres la paz de mi corazón.

Tess apoyó la cabeza en el hombro de su esposo y sonrió a los tres… El perfecto retrato de familia.

Phin estaba gateando junto a ellos y tropezó con una pata del atril. El retrato se

tambaleó, y el destino de aquella familia elegante y en paz estuvo pendiente de un hilo, hasta que Lucius alargó la mano con la velocidad del relámpago y lo salvó.

Por supuesto.

Carta de amor a Louisa May Alcott

La inspiración para este libro, y en realidad, para toda mi serie sobre las cuatro hermanas Essex, cuyo primer volumen es *Los maridos también se enamoran*, procede de las novelas escritas por Louisa May Alcott. Alcott es célebre por *Mujercitas*. Algunos lectores sin duda se habrán dado cuenta de la relación ancestral entre mis cuatro hermanas, que se pelean furiosamente y se aman locamente, y las mujercitas de Alcott. Sin embargo, fue otra novela de la misma autora la que sirvió de fuente directa para este libro en particular. *Rosa en flor*, publicada en 1876, es un magnífico relato de una joven huérfana con ocho primos varones. Uno de esos primos es muy similar a mi Draven, y la carrera desenfrenada de éste montado en *Blue Peter* se ha inspirado, hasta cierto punto, sobre mis recuerdos de infancia y en todo lo que lloré con *Rosa en flor* cuando era pequeña.

Mi marido es italiano y pasamos mucho tiempo en su país. El año pasado llevamos a nuestros hijos a la isla de Elba, donde Napoleón se exilió después de ser expulsado de Francia. Visitamos, como corresponde, la villa de Napoleón y, de vuelta a la playa donde estábamos alojados, encontramos un cartel que señalaba un camino hacia una «ruina romana». No era más que eso: algunas piedras caídas, algún recinto hundido aquí y allá. Si bien el lugar estaba marcado de esa manera, nadie le prestaba demasiada atención. Aparentemente, a los romanos les encantaba Elba y en toda la isla se pueden encontrar restos de sus casas. Así que sólo quería decirles a mis lectores que en caso de que deseen visitar el baño en ruinas que Lucius y Tess encontraron tan interesante, sólo tendrán que conducir a Italia, después coger un barco a Elba, alquilar un coche y viajar a las colinas… y el viaje habrá merecido la pena.

Finalmente, el maravilloso poema de Catulo que tanto Tess como Lucius sabían de memoria se titula «Cuántos besos para Lesbia». El poema es glorioso y vale la pena citarlo en su totalidad:

> Me preguntas cuántos besos tuyos, Lesbia, serían bastante para mí. Tan gran número como las arenas de Libia, que se extienden por Cirene, rica en laserpicio, entre el oráculo del ardiente Júpiter y el sagrado sepulcro del antiguo Bato; o como las estrellas que, cuando calla la noche, contemplan los furtivos amores de los hombres: éstos son los besos tuyos que bastarían a ese loco de Catulo; tantos que ni los curiosos pudieran contarlos ni echarles una maldición con venenosa lengua.
>
> [Catulo, *Poesía*. Barcelona, Planeta, 1990. Trad. Joan Petit].

Nota de la autora

Por qué toda heroína necesita una hermana
tanto como necesita un marido (¡Caramba! ¿Acaso dije
más de lo que necesita un hombre?)

Mi editor dice que escribo novelas románticas que tratan en parte sobre el amor de la heroína por un hombre y en parte sobre el amor que siente por sus amigas. Está claro que es así. Son demasiadas las novelas que retratan a una heroína sentada sola cuando el nuevo *sheriff* entra en el pueblo y casi no le da tiempo a pensar antes de que su vida cambie. No me convence. En la vida real, la mejor amiga de la joven está sentada a su derecha en un taburete del bar, diciéndole:

—Querida, nunca me ha gustado ese bronceado de bote.

Y su hermana está bebiendo su tercera copa mientras comenta:

—Definitivamente, no. Mira qué pequeñas son sus manos. ¿No te parece que lleva ese cinturón para el revólver tan bajo por alguna razón?

Así, al ritmo de las risas pícaras, nuestra heroína mira al *sheriff* y regresa con sus amigas. Tengo una hermana y dos amigas íntimas. A decir verdad, ¡es un milagro que me haya casado, teniendo en cuenta los muchos comentarios que me hicieron!

Mi hermana menor nació cuando yo tenía un año. No fue una bendición sin complicaciones. Pasó por la escuela secundaria dotada de una maravillosa melena rubia, piernas de gimnasta y una encantadora capacidad para llevarse bien con los miembros del sexo opuesto. Yo atravesé esos mismos años en un cuerpo regordete, con una permanente de rizos rojos (que nadie pregunte nada, por favor) y ninguna habilidad para las conversaciones ligeras. Antes de la época en que fui a la universidad, había abandonado mi permanente y llevaba un peinado que era una versión del de Farrah Fawcett. Conocí a mis mejores amigas en mi primer año de universidad. Una era de San Francisco y hablaba de grupos musicales de los que nunca había oído nada. La otra era de Boston y había ganado el premio de latín en la escuela secundaria. Veinte años después, todavía hablamos por teléfono varias veces por semana. Y en cuanto a mi hermana… Vive en la misma calle y nos vemos casi todos los días.

Estas tres mujeres han marcado los momentos decisivos, los afros, las permanentes, el verano de cabeza afeitada, los grandes deleites y las aparentes tragedias de mi vida y de las suyas. Entre todas hemos tenido seis niños, varios maridos, novios malos y novios peores, muertes cercanas y enfermedades. Más exactamente: nos hemos salvado mutuamente del desastre más veces de las que pueden contarse. Marion me salvó de casarme con un médico al hacerme caer en la cuenta de que hablaba más de su madre que de su trabajo. Yo salvé a Alissa de un destino peor que la muerte al darme cuenta de que el hombre estupendo a quien acababa de conocer tenía un círculo pálido alrededor de su dedo. Bridget salvó a Marion de un artista búlgaro ebrio que lanzaba cuchillos cuando se enfurecía si le comentaban que se estaba quedando calvo.

Mi anterior serie estaba estructurada alrededor de las amistades femeninas, y en las reseñas bibliográficas siempre la consideraban una versión de *Sexo en Nueva York* en tiempos de la Regencia. En mi nueva serie, que empieza con *Los maridos también se enamoran*, decidí escribir sobre hermanas. Hermanas que son amigas, mejores enemigas, mejores amigas, las más amadas… Todo al mismo tiempo. La heroína de *Los maridos también se enamoran* tiene tres hermanas: Josie, racional y regordeta, Annabel, sensual e ingeniosa, e Imogen, apasionada y vehemente. La heroína se pelea con ellas cuando se enamora del héroe. Y se enamora al ritmo de sus comentarios. Si tuviera que describir este libro, diría que es una

mezcla de dos grandes productos de la cultura popular: el encuentro de *Sexo en Nueva York* con *Mujercitas*.